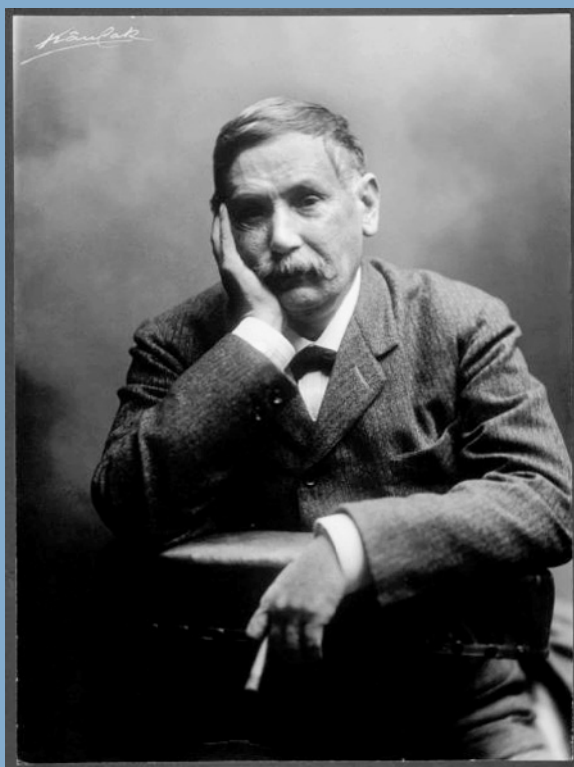


**ESPAÑA EN GALDÓS.
CONSTITUCIÓN, ESTADO Y NACIÓN
EN UN ESCRITOR CANARIO**

Eduardo Galván Rodríguez



Derecho Histórico
Boletín Oficial del Estado

ESPAÑA EN GALDÓS
Constitución, Estado y Nación
en un escritor canario

España en Galdós Constitución, Estado y Nación en un escritor canario

EDUARDO GALVÁN RODRÍGUEZ



BOLETÍN OFICIAL DEL ESTADO

MADRID, 2015

Primera edición: octubre de 2015



Esta obra está sujeta a licencia Creative Commons de Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional, (CC BY-NC-ND 4.0).

© Eduardo Galván Rodríguez

© Agencia Estatal Boletín Oficial del Estado

<https://cepage.mpr.gob.es/>

NIPO: 007-15-154-4

ISBN: 978-84-340-2255-3

Depósito Legal: M-32225-2015

Imprenta Nacional de la Agencia Estatal Boletín Oficial del Estado
Avda. de Manoteras, 54. 28050 MADRID

SUMARIO

	Págs.
Agradecimientos	11
Introducción	13
1. Quien mal hace, bien no espere (1861).....	19
2. Un viaje redondo por el bachiller Sansón Carrasco (1861)	19
3. Una industria que vive de la muerte. Episodio musical del cólera (1865)	20
4. La conjuración de las palabras (1868)	21
5. La sombra (1870).....	22
6. La Fontana de Oro (1870).....	23
7. El audaz. Historia de un radical de antaño (1871).....	27
8. La novela en el tranvía (1871)	30
9. Episodios Nacionales: Trafalgar (1873)	30
10. Episodios Nacionales: La corte de Carlos IV (1873)	34
11. Episodios Nacionales: El 19 de marzo y el 2 de mayo (1873)	36
12. Episodios Nacionales: Bailén (1873).....	38
13. Episodios Nacionales: Napoleón en Chamartín (1874)	40
14. Episodios Nacionales: Zaragoza (1874)	43
15. Episodios Nacionales: Gerona (1874).....	44
16. Episodios Nacionales: Cádiz (1874).....	47
17. Episodios Nacionales: Juan Martín el Empecinado (1874).....	49
18. Episodios Nacionales: La batalla de los Arapiles (1875).....	51
19. Episodios Nacionales: El equipaje del rey José (1875).....	53
20. Episodios Nacionales: Memorias de un cortesano de 1815 (1875)....	56
21. Doña Perfecta (1876).....	60
22. Episodios Nacionales: La segunda casaca (1876).....	63
23. Episodios Nacionales: El Grande Oriente (1876).....	66

	Págs.
24. Episodios Nacionales: 7 de julio (1876).....	69
25. Gloria (1877).....	70
26. Episodios Nacionales: Los cien mil hijos de San Luis (1877).....	73
27. Episodios Nacionales: El terror de 1824 (1877).....	75
28. Marianela (1878).....	76
29. La familia de León Roch (1878).....	78
30. Episodios Nacionales: Un voluntario realista (1878).....	79
31. Episodios Nacionales: Los apostólicos (1879).....	81
32. Episodios Nacionales: Un faccioso más y algunos frailes menos (1879)....	83
33. Torquemada en la hoguera (1880).....	86
34. La desheredada (1881).....	87
35. El amigo Manso (1882).....	89
36. El doctor Centeno (1883).....	90
37. Tormento (1884).....	92
38. La de Bringas (1884).....	95
39. Lo prohibido (1885).....	97
40. Fortunata y Jacinta. Dos historias de casadas (1887).....	100
41. Míau (1888).....	104
42. La incógnita (1889).....	106
43. Realidad (1890).....	108
44. Ángel Guerra (1891).....	109
45. Tristana (1892).....	111
46. Torquemada en la cruz (1893).....	112
47. La loca de la casa (1893).....	114
48. Torquemada en el purgatorio (1894).....	114
49. Los condenados (1894).....	117
50. Torquemada y San Pedro (1895).....	119
51. Nazarín (1895).....	121
52. Halma (1895).....	123
53. La fiera (1896).....	126
54. El abuelo (1897).....	128
55. Episodios Nacionales: Zumalacárregui (1898).....	129
56. Episodios Nacionales: Mendizábal (1898).....	133
57. Episodios Nacionales: De Oñate a La Granja (1898).....	135
58. Episodios Nacionales: Luchana (1899).....	139

	Págs.
59. Episodios Nacionales: La campaña del Maestrazgo (1899).....	141
60. Episodios Nacionales: La estafeta romántica (1899).....	143
61. Episodios Nacionales: Vergara (1899).....	145
62. Episodios Nacionales: Montes de Oca (1900).....	148
63. Episodios Nacionales: Los ayacuchos (1900).....	151
64. Episodios Nacionales: Bodas reales (1900).....	154
65. Electra (1901).....	157
66. Episodios Nacionales: Las tormentas del 48 (1902).....	158
67. Episodios Nacionales: Narváez (1902).....	160
68. Episodios Nacionales: Los duendes de la camarilla (1903).....	165
69. Episodios Nacionales: La revolución de julio (1904).....	168
70. Episodios Nacionales: O'Donnell (1904).....	172
71. Episodios Nacionales: Aita-Tettauen (1905).....	175
72. Episodios Nacionales: Carlos VI en La Rápita (1905).....	177
73. Episodios Nacionales: La vuelta al mundo en la <i>Numancia</i> (1906) ...	178
74. Episodios Nacionales: Prim (1906).....	180
75. Episodios Nacionales: La de los tristes destinos (1907).....	182
76. Episodios Nacionales: España sin rey (1908).....	187
77. El caballero encantado (cuento real... inverosímil) (1909).....	189
78. Episodios Nacionales: España trágica (1909).....	191
79. Episodios Nacionales: Amadeo I (1910).....	193
80. Episodios Nacionales: La Primera República (1911).....	195
81. Episodios Nacionales: De Cartago a Sagunto (1911).....	196
82. Episodios Nacionales: Cánovas (1912).....	199
83. Celia en los infiernos (1913).....	201
84. Memorias de un desmemoriado (1916).....	202
In fine: Impresiones de conclusiones provisionales (2015).....	204
Notas	207
Bibliografía	211

AGRADECIMIENTOS

Con su constante magisterio y apoyo, José Antonio Escudero, Presidente de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación y Académico de número de la Real de Historia, padre científico y vital de un servidor, es merecedor de toda la gratitud que años de vida no alcanzarán a colmar.

La idea inicial de este proyecto partió de una de las siempre acertadas sugerencias surgidas de la mente privilegiada del profesor Feliciano Barrios, Secretario de la Real Academia de la Historia, a quien también agradezco su firme apoyo y consejo, tanto en esta obra, como a lo largo de las idas y venidas de la azarosa vida académica.

Queridos José Antonio y Feliciano, vuestras vidas e incontables virtudes constituyen un sólido ejemplo y estímulo que siempre recordaré.

Mención singular merece el ingenio perspicaz como constante desafío y el sin par apoyo personal de la doctora Morant, alegre e infatigable compañera de viaje en las procelosas aguas de la mar vital.

Gracias a todos, siempre.

INTRODUCCIÓN

«Yo no represento, pregunto»

Eduardo Chillida ¹

¿Qué sentimos los españoles del siglo xxi cuando nos vemos a través de los ojos de Galdós? ¿Es un espejo que nos refleja? ¿Un retrovisor que nos muestra nuestro pasado? ¿Qué ha cambiado de aquella España y de aquellos españoles del siglo xix? ¿Qué permanece inalterado? ¿Hasta qué punto hemos evolucionado? ¿El Estado contemporáneo y la Constitución han constituido elementos radicales de cambio y transformación? ¿En qué medida? ¿Aquella nación española decimonónica pervive hoy? ¿Bajo qué forma?

Espero que la benevolencia del generoso lector disculpe este comienzo presentista. Esta historia, que ahora llega a sus manos, comienza en la isla de Fuerteventura, a principios del siglo xxi. Una tarde de ese eterno y amable verano majorero, esperaba en una antesala antes de impartir una conferencia. Aproveché la pausa para pasear por una exposición que recorría los fondos de la Biblioteca Insular. Tropiezo, casi caigo, me incorporo como puedo y, de repente, ante mí, Galdós, de cuerpo entero. Un panel, tamaño natural, con una foto del autor. En la parte superior, una frase atribuida al novelista universal y que, más o menos, rezaba así: «Dos cosas detesto: las Matemáticas y el Derecho».

Parecía un reto, un desafío, una provocación. Una frase tentadora para un jurista entusiasta de la Historia del Derecho. De pronto surgen las preguntas inevitables: ¿Cuánto había de real en esta frase? Un servidor sabía que Galdós había estudiado Derecho, ¿intentó eliminar de su obra al objeto detestado? ¿Cómo pudo sustraerse a la insoportable levedad o a la pesada violencia del Derecho? O, por el contrario, si hubo de sucumbir a él, ¿cuánto de jurídico anidaba en los entresijos de la obra galdosiana? ¿En qué medida el acercamiento a sus páginas podría reflejar el mundo del Derecho español del siglo XIX? En particular, ¿cómo conciben Galdós y/o sus personajes los grandes conceptos jurídicos decimonónicos de Constitución, Estado y nación y la relación entre ellos? ¿Cómo ven Galdós y sus personajes estos problemas de vertebración? ¿Qué entienden

por nación, Estado o Constitución? ¿Cómo afectan estos conceptos a sus tramas vitales?

Y es que, no lo puedo evitar, Galdós me persigue. Nací en la misma isla que nuestro universal autor. De niño, cuando visitaba a mis abuelos maternos, iba a la calle Pablo Penáguilas. Cuando compartíamos momentos con mis padrinos de bautizo, era en la calle Doña Perfecta, o en el paraíso de la tienda de juguetes que regentaban en la calle Jacinta. A la hora de corretear, recalábamos en el parque Don Benito.

Cursé el bachillerato en el Instituto Pérez Galdós, deudo de aquel primer instituto de educación secundaria creado en la isla, y que nuestro autor en sus tiempos de parlamentario contribuyó activamente a impulsar. Por las tardes iba al conservatorio, cómo no, en la calle Pérez Galdós. Ya de joven universitario, en una escapada a Gibraltar, indago por los anaqueles de una librería en busca de libros de autores españoles traducidos al inglés. Sólo encontré a dos compatriotas: Cervantes y Galdós. Años más tarde me ocurriría lo mismo en la sección de clásicos de una librería londinense.

¿Por qué Galdós? La respuesta es sencilla: Asomarnos a Galdós nos permite acercarnos a dos visiones de la realidad. Por un lado, la realidad novelada. Por el otro, la realidad del tiempo desde el que el escritor novela. Así, por ejemplo, el primer *Episodio Nacional* logra mostrarnos tanto visiones de la realidad novelada (la España de 1808) como, al trasluz, de la realidad desde la que novela (la España de 1873). Incluso, en las últimas series de los episodios, Galdós podrá relatar, desde la ficción, acontecimientos que vivió personalmente².

Él mismo apunta en el preámbulo a *La Fontana de Oro*, escrita en 1870, que su interés por el pasado tiene mucho que ver con la comprensión del presente de la revolución septembrina, pues «ha parecido de alguna oportunidad en los días que atravesamos, por la relación que pudiera encontrarse entre muchos sucesos aquí referidos y algo de lo que aquí pasa; relación nacida, sin duda, de la semejanza que la crisis actual tiene con el memorable período de 1820-1823. Esta es la principal de las razones que me han inducido a publicarlo». Y es que Galdós es un impenitente observador, más propiamente, «fue la observación sistemática, hecha persona... aunque bondadosamente afable, resultaba seco, glacial, reservadísimo... cuando quebrantaba su mutismo solía ser para preguntar, o bien para incitar al interlocutor; que se explayase, que prosiguiese, que ahondase»³.

Además, nuestro protagonista es generalmente reconocido como escritor que incluye entre sus preocupaciones fundamentales la de captar el sentido o los sentidos de la identidad de la España contemporánea y de su historia, dentro de su obra de ficción⁴. Él mismo subraya que «el amor a España me ha guiado siempre en el vivir literario y en el político, y tengo la persuasión de que a ningún español de buena fe le ha pasado por las mientes poner esto en duda... Por España y para España vivimos todos; ella nos dio el ser, y a su suelo sagrado

entregaremos nuestros despojos. Su pasado es nuestro libro, su presente nos mueve a sacrificios acerbos. Labremos todos para ella un porvenir digno de su grandeza histórica»⁵.

En este punto, ¿cuál es el estado de la cuestión? Con una perspectiva amplia, hace cuarenta años, Peter Goldman ya subrayaba la necesidad de afrontar la obra galdosiana desde una visión interdisciplinar, «*since every line of his writing exhibits a remarkable sensitivity to Spanish national politics and to the issues of his day*»⁶. Al mismo tiempo, conviene tener presente que la vertebración de las realidades nacional, estatal y constitucional es y ha sido uno de los principales desafíos históricos de España. Basta echar un vistazo a la prensa del día, recordar la orteguiana *España invertebrada*, o repasar los debates de las Cortes gaditanas para constatar la vigencia del problema, hoy y ayer⁷.

Con tal perspectiva, no existe ninguna aproximación a la materia concreta que nos ocupa desde el ámbito de las ciencias jurídicas y, más particularmente, desde la Historia del Derecho⁸. Más allá de referencias parciales a la cuestión en obras de diversa temática, la cuestión de la nación y el nacionalismo aparece abordado desde perspectivas propias de la Filología y la Literatura⁹.

Las presentes páginas pretenden aportar una visión poliédrica de esta problemática nacional de mano de una de las personalidades más internacionales que ha tenido la literatura española. Tanto que Salvador de Madariaga nos puede hablar del «españolismo universal del canario Galdós», y plantear que «toda la obra de Galdós es un cuadro, casi vale decir un retrato del alma española... La obra de Galdós es un vasto paisaje del alma española»¹⁰.

Don Benito, un hombre nacido en una isla ultraperiférica (que ve España casi desde la frontera, lo que amplía el panorama, la perspectiva), de temprana vocación viajera, que residirá durante largos períodos de su vida en Madrid (la capital, eje del poder central) y en Santander (la periferia) y que aprovechará cualquier ocasión propicia para viajar por España y por Europa. Es la visión de un cosmopolita, una panorámica vital enriquecida por el contacto abierto con el otro, con el no nacional, con el extranjero. En palabras del mismo Madariaga, Galdós contempla «España, pero la de todos los españoles; y allende España, Europa»¹¹.

Y es este hombre de mundo quien cuenta entre sus obras más conocidas a los, precisamente llamados, *Episodios Nacionales*. Quien lo conocía bien sabe que «sobre las páginas innumerables que durante su vida escribió Galdós, flota purísimo y encendido, como un hálito de bendición, el amor patrio. Porque el patriotismo residía en su corazón...el patriotismo era en Galdós congénito, inadvertido, indefectible, operaba en sus lectores con aquella comunicación emotiva que tan solo pertenece a la sinceridad»¹².

Eso sí, abordaremos la tarea desde la modesta perspectiva y con las gafas jurídicas de un sencillo trabajador de la Historia del Derecho, ajeno a toda pretensión filológica o literaria, cuyos objetivos excederían su formación y sus in-

tenciones. También queda lejos del propósito del suscriptor de estas líneas la idea de formar un sistema de la ideología constitucional, nacional y/o estatal de Galdós. Honesta y humildemente, creo que tampoco él lo refleja en su obra. Existen, sí, ciertas ideas recurrentes, pero no aparece un aparato sistemático, un núcleo duro y marmóreo¹³. Más bien, nuestro autor ofrece algo similar a los actuales foto mosaicos, conjuntos formados por minúsculas fotos individuales que, agrupadas de determinada forma, procuran una cierta imagen global pixelada, no definida del todo, que apunta, sugiere, pero que no brinda una pintura en alta definición con contornos perfectamente delimitados.

Además, Galdós no está solo, están sus personajes, que representan otras formas y visiones diversas, heterogéneas, complementarias o contradictorias. Galdós y sus personajes, sus personajes y Galdós, ¿dónde empieza el uno y dónde acaban los otros? Difícil deslindarlo¹⁴. Si adoptamos una perspectiva jurídica, a falta de prueba en contrario, presumiremos que cada uno habla por sus respectivas bocas. No atribuiremos a la visión del autor lo que dicen sus personajes, ni viceversa. A cada uno lo suyo. En suma, creemos que no existe ninguna razón objetiva que nos permita identificar el ideario del autor con el «liberal» Gabriel Araceli o con el «exaltado» Salvador Monsalud, en lugar de hacerlo con el «absolutista» y acomodaticio Juan Bragas. ¿Por qué con unos sí y con el otro no? ¿Con quién identificarlo, con el joven soltero e inquieto social José María Fajardo o con el casado aristocrático Marqués de Beramendi? En un universo de más de quinientos personajes que pueblan la obra galdosiana, ¿quiénes piensan como el autor y quiénes difieren de su pensamiento? ¿cómo saberlo? Ante la que creemos imposible tarea, mejor que cada uno hable con sus propias palabras. Adelanto que, como a Ortega, «cada vez me interesa menos sentenciar; a ser juez de las cosas, voy prefiriendo ser su amante»¹⁵.

Y es que, en realidad, tenemos la impresión de que sus novelas y sus episodios son, fundamentalmente, novelas de amor; sus elaboraciones en general aparecen sustentadas por o en torno a historias de amor. De ahí que quede más cerca de nuestra pretensión el ofrecer un sencillo cuadro, elaborado con cierta técnica impresionista, que comparta las variadas y diversas impresiones que el autor pudo dejar en sus obras en torno a conceptos tan mayúsculos como los abordados, técnica que nos parece más ajustada a la realidad de su compleja labor creadora¹⁶.

Dos ejes centrarán nuestra atención: La narrativa galdosiana y lo que dentro de ella aluda a lo nacional, lo constitucional y/o lo estatal. Ya su amigo Maura subraya que «no era sujeto cuya obra literaria se pueda considerar como una de las fases de su vida, en esta obra consiste su personalidad entera... con ser tan variadas las tentaciones que le rodeaban, de todas se desentendía para dedicar alma y vida a la profesión de novelista, ignorada, todavía en aquel tiempo. Porque esto hizo; no se limitó, como otros han hecho, a escribir novelas; vertiose en ellas

enteramente»¹⁷. Sirva como ejemplo el hecho de que en solo siete años nuestro autor escribió los veinte primeros *Episodios Nacionales*.

Es claro que la novela era el centro de su actividad. De ahí que, salvo contadas excepciones, excluyamos el análisis de los cuentos breves, de las obras que carezcan de materia atinente a nuestro objeto, así como de los artículos publicados por Galdós en la prensa periódica. Como él mismo afirma en carta dirigida a Mesonero Romanos, un 9 de diciembre de 1877, «España, a juzgar por sus periódicos, es un país sin literatura y todos los que cultivamos las obras de imaginación estamos de más. Se publica un libro bueno o malo. ¿No es este un acontecimiento digno de estamparse para que lo sepa el país? Pues no... En cambio, esa misma prensa ocupa la atención del país con mil sandeces y con la nauseabunda política de personas». Don Benito critica que los periódicos se centren en los dimes y diretes de «cualquier zascandil político de cuarta fila». Y concluye, «si yo viviera de las letras, me habría muerto de hambre»¹⁸. Su posición no cambiaría con el paso del tiempo.

Es así como, pasados casi veinte años, en su presentación a la versión impresa del drama *Los condenados*, Galdós asevera que «a pesar de sus evidentes progresos en el arte de escribir y en la amenidad de sus escritos, no ha llegado aún la prensa entre nosotros a ser maestra de la opinión, ni a llevársela de calle en todos los asuntos... La fiebre informativa ha llegado a ser tan intensa, que ella consume toda la savia intelectual del periodismo, destinada a emplearse en objetos diferentes. Algunos de estos objetos son tratados con excesiva amplitud; otros, como las letras y cuanto a la vida intelectual se refiere, con desdeñosa restricción».

En todo caso, hay que dejar a salvo que nuestro autor recela de la distinción entre géneros literarios. En su presentación a una de sus obras, afirma que «aunque por su estructura y por la división en jornadas y escenas parece *El abuelo* obra teatral, no he vacilado en llamarla novela, sin dar a las denominaciones un valor absoluto, que en esto, como en todo lo que pertenece al reino infinito del arte, lo más prudente es huir de los encasillados, y de las clasificaciones catalogales de géneros y formas. En toda novela en que los personajes hablan, late una obra dramática. El teatro no es más que la condensación y acopladura de todo aquello que en la novela moderna constituye acciones y caracteres... Resulta que los nombres existentes nada significan, y en literatura la variedad de formas se sobrepondrá siempre a las nomenclaturas que hacen a su capricho los retóricos. Solo tengo que decir ya a mis buenos amigos, que sin cuidarse de cómo se llama esta obra, humilde ensayo de una forma que creo muy apropiada a nuestra época, tan gustosa de lo sintético y ejecutivo, la acojan con benevolencia». De ahí que no tuviera mayor dificultad para él adaptar algunas de sus novelas al formato de obras dramáticas objeto de representación teatral.

Una última precaución: En la medida de lo posible, procuraremos no desvelar elementos fundamentales de la trama de cada obra que puedan estropear la experiencia plena de quienes quieran acercarse a la lectura de la narrativa surgida de la pluma de este nombre universal de las letras hispanas. Creemos que lo realmente importante es la novelística galdosiana y deseamos no privar a ninguno de sus potenciales lectores del disfrute pleno de sus relatos, tal y como su autor los concibió¹⁹.

Pero, ¿cómo estructurar, cómo presentar estas páginas para que se ajusten a nuestro objeto de conocimiento? A tales efectos, es preciso tener en cuenta que no hay un solo Galdós. La visión que Galdós tiene de su época varía con el tiempo. Esta visión subjetiva que muda corresponde a un sustrato objetivo en permanente cambio. Pocos siglos con mayores mudanzas y alteraciones que el XIX español. De ahí la necesidad de emplear un método de exposición cronológico, atento al devenir del tiempo en que vive nuestro autor y a sus múltiples variaciones. Salvo indicación en contrario, la acción narrada en las obras es contemporánea a la fecha que, entre paréntesis, figura al lado de su título.

Hemos pretendido ante todo que hablen el mismo Galdós y sus personajes. Nuestro autor reflexiona en cierta medida sobre esta cuestión en su presentación de *El abuelo*. En ella plantea que «la palabra del autor, narrando y describiendo, no tiene, en términos generales, tanta eficacia, ni da tan directamente la impresión de la verdad espiritual. Siempre es una referencia, algo como la Historia, que nos cuenta los acontecimientos y nos traza retratos y escenas». En cambio, él prefiere, en este punto de su trayectoria creadora, a los personajes que «manifiestan su contextura moral con su propia palabra, y con ella, como en la vida, nos dan el relieve más o menos hondo y firme de sus acciones».

A mayor abundamiento, sería absurda e inútil la vana pretensión de mejorar la pluma del ilustre narrador. Como dijera él mismo, al intentar describir la belleza de un personaje femenino, la dama reunía «perfecciones que no escribo, porque no sé cómo expresarlas; calidades que se comprenden, se sienten y se admiran por el inteligente lector, pero cuyo análisis no debe este exigirnos, si no quiere que el encanto de esas mil sutiles maravillas se disipe entre los dedos de esta alquimia del estilo, que a veces afea cuanto toca». Así que, mejor sin intermediarios, que hablen nuestros protagonistas con su propia voz.

Benito Pérez Galdós nace el 10 de mayo de 1843 en Las Palmas de Gran Canaria (islas Canarias), el mismo año que vería la mayoría de edad de la reina Isabel II²⁰. Su padre es militar, Sebastián Pérez. Su madre, María de los Dolores de Galdós, hija de un antiguo servidor del Santo Oficio. A los seis años comienza sus estudios y, posteriormente, ingresa en el Colegio San Agustín, un centro que presta especial atención a las letras.

Sus primeros escritos aparecen publicados en el periódico *El Omnibús*. Galdós también fundará el periódico escolar *La Antorcha*. En 1861 escribe varios poemas de corte satírico-social. Obtiene el Bachiller en Artes en el Instituto de La Laguna (isla de Tenerife). Hacía varios años que sus inquietudes intelectuales ya habían encontrado un cauce en diversas colaboraciones en la prensa local, con poesías satíricas, relatos fantásticos y ensayos breves. También afloran sus inquietudes como dibujante y pintor. A lo largo de 1862 aparecen varios diálogos satíricos bajo el título genérico «Yo y mi criado Bartolo».

1. QUIEN MAL HACE, BIEN NO ESPERE (1861)

Esta obra tiene por subtítulo *Ensayo dramático en un acto y en verso, original del estudiante llamado Benito Pérez Galdós*. Es publicada el 4 de enero de 1920 en el *Noticiero Universal* de Barcelona²¹. Con solo dos personajes, la dieciochoañera Inés y el cincuentón conde don Froilán, la acción se desarrolla en la España del año 1304, a lo largo de una tarde que transcurre en un castillo feudal. Aunque el contenido histórico y jurídico de la trama nos revela el interés de Galdós por estas cuestiones, aparece limitada a materias de derecho privado que no atañen al objeto de nuestro trabajo.

2. UN VIAJE REDONDO POR EL BACHILLER SANSÓN CARRASCO (1861)

En esta composición inacabada, el autor acompaña a Satanás en un viaje que le permite comprobar cómo los valores y las instituciones humanas han perdido de vista sus propósitos iniciales. Cómo la justicia, la moral, la ética, la religión o la ciencia no juegan el papel debido en la sociedad. A la vista de este fracaso, Galdós erige a la literatura como el único medio útil para reformar la sociedad.

Dentro de la literatura, nuestro autor evidencia la inutilidad de la poesía y apuesta por la efectividad de reproducir la realidad a través de imágenes naturales y sinceras.

El traslado a Madrid marca un punto de inflexión en la trayectoria galdosiana. Con diecinueve años de edad, Galdós viaja a la corte cuando corre el año 62, y allí inicia estudios de Derecho. Sin embargo, dedicará el curso a asistir al Café Universal, o a escuchar a personajes como Fernando de Castro, Francisco de Paula Canalejas, Adolfo Camus o Valeriano Fernández. Al año siguiente, inicia una tertulia de canarios con Carballo, Luis Francisco Benítez de Lugo, Plácido Sansón Grandy y Fernando León y Castillo (el futuro parlamentario, ministro y embajador). Prosigue de modo irregular sus estudios de Derecho, frecuenta el Ateneo con cierta asiduidad y cultiva su afición por la lectura de los clásicos europeos.

3. UNA INDUSTRIA QUE VIVE DE LA MUERTE. EPISODIO MUSICAL DEL CÓLERA (1865)

En este año Galdós comienza a colaborar con el periódico *La Nación*. El 19 de marzo publica un artículo con ocasión del aniversario de la Constitución gaditana en el que plantea que «hace hoy cincuenta y tres años que, al fragor de una guerra de titanes, al estampido de los cañones de un ejército invasor y dentro de los muros de una ciudad sitiada, último y heroico baluarte de la independencia nacional, se proclamó el código más venerable y más sabio que ha producido la gran revolución moderna: la Constitución de 1812»²². Obsérvese de qué modo, en los inicios de su carrera en la capital, nuestro autor expresa su interés y predilección por el texto constitucional que inaugura la centuria decimonónica.

En los ejemplares de *La Nación* correspondientes a los días 2 y 6 de diciembre aparece publicada la obra cuyo nombre encabeza este apartado. En ella reflexiona sobre los efectos del sonido producido por el «lúgubre martilleo» del fabricante de cajas de difunto en los tiempos en que corre el cólera. En momentos así, «cada ataúd fabricado indica un aliento extinguido: cada obra concluida es una muerte». Cuando la epidemia empieza a desaparecer, «comienza a vivir todo lo que vegetaba: se piensa, se ama, se odia, se intriga de nuevo... La chismografía vuelve a lanzar sus flechas sutiles ya envenenadas, y la política a tejer de nuevo sus lazos artificiosos». Irónicamente, la última víctima del cólera será el propio fabricante de ataúdes.

También en 1865 colabora en la *Revista del Movimiento Intelectual de Europa*, creada por el contertulio Plácido Sansón Grandy. Será testigo presencial de los sucesos de «La noche de San Daniel», donde estudiantes son violentamente reprimidos. Al año siguiente, prosigue sus lecturas de escritores franceses e ingleses y es testigo del pronunciamiento de los sargentos del Cuartel de San Gil y del posterior fusilamiento de más de sesenta de los sublevados.

Como un año antes, pero ahora con tintes algo más pesimistas, el 19 de marzo de 1866, Galdós lamenta que España sea «el país de los proyectos y de los castillos en el aire»²³. A ello no debe ser ajeno el hecho de que, como plantea nuestro autor el 28 de mayo, en España «nadie se cuida de los estudios históricos. Los españoles ignoran más que ninguna otra historia, la de su país»²⁴. Es así cómo, desde sus primeros pasos, el escritor evidencia una preocupación por los grandes proyectos nacionales (como la Constitución de 1812), por su materialización práctica y por la necesidad de una aproximación histórica para que esta sea real y efectiva.

Durante el verano de 1867, Galdós viaja a París para visitar la Exposición Universal, lo que le brinda la oportunidad de conocer la literatura francesa contemporánea de primera mano. Al mismo tiempo, traduce *Los papeles del Club Pickwick* de Dickens, trabajo que publica en *La Nación*.

4. LA CONJURACIÓN DE LAS PALABRAS (1868)

En el año 1868, como consecuencia de su falta de asistencia a las clases, es borrado de las listas de la Facultad de Derecho. Inmersa España en la revolución septembrina, en Madrid podrá contemplar la entrada del general Serrano y, más tarde, la de Prim. Galdós parece columbrar los signos de la revolución que se avecina cuando escribe la obra cuyo título encabeza este apartado. Llega incluso a apuntar algunos de los inconvenientes que afrontará.

Este cuento narra cómo las palabras protagonizan una conjura y salen del *Diccionario de la Lengua Castellana*, edificio de «tamaño tan colosal... [que] cuando ponían al tal edificio en el estante de su dueño, la tabla que lo sostenía amenazaba desplomarse, con detrimento de todo lo que había en ella». Galdós destaca que sin los verbos «no se hacía cosa a derechas en aquella República y, si bien los Sustantivos eran muy útiles, no podían hacer nada por sí, y eran como instrumentos ciegos cuando algún señor Verbo no los dirigía».

La historia y su reflejo en la ordenación social de la nación también juegan su papel. Añade nuestro autor que «de estas palabras, algunas eran nobilísimas, y llevaban en sus escudos delicadas empresas, por donde se venía en conocimiento de su abolengo latino o árabe; otras, sin alcurnia antigua de que vanagloriarse, eran nuevecillas, plebeyas o de poco más o menos. Las nobles las trataban con desprecio. Algunas había también en calidad de emigradas de Francia, esperando el tiempo de adquirir nacionalidad. Otras, en cambio, indígenas hasta la pared de enfrente, se caían de puro viejas y yacían arrinconadas, aunque las demás guardarán consideración a sus arrugas».

En medio de la conjura, el Sustantivo *Hombre*, al hombro de los Adjetivos *Racional* y *Libre*, dirige una alocución a la multitud: «Señores: La osadía de los escritores españoles ha irritado nuestros ánimos, y es preciso darles justo y pronto castigo. Ya no les basta introducir en sus libros contrabando francés, con

gran detrimento de la riqueza nacional, sino que, cuando por casualidad se nos emplea, trastornan nuestro sentido y nos hacen decir lo contrario de nuestra intención».

En el transcurso de la acción, el sustantivo *Sentido* golpea al Adjetivo *Común*, pues «desde que cualquier escritor no entiende palotada de una ciencia, se escuda con el *Sentido Común* y ya le parece que es el más sabio de la Tierra». También la *Música* increpa a la *Filosofía*: «Déjeme en paz y púdrase de vieja en compañía de la *Alemana*, que es otra vieja loca». Tercia en la discusión el sustantivo *Mal*, quien presenta a su lacayo, el adjetivo *Necesario*, que le está siendo de suma utilidad. Y el verbo *Matar*, que «dando grandes voces, y cerrando el puño con rabia, decía de vez en cuando: ¡Si me conjugo...!». Ni el verbo *Ser*, ni el sustantivo *Hombre*, ni el adjetivo *Racional* pudieron poner orden y «no tuvo resultado el pronunciamiento, por gastar el tiempo los conjurados en estériles debates y luchas de amor propio, en vez de congregarse para combatir al enemigo común».

Repárese de qué modo lo francés y lo alemán (como contrapuesto a lo español) no salen muy bien parados en las comparaciones. Ya en plena revolución septembrina (de las de verdad, no meramente literarias), a lo largo del año 1869 Galdós asiste como periodista a los debates parlamentarios sobre la nueva Constitución. Sus crónicas de las diferentes discusiones y planteamientos enfrentados en la asamblea serán publicadas en el periódico *Las Cortes*.

5. LA SOMBRA (1870)

Según confesión galdosiana, esta obra es escrita en torno a los años 1866 o 1867 y ve la luz impresa por primera vez tres años más tarde en la *Revista de España*. Con ella ejecuta «los primeros pinitos, como decirse suele, en el pícaro arte de novelar». Galdós solicita la indulgencia del lector a la hora de juzgar estas páginas de ficción, al ser «autor más aficionado a las cosas reales que a las soñadas, y que sin duda en estas acierta menos que en aquellas». Más allá de lo expuesto, esta obra carece de relación alguna con el objeto de nuestro empeño.

La obra aparece publicada junto a otras tres: *Celín*, *Tropiquillos* y *Theros*. En cuanto a la primera, *Celín*, comienza con las exequias del señorito Polvoranca, esto es, el capitán don Galaor, primogénito del marquesado de Polvoranca, fallecido con veinticinco años de edad. Narra que «su muerte fue muy sentida en todo el reino, mayormente en aquella parte donde radican los estados de Polvoranca y de Pioz, casas un tiempo divididas por rencillas de caciquismo, después reconciliadas en bien de la república». El entierro estuvo presidido por el Capitán General y le fue dada sepultura «junto a las tumbas de esclarecidos varones de las familias de Polvoranca y de Pioz, que en la tal capilla tienen desde tiempo inmemorial sus enterramientos». Entre ellos figuraba «el gran D. Lope de

Pioz, caballero mayor del Congreso y gentilhombre del Ayuntamiento constitucional de Turrís».

Esta misma fusión-confusión entre elementos del Antiguo Régimen y del Constitucional revolucionario, entre lo viejo y lo nuevo, es desvelada también en un cartel anunciador de la celebración de «espléndidos autos de fe en Turrís, los días 2 y 5 brumario. Sesenta víctimas a la parrilla. Toros el 3, de la ganadería de Polvoranca. Congreso de la Sociedad de la Continencia. Juegos florales. Torneo. Velada con manifiesto en el Ateneo. Regatas. Iluminación y tinieblas. Gran Rosario de la Aurora, con antorchas, por las principales calles, etc., etc.».

A juicio de Stephen Gilman, tanto en esta obra, como en *La novela en el tranvía*, Galdós «convierte su propio poder inventivo en tema. Es como si su anterior profesión de verídico observador le hiciese más consciente de la imaginación turbulenta y fecunda que va a entrar como parte integral en su futuro realismo. Por debajo de su humorismo superficial, estos cuentos revelan un ánimo sumamente inquieto, dedicado a un constante escrutinio interior»²⁵.

6. LA FONTANA DE ORO (1870)

Prim es asesinado en el año 1870, justo antes de la llegada del nuevo monarca. Galdós publica en diciembre de este mismo año *La Fontana de Oro*. Este trabajo aparece subtítulo en la portada de su primera edición como «novela histórica». En los primeros compases de la obra, el autor destaca que «los hechos históricos o novelescos contados en este libro se refieren a uno de los períodos de turbación política y social más graves e interesantes en la gran época de reorganización, que principió en 1812, y no parece próxima a terminar todavía. Mucho después de escrito este libro, pues sólo sus últimas páginas son posteriores a la revolución de septiembre, me ha parecido de alguna oportunidad en los días que atravesamos, por la relación que pudiera encontrarse entre muchos sucesos aquí referidos y algo de lo que aquí pasa; relación nacida, sin duda, de la semejanza que la crisis actual tiene con el memorable período de 1820-23. Esta es la principal de las razones que me han inducido a publicarlo».

Galdós comienza evidenciando la diferencia radical entre el Madrid oficial del período 1814-1820 y las calles madrileñas durante el trienio 1820-1823. En las manifestaciones públicas del primer período «el pueblo no se manifestaba sino como un convidado más... no era otra cosa que un espectador, cuyas pasivas funciones estaban previstas y señaladas en los artículos del programa». En cambio, durante el trienio liberal, «el pueblo se manifestaba diariamente sin previa designación de puestos... ponía en movimiento a la villa entera; hacía de sus calles un gran teatro de inmenso regocijo o ruidosa locura». Es más, el pueblo, «turbaba con un solo grito la calma de aquel que se llamó el *Deseado* por una burla de la historia».

Madrid representa «el foro de la legislación constituyente de aquella época, y la cátedra en que la juventud más brillante de España ejercía con elocuencia la enseñanza del nuevo derecho». La Fontana de Oro, «café y fonda», acogía al club «más concurrido, el más agitado, el más popular». Estos clubes, «que comenzaron siendo cátedras elocuentes y palestra de la discusión científica, salieron del círculo de sus funciones propias aspirando a dirigir los negocios públicos, a amonestar a los gobiernos e imponerse a la nación. En este terreno fue fácil que las personalidades sucedieran a los principios, que se despertaran las ambiciones y, lo que es peor, que la venalidad, cáncer de la política, corrompiera los caracteres». En suma, un panorama en que «una sociedad decrepita, pero conservando aún esa tenacidad incontrastable que distingue a algunos viejos, sostenía encarnizada guerra con una sociedad lozana y vigorosa llamada a la posesión del porvenir».

Durante el transcurso de la acción, el tránsito entre uno y otro régimen es evidenciado por el barbero Calleja cuando exclama: «Pues miren a estos realistas: ahora han cambiado de casaca. Después que con sus delaciones tenían las cárceles atarugadas de gente, se agarran a la Constitución, y ya están en campaña como toro en plaza, dando vivas a la libertad».

A la hora de describir el local que acoge al club y a su paisanaje, señala que allí «se reunía la ardiente juventud de 1820. ¿De dónde habían salido aquellos jóvenes? Unos salieron de las Constituyentes del año 12, esfuerzo de pocos, que acabó iluminando a muchos. Otros se educaron en los seis años de opresión posteriores a la vuelta de Fernando. Algunos brotaron en el trastorno del año 20, más fecundo tal vez que el del 12. ¿Qué fue de ellos? Unos vagaron proscritos en tierra extranjera durante los diez años de Calomarde; otros perecieron en los aciagos días que siguieron a la triste victoria de los cien mil nietos de San Luis».

Sobre lo que se hablaba en el café, apunta que «al crearse el club, no tuvo más objeto que discutir en principio las cuestiones políticas; pero poco a poco aquel noble palenque, abierto para esclarecer la inteligencia del pueblo, se bastardeó. Quisieron los fontanistas tener influencia directa en el gobierno. Pedían solemnemente la destitución de un ministro, el nombramiento de una autoridad... Como en la *Fontana* se agitaban las pasiones del pueblo, el gobierno permitía sus excesos para amedrentar al rey, que era su enemigo. El rey, entre tanto, fomentaba secretamente el ardor de la *Fontana*, porque veía en él un peligro para la libertad... con objeto de desacreditar el sistema constitucional». Vemos cómo Galdós señala la contraposición entre pueblo, gobierno y rey, su tensión dialéctica. Al mismo tiempo, parece sugerir que la pretensión de influjo en el gobierno «bastardeó» los nobles fines iniciales del club. Como concluye el párrafo nuestro autor, «giraban todos en un círculo de intrigas, sin que los crédulos patriotas que allí formaban la opinión conociesen la oculta trascendencia de sus cuestiones».

Uno de los personajes, un tal Elías (un anciano que parece actuar como espía que soborna a agentes que caldeen los ánimos en las tertulias y alteren el orden),

lamenta en una conversación sigilosa que «España está sin rey, que es estar sin gloria, sin vida y sin honor. ¿Había, por ventura, Constitución cuando España fue el primer país del mundo? Eso de hacer el pueblo las leyes es lo más monstruoso que cabe. ¿Cuándo se ha visto que el que ha de ser mandado haga las leyes? ¿Sería justo que nuestros criados nos mandaran? Aquí no hay rey ni Dios. Pero esto se acabará; yo te juro que se acabará». He aquí contrapuestas la gloria de la nación con la existencia de un régimen constitucional, a ojos de un absolutista.

Este personaje es asaltado por cinco exaltados, que le ordenan que grite «¡Viva la Constitución!». En ese momento, le ayuda un militar que pasa por el lugar, y ante la insistencia de los asaltantes, le recomienda: «Vamos... dígalo usted, es cosa que cuesta poco, y además hoy debe decirlo todo buen español». Ante la férrea negativa del asaltado, la impresión de que estaba loco o borracho le saca del aprieto. Veamos cómo aparece aquí otra identificación de signo contrario, la de la nación y la Constitución, todo buen español debe ser constitucionalista, ahora a ojos de los liberales.

Cuando el joven militar acompaña al anciano Elías hasta su casa, parece que intenta facilitar un punto de encuentro: «La libertad política, aplicación al gobierno del más bello de los atributos del hombre, es el ideal de los Estados. Pero ¡qué penosos son los primeros días de práctica! ¡Cómo nos aturde y desespera el primer ensayo de esta máquina! El mayor inconveniente es la impaciencia. Hay que tener perseverancia y fe, esperar a que la libertad dé sus frutos, y no condenarla desde el primer día».

El protector del anciano profundiza en sus pensamientos, advirtiéndole que «es de deplorar que los primeros derechos concedidos por la libertad sean mal empleados por algunos hombres. El hábito de la libertad es uno de los más difíciles de adquirir, y tenemos que sufrir los desaciertos de los que por su natural rudeza tardan más en adquirir este hábito. Pero no desconfiemos por eso, amigo. Usted, que es sin duda buen liberal, y yo, que lo soy muy mucho, sabremos esperar. No maldigamos al sol porque en los primeros momentos de la mañana produce molestia en nuestros ojos, cuando salen bruscamente de la oscuridad y del sueño».

Ante la falta de respuesta del anciano, nuestro militar insiste en la necesidad de prevenir posibles tentaciones retrógradas en respuesta a los excesos que apunta, pues «más vale que tengan libertad ciento que no la comprenden, que la pierda uno solo que conoce su valor. Los males que con ella pudieran ocasionar los ignorantes son inferiores al inmenso bien que un solo hombre ilustrado pueda hacer con ella. No privemos de la libertad a un discreto por quitársela a cien imprudentes».

Resulta que el maltratado anciano había luchado en la guerra de la independencia, «en las filas de Echevarri y el Empecinado». De vuelta a su pueblo natal, «supo el incremento que tomaba el partido constitucional y el entusiasmo con

que en toda la Península era mirada la asamblea de Cádiz. Advirtamos que Elías detestaba de muerte a los constitucionales». Dicho de otro modo, aún luchando por la misma nación, Elías no identificaba a los constitucionales con los defensores de la independencia española. A sus cuarenta años tenía una pasión: «El amor al despotismo, el odio a toda tolerancia, a toda libertad... al llegar a aquella época, en que era imposible a todo español apartar la vista del gran problema que se trataba de resolver, la escondida vehemencia de sentimientos de Elías se manifestó, y no en forma de amor, ni de avaricia, ni de ambición: se manifestó en forma de pasión política, de adhesión frenética a un sistema y odio profundo al contrario». La nación dividida por obra de la exaltación política.

Paradójicamente, nuestro anciano tenía un sobrino de nombre Lázaro, estudiante de Humanidades, en quien las «nuevas ideas» habían hallado «un creyente decidido». El joven «sintió en sí el ardor del patriotismo; creyose llamado a ser apóstol de las nuevas ideas, y con ardiente fe y noble sentimiento las abrazó». De tal modo, una idea exacerbada de patria puede provocar tan encontrados pareceres en miembros de una misma familia.

La narración avanza hasta el 18 de septiembre de 1821. Las calles de Madrid bullen y en un corrillo se cuenta que al día siguiente habrá una procesión cívica en honor de Riego. Uno de los oyentes de esta noticia exclama: «¿Íbamos a consentir que se maltratara al héroe de las Cabezas, al fundador de las libertades de España?». En la procesión se pretende pasear el retrato del homenajeado, que aparece «representado de uniforme, y con el libro de la Constitución en la mano». El Gobierno había prohibido tal exhibición. Pero uno de los intervinientes apunta: «Habrá procesión o no somos españoles». La defensa del ideal liberal aparece aquí de nuevo como señal del español.

Lázaro termina preso en la cárcel de la villa como consecuencia de los alborotos ocasionados el día de la procesión. Cuando el viejo Elías visita a su sobrino en prisión, el realista le reconviene que «España está a punto de reconocer su error. Mira cómo rebulle por todas partes. El odio a la Constitución late en todos los corazones honrados. Pronto verás al rey recobrar sus sagrados privilegios, que sólo Dios con la muerte puede quitarle». Su sobrino Lázaro le replica: «¿Y lo que este pueblo ha conquistado con tanta sangre, será perdido por el orgullo de un solo hombre? Si así fuera, yo renegaría de nuestro linaje; y si España se dejara ultrajar de ese modo, sería digna de mejor suerte».

El desencuentro entre ambos familiares es inevitable. Lázaro prosigue: «Yo, ciudadano de esta nación, tengo derecho a hacer las leyes que han de regirme; tengo derecho a reunirme con mis hermanos para elegir un legislador». Elías objeta que «para darte leyes y obligarte a cumplirlas existe un hombre sagrado, ungido por Dios». Además, lamenta «el espectáculo de esta nación. Unos cuantos desalmados le dan leyes en nombre de un principio absurdo, contrario a la naturaleza. Sólo al rey ha dado Dios soberanía. ¡Qué desorden! ¡El rey obligado

por una turba de soldados rebeldes a jurar aquel Código abominable! Lo juró; pero en el fondo de su alma lo detesta. No podía ser de otra manera. Está prisionero, prisionero de sus vasallos que juegan con él. El rey se ve obligado a representar la más horrible farsa. Jamás la dignidad real ha descendido tanto. Pero él se librará de esta horrible tutela, porque Europa, si es preciso, se coligará para salvar a España. Ya España ha salvado a Europa... España se alzaré contra ese absurdo sistema, y Fernando volverá a ser nuestro rey amado».

Elías planea promover un atentado de los liberales exaltados que precipite los acontecimientos a favor de las posiciones realistas. Cuando habla con los conjurados exclama: «¡Bendita la nación!... Bendita la nación que tiene un pueblo tan impresionable y dócil, porque si bien puede extraviarse, puede servir también de instrumento para volver al buen camino, y luego con un sistema de represión el pueblo no volverá a ser impresionado por nadie». La nación y el pueblo diferenciados y en manos de unos y de otros.

7. EL AUDAZ. HISTORIA DE UN RADICAL DE ANTAÑO (1871)

En el año 1871, Galdós inicia su relación con Santander y conoce a Pereda, de quien había leído sus *Escenas montañesas*. La novela que nos ocupa en este apartado comienza con un curioso diálogo entre un fraile franciscano (el padre Jerónimo de Matamala) y un ateo (Martín Martínez Muriel) allá por el año 1804. Muriel había estudiado en Sevilla, donde entró en contacto con las ideas volterianas. Cuenta el narrador que «la imaginación arrebatada del joven Muriel fue una tierra fecundísima en que las nuevas ideas germinaron con asombroso desarrollo... La abolición de privilegios, la negación del derecho divino, la soberanía nacional, los derechos del hombre. He aquí los grandes problemas planteados en aquellos días». En tal estado, Muriel conoce que su padre y su hermano pequeño están presos en Granada, por lo que acude a la corte para interceder por ellos. La nula atención lograda y el escaso éxito de sus gestiones le llevan a concluir que «la corrupción era general y crónica. Comprábanse los destinos y la justicia era objeto de granjería. Él, a ser rico, hubiera comprado a España entera... al ver de cerca las cosas, conociendo la ignorancia y frivolidad de la alta clase... la infame corruptela que gangrenaba el cuerpo político, su saña se encontró, y de aquel espíritu lleno de tribulaciones se apoderó al fin por completo lo que era a la vez un sentimiento y una idea: la revolución».

En el transcurso de la mencionada conversación, el fraile sugiere a Martín que solicite un beneficio para poder vivir dignamente. Éste le responde: «¡Yo solicitar!... Solicitar es comprar, es corromper al Estado entero, desde el alcalde de casa y corte y el corregidor perpetuo con juro de heredad, hasta el pinche de las cocinas del rey y el limpiabotas de Godoy. Yo no solicito, porque soy pobre».

Ante las proclamas revolucionarias del ateo, el padre Matamala intenta llevarle por el camino de la moderación. Vano intento. Martín vaticina que la situación

actual no durará mucho, «será más tarde o más temprano, pero que se viene al suelo es indudable... Ustedes, los privilegios, los mayorazgos, los diezmos, el rey, Godoy y todo este modo de gobernar que hay ahora. Esto es tan indudable, que es preciso estar ciego para no verlo». Ante tal desafío, el monje le responde: «Ríete de eso: lo que tiene por base la santa religión y este amor que hay aquí a los reyes... Aquí han hablado de Constituciones y cosas como las que hay en esos pueblos de allá... Pero eso no cuaja en esta tierra de la lealtad. Somos demasiado buenos para eso».

Lejos de amainar, la ira de Martín aumenta. Para intentar aplacarla, el padre Matamala le anuncia que «San Agustín era como tú. Oírás la voz del Señor y te convertirás. Tú amarás todo lo que ahora detestas; amarás a los nobles, protectores de las industrias y ejemplo de buenas costumbres; amarás a los reyes, imágenes de Dios en la tierra, que administran la justicia y se desvelan por el bienestar de sus leales vasallos; amarás a los frailes, pobres, humildes criaturas, que enseñan la buena doctrina, combaten los errores y consuelan a los afligidos». La respuesta de Martín es lapidaria: «Si fuera como usted dice, padre, yo amaría todas esas cosas. Si los nobles no ofrecieran en su conducta el ejemplo de todos los vicios; si yo viera en ustedes hombres de caridad, enemigos de las riquezas, en vez de hombres ociosos, ignorantes y fanáticos; si viera en la corte y en el gobierno hombres dignos que no tuvieran por único propósito esquilmar a la nación en provecho propio, yo les amaría». En palabras del narrador: «Muriel no perdonaba a ninguna de las instituciones de que habló las faltas de sus individuos».

Al mismo tiempo, el peso de la Historia deja sentir su presencia y el relator advierte que nuestro personaje «ignoraba que lo que se intentaba aniquilar era inmensamente más poderoso que los razonamientos de dos o tres individuos; que aquello tenía la fuerza de los hechos, de un hecho colosal, consagrado por los siglos y aceptado por la nación entera. Además, no comprendía que si la idea vence alguna vez a la fuerza, no es fácil que venza a los intereses. La transformación con que él soñaba era obra lenta y difícil. Solo intentarla costó después mucha sangre».

De vuelta en la corte, Martín es engatusado para que participe activamente en la conspiración de Fernando VII contra su padre y Godoy. Creyendo que defiende ideas revolucionarias, tiene un encuentro con otro conspirador de la causa fernandina, un inquisidor. De modo inesperado, ambos desvelan sus cartas. Y descubren que son incompatibles. Muriel anuncia que «si España sigue mucho tiempo más sorda a la voz del siglo, no podemos decir que vivimos en Europa. Usted conocerá perfectamente los vicios de esta época, los antiguos cánceres que devoran a nuestra sociedad y la precisión en que estamos los hombres de la actual generación de poner remedio a tantos males».

En la creencia errónea de que habla con alguien que comparte sus opiniones, Corchón, que a tal nombre responde el inquisidor, le anima, pues «cuando reine el príncipe verá usted cómo se levanta la religión otra vez y tenemos a los filósofos guardaditos en las cárceles del Santo Oficio para que expliquen sus teorías a las ratas y a las telarañas». Sorprendido, Martín le pregunta: «¿Pero la causa del príncipe Fernando lleva por norte acabar con los abusos y extinguir poco a poco la tiranía y la corrupción que nos consumen?». La respuesta del inquisidor es terminante: «Nuestra causa es la destrucción de Godoy y de los suyos, y el esplendor de la santa religión y de sus venerables ministros, menoscabados con estas ideas y estos modos de gobernar que ahora corren».

El desencuentro es inmediato. Muriel asegura que «si el partido fernandista es lo que usted dice, será más aborrecido, más bárbaro y más digno del desprecio universal que el de Godoy... Si el partido fernandista representara la Inquisición montada a la antigua, la amortización y el gobierno absoluto, sería el partido de la barbarie, merecedor de que todos sus hombres fueran tenidos por locos o por imbéciles». Desengañado y amenazado por el inquisidor iracundo («¡Oh!, nosotros triunfaremos, y después...»), nuestro protagonista admite que «un día llegará en que todo me sea indiferente, sociedad, hombres; porque cuando se aspira a fines elevados y se tiene el sentimiento de la patria y de la civilización, cuando se da el primer paso y se tropieza con tales hombres, con el egoísmo, con la ignorancia, con la envidia, el alma se oprime y se desea no haber nacido».

Desengañado, al volver a hablar con su principal contacto en la conspiración, Martín le espeta que «¡la causa del Príncipe no es la causa del pueblo, no es la causa nacional! En apariencia así será; pero, realmente, si el triunfo es nuestro, el pueblo seguirá oprimido y humillado por los señoríos y las gabelas; seguirá bajo la influencia de clases eclesiásticas empeñadas en perpetuar sus preocupaciones y en que no abra jamás los ojos a la luz; seguirá sin leyes que garanticen su trabajo y su libertad, y la nación saldrá de unas manos para pasar a otras, como el esclavo que un amo vende a otro».

Sin embargo, nuestro personaje prosigue en pleno complot, con el intento de revertir sus fines desde dentro. Martín viaja a Toledo para cumplir su parte en la ejecución del proyecto conspirador, «redactó en pocas horas un plan completo, no solo para el movimiento, sino para el triunfo, y de antemano previno lo que debía hacer la junta de gobierno de la ciudad y del reino, que se establecería allí provisionalmente. Esta junta había de convocar unas Cortes generales, a las cuales competía decidir si pasaba la corona a las sienes de Fernando. Como medidas primordiales anteriores a la elección de Cortes, se dispondría la abolición del Santo Oficio, la desamortización completa, la extinción de señoríos, haciendo desaparecer el voto de Santiago, los diezmos y otros onerosos tributos. A las Cortes se dejaba el resolver sobre los mayorazgos y el fundamento de un nuevo derecho penal y civil». Durante el transcurso de una reunión, Muriel deja claro

que «caiga en buena hora ese hombre inmoral y presumido; pero sobre los escombros de su poder no se alzará otro lema que el de la *soberanía de la nación*». Apunta el narrador omnisciente que «de esta manera resonó por primera vez en una asamblea de conspiradores aquel emblema, que después habría de iniciar una lucha de medio siglo entre las aspiraciones de la inteligencia moderna y la invencible tenacidad de la civilización antigua, apegada a nuestro carácter a pesar de tantos y tan sangrientos esfuerzos por arrancarla».

8. LA NOVELA EN EL TRANVÍA (1871)

Este trabajo carece de particular interés para la materia que nos ocupa, salvo por el ingrediente de constituir una reflexión sobre las interacciones entre novela y realidad. Un pasajero del tranvía explica al narrador las desdichas de una condesa. Al poco tiempo, éste lee en un folletín algo parecido a la continuación del mismo relato y, de pronto, aparece sentado a su lado uno de los personajes de la trama, el «propio Mudarra, novelesco, inverosímil, convertido en ser vivo y compañero mío en aquel viaje... un objeto de cuya existencia real no estamos seguros». Dormido por el traqueteo del tranvía, nuestro narrador sueña con una escena y, al despertar sobresaltado, observa frente a sí la figura de uno de los protagonistas: «Me restregué los ojos para convencerme de que no dormía, y en efecto, despierto estaba, y tan despierto como ahora». Despierto, pero aturdido, el narrador no fue capaz de distinguir novela, sueño y realidad a lo largo del resto de la trama. Como dato biográfico a destacar en el año 1872, siguiente al que escribe el presente trabajo, Galdós ocupará el cargo de director de la *Revista de España* aproximadamente durante un año.

9. EPISODIOS NACIONALES: TRAFALGAR (1873)

A juicio de Mary Kempen, en sus primeros *Episodios Nacionales*, dedicados a la Guerra de la Independencia, nuestro autor esboza el enfrentamiento entre un concepto liberal de nación (fundado en los principios de libertad, fraternidad e igualdad) y un concepto más conservador (instituido bajo los principios tradicionales de unión entre el trono y el altar). Precisamente, Galdós comienza a publicar estos *Episodios* en los momentos más álgidos de la Revolución iniciada en el 68 y que culmina con la proclamación de la I República, pero también cuando comienza la tercera guerra carlista y, al mismo tiempo, alzan sus voces los partidarios de la restauración borbónica en la persona de Alfonso XII. Según Kempen, nuestro autor utiliza los *Episodios* para defender el modelo liberal, frente a las iniciativas de ambos grupos monárquicos²⁶. Al avezado lector corresponderá valorar la adecuación de tal aserto con la realidad de los textos.

Lo que sí representa con seguridad este episodio es el nacimiento de un sentimiento nacional en la persona del protagonista, el «amor santo de la patria».

Cuando nos presenta la obra, el actor principal y narrador, Araceli, recuerda que «sobre todos mis sentimientos domina uno: El que dirigió siempre mis acciones durante aquel azaroso período comprendido entre 1805 y 1834. Cercano al sepulcro, y considerándome el más inútil de los hombres, aún haces brotar lágrimas en mis ojos, amor santo de la patria. En cambio, yo aun puedo consagrarte una palabra, maldiciendo al ruín escéptico que te niega y al filósofo corrompido que te confunde con los intereses de un día. A este sentimiento consagré mi edad viril, y a él consagro esta faena de mis últimos años, poniéndole por genio tutelar o ángel custodio de mi existencia escrita, ya que lo fue de mi existencia real». De ahí que no extrañe el epíteto de nacionales que corona los episodios. El «amor santo de la patria» es el tema central, el motivo conductor, el eje vehicular del relato emprendido por el protagonista. Un amor afirmado, fundado, sólido y duradero.

En los prolegómenos de la célebre batalla que presta su nombre al episodio, un oficial de la Armada española, don Alonso, defiende ante su mujer la necesidad de apoyar la empresa. Todo ello a pesar de que «la alianza con Francia nos está haciendo mucho daño, pues si algún provecho resulta es para nuestra aliada, mientras todos los desastres son para nosotros». Le replica doña Francisca: «Entonces, tontos rematados, ¿para qué se os calientan las pajarillas con esta guerra?». La respuesta de don Alonso es terminante: «El honor de nuestra nación está empeñado».

De similar opinión parece Doña Flora, prima de don Alonso, en cuya casa pernocta antes de incorporarse a la escuadra, quien es descrita como «persona muy prendada de las cosas antiguas... Inflamada en amor patriótico, ya que en la madurez de su existencia no podía aspirar al calorcillo de otro amor, y orgullosa en extremo, como mujer y como dama española, el sentimiento nacional se asociaba en su espíritu al estampido de los cañones, y creía que la grandeza de los pueblos se medía por libras de pólvora».

Cuando el joven protagonista tiene el primer contacto con la tripulación embarcada en los buques, reflexiona que «verdad es que había gente muy decidida, especialmente en la clase de voluntarios; pero, por lo común, todos eran de leva; obedecían las órdenes como de mala gana, y estoy seguro de que no tenían ni el más leve sentimiento del patriotismo. No les hizo dignos del combate más que el combate mismo, como advertí después. A pesar del distinto temple moral de aquellos hombres, creo que en los solemnes momentos que precedieron al primer cañonazo, la idea de Dios estaba en todas las cabezas».

Ante la inminencia del combate, nuestro personaje reconoce que «por primera vez entonces percibí con completa claridad la idea de la patria, y mi corazón respondió a ella con espontáneos sentimientos, nuevos hasta aquel momento en mi alma». Gabriel, que a este nombre de pila responde, admite que «hasta entonces la patria se me representaba en las personas que gobernaban la nación, tales

como el rey y su célebre ministro, a quienes no consideraba con igual respeto. Como yo no sabía más Historia que la que aprendí en la Caleta [barrio gaditano donde nació], para mi era de ley que debía uno entusiasmarse al oír que los españoles habían matado muchos moros primero, y gran pacotilla de ingleses y franceses después. Me representaba, pues, a mi país como muy valiente; pero el valor que yo concebía era tan parecido a la barbarie como un huevo a otro huevo. Con tales pensamientos, el patriotismo no era para mi más que el orgullo de pertenecer a aquella casta de matadores de moros».

Sin embargo, al estar frente a frente a la realidad próxima de la contienda bélica, «en el momento que precedió al combate, comprendí todo lo que aquella divina palabra significaba, y la idea de nacionalidad se abrió paso en mi espíritu, iluminándolo, y descubriendo infinitas maravillas, como el sol que disipa la noche, y saca de la oscuridad un hermoso paisaje».

Nace así un nuevo concepto de nación, un concepto cuasi existencialista. Lo describe del siguiente modo: «Me representé a mi país como una inmensa tierra poblada de gentes, todos fraternalmente unidos; me representé la sociedad dividida en familias, en las cuales había esposas que mantener, hijos que educar, hacienda que conservar, honra que defender; me hice cargo de un pacto establecido entre tantos seres para ayudarse y sostenerse contra un ataque de fuera, y comprendí que por todos habían sido hechos aquellos barcos para defender la patria, es decir, el terreno en que ponían sus plantas, el surco regado con su sudor, la casa donde vivían sus ancianos padres, el huerto donde jugaban sus hijos, la colonia descubierta y conquistada por sus ascendientes, el puerto donde amarraban su embarcación fatigada del largo viaje, el almacén donde depositaban sus riquezas; la iglesia, sarcófago de sus mayores, habitáculo de sus santos y arca de sus creencias; la plaza, recinto de sus alegres pasatiempos; el hogar doméstico, cuyos antiguos muebles, transmitidos de generación en generación, parecen el símbolo de la perpetuidad de las naciones; la cocina, en cuyas paredes ahumadas parece que no se extingue nunca el eco de los cuentos con que las abuelas amasan la travesura e inquietud de los nietos; la calle, donde se ve desfilar caras amigas; el campo, el mar, el cielo; todo cuanto desde el nacer se asocia a nuestra existencia desde el pesebre de un animal querido hasta el trono de reyes patriarcales; todos los objetos en que vive prolongándose nuestra alma, como si el propio cuerpo no le bastara».

Con la derrota, tal sentimiento madura, hasta reconocer también la otredad, al otro constituido en nación, pues, admite Gabriel que «siempre se me habían representado los ingleses como verdaderos piratas o salteadores de los mares, gentezuela aventurera que no constituía nación y que vivía del merodeo. Cuando vi el orgullo con que enarbolaron su pabellón, saludándole con vivas aclamaciones, cuando advertí el gozo y la satisfacción que les causaba haber apresado el más grande y glorioso barco que hasta entonces surcó los mares, pensé que tam-

bién ellos tendrían su patria querida, que esta les habría confiado la defensa de su honor; me pareció que en aquella tierra, para mi misteriosa, que se llamaba Inglaterra, habían de existir, como en España, muchas gentes honradas, un rey paternal, y las madres, las hijas, las esposas, las hermanas de tan valientes marinos; los cuales, esperando con ansiedad su vuelta, rogarían a Dios que les concediera la victoria».

Sin embargo, todas estas grandes ideas y nociones sufren el duro contacto con la triste realidad. La capitulación presenta su lado más amargo cuando «el comandante Uriarte y el jefe de escuadra Cisneros se embarcaron en los botes de la oficialidad inglesa; y habiendo instado a mi amo para que entrase también en ellos, este se negó resueltamente, diciendo que deseaba ser el último en abandonar el *Trinidad*. Esto no dejó de contrariarme, porque desvanecidos en mi los efluvios de patriotismo que al principio me dieron cierto arrojo, no pensaba ya más que en salvar mi vida, y no era lo más a propósito para este noble fin el permanecer a bordo de un buque que se hundía por momentos».

Y la desgracia también suaviza los contornos y las ideas preconcebidas. El instinto de supervivencia aflora al lado de la consideración sencilla de lo humano. Relata Gabriel que «en nuestras lanchas iban españoles e ingleses, aunque era mayor el número de los primeros, y era curioso observar cómo fraternizaban, amparándose unos a otros en el común peligro, sin recordar que el día anterior se mataban en horrenda lucha, más parecidos a fieras que a hombres. Yo miraba a los ingleses, remando con tanta decisión como los nuestros; yo observaba en sus semblantes las mismas señales de terror o de esperanza y, sobre todo, la expresión propia del santo sentimiento de humanidad y caridad, que era el móvil de unos y otros. Con estos pensamientos, decía para mí: ¿Para qué son las guerras, Dios mío? ¿Por qué estos hombres no han de ser amigos en todas las ocasiones de la vida como lo son en las de peligro? Esto que veo, ¿no prueba que todos los hombres son hermanos?». Casi al final de su relato, nuestro personaje se pregunta: «¿No es triste considerar que solo la desgracia hace a los hombres hermanos?».

Pero, de pronto, la idea de nacionalidad obstaculiza tan humanitarios propósitos, «esto de que las islas han de querer quitarse unas a otras algún pedazo de tierra, lo echa todo a perder y, sin duda, en todas ellas debe de haber hombres muy malos, que son los que arman las guerras para su provecho particular, bien porque son ambiciosos y quieren mandar, bien porque son avaros y anhelan ser ricos. Estos hombres malos son los que engañan a los demás, a todos estos infelices que van a pelear y, para que el engaño sea completo, les impulsan a odiar a otras naciones; siembran la discordia, fomentan la envidia, y aquí tienen ustedes el resultado».

Un paso más adelante avanza la reflexión de nuestro personaje. Cuando un interlocutor le recuerda la gran responsabilidad que el almirante francés ha teni-

do en la derrota de la escuadra franco-española, Araceli musita para sí la objeción de que «un hombre tonto no es capaz de hacer en ningún momento de su vida los disparates que hacen a veces las naciones, dirigidas por centenares de hombres de talento».

Obsérvese el cambio en la concepción nacional del joven Gabriel, desde el primitivo y rudimentario que descubre en la antesala de la batalla, al más complejo y poliédrico desvelado tras la crudeza del enfrentamiento y la dimensión de lo humano que revela la derrota, más allá de fronteras convencionales y coyunturales. De esta obra podría sostenerse que vivifica en letra impresa la orteguiana afirmación: «Desconfío del amor de un hombre a su amigo o a su bandera cuando no le veo esforzarse en comprender al enemigo o a la bandera hostil»²⁷.

10. EPISODIOS NACIONALES: LA CORTE DE CARLOS IV (1873)

La acción acontece en los prolegómenos de la entrada de las tropas francesas en España y en los entresijos circundantes a la conspiración de El Escorial durante el otoño del año 1807. El narrador es el mismo joven Gabriel protagonista de las andanzas en Trafalgar, trasladado ahora a Madrid, donde sirve a una actriz. En este ambiente constata que muchos nobles gustaban de disfrutar de «aquella familiaridad con cómicos y otra gente de parecida laya. Excusado es decir que tales excursiones eran secretas y tenían por único objeto el esparcir y alegrar el espíritu abatido por la etiqueta. ¡Pobre gente! Aquellos nobles que buscaban la compañía del pueblo para disfrutar pasajeramente de alguna libertad en las costumbres estaban consumando, sin saberlo, la revolución que tanto temían, pues antes de que vinieran los franceses y los volterianos y los doceañistas, ya ellos estaban echando las bases de la futura igualdad».

Cuando Gabriel constata el interés de una dama de la alta sociedad para que deje a la actriz y pase a servirla, «al suponerme amado por una mujer poderosa, mis primeras ideas versaron sobre mi engrandecimiento personal, y el ansia de adquirir honores y destinos. En esto he reconocido después la sangre española. Siempre hemos sido los mismos». Interesado así por prosperar en la corte, y consciente de la necesidad de conocer la situación política del momento para llevar a buen término sus deseos, Araceli acude al mercado, pero tras algunos diálogos con unos y otros, «no había sacado en limpio gran cosa, ni disipado mis dudas... Lo único que vi con alguna claridad fue la general animadversión de que era objeto el Príncipe de la Paz, a quien se acusaba de corrompido, dilapidador, inmoral, traficante de destinos, polígamo, enemigo de la Iglesia y, por añadidura, de querer sentarse en el trono de nuestros reyes, lo cual me parecía el colmo de la atrocidad. También vi de un modo clarísimo que todas las clases sociales amaban al Príncipe de Asturias, siendo de notar que cuantos anhelaban su próxima elevación al trono fiaban tal empresa a la amistad de Bonaparte, cuyos ejércitos estaban entrando ya en España para dirigirse a Portugal... Hasta mucho tiempo

después no conocí que, entre los infinitos actos reprobables de aquel monstruo de la fortuna, había algunos que la posteridad, por el contrario, debía recordar siempre con agradecimiento».

Falto de noticias ciertas, Gabriel acude a Pacorro Chinitas, amolador, «varón manso y discreto» y «el hombre de más talento que conocí en aquellos días». Chinitas disiente de la opinión general, favorable a la entrada bonapartista como apoyo a la facción fernandina. Ante el asombro del interpelante, le plantea que «nosotros, los que no sabemos leer ni escribir, acertamos a veces mejor que ellos; y lo que ellos no pueden ver, porque les encandila el sol de un poder que tienen tan cerca, lo vemos nosotros desde abajo».

Araceli le responde que no tiene importancia que los franceses tomen Portugal, «con tal que quiten a ese hombre tan malo [Godoy]». La respuesta de Chinitas es clara: «Si cogen a Portugal porque es un reino chiquito, mañana cogerán a España, porque es grande. Yo me enfado cuando veo a esos bobalicones que andan por ahí, abates, petimetres, frailes, covachuelistas, y hasta usías muy estirados, que se ríen y se alegran cuando oyen decir que Napoleón se va a embolsar a Portugal, y con tal de ver por tierra al guardia [Godoy]... Y aunque ese hombre es una buena pieza y ha hecho muchas maldades, la mitad de lo que dicen es mentira. También habrás visto que hoy le escupen muchos que antes le adulaban; es que saben que va a caer, y la sombra del árbol carcomido no le gusta a la gente... Muchos que hoy se restriegan las manos de contento, llorarán mañana». Chinitas advierte al joven que no se fíe, que «esa gente de arriba es muy ambiciosa, y hablando mucho del bien del reino, lo que quiere es mandar, tenlo presente. Yo, aunque no me han enseñado a leer ni a escribir, tengo gramática parda; sé conocer a los hombres».

Recapitulando sobre las noticias que había adquirido, Gabriel advierte que «cada cual juzgaba los sucesos según sus pasiones, y como yo no podía formarme idea exacta de la importancia de aquellos hechos, en mi juvenil ignorancia y equivocado patriotismo, creía muy justo que el conquistador del siglo se apoderara de un pequeño reino, que a mi juicio no servía más que de estorbo... Fue singular cosa que el optimismo ciego de la mayoría no alcanzase a comprender lo que penetró con su ruda desconfianza el buen juicio del amolador».

Al servicio ahora de la alta dama en la corte, nuestro protagonista acude a El Escorial justo en los días en que sucede la conspiración fernandina. Una mañana observa cómo Carlos IV sale del real sitio para cazar. Lo que allí presencia le lleva a reflexionar que «aquel buen anciano, a pesar de su alta posición y de la paz que yo suponía en su interior, más me inspiraba lástima que envidia. Aquella se aumentó cuando vi que la gente del pueblo, reunida en torno al edificio, no mostraba a su rey ningún afecto, y hasta me pareció oír en algunos grupos murmullos y frases mal sonantes, que hasta entonces creo no se habían aplicado a ningún soberano de esta honrada nación».

Estando en palacio, Araceli oye inadvertidamente un diálogo entre su nueva señora y una desconocida (que, por sus palabras, parece ser la reina). Cuando esta alude al Secretario de Estado y del Despacho de Justicia, afirma que «no hace sino lo que queremos, y capaz sería de convertir en regentes de las Audiencias a los puntilleros de la plaza de toros, si se lo mandáramos. Es un buen sujeto, que cumple con su deber con la docilidad del verdadero ministro. El pobrecito se interesa mucho por el bien de la nación».

De regreso a la capital, Gabriel tiene un nuevo encuentro con Chinitas, el amolador. Preguntado por los nuevos sucesos, este afirma: «Creo que somos unos archipámpanos si nos fiamos de Napoleón. Este hombre que ha conquistado la Europa como quien no dice nada, ¿no tendrá ganitas de echarle la zarpa a la mejor tierra del mundo, que es España, cuando vea que los reyes y los príncipes que la gobiernan andan a la greña como mozas del partido?... Ya ha metido en España más de veinte mil hombres. Ya verás, ya verás, Gabrielillo, lo que te digo. Aquí vamos a ver cosas gordas y es preciso que estemos preparados, porque de nuestros reyes nada se debe esperar y todo lo hemos de hacer nosotros».

Como conocedor de los hechos futuros, nuestro narrador admite que Chinitas, «había previsto los acontecimientos con ojo seguro, y en cambio el héroe del siglo [Napoleón], que conocía a España por sus reyes, por sus ministros y por sus usías, quería saberlo todo y no sabía nada. Su equivocación acerca del país que iba a conquistar se explica fácilmente: supo sin duda lo que decían doña Ambrosia, D. Anatolio, el hortera, el padre Salmón y otros personajes; pero, ¡ay!, no oyó hablar al amolador».

He aquí el conflicto ya presente. La nación como territorio heredado por reyes, frente a la nación como pueblo, como entidad que toma conciencia de su destino y lo protagoniza. La primera queda arrumbada por Napoleón. La segunda nace o renace gracias precisamente a la invasión napoleónica.

11. EPISODIOS NACIONALES: EL 19 DE MARZO Y EL 2 DE MAYO (1873)

La primera parte de la acción tiene lugar ahora en Aranjuez. Allí reside Inés, la joven amada de Gabriel que, huérfana, vive con su tío Celestino, un viejo clérigo amante de los versos latinos. Deseoso de compartir sus conocimientos, cuando el anciano les explica las figuras literarias apunta, por ejemplo, que «este parloteo de las palabras para imitar los ruidos del mar tempestuoso de la nación cuando lo surca la nave del Estado se llama onomatopeya». Gabriel le cuenta las críticas populares contra Godoy, y este exclama que «nosotros no entendemos de negocios de Estado; ¿a qué viene el comentar las combinaciones y planes de estos hombres eminentes, que se desviven por hacernos felices?».

Contrasta con esta percepción del viejo clérigo, lo que masca Araceli en la calle. En los prolegómenos del motín, Gabriel pasea por Aranjuez y huele que algo se cuece en el ambiente, pues «en todos los grupos se hablaba del

Generalísimo... a los vasallos del buen Carlos no les parecía muy bien el viaje [que se había rumoreado que planeaba Godoy para alejar a los reyes hacia América, como habían hecho los de Portugal], y aunque hasta entonces no se les había hablado del derecho a influir en los destinos de esta nuestra bondadosa madre España, ello es que, guiados, sin duda, por su instinto y buen ingenio, aquellos benditos se disponían a probar que para algo respiraban doce millones de seres humanos el aire de la Península».

Cuando la multitud asalta la casa de Godoy, nuestro protagonista reflexiona sobre las sombras y debilidades de esta nación protagonista de sus destinos, si adopta ciertos comportamientos, pues «la turba siempre es valiente en presencia de estos ídolos indefensos para quienes ha sonado la hora de la caída. Tienen estos en contra la fatalidad de verse abandonados de improviso por los amigos tibios, por los servidores asalariados y hasta por los que todo lo deben al infeliz que cae, de modo que a las manos del odio justo o injusto, se unen para rematar la víctima las manos de la ingratitud, el más canalla de todos los vicios. Sintiendo el auxilio de la ingratitud, la turba se envalentona... La verdad es que todas las caídas repentinas, así como las elevaciones de la misma clase, tienen un manubrio interior, manejado por manos más expertas que las del vulgo».

Gabriel subraya que «ni por un momento cesaban los gritos de «muera Godoy»... Es de advertir que entre nosotros es muy común el intento de arreglar las más difíciles cuestiones mandando vivir o morir a quien se nos antoja, y somos tan dados a los gritos que repetidas veces hemos creído hacer con ellos alguna cosa». Ante la hoguera que quema toda clase de pertenencias que los amotinados encontraron en la casa del defenestrado Príncipe de la Paz, «se me figura que estaban convencidos de que hacían un gran papel político; de que... estaban cauterizando las más feas llagas de la doliente España. ¡Ay! He presenciado después la misma escena repetida cada pocos años ya por esta idea, ya por la otra, y he dicho: «Algunas veces puede conseguirlo la espada en manos de un hombre de genio; pero el fuego en manos del vulgo, jamás»».

Más adelante asevera que «el vulgo, esa turba que pide las cosas sin saber lo que pide, y grita viva esto y lo otro, sin haber estudiado la cartilla, es una calamidad de las naciones, y yo a ser rey haría siempre lo contrario a lo que el vulgo quiere. La mejor cosa hecha por el vulgo resulta mala». Como muestra de estos efectos, Gabriel narra cómo «el pueblo vitoreaba al nuevo rey [Fernando VII]; el plan concebido en las antecámaras de palacio había sido puesto en ejecución con el éxito más lisonjero. Todo estaba hecho, y los cortesanos que desde los balcones contemplaban con desprecio el entusiasmo de la fiera, tan brutal en su odio como en su alegría, no cabían en sí de satisfacción, creyendo haber realizado un gran prodigio. En su ignorancia y necesidad no se les alcanzaba que habían envilecido el trono, haciendo creer a Napoleón que una nación donde príncipes y reyes

jugaban la corona a cara y cruz sobre la capa rota del populacho, no podía ser inexpugnable».

Ya en Madrid, en la mañana del 2 de mayo, cuando comienza a reunirse cierta multitud ante la noticia de que los franceses pretenden que el último miembro de la familia real abandone la corte, comienzan a sonar las primeras campanas a rebato y Gabriel apunta que «la campana de ese arrebató glorioso no suena sino cuando son muchos los corazones dispuestos a palpitar en concordancia con su anhelante ritmo, y raras veces presenta la historia ejemplos como aquel, porque el sentimiento patrio no hace milagros sino cuando es una condensación colosal, una unidad sin discrepancias de ningún género, y por lo tanto una fuerza irresistible y superior a cuantos obstáculos pueden oponerle los recursos materiales, el genio militar y la muchedumbre de enemigos. El más poderoso genio de la guerra es la conciencia nacional, y la disciplina que da más cohesión al patriotismo». El contraste entre los dos momentos (19 de marzo y 2 de mayo) es clave. Representa el paso de una nación debilitada por el enfrentamiento entre el príncipe heredero y el rey, a una nación unida frente a la ocupación extranjera.

12. EPISODIOS NACIONALES: BAILÉN (1873)

Como claro contraste con lo anterior, en este episodio aparece un afrancesado, Luis de Santorcaz, que ensalza los logros del régimen napoleónico. Frente a sus afirmaciones de que, pese a los sucesos del 2 de mayo, finalmente «España no podrá menos de someterse», un anciano le replica: «España no se somete, no señor, no se somete... porque aquí no somos como esos cobardes prusianos y austriacos de que usted nos habla. España echará a los franceses, aunque los manden todos los emperadores nacidos y por nacer, porque si Francia tiene a Napoleón, España tiene a Santiago, que es además de general un santo del cielo».

Es así como el sentimiento nacional se nutre también de lo religioso. Pero no solo de ello. Incluso el amor materno cede ante sus exigencias. En los prolegómenos del enfrentamiento con los franceses en Andalucía que da nombre al presente episodio, una madre de condición noble, doña María, explica a su joven primogénito, presto a marchar hacia el frente, que «todos los jóvenes se deben a su rey y a su patria en estos terribles días en que un miserable extranjero se atreve a conquistar España. Hijo mío, mucho te amo; pero prefiero verte muerto en los campos de batalla y pisoteado por los caballos franceses, a que se diga que el hijo del conde de Rumbler no disparó un tiro en defensa de su patria». Justo antes de partir, le advierte: «Mira que vas a combatir al enemigo y a defender la religión, la patria, el Estado y el rey. Si cobarde vuelves la espalda, no vuelvas jamás a mi casa, ni te acuerdes nunca de tu madre».

De vuelta con nuestro protagonista Gabriel, este contempla la heterogénea composición del ejército que está dispuesto a salir de Córdoba al encuentro de los franceses y apunta que la fuerza armada «se formó de lo que existía; entraron

a componer aquel gran amasijo la flor y la escoria de la nación; nada quedó escondido, porque aquella fermentación lo sacó todo a la superficie, y el cráter de nuestra venganza esputaba lo mismo el puro fuego, que las pestilentes lavas. Removido el seno de la patria, echó fuera cuanto habían engendrado en él los gloriosos y los degenerados siglos; y no alcanzando a defenderse con un solo brazo, trabajó con el derecho y el izquierdo, blandiendo con aquel la espada histórica y con este la navaja».

Tal heterogeneidad de fuerzas unidas frente al invasor, también trasluce en las ideas defendidas. El afrancesado Santorcaz, a quien conocimos al inicio de este capítulo, forma parte de este ejército y pronto surgen conversaciones con el resto de combatientes. En una de ellas, plantea que el tiempo de los mayorazgos se acerca a su fin y desea que «todos los hermanos varones y hembras entren a heredar por partes iguales». Uno de los participantes exclama: «Eso no puede ser... Pues qué, ¿el rey iba a ser tan tonto que quitara los mayorazgos? Nada, nada; los dejará siempre por la cuenta que le tiene». Santorcaz le replica: «Es que si el rey no quiere quitarlos, no faltará quien los quite». Apunta el narrador que «todos se rieron al oír sostener la idea de que existe alguna voluntad superior a la voluntad del rey». Otro añade: «¿Cómo puede ser eso? Si el rey no quiere... ¿Hay quien esté por encima del rey? El rey manda en todas partes, y digan lo que quieran, no hay más que su sacra real voluntad». A lo que el afrancesado refuta: «Y si todos los españoles dijeran a una voz: «Queremos esto, señor rey, nos da la gana hacer esto», ¿qué haría el rey?». Una frase lapidaria concluye el capítulo, pues, ante tamaña afirmación, «abrióronse de nuevo todas las bocas, y nadie supo contestar».

Santorcaz parece ver una oportunidad para extender su pensamiento a la situación actual y sostiene que, precisamente, lo que pasa ahora en España es que «el reino ha tenido voluntad de hacer una cosa y la está haciendo, contra el parecer del rey y del emperador... Si no reconocemos las abdicaciones [las presentadas por Fernando VII y Carlos IV ante Napoleón en Bayona], ni admitiremos de rey a ese D. José, ni nos da la gana de obedecer al emperador, porque los españoles mandamos en nuestra casa, y si los reyes se han hecho para gobernar-nos, a nosotros no nos han parido nuestras madres para que ellos nos lleven y nos traigan como si fuéramos manadas de carneros... Pues esto ni más ni menos es lo que está pasando aquí... ¿Quién manda, quién dispone las cosas, quién hace y deshace, el rey o el reino?».

El afrancesado está lanzado y señala que si los españoles «pueden hacer lo que están haciendo, no pueden también decir el día de mañana: «Vamos, no queremos que haya más Inquisición, ni más vinculaciones»... pongo por caso». Uno de los soldados, Marijuán, le objeta que «si todos los españoles van a hacer eso, y cada uno empieza a gritar por su lado, diciendo lo que quiere, se armará tal laberinto que no podrán entenderse». Santorcaz supera presto la objeción:

«¿No veis que hay en Sevilla una junta que es la que dispone? ¿No veis que hay otra en Granada, otra en Córdoba y otra en Málaga, etc.? Pues en lugar de todas esas juntas pequeñas que gobiernan en cada pueblo, ¿no puede haber una muy grande que se reúna en Madrid y acuerde lo que se ha de hacer?».

Pero llega la hora de pasar de las palabras a las armas. Con la victoria de las fuerzas españolas y ante la visión de las tropas francesas derrotadas en retirada, después de haberse rendido y entregado sus armas, Gabriel reflexiona que tras «haber borrado la geografía del continente para hacer otra nueva, clavando sus banderas donde mejor les pareció, desbaratando imperios, y haciendo con tronos y reyes un juego de titiriteros, tropezaban en una piedra del camino de aquella remota Andalucía, tierra casi olvidada del mundo desde la expulsión del islamismo. Su caída hizo estremecer de gozosa esperanza a todas las naciones oprimidas. Ninguna victoria francesa resonó tanto en Europa como aquella derrota, que fue sin disputa el primer traspies del imperio. Desde entonces caminó mucho, pero siempre cojeando. España, armándose toda y rechazando la invasión con la espada y la tea, con la navaja, con las uñas y con los dientes, iba a probar, como dijo un francés, que los ejércitos sucumben, pero que las naciones son invencibles».

13. EPISODIOS NACIONALES: NAPOLEÓN EN CHAMARTÍN (1874)

Es sabido que la guerra de la independencia supone la floración de toda una serie de publicaciones, folletos, periódicos, etc. Nuestro protagonista ahora está en Madrid, ciudad a la que había dirigido sus pasos con el triunfo de Bailén aún vivo en el recuerdo. En la casa donde se hospeda concurren una serie de personajes. Uno de ellos está totalmente entregado a la lectura y comunicación pública del contenido de tales publicaciones. Otro le advierte que «si la junta leyera mis consejos, al punto mandaría suprimir ese y todos los demás papeles. ¿Para qué se quieren papeles?».

El interpelado le contesta que si todos los españoles los leyeran «con tanto fervor como yo, pronto se remediarían los males de la nación. Y no hay que darle vueltas, señores, lo que este [semanario] dice es el evangelio». El mencionado *Semanario Patriótico* contenía afirmaciones como la siguiente: «La violencia, la opresión, la credulidad llegan frecuentemente a adormecer a los pueblos, a fascinar su entendimiento, a quebrantar en ellos los resortes de la naturaleza; pero cuando por favorables circunstancias abren los ojos y oyen la voz de la razón; cuando la necesidad les fuerza a salir de su letargo, entonces ven que los pretendidos derechos de sus tiranos no son sino efectos de la injusticia, de la fuerza o de la seducción; entonces es cuando las naciones, acordándose de su dignidad, ven que ellas no se han sometido a la autoridad sino para su bien, y que jamás han podido dar a nadie el derecho irrevocable de hacerlas felices». Aprovecha para leer otro que anuncia «el glorioso día en que se reúnan los pueblos por me-

dio de sus representantes para tratar del bien común. Este es el objeto con que se instituyeron las sociedades civiles; no el engrandecimiento de un solo hombre con perjuicio de todos los demás. Reunidas aquellas, es como puede conocerse a fondo el estado de una nación, sus recursos, sus necesidades y los medios que deben adoptarse para su bienestar y prosperidad; y donde faltan estas solemnes asambleas, los monarcas, mal aconsejados, caminarán ciegamente al despotismo, tal vez contra sus buenos deseos».

Todo ello genera un intercambio de pareceres en el que tercian dos jóvenes hermanas. La mayor sostiene que «los españoles guerrear porque no quieren que los manden los franceses... y también para defender los usos y prácticas del reino contra las novelorías que quiere poner aquí Napoleón». En cambio, la menor entiende que «los españoles guerrear por echar a los franceses y por mejorar la mala condición de los reinos, quitando las muchas cosas malas que hay». Concluye nuestro narrador que «estas dos opiniones dieron pie a una acalorada disputa que no copio porque nada sacarían de ella en limpio mis lectores, toda vez que es público y notorio que en lo que va de siglo la historia, la grave y cachazuda historia no ha podido dilucidar la cuestión planteada por aquellas dos niñas, y aun hoy andan a la greña eminentes escritores por averiguar si decía verdad la mayor o la menor» de las hermanas.

Trasladado nuestro protagonista a la casa de una condesa, también presencia una discusión que gira en torno al mismo fondo problemático. Un eclesiástico explica a la señora que los españoles, «bajo la aparente conformidad que nos da la guerra, estamos muy divididos, y eso se conocerá cuando con las paces venga el deseo de establecer las nuevas leyes que nos han de regir». Apunta que ya circulan varios papeles que plantean la necesidad de proponer «la Constitución que la España necesita para cortar de raíz el despotismo» o «sobre el modo de establecer una Constitución». Asimismo, le muestra publicaciones de contrario parecer, de modo que «no es posible contener esta gritería que por todos lados sale en defensa de opuestos intereses, y venga lo que viniere, que si Dios no lo remedia, será gordo y sonado... Esa controversia está en las entrañas de la sociedad española, y que no se aplacará fácilmente, porque los males hondos quieren hondísimos remedios, y no sé yo si tendremos quien sepa aplicar estos con aquel tacto y prudencia que exige un enfermo por diferentes partes atacado de complicadas dolencias. Los españoles son hasta ahora valientes y honrados; pero muy fogosos en sus pasiones, y si se desatan en rencorosos sentimientos unos contra otros, no sé cómo se van a entender».

Concluidas las discusiones, Gabriel se apresta a incorporarse a la defensa militar de la ciudad y observa la pavorosa falta de medios materiales, «a esto habíamos llegado cuatro meses después de la victoria de Bailén. Todo al revés. Ayer barriendo a los franceses, y hoy dejándonos barrer; ayer poderosos y temibles, hoy impotentes y desbandados. Contrastes y antítesis y viceversas, propias

de la tierra, como el paño pardo, los garbanzos, el buen vino y el buen humor. ¡Oh España, cómo se te reconoce en cualquier parte de tu historia adonde se fije la vista!».

La situación es cada vez más complicada y, ante el descubrimiento de que un tercio de los cartuchos facilitados para la defensa no contienen pólvora, sino arena, algunos elementos acusan de traición a un tal Mañara. Levantada la plebe, le buscan, acaba linchado y asesinado, y sus restos mortales arrastados por la ciudad. Nuestro narrador sospecha que la víctima no fue responsable del contenido de los cartuchos y se interroga: «¿No habéis observado que todos los movimientos populares llevan en su seno un germen de traición, cuyo misterioso origen jamás se descubre? En todo aquello que hace la plebe por sí y de su propio brutal instinto llevada, se ve tras la apariencia de la pasión un tejido de alevosías, de menguados intereses o de criminales engaños; pero ningún sutil dedo puede tocar los hilos de esta tela escondida en cuyas mallas quedan enredados y cogidos mil bárbaros incautos... Vimos caer a Godoy, favorito de los reyes, y ahora hemos visto caer a Mañara, favorito del pueblo. Todas las privanzas que no tienen por fundamento el mérito o la virtud suelen acabar lo mismo. Pero nada hay más repugnante que la justicia popular, la cual tiene sobre sí el anatema de no acertar nunca, pues toda ella se funda en lo que llamaba Cervantes el vano discurso del vulgo, siempre engañado».

Pronto es un hecho que la defensa de Madrid frente a Napoleón es imposible y cunde el desaliento. Para Araceli es claro que «el pueblo español, que con presteza se inflama, con igual presteza se apaga, y si en una hora es fuego asolador que sube al cielo, en otra es ceniza que el viento arrastra y desparrama por la tierra». Pero también existen excepciones, pocas, pero existen. Uno de los voluntarios defensores de una posición resiste la rendición y pretende luchar o morir. Para él es inconcebible ver a «¡España vencida por Francia! ¡España vencida por Napoleón!. Esto es para volverse loco... Una nación como esta, que ha tenido debajo de la suela del zapato a todas las otras naciones, y especialmente a Francia; de modo que esta nación que antes no permitía que en la Europa se dijera una palabra más alta que otra, ¿ha de rendirse a cuatro troneras hambrones? ¿Cómo puede ser eso?... Caer a los pies de un miserable emperadorcillo salido de la nada, tramposo y embustero. Madrid no es Madrid si se rinde... Si no es posible defenderse, deber de los madrileños es dejarse morir todos». Ante los intentos de sus compañeros para disuadirle, les responde que «la ley ineludible de la patria me ha puesto en un lugar que debo defender aun a costa de la vida... La patria me manda esperar tranquilo, y la ley me veda el apartar los pies de aquel sitio. ¿No morían los mártires por la religión? Pues la patria es una segunda religión, y antes que faltar a su ley, el hombre debe morir».

14. EPISODIOS NACIONALES: ZARAGOZA (1874)

El presente episodio nos traslada a la resistencia zaragozana al segundo sitio de las tropas francesas. Cuando habla de Palafox, el líder militar de la lucha, Gabriel apunta que «si carecía de dotes intelectuales para dirigir obra tan ardua como aquella, tuvo el acierto de reconocer su incompetencia y rodeose de hombres insignes por distintos conceptos. Estos lo hacían todo, y Palafox quedábase tan solo con lo teatral. Sobre un pueblo en que tanto prevalece la imaginación, no podía menos de ejercer subyugador dominio aquel joven general, de ilustre familia y simpática figura, que se presentaba en todas partes reanimando a los débiles y distribuyendo recompensas a los animosos. Los zaragozanos habían simbolizado en él sus virtudes, su constancia, su patriotismo ideal con ribetes de místico y su fervor guerrero. Lo que él disponía, todos lo encontraban bueno y justo. Como aquellos monarcas a quienes las tradicionales leyes han hecho representación personal de los principios fundamentales del gobierno. Palafox no podía hacer nada malo; lo malo era obra de sus consejeros. Y en realidad, el ilustre caudillo reinaba y no gobernaba. Gobernaban el padre Basilio, O'Neilly, Saint-March y Butrón, clérigo escolapio el primero, generales insignes los otros tres».

Pero el asedio francés es implacable. La muerte rodea a los sitiados y fallece el hijo de uno de los protagonistas. Este intenta apartar a su madre del cuerpo, recordándole que «Dios nos ha dado un fuerte golpe, y nuestro hijo no vive ya. Ha muerto por la patria». La madre le responde: «¿Qué me importa a mi la patria? ¡Qué me devuelvan a mi hijo!». El padre clama al cielo: «¡Señor, Dios mío! ¡Santa Virgen del Pilar!... Nunca os ofendí a sabiendas ni deliberadamente. Por la patria, por la religión y por el rey he dado mis bienes y mis hijos... ¡Dichoso tú mil veces, hijo mío, que has muerto en el puesto del honor! ¡Desgraciados los que vivimos después de perderte!».

Al poco tiempo, el padre advierte a su otro hijo, el único varón que le queda, que «el deber es lo primero, y antes que cobarde prefiero verte como tu pobre hermano con la sien traspasada por una bala francesa». Cuando las fuerzas parecen declinar y apunta inevitable la derrota, este mismo padre indica que es «partidario de la resistencia a todo trance, cueste lo que cueste. He experimentado terribles desgracias... pero el honor nacional, llenando toda mi alma, a veces no deja hueco para otro sentimiento».

Ante la férrea resistencia zaragozana, los franceses no tienen más remedio que ir tomando la ciudad palmo a palmo, zapando por el subsuelo, «Francia ya no combatía: minaba. Era preciso desbaratar el suelo nacional para conquistarlo». La progresión francesa es sumamente lenta, la contumacia aragonesa irredenta, «han pasado días, y Zaragoza no se ha rendido, porque todavía algunos locos se obstinan en guardar para España aquel montón de polvo y ceniza. Siguen reventando los edificios, y Francia después de sentar un pie, gasta ejér-

bitos y quintales de pólvora para conquistar terreno en que poner el otro. España no se retira mientras tenga una baldosa en que apoyar la inmensa máquina de su bravura».

Para nuestro narrador, esta tenacidad es el elemento forjador definitivo de la nación española. Caída Zaragoza, con más de cincuenta mil fallecidos, subraya que «este sacrificio no será estéril, como sacrificio hecho en nombre de una idea... La idea de nacionalidad que España defendía contra el derecho de conquista y la usurpación. Cuando otros pueblos sucumbían, ella mantiene su derecho, lo defiende, y sacrificando su propia sangre y vida, lo consagra, como consagraban los mártires en el circo la idea cristiana. El resultado es que España... desacreditada con razón por sus continuas guerras civiles, sus malos gobiernos, su desorden, sus bancarrotas más o menos declaradas, sus inmorales partidos, sus extravagancias, sus toros y sus pronunciamientos, no ha visto nunca, después de 1808, puesta en duda la continuación de su nacionalidad... Nadie se atreve a intentar la conquista de esta casa de locos. Hombres de poco seso, o sin ninguno en ocasiones, los españoles darán mil caídas hoy como siempre, tropezando y levantándose, en la lucha de sus vicios ingénitos, de las cualidades eminentes que aún conservan, y de las que adquieren lentamente... Grandes subidas y bajadas, grandes asombros y sorpresas, aparentes muertes y resurrecciones prodigiosas reserva la providencia a esta gente, porque su destino es poder vivir en la agitación como la salamandra en el fuego; pero su permanencia nacional está y estará siempre asegurada».

15. EPISODIOS NACIONALES: GERONA (1874)

Este episodio comienza de un modo altamente descriptivo: «En el invierno de 1809 a 1810 las cosas de España no podían andar peor. Lo de menos era que nos derrotaran en Ocaña a los cuatro meses de la casi indecisa victoria de Talavera: aún había algo más desastroso y lamentable, y era la tormenta de malas pasiones que bramaba en torno a la junta central. Sucedió en Sevilla una cosa que no sorprenderá a mis lectores, si, como creo, son españoles, y es que allí todos querían mandar. Esto es achaque antiguo, y no sé qué tiene para la gente de este siglo el tal mando, que trastorna las cabezas más sólidas, da prestigio a los tontos, arrogancia a los débiles, al modesto audacia y al honrado desvergüenza. Pero sea lo que quiera, ello es que entonces andaban a la greña, sin atender al formidable enemigo que por todas partes nos cercaba».

A juicio de Gabriel, «las ambiciones injustificadas, las miserias, la vanidad ridícula, la pequeñez inflándose para parecer grande como la rana que quiso imitar al buey, la intolerancia, el fanatismo, la doblez, el orgullo rodeaban a aquella pobre junta, que ya en sus postrimerías no sabía a qué santo encomendarse. Bullían en torno a ella políticos de pacotilla de la primera hornada que en España tuvimos, generales pigmeos que no supieron ganar batalla alguna; y aunque ha-

bía también varones de mérito, así en la milicia como en lo civil, estos o no tenían arrojado para sobreponerse a los tontos, o carecían de aquellas prendas de carácter sin las cuales, en lo de gobernar, de poco valen la virtud y el talento».

Sin embargo, valora nuestro narrador positivamente que «las discordias de arriba no habían cundido a la masa común del país, que conservaba cierta inocencia salvaje con grandes vicios y no pocas prendas eminentes, por cuya razón la homogeneidad de sentimientos sobre que se cimentara la nacionalidad era aún poderosa, y España, hambrienta, desnuda y comida de pulgas, podía continuar la lucha».

Ello no le impide criticar duramente lo que él llama «la pasión política» (lo que, quizá, hoy, los medios llamarían, pasión partidaria o partidista), pues «no conozco peor ni más vil sentimiento que este, que impulsa a odiar al compatriota con mayor vehemencia que al extranjero invasor». En este caldo de cultivo de la «pasión política» encuentran un ambiente propicio de reproducción la «gentezuela sin ideal, que se perdería en las muchedumbres como las gotas de lluvia en el océano, si la vituperable neutralidad política de los españoles honrados, decentes, entendidos y patriotas, que son los más, no les permitiera actuar en la vida pública, tratando al país como un objeto de exclusiva pertenencia que se les ha dado para divertirse».

Centrado en el relato concreto de los sucesos que tuvieron por protagonista a la ciudad de Gerona, nuestro narrador cede el testigo a un compañero de fatigas, participante directo en los hechos, Andresillo Marijuán. En uno de sus relatos, Marijuán cuenta que tenía «por jefe en Santa Lucía a uno de los hombres más bravos de esta guerra, un irlandés llamado D. Rodulfo Marshall, que había venido a España sin que nadie lo trajese y solo por gusto de defender nuestra santa causa. Aventurero o no, Marshall por lo valiente debía haber sido español. Era rozagante, corpulento, de semblante festivo y mirar encendido... Hablaba mal nuestra lengua; pero aunque alguna de sus palabrotas nos causaban risa, decíalas con la suficiente claridad para ser entendidas, y nada importaba que destrozara el castellano con tal que destrozase también a los franceses». Lamentablemente, este líder es herido mortalmente en la batalla y, en el momento de expirar, exclama: «Muerdo contento por causa tan justa y por nación tan brava».

Uno de los protagonistas de este episodio es un médico, que cuida a una hija enferma, Josefina. Llegados los momentos más críticos del sitio, critica la determinación suicida del jefe de la plaza, Mariano Álvarez, quien defiende que «no hay más remedio que vencer o morir, y como vencer a los franceses es imposible, porque son ciento y la madre, saca la consecuencia. ¡Esto entusiasmo, Andresillo! Se le llena a uno la boca diciendo: ¡Viva Gerona y Fernando VIII!... Pero yo quisiera poder decir ¡Viva España y viva Josefina!, o que al menos entre las ruinas humeantes de esta ciudad y entre el montón que han de formar nuestros cuerpos despedazados, se alzara rebosando salud mi querida hija única que

nunca ha hecho mal a España, ni a Francia, ni a Europa, ni a las potencias del Norte ni del Sur».

Concluido el relato del sitio, Marijuán confiesa a Gabriel que tiene «lo suficiente para pasar con humilde bienestar y felicidad inalterable la vida, pues no me mortifica el escozor de la ambición, ni aspiro a altos empleos, a honores vanos, ni a la riqueza, madre de inquietudes y zozobras. Hoy peleo por la patria, no por amor a los engrandecimientos de la milicia, y de todos los presentes soy quizás el único que no sueña con ser general».

Recuperado el relato por Gabriel, con estremecedora anticipación, este reflexiona sobre el hecho de que «los malvados en grande escala que han tenido la suerte o la desgracia de que todo un continente se envilezca arrojándose a sus pies, llegan a creer que están por encima de las leyes morales, reguladoras según su criterio, tan solo de las menudencias de la vida. Por esta causa se atreven tranquilamente y sin que su empedernido corazón palpite con zozobra, a violar las leyes morales, ateniéndose para ello a las mil fútiles y movedizas reglas que ellos mismos dictaron llamándolas razones de estado, intereses de esta o de la otra nación; y a veces, si se les deja, sobre el vano eje de su capricho o de sus pasiones hacen mover y voltear a pueblos inocentes, a millares de individuos que no quieren sino el bien. Verdad es que parte de la responsabilidad corresponde al mundo, por permitir que media docena de hombres o uno solo jueguen con él a la pelota».

Y en este reparto de la responsabilidad incluye también al historiador, que «se emboha engañado por la grandeza óptica de lo que en realidad es pequeño, y aplaude y admira un delito tan solo porque es perpetrado en la extensión de todo un hemisferio... Invadir las naciones, saquearlas, apropiárselas, quebrantar los tratados, engañar al mundo entero, a reyes y a pueblos, no tener más ley que el capricho y sostenerse en constante rebelión contra la humanidad entera, es elevar al máximum de desarrollo el mismo sistema de nuestros famosos» bandoleros y asesinos. Añade que «si despojar a un viajante de su pañuelo se llama robo, para expresar la tala de una comarca, la expropiación forzosa de un pueblo entero, los idiomas tienen pérfidas voces y frases con que se llenan la boca los diplomáticos y los conquistadores... Para evitar esto debiera existir (no reírse) una policía de las naciones, corporación en verdad algo difícil de montar; pero entre tanto tenemos a la providencia».

Las vicisitudes de la guerra llevan a Gabriel hasta su natal Cádiz, «esto pasaba a principios de febrero [de 1810], y en los mismos días se nos dio orden de pasar a la Isla, porque en el continente... no había ni un palmo de terreno defendible. Toda España afluyó a aquel pedazo de país, y se juntaban allí ejército, nobleza, clero, pueblo, fuerza e inteligencia, toda la vida nacional en suma. De la misma manera, en momentos de repentino peligro para el hombre de ánimo esforzado, toda la sangre afluye al corazón, de donde sale después con nuevo brío». Sin

embargo, todo ello tuvo un efecto positivo en un comienzo de siglo que «en aquella misma peña vio condensada la nacionalidad española, ansiando regenerarse entre el doble cerco de las olas tempestuosas y del fuego enemigo... [Cádiz] iba a contener dentro de sus blancos muros el conjunto de la nacionalidad con todos sus elementos de vida en plena eferescencia».

16. EPISODIOS NACIONALES: CÁDIZ (1874)

En un Cádiz sitiado, Gabriel entabla conversación con un inglés, quien, a pesar de la negativa de las autoridades españolas, sostiene la conveniencia de que las tropas de su nación desembarquen en la isla para ayudar a la defensa de la ciudad. Nuestro protagonista rechaza la idea, por razones claras: «Nosotros agradecemos el auxilio que nos están dando nuestros aliados, más por odio al común enemigo que por amor a nosotros; esa es la verdad. Juntos pelean ambos ejércitos; pero si en las acciones campales es necesaria esta alianza, porque carecemos de tropas regulares que oponer a las de Napoleón, en la defensa de plazas fuertes harto se ha probado que no necesitamos ayuda. Además, las plazas fuertes que como esta son al mismo tiempo magníficas plazas comerciales, no deben entregarse nunca a un aliado por leal que sea; y como los paisanos de usted son tan comerciantes, quizás gustarían demasiado de esta ciudad, que no es más que un buque anclado a vista de tierra. Gibraltar casi nos está oyendo y lo puede decir».

Lejos de mostrar rechazo, el inglés aparenta conformidad y confiesa que aborrece «el comercio, aborrezco a Londres, mostrador nauseabundo de las drogas de todo el mundo; y cuando oigo decir que todas las altas instituciones de la vieja Inglaterra, el régimen colonial y nuestra gran marina tienen por objeto el sostenimiento del comercio y la protección de la sórdida avaricia de los negociantes que bañan sus cabezas redondas como quesos con el agua negra del Támesis, siento un crispamiento de nervios insoportable y me avergüenzo de ser inglés. El carácter inglés es egoísta, seco, duro como el bronce, formado en el ejército del cálculo y refractario a la poesía... No comprenden nada que no sea una cuenta... Se precian mucho de su libertad, pero no les importa que haya millones de esclavos en las colonias... Siempre que hablan de la dignidad nacional, debe entenderse que la quincalla inglesa es la mejor del mundo». En breves palabras, «cuando sale una expedición diciendo que va a vengar un agravio inferido al orgulloso leopardo, es que se quiere castigar a un pueblo asiático o africano que no compra bastante trapo de algodón».

Conforme avanza la conversación, las reticencias nacionales ceden paulatinamente y lord Gray (pues a este nombre respondía el caballero) reconoce: «Yo conceptúo más compatriota mío a cualquier español, italiano, griego o francés que muestre aficiones iguales a las mías, sepa interpretar mis sentimientos y corresponder a ellos, que a un inglés áspero, seco y con un alma sorda a todo rumor que no sea el son del oro contra la plata, y de la plata contra el cobre».

Curiosamente, Gabriel le afea su conducta, pues «la patria, señor inglés, es la madre común, que lo mismo cría y agasaja al hijo deforme y feo que al hermoso y robusto. Olvidarla es de ingratos; pero menospreciarla en público indica sentimientos quizás peores que la ingratitud». El interlocutor admite tales sentimientos, por lo que nuestro narrador le espeta: «Antes que pregonar delante de extranjeros los defectos de mis compatriotas, me arrancaría la lengua». La respuesta del inglés es sorprendente y desarma a Araceli: «Caballero, el carácter de usted y la viveza y espontaneidad de sus contradicciones y réplicas me seducen de tal manera que me siento inclinado hacia usted, no ya por la simpatía, sino por un afecto profundo».

En claro contraste con estos planteamientos abiertos al otro, al extranjero, y trasladados al escenario de una de las muchas tertulias que inundaban las tardes de la ciudad sitiada, uno de los participantes, defensor del uso del vestido tradicional español, lamenta que «las modas francesas han corrompido las costumbres... y con las modas, es decir, con las pelucas y los colores, han venido la falsedad del trato, la deshonestidad, la irreligión, el descaro de la juventud, la falta de respeto a los mayores, el mucho jurar y votar, el descoco e impudor, el atrevimiento, el robo, la mentira, y con estos males los no menos graves de la filosofía, el ateísmo, el democratismo y eso de la soberanía de la nación que ahora han sacado para colmo de la fiesta».

Durante el transcurso de la conversación, alguien apunta que «eso de la soberanía de la nación que han inventado ahora... anoche estaban explicándolo en casa de la Morlá, y por cierto que nadie lo entendía; eso de la soberanía de la nación si se llega a establecer va a traernos aquí otra revolución como la francesa, con su guillotina y sus atrocidades». Ante tal alegato, un tertuliano liberal clama: «Denme trescientos años de soberanía de la nación... y veremos si se cometen tantos excesos, arbitrariedades y desafueros como en trescientos años que no la ha habido».

De contraria opinión, otro participante reconoce con sorna que «ahora vamos a estar muy bien; si vamos a ver aquí el siglo de oro; si no va a haber injusticias, ni crímenes, ni borracheras, ni miserias, ni cosa mala alguna, pues para que nada nos falte, en vez de padres de la Iglesia, tenemos periodistas; en vez de santos, filósofos; en vez de teólogos, ateos». Prosigue la charla y unos de los contertulios sostiene que «nosotros hemos caído en la cuenta de que el rey existe para la nación y no la nación para el rey»; a lo que un contrincante replica: «Eso es... el rey para la nación, y la nación para los filósofos». Tales eran los encuentros y desencuentros nacionales a que podía uno asistir en el enclave gaditano.

Poco después, Gabriel reencuentra a un viejo conocido, D. Diego, conde de Rumblar, quien le confiesa que viene «huyendo de las tertulias de mi casa, que más que tertulias son un cónclave de clérigos, frailucos y enemigos de la libertad. Allí no se va más que a hablar mal de los periodistas y de los que quieren

Constitución. No se juega Gabriel, ni se baila, ni se refresca, ni se hablan más que sosadas y boberías». El conde le invita a venir a su casa, pero le advierte que «no abras la boca sino para decir mil pestes de las futuras Cortes, de la libertad de imprenta, de la revolución francesa, y ten cuidado de hacer una reverencia cuando se nombre al rey, y de decir algo en latín al modo de conjuro siempre que citen a Bonaparte, a Robespierre o a otro monstruo cualquiera».

De tertulias plurales a tertulias monocolors, de extranjeros aliados y amigos a extranjeros invasores, de partidarios y detractores de la soberanía nacional... muestra de la multiforme contrariedad de pareceres que confluirán en las Cortes. El día de su constitución estuvo acompañado de todo tipo de celebraciones públicas. Los diputados en comitiva venían «de la iglesia mayor, donde se había dicho solemne misa y cantado un *Te Deum*. El pueblo no cesaba de gritar ¡Viva la nación!, como pudiera gritar ¡viva el rey!».

Este encuentro de opiniones tenía efectos paradójicos y la defensa de ideas comunes puede saltar las barreras nacionales, incluso las religiosas. Nuestro conocido lord Gray acudía a la tertulia absolutista que acogía la casa del conde de Rumbler, hecho que llama la atención de Gabriel, pues «tal vez extrañará alguno de los que me oyen o me leen que con tan buena amistad fuera recibido un extranjero protestante en casa donde imperaban ciertas ideas con absoluto dominio; pero a esto les contestaré que en aquel tiempo eran los ingleses objeto de cariñosas atenciones, a causa del auxilio que la nación británica nos daba en la guerra; y como era opinión o si no opinión, deseo de muchos, que los ingleses... no veían con buenos ojos la novedad de la proyectada Constitución, de aquí que los partidarios del régimen absoluto trajeran y llevaran con palio a nuestros aliados».

17. EPISODIOS NACIONALES: JUAN MARTÍN EL EMPECINADO (1874)

Este nuevo episodio está destinado a «hablar de las guerrillas, que son la verdadera guerra nacional; del levantamiento del pueblo en los campos, de aquellos ejércitos espontáneos, nacidos en la tierra como la hierba nativa, cuya misteriosa simiente no arrojaron las manos del hombre; voy a hablar de aquella organización militar hecha por milagroso instinto a espaldas del Estado, de aquella anarquía reglamentada, que reproducía los tiempos primitivos».

Pondera nuestro narrador la dificultad de la lucha de un ejército convencional contra las guerrillas, dado que «su principal arma no es el trabuco ni el fusil, es el terreno; sí, el terreno, porque según la facilidad y la ciencia prodigiosa con que los guerrilleros se mueven en él, parece que se modifica a cada paso prestándose a sus maniobras». De este modo, la tierra patria, «el suelo se arma para defenderse de la invasión... es decir, el país en armas, el territorio, la geografía misma batiéndose».

Gabriel observa que el caudillaje nos presenta a tres arquetipos de personajes diferentes en España: el guerrillero, el contrabandista y el ladrón de caminos. En todos ellos «el aspecto es el mismo; solo el sentido moral les diferencia... Las partidas que tan fácilmente se forman en España pueden ser el sumo bien o mal execrable... Los españoles nacieron para descollar en varias y estimadísimas aptitudes, por lo cual tenemos tal número de santos, teólogos, poetas, políticos, pintores; pero con igual idoneidad sobresalen en los tres tipos que antes he indicado».

Después de repasar someramente su presencia en los grandes períodos de nuestra historia, nuestro protagonista advierte que «vino Napoleón y despertó todo el mundo. La frase castellana echarse a la calle es admirable por su exactitud y expresión. España entera se echó a la calle, o al campo; su corazón guerrero latió con fuerza y se ciñó laureles sin fin en la gloriosa frente; pero lo extraño es que Napoleón, aburrido al fin, marchó con las manos en la cabeza, y los españoles, movidos de la pícaro afición, continuaron haciendo de las suyas en diversas formas, y todavía no han vuelto a casa. La guerra de la independencia fue la gran academia del desorden».

A pesar de todo ello, a juicio de Araceli, es indudable que a los guerrilleros «se debe la permanencia nacional, el respeto que todavía infunde a los extraños el nombre de España, y esta seguridad vanagloriosa, pero justa, que durante medio siglo hemos tenido de que nadie se atreverá a meterse con nosotros... Los guerrilleros constituyen nuestra esencia nacional. Ellos son nuestro cuerpo y nuestra alma, son el espíritu, el genio, la historia de España; ellos son todo, grandeza y miseria, un conjunto informe de cualidades contrarias, la dignidad dispuesta al heroísmo, la crueldad inclinada al pillaje».

Esta contradictoria predisposición pone a prueba el mismo sentimiento nacional del protagonista, cuando tiene que asumir el hecho de que varios mandos y guerrilleros han cambiado de bando (al calor de las recompensas pecuniarias y honoríficas prometidas por los franceses), lo que provoca su misma prisión y el cuestionamiento de su sentido de pertenencia cuando este choca con sus sentimientos personales más profundos, cuando tiene que elegir entre el amor y la fidelidad a la defensa de la nación.

En un momento de la trama, nuestro narrador conoce al mismo Juan Martín el Empecinado. Informado por Gabriel y sus acompañantes de los últimos acontecimientos gaditanos, el líder guerrillero observa que «a esta fecha... ya debe estar hecha la Constitución. Veremos si hay alguien que ponga la mano en ella para quitarla. Yo, a ser la regencia y las Cortes, les metería el resuello en el cuerpo a todos esos mandrias servilones... No sé para qué estamos aquí los hombres que sostenemos la guerra. Como defendemos a España, defenderemos mañana la Constitución. Dicen que será hasta allí... una ley liberal y española que meta en cintura a los que no la quieren... Pues todos la queremos. Está la gente entu-

siasmada con la Constitución... Hay que oírles... Y dicen que nuestro cautivo monarca está contentísimo de que la hayamos hecho». Prosigue la conversación y el Empecinado advierte que «España, el rey, la Constitución: ese es mi remoquete. Nada más. Yo no hago la guerra como otros, por ganar perifollos, grados ni riquezas». He aquí cómo la trinidad entre Constitución, nación y forma de gobierno resume el espíritu de lucha de una parte importante de las fuerzas sociales implicadas en la defensa y liberación del territorio nacional.

18. EPISODIOS NACIONALES: LA BATALLA DE LOS ARAPILES (1875)

Si el episodio anterior está centrado primordialmente en las partidas de guerrilleros implicadas en la guerra de independencia, el presente pivotará en torno a las acciones de ejércitos regulares (auxiliados ocasionalmente por algunas partidas integradas en sus filas) que protagonizarán los episodios bélicos que culminan en la batalla que le da nombre. En esta ocasión, Gabriel tendrá que convivir con las tropas británicas a las que se había enfrentado en Trafalgar. En el suceso central del episodio, nuestro personaje combatirá integrado en sus filas.

Este nuevo volumen comienza con unas cartas remitidas desde la corte. Su remitente, persona de la nobleza española, acude a una audiencia con José I. Sus palabras son reveladoras de la guerra de opinión que existe bajo cualquier confrontación bélica y que el sentimiento nacional, en ocasiones, cuenta a la verdad entre sus potenciales víctimas. Leamos parte de una misiva: «He estado en palacio... y me he prosternado ante esa católica majestad de oropel, a quien sirven unos pocos españoles, moviéndose bulliciosamente para parecer muchos. Si yo dijera a cualquier habitante de Madrid que José I, conocido aquí por el tuerto, o por Pepe Botellas, es una persona amable, discreta, tolerante, de buenas costumbres, y que no desea más que el bien, me tendrían por loca o quizás por vendida a los franceses... No necesito decirte que cuanto hablan las gentes por ahí sobre sus turcas es un arma inventada por el patriotismo para ayudar a la defensa nacional. José no es borracho... es un rey bastante bueno, y al verle y tratarle no se puede menos de deplorar que lo hayan traído, en vez del nacimiento y el derecho, la usurpación y la guerra».

Esta noble también alude a los españoles afrancesados que viven a la sombra de la corte. Por ejemplo, comenta que un tal Estala, «el cual es afrancesado rabioso y ardiente... que publica artículos furibundos... y hace poco escribió, aludiendo a España, que los que nacen en un país de esclavitud no tienen patria, sino en el sentido en que la tienen los rebaños destinados para nuestro consumo. Por esto y otros atroces partos de su ingenio que publica la *Gaceta*, es aborrecido aún más que los franceses».

Fuera ya de la corte josefina, y trasladados a las correrías que acontecen en torno a la ocupación de Salamanca, aparecerá un nuevo personaje, una peculiar inglesa que acompaña al ejército aliado bajo el pretexto de conocer las peculiari-

dades de nuestro país. Ante ciertos acontecimientos, la inglesa exclama: «En España, solo en España podría encontrarse esto que enciende el corazón, despierta la fantasía y da a la vida el aliciente de vivas pasiones que necesita... No hay país como España para los sucesos raros y que en todo difieren de lo que es natural y corriente en los demás países».

Cuando Gabriel realiza una misión encubierta dentro de la misma ciudad de Salamanca, constata la destrucción de que han sido objeto numerosos conventos para establecer sistemas de defensa o acuartelamiento por parte de los franceses, «fabricando la guerra con los festos de la religión... nos dirigimos a un claustro, donde vi hasta dos docenas de soldados, que tendidos por el suelo jugaban y reían con bullicio, gente feliz en medio de aquella nacionalidad destruida, pobres jóvenes sencillos e ignorantes de las causas que les habían movido a convertir en polvo la obra de los siglos».

En el lance crucial del episodio, la toma del cerro conocido por el Arapil Grande, nuestro narrador deberá combatir dentro de una formación británica. Su destacamento avanza desde el llano y tiene la misión de tomar la cima, controlada por los franceses. Ante la sangría que se avecina, uno de sus compañeros escoceses cavila que el «hombre muere y las naciones viven... ¡Hurra por Inglaterra! ¡Qué importa morir! Un grano de arena que el viento lleva de aquí para allá no significa nada en la superficie del mundo. Dios nos está mirando, amigos, por los bellos ojos de la madre Inglaterra».

El proceso de maduración de Araceli le ha llevado desde los combates contra la escuadra inglesa en Trafalgar, pasando por su amistad con un inglés en el Cádiz de las Cortes, hasta llegar a compartir trinchera con los británicos frente a la ocupación francesa. En el fragor de la batalla, Gabriel reflexiona sobre sus antiguos enemigos y contendientes en Trafalgar y no tiene más remedio que admitir que «había visto cosas admirables en soldados españoles y franceses tratándose de atacar; pero no había visto nada comparable a los ingleses tratando de resistir. Yo no había visto que las columnas se dejaran acuchillar... Había gente para todo; para morir resistiendo y para matar empujando». En la hora de la última y decisiva ofensiva británica, cuesta arriba para desalojar a los franceses de la cima, «Inglaterra no cedía el espacio en que fijaba las suelas de sus zapatos, y para quitárselo y vencer aquel prodigio de constancia, era preciso a los franceses desplegar todo su arrojado favorecido por la altura. Aun así no lograban echar a los británicos por la pendiente abajo».

Con este episodio concluye la primera serie de los *Episodios Nacionales* y la guía de nuestro acompañante hasta ahora, Gabriel Araceli. Este cede su protagonismo con un «adiós, mis queridos amigos. No me atrevo a deciros que me imitéis, porque sería inmodestia; pero si sois jóvenes, si os halláis postergados por la fortuna, si encontráis ante vuestros ojos montañas escarpadas, inaccesibles alturas y no tenéis escalas ni cuerdas, pero sí manos vigorosas; si os halláis

imposibilitados para realizar en el mundo los generosos impulsos del pensamiento y las leyes del corazón, acordaos de Gabriel Araceli, que nació sin nada y lo tuvo todo».

19. EPISODIOS NACIONALES: EL EQUIPAJE DEL REY JOSÉ (1875)

Comienza la segunda serie de los *Episodios Nacionales*, y con ella nuevos protagonistas toman el mando de la narración. En este primer episodio, aparece la figura de un joven soldado, Salvadorcillo Monsalud, miembro de un grupo de fuerzas españolas al servicio de José Bonaparte. En su juventud, «aunque el joven tenía ideas y no pocas, si bien revueltas y confusas y desordenadas, aún no poseía las que comúnmente se llaman ideas políticas, es decir, no había llegado, a pesar del vehemente ardor de la generación de entonces, al convencimiento profundo de que la solución nacional fuese mejor o peor que la extranjera. No faltaba ciertamente en su corazón el sentimiento de la patria; pero estaba ahogado por el precoz desarrollo de otro sentimiento más concreto, más individual, más propio de su edad y de su temple, el amor. Está escrito, que en ciertos casos, tal vez siempre, el rostro de una mujer tenga mayores dimensiones y ocupe dentro del universo más grande espacio que las inmensidades materiales y morales de la patria».

Con Monsalud, Galdós traspasa las fronteras de la nación de nacimiento. ¿Qué es de los nacionales que apoyan a los franceses, o que, apoyando la lucha española, en realidad parece que piensan como los galos? Este hilo de pensamiento le lleva a reflexionar sobre las divisiones dentro del propio seno de la nacionalidad que traen causa de la defensa de ideas contrapuestas, de planteamientos diversos en torno a las formas de Estado y de Constitución, o de gobierno que más convienen a la propia nación. ¿Qué sucede con la negación del nacional de nacimiento si este sostiene una ideas contradictorias con las propias? ¿Es español el afrancesado nacido en España que apoya a la administración josefina? ¿Es español el liberal nacido en España que lucha contra los franceses, pero que sostiene parecidas ideas constitucionales? Veamos cómo se desarrollan estos interrogantes en el relato.

Nuestro joven Salvador debe abandonar Madrid con la retirada de las tropas francesas. Cuando esta retirada es un clamor popular, y solo quedan unas pocas unidades por salir, Monsalud recibe varias bolas de lodo arrojadas por chiquillos. El narrador omnisciente no deja de reflexionar sobre esta actitud del «populacho», pues «todos los vencidos sufren más o menos la cólera de esta deidad harapienta que por lo común no sale de sus madrigueras sino cuando el tirano ha caído. Si no le supo exterminar con su iniciativa y su fuerza, casi siempre se da el gustazo de rociarle con su fango; y a todas las instituciones o personas que caen por el esfuerzo de campeones de otra esfera más alta, el populacho les pone su ignominioso sello de inmundicia. La libertad y las *caenas*, a quienes alternati-

vamente aduló, han visto sobre sí en el momento terrible a la furia inmundada que les escupía. Como la hiena, es intrépida con los muertos».

La retirada del ejército francés favoreció a algunos, entre ellos a «los taberneros [que] no tenían manos para tanto despacho y muy alborozados escanciaban a los franceses, pues en esto del vender y ganar dinero no hay naciones: ellos quisieran tener un océano de aguardiente y vino, que junto con algunas pipas de linfa del Zadorra les hubiera hecho millonarios en un par de años de guerra».

De camino con el repliegue francés, Monsalud recalca en su pueblo natal, donde visita a su amor, que solo puede hablar con él a través de unas rendijas, pero que no le ve (lo que impide que distinga su uniforme josefino). Esta le pregunta sobre las noticias que aseguran que ha servido a los franceses, puesto que «el que en una guerra como esta –continuó la joven– da de lado a sus hermanos que están matándose por echar a los franceses; el que ayuda a los enemigos, a esa caterva de herejes, ladrones y borrachos, es un traidor cobarde, un ser despreciable, un Judas. Los perros de España merecen más consideración que el que tal vileza comete. Si tú la cometieras, Salvador, no sólo te aborrecería, sino que me mataría la vergüenza de haberte querido».

Ante tamaño alegato, el soldado choca con «la inmensidad del sentimiento patrio. Todo lo que en él había de violentamente salvaje desaparecía ante la grandeza de su lógica. Contra aquello ¿qué podían José ni Napoleón con todos sus ejércitos? Sobre aquel sentimiento, sobre aquel odio de las muchachas a todo el que no fuera patriota, descansaba la inmortalidad nacional, como una montaña sobre sus bases de granito. Monsalud lo vio todo, vio aquel gigante cruel y sublime, salvaje pero grandioso, y se inclinó ante él abrumado, vencido, resignado, comprendiendo su propia miseria y la magnitud aterradora de lo que tenía delante».

En este punto, aparece en la trama un nuevo protagonista, Fernando Garrote, el señor más poderoso del lugar, quien ha decidido tomar las armas contra los franceses y clama contra los «afrancesados, que son los que visten a la francesa, comen a la francesa y piensan a la francesa. Para ellos no hay España, y todos los que guerreemos por la patria somos necios y locos». Sin embargo, su inquina también conoce otros destinatarios, pues «todavía existe una canalla peor que la canalla afrancesada, pues éstos al menos son malvados descubiertos y los otros hipócritas infames. ¿Sabéis a quién me refiero? Pues os lo diré. Hablo de los que en Cádiz han hecho lo que llaman la Constitución y los que no se ocupan sino de nuevas leyes y nuevos principios y otras gansadas de que yo me reiría, si no viera que este torrente constitucional trae mucha agua turbia y hace espantoso ruido, por arrastrar en su seno piedras y cadáveres y fango. ¿Queréis pruebas? Pues oídlas. Estos hombres se fingen muy patriotas y aparentan odiar al francés, pero en realidad le aman. ¡Ah! Pasad la vista por sus abominables *gacetas*. ¿Las habéis leído? Decís que no. Pues yo las he leído y sé que respiran odio a los pa-

triotas, al Rey y a la sacrosanta religión. Son los discípulos de Voltaire, que van por el mundo predicando la nueva de Satanás... Hoy voy a combatir contra los franceses y mañana contra los afrancesados, que son peores, y después contra los llamados liberales que son pésimos».

La separación ya no la marca la nación de nacimiento, sino la idea de nación que cada uno sostenga. La idea de nación separa a nacionales. Cuando a Monsalud le reprochan que «¡por tus venas corre sangre española! ¿No aborreces a esos herejes, asesinos y ladrones, de cuyos crímenes horrendos eres cómplice, sin duda, por inocencia?»; el interpelado responde que, al contrario, «les estimo... porque ellos me ampararon cuando de todos era abandonado; diéronme de comer cuando me moría de hambre, y me pusieron este uniforme que han llevado los primeros soldados del mundo y los vencedores de toda Europa».

Y todo esto aunque ello suponga enfrentarse con su propia madre, pues «ella adora las atrocidades de los salvajes guerrilleros, y yo las aborrezco; ella se mira en Fernando VII, y yo lo tengo por un principillo corrompido y voluntarioso; ella detesta a los afrancesados, y yo les tengo por muy buenos patriotas, porque quieren regenerar a España con las ideas de Napoleón; ella no puede ver a los que han hecho la Constitución de Cádiz ni a los que se llaman liberales, y yo les admiro por creerlos inclinados a echarse en nuestros brazos».

Su interpelante no alberga duda. En ocasiones, ni las más elevadas, ni las más primarias razones son suficientes para explicar una traición, pues «los que nos han puesto el infame mote de *serviles*, los que insultan a los valientes guerrilleros, llamándoles ladrones de caminos y asesinos, los que en sus inmundas gacetas hacen befa de las cosas santas y de los ministros de Dios, y parodian a los franceses, imitando su lenguaje, sus costumbres, sus ideas, esos no pueden ser nuestros hijos, ni nuestros hermanos, ni nuestros primos, ni nada que con nosotros se roce y enlace, no pueden de ningún modo nacer de nosotros... Esa gente no es gente, esos españoles no son españoles. Entre ellos y nosotros, lucha eterna».

Por si faltara algún ingrediente, aparece la religión como elemento conformador de lo nacional. Adelanta el relato y otro de los actores asevera que «los renegados venden a sus hermanos, entregan la patria al enemigo para que este la despoje y la deshonne a su antojo extirpando en ella la fe religiosa, faro del mundo y único consuelo de las buenas almas. El traidor en esta guerra, donde se discuten las dos cosas más sagradas, es decir, el Rey y la religión; el traidor en esta guerra, digo, es el más vil instrumento de Satanás. Sólo le igualan en maldad los que yo llamo traidores y renegados en el campo de la ley, o para que me entiendas mejor, los que por favorecer hipócritamente a Bonaparte, introducen en España caprichosas leyes a estilo jacobino, y Constituciones que son lazos tendidos a los pueblos por la herejía, por la licencia, por el democratismo, por la so-

berbia de los pequeños que quieren parecerse a los grandes, gritando y metiendo bulla... Pero Dios está con nosotros, hija mía. Dios es español».

Otro interviniente propone que «adoremos esa cruz, llevémosla en nuestro corazón juntamente con la otra, de la cual es como un reflejo; adorémoslas a las dos, pues las dos deben ser nuestro norte y nuestra luz. ¡Religión! ¡Patria! –añadió con majestuoso acento, en el cual vibraba la grave armonía de la inspiración–. ¡Sois dos nombres y sin embargo no sois más que una sola idea, una idea inmutable, eterna, fija como el mundo, como Dios, del cual todo se deriva! ¡Religión! ¡Patria!... ¡Sois dos luces espléndidas, cuyo fulgor no puede apagarse, ni tampoco cambiar como las chispas de una fiesta de pólvora! ¡Una y otra fe tenéis dogmas eminentes, que la arrogante ciencia del hombre no puede variar; una y otra fe tenéis la inmutable y permanente condición del pensamiento divino que os ha creado! Sois lo que sois, y no podéis ser otra cosa. En vuestro sagrado catecismo la mano audaz del filósofo no puede hacer la menor variación ni mudar una sola letra. ¡Sois como el firmamento inmenso a donde no puede llegar la mano del hombre para quitar o poner una sola estrella!».

Y al final, todo este enfrentamiento, tanta inquina y tanta sangre derramadas ¿tienen algún sentido? Cuando Salvador confiesa a un compañero de armas su impaciencia por entrar en batalla, este le responde: «¿Sabes lo que es una batalla? Un engaño, chico, una farsa. Los generales embaucan a los pobres soldados, les hablan de la gloria, les arrastran a la barbarie, les hacen morir y luego la gloria es para ellos. Pónense a mirar la batalla desde una altura lejana a donde no lleguen las balas... Nuestros nombres no se escriben en ningún monumento, ni nadie los sabe, ni los pronuncia más boca que la de nuestros compañeros. No así el general que se pone un calvario en el pecho, y se echa a cuestras un título como una casa... Luego viene la Historia, con sus palabrotas retumbantes y entre tanta farsa caen unos reyes para subir otros sin que el pueblo sepa por qué, y los políticos hacen su agosto chupándose la sangre de la nación, que es lo que a la postre resulta de todo esto».

20. EPISODIOS NACIONALES: MEMORIAS DE UN CORTESANO DE 1815 (1875)

Si nuestro guía en la primera serie, Araceli, actuó como nacional indiscutido, que arriesga su vida en las partidas y en las tropas regulares contra los franceses; si nuestro conductor en el primer episodio de la segunda serie, Monsalud, es un soldado español de nacimiento integrado en las fuerzas francesas; ahora Galdós da un nuevo paso y afronta el reto de llevarnos al lado de los españoles de nacimiento que, habiendo servido al aparato gubernamental josefino, ahora pasan con armas y bagajes al bando absolutista fernandino.

El narrador de este nuevo episodio es un personaje llamado Juan Bragas. Apareció en el anterior, donde constaba su empleo como covachuelista en la administración de José Bonaparte, puesto que logró tras rogarlo reiteradamente

al conde de Cabarrús y mostrarse –como le reprochaba un amigo– «entusiasmando con el fraternal gobierno de Bonaparte, ¡y qué memoriales le echabas!... ¡cuántas resmas embadurnaste con lamentos y suspiros!... Para que todo no fuera música y palabrillas vanas, te aplicaste el oficio de dar vítores y palmadas en la calle siempre que el rey [José] pasaba».

Ahora las tornas han cambiado y lo vemos reconvertido en un entusiasta absolutista que sirve en la corte de Fernando VII. En el entretanto, había transformado su nombre, desde aquel originario Juan Bragas, al más pomposo D. Juan de Pipaón, «nombre breve y rotundo, que va dejando ecos armoniosos doquiera que se pronuncia, y al cual no le vendrá mal la conterilla del marquesado o condado que tengo entre ceja y ceja».

Bragas cuenta que su padrino en la capital fue «diputado en las Cortes del año 14, donde brilló por su buen ojo y mejor mano para meter en un laberinto de enredos y compromisos al bando reformador. Acaudilló con singular tino a los que poco después se llamaron persas, y fue uno de los que prepararon el paso dado por Fernando (a quien todos llamaban entonces el suspirado), contra la Constitución. Gozaba mi protector fama de hombre ignorantísimo, opinión que hubo de ser efecto de la ruin envidia, pues de su excelso ingenio fueron muestras la zancadilla que echó a todos los reformistas, y aquel celo y consumada destreza suya para ponerse en primer lugar, luego que el rey recobró sus legítimos derechos, así como la prontitud con que se proporcionó tres o cuatro sueldos por obra pía, pósitos, penas de cámara, etc..., de los cuales el menor habría contentado a un triste pedigüeño de otros tiempos».

Nuestro nuevo relator nos cuenta su papel en la persecución de los constitucionalistas, gracias a su talento caligráfico que permitía falsificar documentos comprometedores suscritos por la mano que en cada momento interesase, pues «ni qué falta hacían en el mundo vuestros heréticos discursos, ni a cuenta de qué venía esa endiablada Constitución». Con la caza de los liberales, «las almas se desbordaban de gozo, viendo destruida la infame facción, muerta la herejía, enaltecido el sacrosanto culto, restaurado el trono, confundidos volterianos y masones». Su satisfacción es máxima cuando ve «Madrid limpio de liberales, de gaceteros, de discursistas, de preopinantes, de soberanistas, de republicanos, de volterianos, de masones... ¡Esto es para enloquecer al menos entusiasta!».

No es menor el deleite que siente cuando observa cómo el pueblo de la capital actúa «corriendo por las calles como impetuoso río, sin que ningún dique bastase a contener las desbordadas olas de su gozo... cómo gritaba celebrando el acabamiento de la tiranía... arrastrando por las enlodadas calles las sacrílegas imágenes de la libertad, que exornaban el palacio del charlatanismo; arrancando la lápida de la Constitución y cuantos letreros y signos y figuras recordasen la conjurada borrasca».

Finalmente, el apetecido resultado es que el pueblo había «vencido a la infame pandilla, a un centenar de deslenguados charlatanes; les habíamos vencido sin más auxilio que un ejército y la autoridad del rey, acompañado de la grandeza, del clero, de las clases poderosas; habíamos triunfado en sin igual victoria, y la monarquía absoluta, tal como la gozaron con pletórica felicidad nuestros bienaventurados padres, estaba restablecida; habíamos pisoteado la hidra asquerosa del democratismo extranjero, de la inmunda filosofía, devolviendo al trono su esplendor primero y a la autoridad real el emblema de su origen divino».

Más adelante, Bragas lamenta que «no se vio en aquellos días ninguna ejecución de pena capital, pues ni el mismo cojo de Málaga llegó a bailar en la cuerda, como lo tenía dispuesto el gobierno en castigo de haber alborotado y aplaudido en las tribunas públicas de las Cortes. Delito tan feo, tan contrario a los fueros de la nación, a la dignidad del rey y a la fe católica exigía expiación durísima, y un castigo ejemplar que sonase en todos los ámbitos de la tierra española. El pueblo estaba furioso contra el cojo, el clero escandalizado, los patricios muertos de impaciencia porque de una vez y sin pérdida de tiempo desapareciese de entre los vivos el inmundo reo; pero ved aquí que el embajador de Inglaterra (son los extranjeros muy amigos de farandulear) se interpuso». Lástima que un foráneo haya impedido la ejecución de tan alta pena.

Poco tiempo después, en una conversación, D. Buenaventura (nombre ficticio del protector cortesano de Bragas) pondera el decreto de 4 de mayo de 1814, poniendo como ejemplo que «no puede escribirse nada más contundente... que el párrafo en el cual se declara «aquella Constitución y decretos nulos y de ningún valor ni efecto, ahora ni en tiempo alguno, como si no hubiesen pasado jamás tales actos, y se quitaran de en medio del tiempo». Está dicho todo, y con tales palabras bastaba».

Ante el rumor de que existe la posibilidad de que cierta presión internacional propicie que el rey convoque Cortes y garantice la seguridad individual para granjearse las simpatías de gobiernos europeos, Buenaventura corta tajante: «¡Reunir Cortes! Primero se hundirá el cielo que verse tal plaga en España, mientras alumbré el sol... ¡Seguridad individual! ¡Bonito andaría el reino, si se diesen leyes para que los vasallos obraran libremente dentro de ellas, y se dictaran reglas para enjuiciar, y se concedieran garantías a la acción de gente tan ingobernable, díscola y revoltosa! El rey, sus ministros y esos sapientísimos y útiles Consejos y Salas, sin cuyo dictamen no saben los españoles dónde tienen el brazo derecho, bastan para consolidar el más admirable gobierno que han visto humanos ojos. Así es y así seguirá por los siglos de los siglos... Así es el absolutismo, hijo mío; sus palabras podrán ser bonitas, rosadas, luminosas y movibles; pero sus ideas son fijas, inmutables, pesadas. No mires lo de fuera, sino lo de dentro».

En un momento determinado, Bragas comparte las sensaciones que transmite estar en las estancias del Consejo Real, donde «daba gana de dormir en aque-

llos sillones, bajo aquellos techos eminentes, en medio de aquella paz, de aquel reposo, de aquella estabilidad inalterable, de aquella majestuosa petrificación de los siglos, de aquel silencio, solo turbado por los estornudos de algún camarista y el ruido de los viejos, polvorosos y amarillos folios cuando la flaca, la rapante mano del escribano los volvía. Era una tumba para el mundo y un paraíso para los que estaban dentro... Para el reino la muerte, para los privilegiados dulce y reposada vida».

Y, de este modo, es obligado que la tranquilidad del Consejo Real sea compartida por la nación, pues «es nuestra misión sostener en las esferas todas del país el estado de sabrosísimo sueño que constituye su felicidad desde que renunció a las conquistas. Nosotros arrullamos esta inmensa cuna cantando el ro-ro; y si por acaso en la agitación de su placentero dormir saca una mano, se la metemos entre las sábanas; si pronuncia alguna palabra, le tapamos la boca; si suspira, le rociamos con agua bendita; si se mueve ¡ay!, si se mueve, nos asustamos mucho porque creemos que se va a despertar... Pero ahora tenemos tranquilidad para un rato, amigo mío; el turbulento niño duerme; todo es calma, todo es silencio, todo es paz, y apenas oímos el rugido del descontento en el fondo de este gran pecho, que suavemente se alza y se deprime con el reposado aliento de la satisfacción».

Bragas también describe otro de los medios para tener contenta a la nación, con motivo de la llegada de la comitiva regia a una función solemne en un convento, «desplegando en su persona y comitiva tanta pompa y aparato, que se sentía uno orgulloso de ser español y llamarse vasallo de quien por tal modo y con tal grandeza representaba en la tierra la autoridad emanada de Dios. Daba gusto ver aquella fila de coches, tirados por sendos pares de caballos, a tres pares cada uno. Cada individuo de la familia real iba en el suyo, resultando una procesión que cogía medio Madrid... ¡Qué profusión de uniformes, cuánto plumacho y galón, qué diferentes clases de sombreros, de uniformes, de caras, de arreos!... ¡Feliz nación la nuestra que tal magnificencia podía ofrecer a los aburridos ojos de los súbditos, para que se alegraran y diesen gracias a la divina providencia por haber hecho de nuestros reyes los más rumbosos y magníficos de la tierra! Allí se veía la grandeza de nuestra nación, allí sus inmensos tesoros, allí su dignidad excelsa, allí la representación más admirable de su gran poderío. ¡Viva España!».

Fuera de los elevados techos de palacio, más abajo de tan altas preocupaciones, en el bajo terreno de las más primarias ocupaciones, Bragas confiesa su motivación principal, que no es otra sino estar «siempre al servicio del Estado y a mi propio interés, como Dios manda, vigilante y despierto en todos los momentos de la vida para que ninguna ocasión de ganancia se me escapase, y con cien ojos puestos en el panorama de los acontecimientos para sacar de ellos provecho... ¡Qué le importaba a la nación que se escurrieran entre los papeles algunos disimulados sapos y culebras, o que se variara con caligráfica ingeniosi-

dad un par de números, siempre que quedase contento aquel o el otro empingorotado repúblico, cuyo bienestar importaba tanto al Estado? ¡Pues no faltaba más, sino que por no hacer el gusto a un regidor amigo o a un alcabalero pariente, se sofocara uno de aquellos esclarecidos varones, y revolviéndosele los humores, perdiera la salud, tan necesaria al buen servicio y esplendor de la monarquía!».

La visión crítica la aportará nuestro conocido Gabriel Araceli, quien reaparece brevemente, pues Bragas le entrega el manuscrito de sus memorias para conocer su opinión. El antiguo luchador de la guerra de la independencia expone crudamente su opinión sobre el sexenio absolutista fernandino (1814-1820) y le plantea que «cuanto puede denigrar a los hombres, la bajeza, la adulación, la falsedad, la doblez, la vil codicia, la envidia, la crueldad, todo lo acumuló aquel sexenio en su nefanda empolladura, que ni siquiera supo hacer el mal con talento. El alma se abate, el corazón se oprime al considerar aquel vacío inmenso, aquella ruin y enfermiza vida, que no tiene más síntomas visibles en la exterioridad de la nación, que los execrables vicios y las mezquinas pasiones de una corte corrompida».

Araceli abunda en su posición y en el papel que corresponde a la nación al subrayar que «no hay ejemplo de una esterilidad más espantosa, ni jamás ha sido el genio español tan eunuco. Los junteros de 1808, los regentes de 1810, los constitucionalistas de 1812 cometieron grandes errores. Iban de equivocación en equivocación, cayendo y levantándose, acometiendo lo imposible, deslumbrados por un ideal, ciegos, sí, pero ciegos de tanto mirar al sol. Cometieron errores, fueron apasionados, intemperantes, imprudentes, desatentados; pero les movía una idea; llevaban en su bandera la creación; fueron valientes al afrontar la empresa de reconstruir una desmoronada sociedad entre el fragor de cien batallas; y rodeados de escombros, soñaron la grandeza y hermosura del más acabado edificio... Sin necesidad de aceptar la Constitución de Cádiz, que era un traje demasiado ancho para nuestra flaqueza, Fernando hubiera podido admitir el principio liberal, inaugurando un gobierno templado y pacífico para la nación y por la nación. Pero nada de esto hizo, sino lo que usted ha descrito, y aquellos seis años fueron nido de revoluciones. El desorden germinó en ellos, como los gusanos en el cuerpo insepulto».

21. *DOÑA PERFECTA* (1876)

Esta novela narra la visita de un ingeniero afincado en Madrid, Pepe Rey, al pueblo de sus antepasados, a instancias de su padre y de su tía, Perfecta, quienes pretenden casarle con su prima Rosario. Pepe Rey también aprovecha la visita al pueblo para ejecutar un proyecto de investigación de ingeniería promovido por el gobierno. Sin quererlo, el relato será el escenario del choque entre dos naciones. En la trama, la disputa entre los protagonistas principales reproduce el enfrentamiento por el modelo de nación. Pepe Rey parece representar a la nación

española oficial, liberal y moderna, frente a la España tradicional, clerical y conservadora representada por Perfecta²⁸. Así, esta le admite que «mi hija y yo somos dos palurdas incapaces de remontarnos a las regiones de las matemáticas donde tú vives; pero en fin... todavía es posible que algún día te pongas de rodillas ante nosotros, rogándonos que te enseñemos la doctrina». Quizá el resumen de esta tensión dialéctica está en la lástima expresada por Perfecta a su sobrino cuando lamenta que «tu entendimiento, tu descomunal entendimiento, es la causa de tu desgracia. Nosotros, los de Orbajosa, pobres aldeanos rústicos, vivimos felices en nuestra ignorancia».

Asimismo, late en la novela la oposición entre la España central, capitalina, y la España de provincias, pues «no hay en España provinciana capital que no sea más o menos Orbajoroído. Orbajosa encontrará usted en todas las aldeas, Orbajosa en las ciudades ricas y populosas, Orbajosa revive en las cabañas y en los dorados palacios. Todo es y todo será mañana Orbajosa, si Dios no se apiada de nosotros... y no se apiadará».

En esta línea de rechazo a lo foráneo, Pepe Rey lamenta que «lo que principalmente distinguía a los orbajonenses del casino era un sentimiento de viva hostilidad hacia todo lo que de fuera viniese. Y siempre que algún forastero de viso se presentaba en las augustas salas, creíanle venido a poner en duda la superioridad de la patria del ajo, o a disputarle por envidia las preeminencias incontrovertibles que natura le concediera». Uno de los asistentes al casino recuerda que «estos hambrientos de Madrid se creen autorizados para engañar a los pobres provincianos, y como creen que aquí andamos con taparrabo, amigo...». Es notoria «la impopularidad de todo lo que entraba en Orbajosa con visos de delegación o instrumento del poder central». En suma, admite resignado nuestro ingeniero, estamos ante «hablillas tan comunes en los pueblos pequeños, que por lo mismo que son enanos, suelen ser soberbios».

La llegada de tropas gubernamentales insufla un nuevo tono a la narración, dado que «la ciudad era tristeza, silencio, vejez; el ejército alegría, estrépito, juventud. Entrando el uno en la otra, parecía que la momia recibía por arte maravillosa el don de la vida, y bulliciosa saltaba fuera del húmedo sarcófago para bailar en torno de él. ¡Qué movimiento, qué algazara, qué risas, qué jovialidad! No existe nada tan interesante como un ejército. Es la patria en su aspecto juvenil y vigoroso. Lo que en el concepto individual tiene o puede tener esa misma patria de inepta, de levantisca, de supersticiosa unas veces, de blasfema otras, desaparece bajo la presión férrea de la disciplina que de tantas figurillas insignificantes hace un conjunto prodigioso».

Sin embargo, el alojamiento de las tropas provoca que resurjan los resentimientos expuestos y decae el sentimiento nacional, pues «los recibían de muy mal talante, dándoles acomodo en los lugares más atrozmente inhabitables de las casas... Los pocos soldados hijos de la comarca eran los únicos que estaban

a cuerpo de rey. Los demás eran considerados como extranjeros de la extranjería más remota». Español es el de mi pueblo.

La paradoja es que el propio ejército es consciente de que su lucha contra las partidas de irregulares es desigual, de que carece del apoyo de la población. En boca de un militar: «¿No ves que los partidarios son la gente mimada en este país? A todos los que asolaron la comarca en 1848 y en otras épocas, o a falta de ellos a sus hijos, les encuentras colocados en los fielatos, en puertas, en el ayuntamiento, en la conducción del correo; los hay que son alguaciles, sacristanes, comisionados de apremios. Algunos se han hecho temibles caciques y son los que amasan las elecciones y tienen influjo en Madrid; reparten destinos... en fin, esto da grima». Incluso el narrador reconoce que «en España, y principalmente en tiempo de guerras que son siempre aquí desmoralizadoras, suelen verse esas condescendencias infames con los grandes, mientras se persigue sin piedad a los pequeñuelos».

Asimismo, esta entrada militar explota una nueva tensión. La tensión entre una España oficial y una España real también aparece. Cuando Perfecta justifica la necesidad de actuar contra las pretensiones de Pepe Rey, la funda en que éste «equivale a un ejército, equivale a la autoridad del gobierno, equivale al alcalde, equivale al juez; mi sobrino no es mi sobrino, es la nación oficial... es esa segunda nación, compuesta de los perdidos que gobiernan en Madrid, y que se ha hecho dueña de la fuerza material; de esa nación aparente, porque la real es la que calla, paga y sufre; de esa nación ficticia que firma al pie de los decretos y pronuncia discursos y hace una farsa de gobierno... Hay que defenderse de todos ellos, porque todos son uno y uno es todos».

Asimismo, surge la utilización de excusas nacionales como instrumento para dilucidar disputas personales. Ambos protagonistas acuden al expediente nacional para lograr la eliminación del otro que solventa el enfrentamiento personal. El pretexto nacional encubre el interés particular de los contendientes, achacando los defectos del contrario a vicios comunes de nacionalidades extranjeras. En una de sus múltiples conversaciones, ante las críticas recibidas por su forma de comportarse en la catedral, Perfecta advierte a su sobrino que «estos pobres y menguados habitantes de Orbajosa son piadosos y buenos cristianos, si bien ninguno de ellos sabe filosofía alemana, por lo tanto, no debes despreciar públicamente sus creencias». Un sacerdote, amigo de la tía, lo disculpa arguyendo que el sobrino «ha visitado nuestra catedral como la visitan los ingleses, los cuales de buena gana se llevarían a sus museos hasta la última baldosa de ella». No contentos con ello, el sobrino del sacerdote apuntala que «no se lastiman impunemente los sentimientos religiosos de la inmensa mayoría de una nación... Si no, considere usted lo que pasó en la primera revolución francesa». Incluso llegan a rumorear que Pepe Rey es «comisionado de los protestantes ingleses para ir predicando la herejía por España».

Y como un instrumento más de las pasiones, la utilización torticera del Derecho. Así lamenta Pepe Rey (que es ingeniero y a quien sus detractores en la novela también tildan de «matemático»), «el empeño de las familias en inclinar a la mejor parte de la juventud a la abogacía... La primera y más terrible plaga de España es la turbamulta de jóvenes abogados, para cuya existencia es necesario una fabulosa cantidad de pleitos. Las cuestiones se multiplican en proporción de la demanda. Aún así, muchísimos se quedan sin trabajo, y como un señor jurisconsulto no puede tomar el arado ni sentarse al telar, de aquí proviene ese brillante escuadrón de holgazanes llenos de pretensiones que fomentan la empleomanía, perturban la política, agitan la opinión y engendran las revoluciones. De alguna parte han de comer. Mayor desgracia sería que hubiera pleitos para todos».

Quizá valga como colofón la reflexión de un personaje de la historia, amigo de los libros, que aspira a narrar las glorias de la ciudad de Orbajosa, quien ensalza que «aquí verá usted el carácter nacional en toda su pureza, recto, hidalgo, incorruptible, puro, sencillo, patriarcal, hospitalario, generoso... Por eso gusto tanto de vivir en esta pacífica soledad, lejos del laberinto de las ciudades, donde reinan ¡ay! la falsedad y el vicio». O, en palabras del mismo Pepe Rey, en carta a su padre, que simbolizan la tragedia nacional: «Aquí tienen las ideas más anticuadas acerca de la sociedad, de la religión, del Estado, de la propiedad. La exaltación religiosa que les impulsa a emplear la fuerza contra el gobierno, por defender una fe que nadie ha atacado y que ellos no tienen tampoco, despierta en su ánimo resabios feudales, y como resolverían todas sus cuestiones por la fuerza bruta y a sangre y fuego, degollando a todo el que no piense como ellos, creen que no hay en el mundo quien emplee otros medios».

22. EPISODIOS NACIONALES: LA SEGUNDA CASACA (1876)

Retomamos las memorias de Juan Bragas (o de Pipaón, como prefieran). En uno de los primeros lances de este nuevo relato, un absolutista se queja de la tibieza de la persecución contra los conspiradores liberales, pues «hasta la Inquisición, volviéndose tibia y complaciente, es un cuchillo que se ha hecho alfiler... Todo es flojedad, enervación, raquitismo, pequeñez. La nación que tan enérgica, varonil y potente ha sido contra el extranjero, es en su vida interior un juego de chiquillos, que juegan en el fango, y con el fango hacen bolas que se arrojan unos a otros, no para matarse, sino para mancharse». Estamos en octubre de 1819, los prolegómenos del levantamiento de Riego.

Bragas aspira a una plaza en el Consejo Real y «si hubieran provisto la vacante en individuo distinto del que está dentro de esta casaca, me habría muerto de pena... Y verdaderamente, había motivos para que no estuviese tranquilo, por ser España la tierra de la injusticia y de la ingratitud. ¿El sin par Colón no murió en el olvido? ¿No acabó sus días Hernán Cortés oscurecido en una aldea? ¿Y qué

diré de Cervantes?». Temeroso, actúa como lo había hecho hasta entonces, «vivía sobre un pie, de visita en visita, de conferencia en conferencia, de lamento en lamento, pidiendo a todos, ya en desnudas, ya en artificiosas razones; exponiendo mis méritos, como se exponían entonces; desacreditando a todo el que estuviese en olor de candidato; trabajando a lo topo y a lo castor, en la oscuridad y a la luz del día; armando muchos enredillos y ganando voluntades y levantando polvaredas de intriga y humaredas de adulación; en fin, practicando todo lo que un hombre listo practicaba entonces y practica hoy en circunstancias análogas, que estas viejas mañas son de hoy como ayer, y primero faltarán garbanzos que Pipaones en España».

Persuadido por un amigo de que los tiempos están cambiando, decide mudar su piel, su casaca de absolutista a liberal. En su presentación a una reunión de conspiradores reconoce sus antecedentes, «he servido al gobierno absoluto; me he honrado con la amistad de mi soberano, a quien desde aquí respetuosamente saludo». Sin embargo, prosigue, «he visto el abismo a que es rápidamente conducida la nación por hombres perversos; yo veo los graves, los hondos, los inmensos males de la patria; veo a la corte desbocada, digámoslo así, por un carril de males; la veo tocando ya al término de la perdición, de la ruina... Una voz dolorida suena en nuestro cerebro y el corazón palpita al representarse las angustias de la patria agonizante».

Y es cuando apunta sus nuevos ideales, dado que «nadie se atreverá a sostener que la idea liberal es mala en sí; nadie, nadie. Yo mismo, que la he combatido, he dicho, fijáos bien, señores; he dicho que la idea liberal y aun la Constitución del 12 podían ser de provecho en determinado día... Estableciere el absolutismo cuando era natural y lógico que se estableciera, porque la desorganización nacional, consecuencia lógica de la guerra, exigía una unidad poderosa que amalgamara los elementos dispersos. Pero el absolutismo... no podía considerarse sino como transitorio... así como fue natural y lógico establecer el absolutismo, ahora es lógico y naturalísimo que el absolutismo cese... No; España no puede continuar por más tiempo siendo una excepción en Europa».

La carencia de escrúpulos de Bragas le lleva a reconocer que «mi discurso, dicho sea sin modestia, era un modelo en ese género resbaladizo, flexible y acomodaticio, que sirve, mediante hábiles perfidias de lógica y de estilo, para defender todas las ideas y pasar de uno a otro campo. Era un modelo de lo que podemos llamar el género de la transición. Yo descubría maravillosas facultades para la política... La revolución individual se había consumado en mí. La segunda casaca, no menos ridícula a mis ojos que la ropilla encarnada de un bufón, pesaba sobre mis hombros».

Sin embargo, no engaña del todo a uno de los líderes del grupo revolucionario, quien le reprocha que «tú has empezado a creer que esto va mal desde que has empezado a perder tu valimiento... Si esto ha de seguir llevando el nombre

de nación, es preciso que en ella se vuelva lo de abajo arriba y lo de arriba abajo, que el sentido común ultrajado se vengue, arrastrando y despedazando tanto ídolo ridículo, tanta necesidad y barbarie erigidas en instituciones vivas; es preciso que haya una renovación tal de la patria, que nada de lo antiguo subsista y se hunda todo con estrépito... Y esto se ha de hacer de repente, con violencia, porque si no se hace así no se hace nunca. Ya sabemos lo que son las promesas hechas en manifiesto durante los días de miedo. Aquí se han de romper a hachazos las puertas de la tiranía para destruirlas, porque si las abrimos con ganzúa o con su propia llave, quedarán en pie y volverán a cerrarse».

Bragas le objeta que «el pueblo necesita ser ilustrado para poder practicar la libertad», a lo que el conspirador responde: «Y necesita practicar la libertad para ilustrarse. Parece que esto es un círculo vicioso, pero no lo es realmente. ¿Por dónde se empieza? Esta es la cuestión. Comprenderás que todas las cosas tienen su principio doloroso. El hombre antes de andar en dos pies, ha andado a gatas. Supongo que por evitarle los tropezones que acompañan a los primeros pasos, no desearás tú que el género humano ande siempre a cuatro pies».

Acaecido el pronunciamiento de Riego, tras el revuelo inicial, las cosas pronto se calman. Recapacita Bragas que «la revolución, como las carretas de aquellos tiempos, como la administración española, como toda la vida de antaño, iba despacio. Parecía una cosa oficial. No había en aquel estallido aquel progreso instantáneo, el correr tempestuoso que indica la ira nacional. Yo me acordaba de cómo se alzaban los pueblos en la guerra de la independencia, y al ver aquella pereza, aquella lentitud somnolienta de 1820, se me abrasaba la sangre de impaciencia... Más que revolución, aquello parecía una fiesta, una cabalgata suspendida por la lluvia, una procesión atascada en los baches del camino. No había en ella el incendio popular, sino una especie de lento deshielo, inseguro, dificultoso».

Para desesperación de nuestro narrador, «¡el país consentía tal cosa! Y el país, contemplando las marchas y contramarchas de aquellos soldados, no profería un grito, ni se levantaba en masa, ni hacía disparates, ni echaba el reino por la ventana, sino que, indiferente, frío y mano sobre mano, esperaba que se lo dieran todo hecho... ¡Qué país, señores, pero qué país!».

A otro implicado en la trama conspiradora también le asombra «la apatía del país, su poltronería política, pues no merece otro nombre. Ve que se levantan unos cuantos hombres proclamando la libertad para todos, los principios de justicia, el gobierno ilustrado y se cruza de brazos, no comprende nada, sonríe al ver pasar la insurrección, cual si fuera cabalgata de carnaval. Esto hieló el corazón... España no nos entiende... La cabeza viva, puesta en un cuerpo inerte, no sabe hacer otra cosa que atormentarse con su propio pensamiento. Eso hacemos nosotros: atormentarnos, discurrir, creer. Tenemos fe, tenemos ideas; pero ¡ay!, queremos tener acción, y entonces empieza el desengaño; queremos movernos...

¡Cómo se ha de mover una piedra!... La mayoría de los liberales llevan la revolución en la cabeza y en los labios, pero en su corazón, sin saberlo, se desborda el despotismo».

Finalmente, las olas de la revolución llegan a Madrid la mañana del 7 de marzo de 1820. Con el recuerdo fresco de lo acontecido seis años antes, Bragas asevera que «no hay cosa más parecida a un motín absolutista que un motín revolucionario. Se asemejan como una calabaza a otra. No trabajar, cerrar las tiendas, salir chillando, derribar lápidas y letreros, injuriar a los caídos, proclamar nombres nuevos, levantar ídolos, mezclar tal o cual arranque generoso a salvajes actos, esto fue lo que vi en 1814, y lo que se repitió ante mis ojos en 1820». Como contraste con el antiguo resurgir absolutista, ahora, «cerca de palacio, la multitud prorrumpía en desaforados gritos; allí estaba nuestra gente pidiendo a voces la Constitución y el juramento con tanto ardor, que parecía no poderse pasar ni un momento más sin ello... ¡quién creería que bien pronto el muñeco había de ser hecho pedazos por las mismas manos que entonces le recibían!».

Jurada la Constitución por el monarca, Bragas fue testigo, como en su propio caso personal, de cuántos «hombres tan negros blanquearon su semblante con la sonrisilla del regodeo liberal... ¡Qué trasmutación de rostros, qué quitar y poner de caretas conforme el caso exigía! Muchos derramaban lágrimas». No obstante, nuestro protagonista hubo de reconocer «el ejemplar espectáculo que están dando Madrid y la nación... Esto es un modelo de pueblos sensatos... ¡Se acabaron las discordias, se acabaron los odios! ¡Ya no hay más que españoles leales y amantes de la Constitución! Todos son hermanos. ¡Viva España, que es la nación más sabia y más gloriosa del mundo! ¡Viva la Constitución! ¡Viva el rey!». Curiosamente, el año en el que Galdós escribe esta obra, es el año que verá a la luz una nueva Constitución, la del 76.

23. EPISODIOS NACIONALES: EL GRANDE ORIENTE (1876)

Por lo que a nuestro objeto atañe, el presente relato deviene primordialmente en una reflexión acerca de las consecuencias del sectarismo intolerante de cualquier signo, venga de donde venga, lo ejerza quien lo ejerza. Para ello, este episodio está centrado en las sociedades secretas que florecieron en el Madrid del trienio liberal, en particular, durante 1821 (por lo que hace a este texto). El título corresponde al nombre de una logia masónica. Advierte el narrador que «no puede formarse juicio exacto de la masonería por lo que esta institución ha sido en España. Los masones de todos los países declaran que la sociedad del compás y la escuadra existe tan solo para fines filantrópicos, independientes en absoluto de toda intención y propaganda políticas. En España, por más que digan los sectarios de esta orden, cuyos misterios han pasado al dominio de las gacetillas, los masones han sido en las épocas de su mayor auge, propagandistas y compadres políticos... Era esta una poderosa cuadrilla política que iba derecha a su objeto;

una hermandad utilitaria que miraba los destinos como una especie de religión... y no se ocupaba más que de política a la menuda, de levantar y hundir adeptos, de impulsar la desgobernación del reino; era un centro colosal de intrigas, pues allí se urdían de todas clases y dimensiones; una máquina potente que movía tres cosas: gobierno, Cortes y clubs, y a su vez dejábase mover a menudo por las influencias de palacio... Era, en fin, la corrupción de la masonería extranjera, que al entrar en España había de parecerse necesariamente a los españoles».

En similares términos se expresa Salvador Monsalud, un antiguo conocido de estas páginas que se había integrado en la logia que presta su nombre al presente episodio. Cuando presenta su renuncia a seguir formando parte del grupo, asevera que «el instituto masónico debe ser extraño a la política, debe ser puramente humanitario, debe proteger a los desvalidos sin pedirles cuenta de sus ideas, y aun sin conocer sus nombres. Está fundado en la abnegación y en la filantropía. Lo dicen así su historia, sus antecedentes, sus símbolos, que o no representan nada, o representan una asociación de caridad y protección mutua. Lejos de practicarse estos principios en España, el Orden se ha olvidado de los menesterosos, constituyéndose en agencia clandestina de ambiciones locas, en correduría de destinos»

De nuevo, las curiosas paradojas del destino aparecen en este convulso XIX español de la mano de uno de los protagonistas del episodio, un viejo conocido de Monsalud apellidado Gil de la Cuadra. Era este Gil un absolutista convencido que hubo de exiliarse a Francia por haber aceptado un puesto en la administración josefina. De vuelta a su tierra natal con el absolutismo fernandino es perseguido por afrancesado. Ahora, con el trienio liberal, es encausado por formar parte de una conspiración contra el gobierno. Esto es, un español absolutista expatriado por causa de los liberales, acosado después por los absolutistas fernandinos y, ahora, procesado por los liberales del trienio.

Cuando Gil conoce que la trama conspiradora es descubierta, musita que «alrededor del trono, donde tanto se trabaja por derrotar al gobierno y a los liberales, existen la venalidad y la corrupción más que en parte alguna, y que de los mismos que nos han incitado a conspirar partió la infame denuncia, fundada en móviles que no comprendo. Ya estoy aburrido, desengañado de la mala fe de todos, convencido de que tan pícaro es Juan como Pedro, y de que no es posible tomar parte activa en la cosa pública sin meterse en el fango hasta el cuello».

Salvador Monsalud sospecha que la logia ha tenido algo que ver con la persecución de su conocido y acusa a sus compañeros de que «mientras la corte juega con vosotros y os lanza de desacierto en desacierto para desacreditaros y para que os devoréis los unos a los otros, os entretenéis en menudencias ridículas, os debilitáis en rivalidades indignas y aduláis las pasiones de la canalla, que si hoy ladra libertad, ladrará mañana absolutismo. Todo depende de la mano que arroje el pedazo de pan». En lugar de promover la persecución del disidente, «un mal

gravísimo, que este Orden debe evitar a toda costa», la logia debería comenzar «por propagar la tolerancia, la benignidad, la cordura».

El máximo responsable de la logia intenta que Monsalud reconsidere su renuncia y entre en razón (en la razón de la logia). Para convencerle, le ofrece «una credencial de treinta mil reales, una canonjía admirable en la secretaría del Consejo de Indias. Poco trabajo, ninguna responsabilidad. Con los suspiros que otros han exhalado por esta plaza se podría dar a la vela un navío». Nuestro protagonista rechaza el ofrecimiento, a lo que el oferente responde: «Es el primer caso que veo en España, querido Salvador... es el primer caso que veo de un hombre a quien le dan esta bendición de Dios que yo tengo en la mano y se queda sereno y frío como tú estás ahora. Tú no eres hombre, tú no eres español».

Pero este no era un vicio propio en exclusiva de algunos, pues «cualquiera que haya vivido en España y prestado atención a sus cosas políticas, comprenderá que en aquella época, como en todas, los descontentos y los cesantes y los atrevidos y los pretendientes y los envidiosos, que son siempre el mayor número, no podían tolerar que determinada pandilla gobernase siempre el país y las Cortes. Este afán de renovación periódica del personal político que en otras partes se hace por razón de ideas y de aspiraciones elevadas, se suele hacer aquí, y más entonces que hoy, por el turno tumultuoso de las nóminas. Esto es una vulgaridad tan manoseada, y ha trascendido de tal modo hasta llevar a las inteligencias más oscuras, que casi es de mal gusto ponerlo en un libro».

Frente a la logia masónica de El Grande Oriente, había emergido otra sociedad secreta formada por los autodenominados comuneros, algunos de ellos antiguos masones de la mencionada logia. En una de sus reuniones, un exmagistrado de la Audiencia de Madrid exhorta a los presentes que «ya se dijo en 1511: ¡Mirad qué gobernación! ¡Ser gobernados los buenos por los que tales no son!». Para acabar con tal estado de cosas propone encomendar «los destinos de la nación a los comprometidos por el sistema, no a los que no lo están. Se harán castigos ejemplares, se volverá todo del revés para que los pillos bajen y los patriotas suban... No se dará el caso de que de los veinte millones de españoles, suden y trabajen los diez y ocho y apenas puedan llevar a la boca un pedazo de pan moreno, para que los otros dos millones se abaniquen y vivan rodeados de placeres».

Avanzado el relato, corre la hablilla de que algunos comuneros están organizando un asalto a la cárcel para acabar con el cabecilla de los conspiradores absolutistas. Enterado del rumor, Monsalud exclama: «No creo posible que esos hombres feroces consigan su objeto... Tal ignominia no pasará en España. Lo espero así para honor de esta nación». Su interlocutor le replica que desconoce «los arranques del pueblo español... El gobierno arde en sentimientos humanitarios, pero no quiere hacer frente al oleaje popular, por temor de ser arrastrado. Teme que se le acuse de servil; teme las murmuraciones y se ruboriza si le dicen

que protege al absolutismo». La respuesta de Salvador es contundente: «Eso no puede ser... ¡Tal infamia no cabe en corazones españoles!». Obsérvese así, como en boca de los personajes y del narrador, el corazón español es susceptible de reunir tanto excelsas virtudes como ignominiosos defectos.

24. EPISODIOS NACIONALES: 7 DE JULIO (1876)

Continúa el anterior relato al año siguiente. El narrador exclama respecto de aquella etapa: «¡Qué días aquellos los de la primavera del 22! En otras épocas hemos visto anarquía; pero como aquella ninguna. Nos gobernaban una Constitución impracticable y un rey conspirador que tenía agentes en el norte para levantar partidas, agentes en Francia para organizar la reacción, agentes en Madrid para engañar a todos. En nombre de la primera legislaba un Congreso de hombres exaltados. En representación constitucional del segundo gobernaba un ministerio presidido por un poeta. El Congreso era un volcán de pasiones, y allí creían que las dificultades se resolvían con gritos, escándalos y bravatas; el rey sacaba partido de las debilidades de unos y otros; el ministerio se veía acosado por todo el mundo, pero su honradez y sus buenas letras no le servían de nada».

Es así cómo parece que aquella Constitución del 12, que predicaba que «el amor de la patria es una de las principales obligaciones de todos los españoles, y asimismo el ser justos y benéficos» (artículo 6) y que «todo español está obligado a ser fiel a la Constitución, obedecer las leyes, y respetar las autoridades establecidas» (artículo 7) no había logrado percolar, ni siquiera impregnar, los corazones ni los comportamientos de aquellos que estaban principalmente llamados a cumplirla y hacerla cumplir.

Por si faltara algo en tal maremágnum, «el ejército estaba indisciplinado. Unos cuerpos querían ser *libres*, otros vitoreaban al *rey neto*. Los artilleros se sublevaban en Valencia, los carabineros en Castro del Río, y la guardia real acuchillaba a los paisanos de Madrid. La milicia nacional bullía en todas partes inquieta y arisca; sublevábase la de Barcelona gritando *Viva la Constitución*, mientras la de Pamplona, enfurecida porque los soldados aclamaban a Riego, les hizo fuego al grito de *Viva Dios*». Además, «no había tierra ni llano donde no apareciesen partidas, fruta natural de la anarquía en nuestro suelo». Para completar el panorama, «las Américas ya no eran nuestras».

En resumen, «no puede darse heterogeneidad más abrumadora que la de aquella sociedad política. El rey era absolutista, el gobierno moderado, el Congreso democrático; había nobles anarquistas y plebeyos serviles. El ejército era en algunos cuerpos liberal, en otros realista, y la milicia [nacional] abrazaba en su vasta muchedumbre todas las clases sociales. Sólo la milicia era lo que debía ser».

Salvador Monsalud no soporta la situación general que vive la nación, pero, resignado, admite que si no fuera porque «mi pobre madre enferma me detiene

aquí, que si no... Yo no puedo vivir en este país». Ante la afirmación de su interlocutora, quien defiende que «es el mejor de los países» y le conforta recordándole que «tú no debes salir nunca de aquí, donde tienes tantos amigos», Salvador le replica tajante: «No digas que se puede vivir en una sentina de envidias y miseria. Si al menos esta fuera grande para poderse uno mover; pero no puede haber un muladar más pequeño».

Con tal estado de cosas, no extraña que el 30 de junio surja un conato de levantamiento contra la Constitución por parte de tropas de la guardia real. Al día siguiente, la cuestión no se aclara, más bien al contrario, y es palmario que «el absolutismo había lanzado su reto a la Constitución». El texto constitucional opera así como lo que no debe ser, como elemento de división y discordia nacional, en lugar de como factor de concordia y cohesión.

Es más, entre los oficiales de la guardia real, los había liberales, «que abandonaron a sus compañeros al salir de Madrid, presentándose en el parque a recibir órdenes del Capitán general. Para distinguirse de sus hermanos de armas, que pronto iban a ser sus enemigos, adoptaron el patriótico distintivo de una cinta verde con el lema *Constitución o muerte* y un pañuelo blanco en el sombrero». Los milicianos estaban entusiasmados cuando vieron a «aquellos jóvenes oficiales, casi todos de familia muy distinguida, que abandonaban voluntariamente, con noble instinto político, las filas del absolutismo para defender la Constitución que habían jurado, la hermosa libertad que amaban, la idea moderna, que veían resplandecer débilmente sobre el cielo de la patria como una estrella cuyo fulgor crecía, prometiendo iluminar algún día todas sus oscuridades».

Ante las conversaciones iniciadas entre las partes para evitar derramamiento de sangre, corre el rumor de que uno de los elementos de transacción puede ser una reforma constitucional que incluya las dos cámaras y el veto regio. Un miliciano exaltado exclama: «Antes quiero verla suprimida que reformada», en lo que el narrador califica como «sabia proposición política, tan propia de cabezas españolas».

25. GLORIA (1877)

La protagonista de esta novela es Gloria Lantigua. Con solo dieciséis años, Gloria es aficionada a la literatura del siglo de oro español, y medita que en sus obras «por un lado se me presenta una realidad baja y común, compuesta de endémica miseria, en cuyo seno haraposo y vacío se agitaba la gran masa de la nación pidiendo destinos al rey, y a los nobles las sobras de sus mesas, y a los frailes el bodrio, y a la política nuevas tierras que expoliar. Por otro no veo más que hombres bien alimentados, a quienes deslumbra un ideal de gloria y una dominación del mundo, que cual sombra vana se desvanece al fin, dejándolos con la mano puesta en las mechas de sus arcabuces para matar pájaros».

En este mundo literario español en que conviven la picaresca y la mística, Gloria sostiene que «los poetas, los grandes guerreros, los frailes, los teólogos, los hombres de inteligencia cultivada entrevén una sociedad mejor, vislumbran un mundo moral superior a aquel en que viven y se agitan los pedigüenos desnudos, los holgazanes pícaros y demás gente menuda. Luchan unos contra otros. La cosa no va bien; pero no se sabe cómo puede enmendarse. Los unos piden pan, destinos, bienestar material, y no hallando quien se lo dé, roban lo que pueden; los otros piden gloria, amor exaltado, profunda fe, religiosidad, caballeridad, justicia perfecta, bondad perfecta, belleza perfecta, y jamás pueden entenderse».

Ante tal contraste, «de estas dos voluntades que aparecen una frente a otra en aquella sociedad calenturienta, se apodera Cervantes y escribe el libro más admirable que ha producido España y los siglos todos. Basta leer este libro para comprender que la sociedad que lo inspiró no podía llegar nunca a encontrar una base firme en que asentar su edificio moral y político. ¿Por qué? Porque Don Quijote y Sancho Panza no llegaron a reconciliarse nunca». Y de aquellos barros...

En uno de los primeros lances de la obra, un grupo de caminantes avista un barco en peligro. Ante la inminencia del naufragio, un obispo exhorta a los compañeros más fuertes a que se lancen al mar para auxiliar a los marinos, advirtiéndoles que «no sois cristianos, no sois españoles, si dejáis perecer a esa pobre gente». Así de clara aparece la identificación entre religión y nación, cuestión que será una temática constante a lo largo de la novela y determinará su desenlace final.

Precisamente uno de los capítulos lleva por expresivo título: «Dos opiniones sobre el país más religioso del mundo». En él confrontan sus pareceres sobre este punto uno de los protagonistas, el abogado católico Juan Lantigua, y uno de los rescatados del barco, un inglés llamado Daniel Morton. Este afirma que, tanto en Andalucía, como en Madrid «he visto el sentimiento religioso tan amortiguado, que los españoles inspiran lástima... En ningún país del mundo hay menos creencias, siendo de notar que en ninguno existen tantas pretensiones de poseerlas. No solo los católicos belgas y franceses, sino los protestantes de todas las confesiones, los judíos y aun los mahometanos practican su doctrina con más ardor que los españoles. Yo he visto lo que pasa aquí en las grandes ciudades, las cuales parece han de ser reguladoras de todo el sentir de la nación, y me ha causado sorpresa la irreligiosidad de la mayoría de las personas ilustradas. Toda la clase media, con raras excepciones, es indiferente. Se practica el culto, pero más bien como un hábito rutinario, por respeto al público, a las familias y a la tradición que por verdadera fe». Ello le lleva a concluir que «España es el país, no diré más blasfemo del mundo, sino el país blasfemo y sacrilego por excelencia».

Juan Lantigua le da la razón en cierta medida, pero culpa a «la filosofía» y a «las libertades modernas» introducidas en España por influjo extranjero. Frente a tal aseveración, Morton manifiesta que «España, por lo que veo, no puede vivir sino metiéndose dentro del fanal de su catolicismo para que nada la toque ni contamine, para que ni átomos siquiera de lo exterior lleguen hasta ella».

Lantigua le pregunta cuál sería el remedio, a lo que el inglés responde: «El aire libre, el andar sin tregua entre toda clase de vientos, arriba y abajo; dejarse llevar y arrastrar por todas las fuerzas que la solicitan; romper su capa de mendigo o mortaja de difunto y exponerse a la saludable intemperie del siglo. España se parece al enfermo de aprensión, todo lleno de emplastos, vendajes, parches, abrigos mil y precauciones necias. Fuera todo eso, y el cuerpo enfermo recobrará su vigor... Creo a España el país más irreligioso de la tierra... un país como este, donde tantos estragos ha hecho la incredulidad, un país que tanto tiene que aprender, que tantos esfuerzos debe hacer para nutrirse, para llenar de sangre vigorosa sus venas por donde corre un humor tibio y descolorido».

El abogado español le replica que «por desgracia no le falta a usted razón en parte de lo que ha dicho; pero creo que si siguiéramos discutiendo hallaríamos iguales o quizás peores señales de descomposición en otras tierras que usted me presentará como modelo. Hay aquí hombres perversos, hay hombres indiferentes en grandísimo número; pero tenemos intacto el tesoro de nuestra doctrina, conservamos la semilla y un período de protección del cielo puede hacerla fructificar. En medio de la torpeza y frivolidad que por todas partes se ve, existe pura y entera la fe, no dañada ni podrida por los errores, y la fe ha de triunfar, la fe ha de dar resultados de virtud, si no hoy, mañana».

Abundará más adelante en su posición, cuando lamente que España gozaba «desde edades remotas el inestimable beneficio de poseer la única fe verdadera, sin mezcla de otra creencia alguna ni de sectas bastardas. Pero los tiempos y la maldad de los hombres han traído un poder civil que, por obedecer a los malvados de fuera, ha dejado sin amparo a la Iglesia, cuando el deber de la potestad civil, como dijo San Félix, es dejar a la Iglesia católica que haga uso de sus leyes, no permitiendo que nadie se oponga a su libertad». Frente a tamaños males, el remedio es claro, pues «o España dejará de ser España, o su suelo se ha de limpiar de esta pobredumbre y en su claro cielo volverá a brillar único y esplendoroso el sol de la fe católica. Yo de mi sé decir que esta idea puede en mi espíritu más que todas las ideas, más que todas las afecciones, más que la vida y que cuanto existe. Por ver realizada esta idea y extirpado el cáncer que empieza a devorarnos, diera mil veces cuanto poseo, la paz de mi familia, mi familia misma, mi persona miserable». No adivinaba Lantigua cuán cerca estaba de hacer realidad sus generosos deseos.

El problema fundamental que desata la trama de la novela es religioso. Como expone uno de los protagonistas, «aquí, señor mío, nos hallamos en presencia de

un problema terrible, la religión; la religión que en diversidad de aspectos gobierna al mundo, a las naciones, a las familias. De ella no es posible prescindir para nada. Casi siempre es consuelo y estímulo y fuerza que impulsa; ahora se nos ha puesto enfrente con amenazadora gravedad y es para usted y para nosotros obstáculo implacable, desunión, discordia, una montaña que se nos cae encima».

En suma, como recuerda el narrador casi al final del relato, la querrela entre religiones «subsistía, subsiste y subsistirá pavorosa... [cual] formidable monstruo que toca con la mitad de sus horribles patas a la Historia y con la otra mitad a la Filosofía, monstruo que no tiene nombre, y que si lo tuviera lo tomaría juntando lo más bello, que es la religión, con lo más vil, que es la discordia».

26. EPISODIOS NACIONALES: LOS CIENTO MIL HIJOS DE SAN LUIS (1877)

El hilo del nuevo relato nos presenta el reverso del tema central que guió la primera serie de los episodios. Si en aquella ocasión, la nación española levantaba las armas frente a la ocupación de un ejército francés revolucionario; ahora estamos al otro lado del espejo y asistimos a la intervención de tropas francesas que pretenden contribuir a la reinstauración del absolutismo en territorio español. ¿Cómo reaccionará la nación española ante esta nueva invasión?

La acción comienza en Bayona durante el invierno de 1821. Lleva la voz cantante Jenara, el primer gran amor de Salvador Monsalud, dama que colabora con los absolutistas que allí conspiran. Ella relata que el general Francisco Eguía, «habiendo convocado de orden del rey a otros personajes absolutistas para trabajar en comunidad, se desavinieron de tal modo que aquello, más que junta parecía la dispersión de las gentes. Cada cual pensaba de distinto modo, y ninguno cedía en su terca opinión. A esta variedad en los pareceres y terquedad para sostenerlos llamo yo enjaezar los entendimientos a la calesera, es decir, a la española».

Trasladada a la capital francesa, allí constata que «las personas influyentes de la Restauración deseaban para Francia una monarquía templada y constitucional fundada en el orden, y para España el absolutismo puro. Con tal que en Francia hubiera tolerancia y filosofía, no les importaba que en España tuviéramos frailes e Inquisición. Todo iría bien siempre que en ninguna de las dos naciones hubiese francmasones, carbonarios y demagogos». Anunciada la intervención armada en nuestro país por parte del monarca galo, Jenara confiesa que «no tenía duda alguna acerca del pensamiento de los franceses en esta cuestión. Ellos no hacían la guerra por nuestro bien, ni por el de Fernando. Poco les importaba que después de vencido el constitucionalismo estableciésemos la carta o el despotismo neto. Allá nos entenderíamos después con los frailes y los guerrilleros victoriosos. Su objeto, su bello ideal era aterrar a los revolucionarios franceses, hartos entusiasmados con las demencias de nuestros bobos liberales, y además dar a la

dinastía restaurada el prestigio militar que no tenía. El principal enemigo de los Borbones en Francia era el recuerdo de Bonaparte».

De regreso cerca de la frontera, Jenara destaca lo paradójico de la situación. Las partidas de guerrilleros que debían su origen a la insurrección contra los franceses en 1808, ahora confraternizaban con las tropas galas que entraban en territorio español, «se abrazaban, dando vivas a San Luis, a San Fernando, a la religión, a los Borbones, al rey, a la Virgen María, a San Miguel Arcángel y a los serenísimos infantes. Yo no lo vi, porque no quise pasar la frontera. Me repugnaban estas cosas, y los soldados de la fe habían llegado poco a poco a serme muy antipáticos». Con tales antecedentes, no es de extrañar que «en los pueblos todos del norte la intervención vencía sin batallas, y antes de que asomara el morrión del primer francés de la vanguardia, la Constitución estaba humillada. Los mozos todos comprendidos en la quinta ordenada por el gobierno, se unían a las facciones, y eran muy pocos los milicianos que se aventuraban a seguir a los liberales. No he visto una propagación más rápida de las ideas absolutistas... En medio de las plazas los frailes predicaban mañana y tarde, con pretexto de la cuaresma, presentando a los franceses como enviados de Dios, y a los liberales como alumnos de Satanás que debían ser exterminados».

Aquí entran en contradicción su sentimiento de española y su ideal absolutista, pues «en verdad, me daba vergüenza que los hijos de San Luis, a pesar de que no traían orden y catolicismo, se internaran en España tan fácilmente. Con todo mi absolutismo, yo habría visto con gusto una batalla en que aquellos liberales tan aborrecidos dieran una buena tunda a los que yo llamaba entonces mis aliados. Española antes que todo, distaba mucho de parecerme a los señores frailes y sacristanes que en 1808 llamaban judíos a los franceses y ahora ministros de Dios».

Tras atravesar España, Jenara recalca en Sevilla, donde asiste a la partida de los diputados y miembros del gobierno hacia Cádiz a bordo de un vapor británico, aunque «no quise detenerme como el vulgo que se extasiaba contemplando el humo del vapor que conducía hacia el postrer rincón de España el último resto del liberalismo. Como aquel humo en los aires, así se desvanecía en el tiempo la Constitución». En cuanto el barco abandonó el puerto, clamaron «campanas echadas a vuelo en señal de que Sevilla había dejado de pertenecer al gobierno constitucional, y en cuerpo y alma pertenecía ya al absolutismo. ¡Cambio tan rápido como espantoso! El pronunciamiento se hizo entre berridos salvajes, en medio del saqueo y del escándalo, al grito de *¡muera la nación!*».

Refugiados los últimos liberales en Cádiz, allí llegarán los postreros enfrentamientos armados, de modo que «la Constitución moría como había nacido, entre espantosa lluvia de balas, saludada en su triste ocaso, como en su dramático oriente, por las salvas del ejército francés... Así acaban los esfuerzos superiores a la energía humana, las luchas imposibles con monstruos potentes de terribles

brazos, y que hundan en el suelo sus patas para estar más seguros, como hunde sus raíces el árbol. Tal era la contienda con el absolutismo». Cuando Fernando VII acude al encuentro con el mando galo, «los franceses gritaban, los españoles gritaban también, celebrando la feliz resurrección de la monarquía tradicional y la miserable muerte del impío constitucionalismo. El glorioso imperio de las *caenas* había empezado. Ya se podía decir con toda el alma: ¡Viva el rey absoluto! ¡Muera la nación!».

27. EPISODIOS NACIONALES: EL TERROR DE 1824 (1877)

La patria como idea o las ideas como patria. En este conflicto sucumbe uno de los protagonistas de este nuevo episodio, un liberal apasionado de nombre Sarmiento, caído en desgracia, que recibe alimento y cuidados de la hija de un antiguo contendiente absolutista, con quien tuvo serios enfrentamientos. El agraciado intenta explicar al alma caritativa que «su dichosito papaíto y yo éramos como el agua y el fuego... Mi deber era perseguirle, denunciarle, no dejarle respirar... Yo siempre cumplo mi deber, yo soy esclavo de mi deber. Pertenezco a mi patria, una idea, ¿me entiende usted?... Con nada transijo. El enemigo de la patria es mi enemigo y la hija del enemigo de mi patria es mi enemiga ¿Qué dice usted a eso?». A lo que la interpelada le responde «que no ha tratado a las sopas como enemigas de la patria». Todavía sorprendido por la generosidad de su benefactora, Sarmiento exclama incrédulo: «¡Me cuidará, me alimentará!... Repito que esto es magia». A lo que esta contesta: «Es caridad... ¿Por ventura no entienden de caridad los patriotas?».

Como anticipa su título, este episodio está centrado en la persecución de los liberales vencidos por parte de los vencedores absolutistas. Todo aquel que hubiera gritado «¡Viva la Constitución!» estaba en el punto de mira de los perseguidores. Cuando el narrador omnisciente cuenta la degradante ejecución de Riego (degradante tanto por el hecho, como por la misma actitud del condenado), reflexiona sobre «¿qué interés, ni qué enseñanza, ni qué ejemplo ofrecen estas muestras de la perversidad humana? Si toda la historia fuese así, si no sirviera más que de afrenta, ¡cuán horrible sería! Felizmente aun en aquellos días tan desfavorecidos, contiene páginas honrosas aunque algo oscuras, y entre los miles de víctimas del absolutismo húbolas nobilísimas y altamente merecedoras de cordial compasión. Si el historiador acaso no las nombrase, peor para él; el novelador las nombrará, y conceptuándose dichoso al llenar con ellas su lienzo, se atreve a asegurar que la ficción verosímil ajustada a la realidad documentada, puede ser en ciertos casos más histórica y seguramente es más patriótica que la historia misma».

Y es aquí cuando este narrador choca con el Derecho, o con la aplicación que de él se hace en algunos momentos históricos. Recapacita que «en todas las grandes poblaciones y en todas las épocas ha existido siempre un infierno de papel

sellado compuesto de legajos en vez de llamas y de oficinas en vez de cavernas, donde tiene su residencia una falange no pequeña de demonios bajo la forma de alguaciles, escribanos, procuradores, abogados, los cuales usan plumas por tizones, y cuyo oficio es freír a la humanidad en grandes calderas de hirviendo palabrería que llaman autos. El infierno de aquella época era el más infernal que puede imaginar la humana fantasía espoleada por el terror».

Parece que finalmente va a confirmarse que, en efecto, Galdós detesta el Derecho, pues prosigue en su viaje por este particular averno donde, «en una serie de habitaciones sucias y tenebrosas tenían sus mesas los demonios inferiores, muy semejantes a hombres a causa de su hambrienta fisonomía y de su amarillo color, resultado al parecer de una inyección de esencia de pleito, que se forma de la bilis, la sangre y las lágrimas del género humano. Con los brazos enfundados en el manguito negro, desempeñaban entre desperezos, cuchicheos y bocanadas de tabaco, sus nefandas funciones que consistían en escribir mil cosas ineptas. Con su pluma estos diablillos pinchaban, martirizando lentamente; pero más allá, en otras salas más negras, más indecorosas y más ahumadas con el hálito brumoso de la curia, los demonios mayores descuartizaban como carniceros. Sus nefandas rúbricas, compuestas por trozos nigrománticos, abrían en canal a las pobres víctimas, y cada vez que llenaban un pliego de aquella simpática letra cuadrada y angulosa que ha sido el orgullo de nuestros calígrafos, daban un resoplido de satisfacción».

Durante el desarrollo de los sucesos, una de las protagonistas es condenada a muerte. Gracias a su religiosidad, «su espíritu estaba tranquilo; su pensamiento, después de pasar revista con cierto desdén a los sucesos próximos, se remontaba orgullosamente a las alturas desde donde pudiera descubrir horizontes más gratos y personas más dignas de ocuparlo. Había llegado a adquirir la certidumbre de un trágico fin; pero lejos de sentir el terror propio de tales casos y muy natural en una débil muchacha inocente, se sobrepuso con ánimo grandioso a la situación; supo mirar desde tan alto su propia persona, su prisión, su proceso, sus verdugos, las causas e incidentes de aquella lamentable aventura, que fue creciendo, creciendo, y bien pronto cuanto la rodeaba, incluso Madrid, la nación y el mundo entero, se quedó enano. ¡Admirable resultado del espíritu religioso y de la elasticidad del corazón, cuya magnitud, cuando él se decide a crecer, se pierde en las indefinidas dimensiones de lo infinito!».

28. MARIANELA (1878)

Esta novela surge después de una visita de Galdós a dos minas cántabras en Mercadal y Reocín. Marianela es una joven huérfana, abandonada y pobre, que vive una existencia de miseria en una casa paupérrima. La novela pivota en torno a su relación con un joven ciego y rico, Pablo Penáguilas. Es una novela de amor, de la que, por lo que a nuestro objeto respecta, quizá nos interesen dos aspectos

fundamentalmente, a saber, la actitud de los españoles hacia la miseria y/o la beneficencia y, por otro lado, la importancia de la educación.

Por lo que toca al primer punto, unos de los protagonistas, el médico Teodoro Golfín, critica a su rica cuñada que no haya hecho nada para aliviar la miseria que abate la vida de Marianela. Cuando ella le replica que ya organiza actos de caridad, este los tilda de absolutamente inútiles y dirigidos a lavar la conciencia de los organizadores y beneficiar a unos pocos, no precisamente los dignos de misericordia.

Curiosamente, cuando el tío de Pablo Penáguilas acoge momentáneamente a Marianela en la casa familiar, reproduce los argumentos de la cuñada, incorporando, inadvertidamente, las críticas del galeno, a saber, «¿No habría sido más razonable... que en vez de meternos en la casa a esta pobre muchacha, hubiera organizado mi hijita una de esas útiles solemnidades que se estilan en la corte, y en las cuales sabe mostrar sus buenos sentimientos lo más selecto de la sociedad? ¿Por qué no se te ocurrió celebrar una rifa? Entre los amigos hubiéramos colocado todos los billetes reuniendo una buena suma que podrías destinar a los asilos de beneficencia. Podías haber formado una sociedad con todo el señorío de Villamojada y su término... y celebrar juntas y reunir mucho dinero... También pudiste idear una corrida de toretes... ¿Pues, y las muchas familias que viven de la administración de las rifas? ¿Pues y lo que ganan los cómicos con estas funciones? ¡Oh!, los que están en el hospicio no son los únicos pobres. Me dijo Sofía [la cuñada] que en los bailes de máscaras dados este invierno sacaron un dineral. Verdad que se llevaron gran parte la empresa del gas, el alquiler del teatro, los empleados... pero a los pobres les llegó su pedazo de pan... O si no, hija mía, lee la estadística».

En cuanto al segundo punto, la obra reivindica en varias ocasiones el papel central de la educación. Uno de los protagonistas, Teodoro Golfín, y su hermano, lograron salir de la más mísera pobreza gracias a la educación (uno es médico y el otro ingeniero). Asimismo, el padre de Pablo Penáguilas «divertíale con cuentos y lecturas; tratábale con solícito esmero, atendiendo a su salud, a sus goces legítimos, a su instrucción y a su educación cristiana, porque el señor de Penáguilas, que era un sí es no es severo de principios, decía: "No quiero que mi hijo sea ciego dos veces"».

Comentando las lecturas de su padre con Marianela, el invidente recuerda que también le «ha recreado mucho la Historia, que es un cuento verdadero de todo lo que los hombres han hecho antes de ahora; resultando, hija mía, que siempre han hecho las mismas maldades y las mismas tonterías, aunque no han cesado de mejorarse, acercándose todo lo posible, más sin llegar nunca, a las perfecciones que solo posee Dios».

En un momento determinado de la acción, el médico Teodoro Golfín debe acoger bajo su protección a la pequeña Marianela, y comparte con ella su lamen-

to de que, sea «una admirable persona nacida para todo lo bueno; pero desvirtuada por el estado salvaje en que has vivido, por el abandono y la falta de instrucción, pues careces hasta de la más elemental». Y clama al cielo: «¡En qué donosa sociedad vivimos, que se olvida hasta este punto de sus deberes y deja perder de este modo un ser preciosísimo!... Te ha dejado crecer en la soledad de unas minas, sin enseñarte una letra, sin hacerte conocer las conquistas más preciosas de la inteligencia, las verdades más elementales que hoy gobiernan al mundo; ni siquiera te ha llevado a una de esas escuelas de primeras letras, donde no se aprende casi nada; ni siquiera te ha dado la imperfectísima instrucción religiosa de que ella se envanece».

29. LA FAMILIA DE LEÓN ROCH (1878)

Esta novela tiene la ventaja de ofrecernos una galería de retratos de algunos personajes con singular incidencia en nuestro objeto de conocimiento. En uno de los primeros lances de la novela (precisamente en un capítulo titulado «Donde el lector verá con gusto los panegíricos que los españoles hacen de sus compatriotas y de su país»), uno de los personajes critica a León Roch porque «es un sabio de nuevo cuño, uno de estos productos de la Universidad, del Ateneo y de la Escuela de Minas, que maldito si me inspiran confianza. Mucha ciencia alemana, que el demonio que la entienda; mucha teoría oscura y palabrejas ridículas; mucho aire de despreciarnos a todos los españoles como a un hatajo de ignorantes; mucho orgullo, y luego el tufillo de descreimiento, que es lo que más me carga. Yo no soy de esos que se llaman católicos y admiten teorías contrarias al catolicismo; yo soy católico, católico».

Uno de los tertulianos le objeta que «no hay que exagerar... La exageración es el principal mal de este país... Eso de que porque seamos católicos condennamos a todos los hombres que cultivan las ciencias naturales, sin darse golpes de pecho, y se desvían... Yo concedo que se desvíen un poco, mucho quizás, de las vías católicas... Pero ¿qué me importa? El mundo va por donde va. Conviene no exagerar». Pero el primero insiste: «Yo creo que todos los sabios son lo mismo. Ya hemos visto cómo gobiernan el país cuando este ha tenido la desgracia de caer en sus manos. Pues lo mismo gobiernan sus casas. En la vida privada, señores, los sabios son una calamidad, lo mismo que en la pública. No conozco un sabio que no sea un tonto, un tonto rematado.»

Cuando uno de los contertulios abandona el lugar, otro recuerda que ha forjado una gran fortuna gracias al «tronco podrido del Tesoro público», por lo que cabría acuñar una frase que rece: «La bancarrota nacional es una fuente de riqueza». Precisamente el agasajado por la fortuna, reflexiona más adelante sobre que «aquí todo el mundo habla mal de los políticos, de los gobiernos, de los empleados de Madrid... pues voy creyendo que Madrid, los empleados, los gobiernos y

la gavilla de políticos, como dicen, son lo mejor de la nación. Malos son los elegidos; pero creo que son más malos los electores».

Otro personaje de la historia, conocido por sus escasas ganas de trabajar y propensión desmedida en gastar lo que no tiene, comenta al protagonista que le han elegido como ponente de la comisión que ha de informar la Ley de vagos, encargo que ensalza, pues «mientras no tengamos una buena Ley de vagos no hay que pensar en una buena política», en la medida en que «de la multitud de holgazanes y gentes de mal vivir, cesantes hambrientos y pillastres que aguardan las revueltas públicas para hacer su agosto, proviene el malestar en que vivimos. Bárreme toda esa inmundicia y te respondo del orden social».

Cercano el desenlace de la trama, un estafador profesional replica a un sacerdote que «es fácil rehabilitarse en una sociedad como la nuestra, compuesta de distintos elementos, todos malos, dominados por uno pésimo, que es, permítaseme lo soez de la palabra, el elemento *chulesco*... [una sociedad] donde la Administración debería llamarse la *prevaricación pública*; donde los altos y los bajos se diferencian en la clase de ropa con que tapan la deshonestidad de sus escándalos; donde hay un pillaje que se llama política; donde la gente se arruina con las contribuciones y se enriquece con las rifas; donde la justicia es una cosa para exclusivo perjuicio de los tontos y beneficio de los discretos, y donde basta que dos o tres llamen egregio a cualquier *quidam* para que todo el mundo se lo crea, es fácil labrarse una toga de honradez, y ponérsela, y ser *distinguido hombre público y patricio ilustre* y figurar retratado en las cajas de fósforos. Yo me comprometo, si pongo empeño en ello, a hacerme pasar por canonizable dentro de dos o tres años».

30. EPISODIOS NACIONALES: UN VOLUNTARIO REALISTA (1878)

Retomamos la senda de los episodios y nos trasladamos ya al año 1827. Una época en la que un joven, con ánimo apasionado y belicoso, puede quejarse de que «ya en el mundo no hay guerra. Todo está quieto. España quiere paz y más paz. Después que echamos a los franceses y quitamos a los liberales, no queda nada que hacer. Ni siquiera tenemos un rey intruso a quien combatir, no tenemos más que el legítimo, el verdadero, aquel en quien no se puede poner la mano».

Su interlocutora, una monja, le replica: «Te equivocas grandemente al suponer que tendremos paz. No hijo mío; guerra, y guerra muy empeñada y tremenda nos aguarda. Todo está por hacer; con la derrota de los liberales no se ha conseguido casi nada; todo está, pues, del mismo modo, la religión por los suelos, la Inquisición sin restablecer, los conventos sin rentas, los preladados sin autoridad. Ya no tenemos aquellos gloriosísimos días en que los confesores de los reyes gobernaban a las naciones; se publican libros que no son de religión, o le son contrarios; en pocas materias se consulta al clero, y muchas, muchísimas cosas se hacen sin contar con él para nada... No gobiernan los liberales, es verdad,

pero ello es que, sin saber cómo, gobierna algo de su espíritu, y las sectas, las infames sectas masónicas no han sido destruidas». Clama esta religiosa porque este trono «que fue preciso defender primero de los franceses y después de los liberales, no satisface las aspiraciones de nuestro católico reino. La religión no ha triunfado todavía, y es preciso que la religión triunfe... Contra la masonería, que es el gobierno de Satanás, se levantará la religión, que es el gobierno de Dios. Todo lo que se opone, o si no se opone estorba al triunfo de la fe, caerá, y si lo que estorba es un trono, caerá también».

Premonitorias palabras que anuncian tempestades. Aquel joven, que pasará a ser conocido como Tilín, se suma a las filas apostólicas insurrectas en Cataluña y pronto alcanza algunos éxitos militares, que no serán reconocidos por sus superiores inmediatos. Como le recuerda un caballero que encuentra, «amigo mío, no contaba usted con la envidia, que en nuestro país por desgracia ennegrece todas las cosas».

Este caballero no es otro que nuestro viejo conocido, Salvador Monsalud, regresado a España con una misión encomendada por los liberales emigrados a Londres. Pronto lamenta su vuelta, pues «me he metido en un país encantador que está saboreando las delicias de la guerra civil más bestial, más soez y repugnante que imaginarse puede... no conocen ustedes la tierra que desean reformar. Esto no tiene enmienda por ahora ni hay alquimia que de esta basura haga oro puro. Lo que he pensado y sostenido varias veces lo veo y lo palpo ahora... Un puñado de hombres refugiados en Inglaterra se empeñan en librar a su país del despotismo y mientras ellos sueñan allá, ese mismo país se subleva, se pone en armas con fiereza y entusiasmo, no porque le mortifique el despotismo, sino porque el despotismo existente le parece poco y quiere aún más esclavitud, más cadenas, más miseria, más golpes, más abyección».

Tomada Manresa por los sublevados, constituyen una junta que imparte «las consabidas órdenes para que todos los oficiales se presentasen, sin que se olvidara la cobranza de un año de contribución y el reclutamiento de los quintos del último reemplazo. La tradición revolucionaria fue escrupulosamente cumplida, probándose que no en vano habíamos tenido en nuestra historia cursos completos de motines. La santa causa del trono y del altar, como decía la proclama de Manresa, que poco después fue quemada por la mano del verdugo, como lo fuera años antes la Constitución del 12, plagiaba ramplonamente a los demagogos de las Cabezas de San Juan». Finalmente, las sensibilidades políticas opuestas de la nación coinciden en la forma de sus actos.

En los compases finales del episodio, el narrador apunta que «desde que los cocheros de palacio, los marmitones, los lacayos y algunos soldados vendidos a los cortesanos inauguraron el 19 de marzo de 1808 en Aranjuez la serie de bajas rapsodias revolucionarias que componen nuestra epopeya motinesca, el más repugnante movimiento ha sido la sublevación apostólica de 1827. Es además de

repugnante, oscuro, porque su origen, como el de los monstruos que degradan con su fealdad a la raza humana, no tuvo nunca explicación cabal y satisfactoria. Acabó misteriosamente, lo mismo que había empezado, como esas tragedias reales en que por una secreta confabulación de testigos, asesinos y jueces, queda todo indetermindado y confuso, no existiendo la evidencia más que en la muerte de la víctima. No hubo lógica, ni plan en la sublevación, como no hubo justicia en los castigos».

Lo lamentable es que «todas las reyertas entre los absolutistas de uno y otro bando, así como todas sus reconciliaciones, terminaban con un porrazo a los liberales. Estos infelices, pocos en número, acobardados y oscurecidos, pagaban el furor de los sublevados y de los perseguidores de los sublevados». Hasta tal punto que «un observador de pura casta absolutista... habría creído que aquellos pobres fueron puestos en España por Dios para impedir que los defensores de este se destrozaran mucho al engrescarse entre sí».

31. EPISODIOS NACIONALES: LOS APOSTÓLICOS (1879)

El primer protagonista de este nuevo episodio es Benigno Cordero, «hombre laborioso, de sentimientos dulces y prácticas sencillas; aborrecedor de las impresiones fuertes y de las mudanzas bruscas, D. Benigno amaba la vida monótona y regular, que es la verdaderamente fecunda. Compartiendo su espíritu entre los gratos afanes de su comercio y los puros goces de la familia; libre de ansiedad política; amante de la paz en la casa, en la ciudad y en el Estado; respetuoso con las instituciones que protegían aquella paz; amigo de sus amigos; amparador de los menesterosos; implacable con los pillos, fuesen grandes o pequeños; sabiendo conciliar el decoro con la modestia y conociendo el justo medio entre lo distinguido y lo popular, era acabado tipo del burgués español que se formaba del antiguo pechero fundido con el hijodalgo, y que más tarde había de tomar gran vuelo con las compras de bienes nacionales y la creación de las carreras facultativas hasta llegar al punto culminante en que ahora se encuentra».

Este ejemplar de una nueva clase social, la «formidable clase media que hoy es el poder omnímodo que todo lo hace y deshace, llamándose política, magistratura, administración, ciencia, ejército, nació en Cádiz entre el estruendo de las bombas francesas y las peroratas de un Congreso híbrido, inocente, extranjerizado si se quiere, pero que había brotado como un sentimiento o como un instinto ciego e incontrastable del espíritu nacional. El tercer estado creció, abriéndose paso entre frailes y nobles, y echando a un lado con desprecio estas dos fuerzas atrofiadas y sin savia, llegó a imperar en absoluto, formando, con sus grandezas y sus defectos una España nueva».

Nuestro nuevo capítulo histórico comienza con la llegada a la corte de la nueva reina, María Cristina, quien arriba bajo sospecha de tendencias liberales, de modo que «fue mirada su belleza como un sol de piedad que venía, si bien un

poco tarde, a iluminar los antros de venganza y barbarie en que vivía como un criminal aherrojado, el sentimiento nacional». Es también el tiempo de «la trascendentalísima pragmática sanción del 29 de marzo del 30, origen inmediato de varias guerras crueles, pretexto de esa horrible contienda histórica, secular, característica del genio español del siglo XIX y que no ha concluido, no, aunque así lo indiquen las treguas en que el pérfido monstruo toma aliento. Esa batalla grandiosa en que han peleado con saña los ideales más hermosos y las tradiciones poéticas, los entusiasmos más firmes y las ranciedades más respetables, los intereses más nobles y los más bastardos, mezclándose en una y otra parte el legítimo anhelo de la reforma con la terquedad de la costumbre, el generoso vuelo del pensamiento con la noble exaltación de la fe; esa batalla, digo, estaba trabada hace tiempo en el corazón y en el pensar de España y tarde o temprano había de venir al terreno de las armas».

Y he aquí una diferencia entre la nación española y otros pueblos que «se transforman en sosiego, charlando y discutiendo con algaradas sangrientas de tres, cuatro o cinco años, pero más bien turbados por las lenguas que por las espadas. El nuestro ha de seguir su camino con saltos y caídas, tumultos y atropellos. Nuestro mapa no es una carta geográfica, sino el plano estratégico de una batalla sin fin. Nuestro pueblo no es pueblo, sino un ejército. Nuestro gobierno no gobierna: se defiende. Nuestros partidos no son partidos mientras no tienen generales. Nuestros montes son trincheras, por lo cual están sabiamente desprovistos de árboles. Nuestros campos no se cultivan, para que pueda correr por ellos la artillería. En nuestro comercio se advierte una timidez secular originada por la idea fija de que mañana habrá jaleo. Lo que llamamos paz es entre nosotros como la frialdad en física, un estado negativo, la ausencia de calor, la tregua de la guerra».

En el desarrollo de la trama subyace la turbulenta personalidad de Salvador Monsalud. Reaparecido, con la madurez reconoce que ha «perdido todas las ilusiones. He vivido mucho tiempo en España en medio de las tempestades de los partidos victoriosos, y mucho tiempo también en el extranjero en medio del despecho de los españoles vencidos y desterrados. La experiencia me ha hecho ver que son igualmente estériles los gobiernos que persiguen defendiéndose y los bandos que atacan conspirando. Yo he conspirado también algunas veces, y en aquellos trabajos oscuros he visto en derredor mío pocos móviles generosos y muchas, muchísimas ambiciones locas, apetitos y rencores que no se diferenciaban de los del despotismo más que en el nombre. La realidad me ha ido desencantando poco a poco y llenándome de hastío, del cual nace este mi aborrecimiento de la política, y el propósito firme de huir de ella en lo que me quedare de vida».

Interrogado por su interlocutor, Monsalud avanza en su pensamiento y admite que «nuestro país no es liberal ni sabe lo que es la libertad, ni tiene de los

nuevos modos de gobernar más que ideas vagas. Puede asegurarse que la libertad no ha llegado todavía a él más que como un susurro. Es algo que ha hecho ligera impresión en sus oídos, pero que no ha penetrado en su entendimiento ni menos en su conciencia. No se tiene idea de lo que es el respeto mutuo, ni se comprende que para establecer la libertad fecunda es preciso que los pueblos se acostumbren a dos esclavitudes, a la de las leyes y a la del trabajo. A excepción de tres docenas de personas... no pongo sino tres docenas... los españoles que más gritan pidiendo libertad entienden que esta consiste en hacer cada cual su santo gusto y en burlarse de la autoridad. En una palabra, cada español, al pedir libertad, reclama la suya, importándole poco la del prójimo».

La desesperanza o tristeza de nuestro protagonista viene determinada por un hecho que parece irresoluble y es que «España tiene hoy la controversia en los labios, una aspiración vaga en la mente, cierto instinto ciego de mudanza; pero el despotismo está en su corazón y en sus venas. Es su naturaleza, es su humor, es la herencia leprosa de los siglos que no se cura sino con medicina de siglos. He visto hombres que han predicado con elocuencia las ideas liberales, que con ellas han hecho revoluciones y con ellas han gobernado. Pues bien, esos han sido en todos sus actos déspotas insufribles. Aquí es déspota el ministro liberal, déspota el empleado, el portero y el miliciano nacional; es tiranuelo el periodista, el muñidor de elecciones, el juntero de pueblo y el que grita por las calles himnos y bravatas patrióticas».

Y el remedio es claro, dado que, «mientras no se modifiquen los sentimientos, mientras la envidia que aquí es como una segunda naturaleza, no ceda su puesto al respeto mutuo, no habrá libertades. Mientras el amor al trabajo no venza los bajos apetitos y el prurito de vivir a costa ajena no habrá libertades. No habrá libertades mientras no concluya lo que se llama sobriedad española que es la holgazanería del cuerpo y del espíritu alimentada por la rutina; porque las pasiones sanguinarias, la envidia, la ociosidad, el vivir de limosna, el esperar todo del suelo fértil o de la piedad de los ricos, el anhelo de someter al prójimo, la ambición de sueldo y de destinos para tener alguien sobre quien machacar, no son más que las distintas caras que toma el absolutismo».

32. EPISODIOS NACIONALES: UN FACCIOSO MÁS Y ALGUNOS FRAILES MENOS (1879)

Nos situamos en los prolegómenos de la muerte de Fernando VII. En aquel Madrid donde destacaba «el furor con que todo el mundo fraguaba levantamientos y sediciones. Conspiraban las infantas brasileñas con sin igual descaro; conspiraban los voluntarios realistas, ayudados por la turbamulta de frailes y clérigos mal avenidos con la idea de perder su omnipotencia; conspiraban las monjas y los sacristanes, muchos militares que se habían hecho familiares de los obispos y, para que no faltase su lado cómico a esta comparsa nacional, también se agitaban en pro de D. Carlos muchos señores que habían sido rabiosos democratistas

y jacobinos en los tres llamados años de la titulada segunda época constitucional. Antes habían gritado por el sistema y ahora suspiraban por los derechos de la soberanía en su inmemorial plenitud».

El narrador omnisciente nos cuenta que «ya desde entonces se dedicaban con preferencia a esta patriótica tarea de arreglar el país los hombres sin oficio ni ganas de aprenderlo, que sentían la irresistible vocación del empleo lucrativo. Algunos lo hacían también por cierta desavenencia ingénita con el poder público, y los menos por exaltación de ideas o por leal deseo de labrar el bien de la muchedumbre».

En uno de los grupos formados al efecto, tiene lugar una conversación en la que un militar afirma que los liberales «están y estarán siempre al lado de la princesa, si a la princesa le ponen por almohada en su cuna el mejor de los códigos [la Constitución del 12]». Su interlocutor rechaza tal afirmación, dado que los liberales «están tan divididos que no oye usted dos opiniones iguales si habla con ellos. Hay multitud de tontos a quienes no se puede arrancar de la cabeza lo del mejor de los códigos; hay algunos solemnes pillos que por malicia y por tener poder ante la canalla gritarán si les dejan, Constitución o muerte; hay el grupo de los anilleros o de los sabios, que reniegan de todo si no les dan las dos cámaras con carta, a la francesa, y aun creo que alguien quiere que haya tres cámaras, por no parecerle bastante dos. Unos piden que haya mucha religión sin dejar de haber libertad, mientras los iluminados desean acabar con la gente de cogulla y quemar los conventos... Vamos, esta es una casa de fieras, y yo digo que convendría que estallase la guerra y viniesen grandes peligros para que entonces se unieran tantas voluntades y se llegara a un acuerdo en lo de la Constitución definitiva, aunque hubiese siete cámaras y cuatrocientas alcobas».

Resignado, alejado de su juvenil inocencia, nuestro viejo conocido Monsalud replica: «Conozco a mi país, conozco a mis paisanos, he pulsado teclas de conspiración en distintas épocas; sé el valor que tienen las ideas, insignificante junto al valor de las pasiones; sé muy bien que a los políticos de nuestra tierra les gobierna casi siempre la envidia, y que la mayoría de ellos tienen una idea solo porque el vecino de enfrente tiene la idea contraria».

El choque entre la patria real y la patria ideal es inevitable. Cuando acaba la charla, Salvador reflexiona sobre el «pequeño cuadro lastimoso de la nación española. La confusión de pareceres, el incesante conspirar con recursos misteriosos y fines mal determinados, las repugnantes connivencias de la policía con los conspiradores de todas clases, no eran cosa nueva para él... de buena gana se marchara a las antípodas o a cualquier región apartada donde no oyera ni viera lo que allí mortificaba sus ojos y oídos. La experiencia, el profundo conocimiento de las personas, los viajes y la desgracia, habíanle dado elementos bastantes para construir en su pensamiento una patria muy distinta de la que pisaba... No he de vivir bastante para ver a mis compatriotas instruidos en lo que es libertad, en

lo que es ley y en lo que es gobernar, lo mejor será que no me afane por esto y que deje pasar, pasar, contemplando desde mi indiferencia los sucesos que han de venir, como se miran desde un balcón las figuras de una mascarada».

Fallecido el rey, repican las campanas de lo desconocido. Una de las protagonistas, Sola, teme que «ahora, con la muerte del rey, se va a encender una guerra tal que España va a ser una nación de huérfanos y viudas. Sí, así será... correrán ríos de sangre, ríos caudalosos como los de agua y los hermanos matarán a los hermanos... todo por saber si ha de reinar la sobrina del tío o el tío de la sobrina. ¡Qué horrosos disparates! ¡Y estas cosas pasan en reuniones de gente que se llaman países y naciones!... ¡Y esta es la decantada sabiduría de los hombres de Europa que se ríen de los salvajes! Yo, mujer ignorante, digo que esos sabios no tienen sentido común».

Por razones familiares, Monsalud se ve envuelto involuntariamente en los primeros lances de la guerra carlista por tierras navarras y observa con «repugnancia y miedo... un país que abandona en masa hogares, trabajo, campo y familia por conquistar una soberanía que no es la suya y una corona que no ha de aumentar sus derechos; ríos de sangre derramados diariamente entre hombres de una misma nación; clérigos que esgrimen espadas, moribundos que se confiesan con capitanes, villas pobladas por mujeres y chiquillos; cerros erizados de frailes y poblados de hombres lobos, que deliran con la matanza y el pillaje, son incongruencias que repetidas y condensadas en un solo día y lugar pueden hacer perder el juicio a la mejor templada cabeza y hacer dudar de que habitamos un país cristiano y de que el rey de la civilización es el hombre».

Al final de este *Episodio nacional*, Galdós manifiesta su intención de concluir aquí su experiencia con la novela histórica, «porque, pasado el año 34, los sucesos son demasiado recientes para tener el hechizo de la historia y no tan cercanos que puedan llevar en sí los elementos de verdad de lo contemporáneo», en la medida en que carecen de «toda intención que no fuera la de presentar en forma agradable los principales hechos militares y políticos del período más dramático del siglo, con objeto de recrear (y enseñar también, aunque no gran cosa) a los aficionados a esta clase de lecturas». Nuestro autor tardará casi veinte años en retomar este género, justo en 1898, el año del desastre nacional.

Galdós recibe un reconocimiento general por sus *Episodios*, de público, de crítica y de sus colegas. En 1876 le había sido concedida la Cruz de la Real y Distinguida Orden de Carlos III y, dos años más tarde, la Orden de Isabel la Católica²⁹. Los libros fueron un extraordinario éxito de ventas, vendidos a dos pesetas el ejemplar en ediciones económicas con el color de la bandera española claramente destacado en la presentación externa de los ejemplares. Pronto estuvo disponible una edición de lujo en cartoné de ambas series, preparada para su conservación junto a cualquier otro clásico literario que forme parte de la biblioteca de una familia.

33. TORQUEMADA EN LA HOGUERA (1880)

«Voy a contar cómo fue al quemadero el inhumano que tantas vidas infelices consumió en llamas... caso patético, caso muy ejemplar, señores, digno de contarse para enseñanza de todos, aviso de condenados y escarmiento de inquisidores». Así comienza Galdós esta novela. Era este Torquemada (D. Francisco) un usurero que comenzó su fortuna con la compra de una finca de veinticuatro habitaciones el mismo año de la revolución septembrina. Los alquileres le procuraban una sustanciosa renta, exigida puntualmente los domingos de cada semana. La llegada de la Restauración «proporcionole bonitos préstamos y anticipos. Situación nueva, nómina fresca, pagas saneadas, negocio limpio. Los gobernadores flamantes que tenían que hacerse ropa, los funcionarios diversos que salían de la oscuridad famélicos le hicieron un buen agosto. Toda la época de los conservadores fue regularcita, como que éstos le daban juego con las esplendideces propias de la dominación, y los liberales también, con sus ansias y necesidades no satisfechas».

La mudanza de tiempos y pareceres es uno de los temas del relato. A la muerte de su mujer, su joven hija pasa a administrar los temas domésticos de la casa Torquemada. Y he aquí que «a reinados nuevos, principios nuevos. Comparando lo pequeño con lo grande y lo privado con lo público, diré que aquello se me parecía a la entrada de los liberales, con su poquito de sentido revolucionario en lo que hacen y dicen. Torquemada representaba la idea conservadora, pero transigía».

En la obra aparece también un amigo de Torquemada, un tal José Bailón, «un clérigo que ahorcó los hábitos el 69, en Málaga, echándose a revolucionario y a librecultista con tan furibundo ardor, que ya no pudo volver al rebaño, ni aunque quisiera le habían de admitir... Vencido y dado a los demonios, le catequizaron los protestantes, ajustándole para predicar y dar lecciones en la capilla, lo que él hacía de malísima gana y solo por el arrastrado garbanzo». Bailón escribía algunas composiciones cortas, como la que rezaba «el Verbo depositó hace dieciocho siglos la semilla divina. En noche tenebrosa fructificó. He aquí las flores. ¿Cómo se llaman? Los derechos del pueblo». Sin embargo, sus preocupaciones populistas no duran mucho. Venido a gran fortuna, merced al fallecimiento de una benefactora, el antiguo cura protesta que «ya no le daba la gana de conspirar, como que tenía la olla asegurada y no quería exponer su pelleja para hacer el caldo gordo a cuatro silbantes. Luego pintaba a todos los políticos, desde el más alto al más oscuro, como un atajo de pilletes, y les sacaba la cuenta al céntimo de cuanto habían rapiñado».

Nuestro autor escribe esta novela cuando corre el año 1880. El 17 de septiembre de dicho año, Galdós escribe una carta a Fernando León y Castillo. En ella le cuenta que, por cuestiones familiares, su hermano Ignacio tenía interés en obtener una plaza que había quedado vacante en Las Palmas, «pues, como compren-

derás, la Comandancia de Las Palmas, como posición militar y de porvenir, es poco apetecible». A continuación, le aclara que su hermano «no se mezcla para nada en política», pero que, a pesar de ello, el ministro de la gobernación se ha opuesto a concederle la plaza «fundándose en que, por el estado de los ánimos, no era conveniente, por ahora, dar aquel puesto a un hijo del país»³⁰. Galdós cita aquí un literal extractado de una carta de Cánovas en la que le pide disculpas por no haber podido cumplir «las promesas que me hizo a mí mismo en Madrid».

El escritor atribuye el fracaso del asunto a Romero Robledo, quien ha sido alentado por algunos o todos los diputados de la provincia. Nuestro personaje le explica que ahora queda la alternativa de solicitar una permuta de la plaza con el recién nombrado, pero desea saber del propio León y Castillo si éste ha intervenido en el asunto o si está dispuesto a intervenir para que desde el ministerio no obstaculicen la posible permuta. Le subraya que «si tú me declaras con lealtad (y no me enojaré por ello, comprendiendo como comprendo las exigencias de la política) que pones veto al nombramiento, daremos la causa por perdida y nos resignaremos». Añade Galdós: «No me digas que por estar en la oposición careces de influencia, porque, aunque extraño a la política, sé como se manejan ustedes en ella». Concluye que espera «una contestación franca, en la seguridad de que aun cuando sea desconsoladora, no se alterará la buena amistad que te profesa tu afectuoso amigo».

34. LA DESHEREDADA (1881)

Una de las preocupaciones constantes de Galdós aparece en el frontispicio mismo de esta nueva obra, dado que, «saliendo a relucir aquí, sin saber cómo ni por qué, algunas dolencias sociales, nacidas de la falta de nutrición y del poco uso que se viene haciendo de los benéficos reconstituyentes llamados Aritmética, Lógica, Moral y Sentido Común, convendría dedicar estas páginas... ¿a quién? ¿al infeliz paciente, a los curanderos y droguistas que, llamándose filósofos y políticos, le recetan uno y otro día?... No; las dedico a los que son o deben ser verdaderos médicos: a los maestros de escuela». Es así la educación (más bien su falta) el eje sobre el que pivota el nuevo relato.

La novela nos ubica en la primavera de 1872, con Amadeo I en el trono. Al inicio, un loco encerrado en un manicomio, exclama voz en grito: «¡Y el país, ese bendito monstruo con cabeza de barbarie y cola de ingratitud, no sabe apreciar nuestra abnegación, paga nuestros sacrificios con injurias, y se regocija de vernos humillados! Pero ya te arreglaré yo, país de las monas. ¿Cómo te llamas? Te llamas Envidiópolis, la ciudad sin alturas; y como eres puro suelo, simpatizas con todo lo que cae».

Avanzado el relato, el narrador omnisciente nos presenta una saga, la de los Pez, cuyo artífice es propio de «esta nuestra España, que concibió en su seno y crió a sus pechos a D. Manuel José Ramón del Pez, lumbrera de la administra-

ción, fanal de las oficinas, astro de segunda magnitud en la política, padre de los expedientes, hijo de sus obras, hermano de dos cofradías, yerno de su suegro el Sr. D. Juan de Pipaón [recuerden a nuestro viejo conocido Juan Bragas], indispensable en las comisiones, necesario en las juntas, la primera cabeza del orbe para acelerar o detener un asunto, la mejor mano para trazar el plan de un empréstito, la nariz más fina para olfatear un negocio, servidor de sí mismo y de los demás, enciclopedia de chistes políticos, apóstol nunca fatigado de esas venerandas rutinas sobre que descansa el noble edificio de nuestra gloriosa apatía nacional, maquinilla de hacer leyes, cortar reglamentos, picar ordenanzas y vaciar instrucciones, ordeñador mayor por juro de heredad de las ubres del presupuesto, hombre, en fin, que vosotros y yo conocemos como los dedos de nuestra propia mano, porque más que hombre es una generación, y más que persona es una era, y más que personaje es una casta, una tribu, un medio Madrid, cifra y compendio de una media España».

Ahonda más el autor en la semblanza del personaje que «desde su tierna edad servía en esta maternal administración española. De niño había tenido el amparo de otros Peces mayores y de los Pipaones, que también eran Peces por la rama materna. Más adelante se gobernó solo, y casi siempre desempeñó elevados y ubérrimos destinos, con intervalos de cesantías; que nada hay estable ni completo en este mundo. Gozaba reputación de honrado, lo que el predicador declara con gusto, aunque esto de la honradez bien sabemos todos que ha llegado a ser una idea puramente relativa. De sus principios políticos no queremos hablar, porque no hay para qué. Ni esto importa gran cosa, con tal de establecer que aquellos principios, presupuesto que los hubiera, tenían por atributo primero una adaptación tan maravillosa como la de los líquidos a la forma y color del vaso que los contiene. Eran, pues, principios líquidos, lo que no es ciertamente el colmo de la incohesión, pues también los hay gaseosos. Si un carácter ha de formarse de una sola pieza y de una sola substancia, descartando las demás como puramente ornamentales, el carácter de D. Manuel se componía de una sola y homogénea cualidad, la de servir a todo el mundo prefiriendo siempre, por la ley de gravitación social, a los poderosos».

El problema es que los Peces no están solos, sino que crecen en un ecosistema particularmente propicio para ellos. En uno de los lances de la ficción, la protagonista intenta convencer a su enamorado de que busque una ocupación digna, un trabajo. Su respuesta es contundente: «¿Aquí? ¡Trabajar aquí!... Tú te has caído de un nido. En España no se recompensa el mérito. ¡Qué país! Es claro; yo trabajaría, yo me dedicaría a algo; pero ¿qué pasa? Los escritores, los artistas, los industriales y hasta los tenderos todos se mueren de hambre. Que trabaje el obispo. No hay más medio de ganar dinero aquí que metiéndose en negocios patrocinados por el gobierno».

Más adelante, un impresor catalán, gran trabajador incansable en su empresa, recomienda a un conocido que busque «un negocio atrevido, emprende algo, especula con la candidez de los demás. Yo he visto mucho mundo, y sé que los más pillos son los que tienen más dinero. Cuando tú lo tengas, gástalo, que hay tontos que al verte tirar tu dinero te darán el suyo; así es el mundo... Aquí hay dos papeles, el de víctima o el de verdugo. ¿Cuál vale más? El de verdugo. Chupar y chupar todo lo que se pueda. El pueblo está sacrificado. Los grandes se comen todo lo que hay en la nación. No hay más que dos caminos: o acabar de una vez con todos los grandes, lo cual no es fácil, o meterse entre ellos y aprender sus marrullerías y latrocinios».

No obstante, no todo es tan negro y, en el otro lado de la moneda, el narrador nos acerca a otro personaje, un reputado notario, cuya «franqueza le había valido algunos disgustos, pero también grandes triunfos, porque el culto de la verdad, proclamando la honradez, trae siempre ventajas, las cuales no se concretan a la conciencia y a la moral, sino que se extienden a la esfera utilitaria de la vida. Por esto, y relacionando sus virtudes con sus éxitos, decía el gran notario que también la honradez es negocio».

Elevados a los grandes hitos políticos, y proclamada la I República, al poco surgen los levantamientos cantonales. El desafío radical al Estado hace afirmar al autor que en diciembre de 1873 «Castelar reorganiza el ejército. La patria da un suspiro de esperanza. Se convence de que tiene siete vidas, como vulgarmente se dice de los gatos. La marea revolucionaria principia a bajar. Se ve que son más duros de lo que se creía los cimientos de la unidad nacional».

Por otro lado, frente a la sublevación carlista, uno de los protagonistas de la novela, un médico, plantea que «la mejor manera de acabar con los carlistas es dejarlos triunfar, traer a D. Carlos a Madrid y plantarle en el trono. En España, el primer paso para la ruina de una causa es su triunfo. El carlismo guerrero se sostiene. El carlismo establecido no podrá durar un mes. Desde el momento en que se trate de aplicar a la vida real sus ideales, se hundirá por su propio peso y caerá hecho polvo».

35. EL AMIGO MANSO (1882)

A estas alturas del siglo XIX, para el personaje central de la trama, el «amigo Manso» (que no es otro sino Máximo Manso, profesor de Filosofía), ya «es evidente que la democracia social ha echado entre nosotros profundas raíces, y a nadie se le pregunta quién es ni de dónde ha salido para admitirle en todas partes y festejarle y aplaudirle, siempre que tenga dinero o talento. Todos conocemos a diferentes personas de origen humildísimo que llegan a los primeros puestos, y aun se alían con las razas históricas. El dinero y el ingenio, sustituidos a menudo por sus similares, agio y travesura, han roto aquí las barreras todas, estableciendo la confusión de clases en grado más alto y con aplicaciones más

positivas que en los países europeos donde la democracia, excluida de las costumbres, tiene representación en las leyes. Bajo este punto de vista, y aparte de la gran semejanza política, España se va pareciendo, cosa extraña, a los Estados Unidos de América y, como esta nación, va siendo un país escéptico y utilitario, donde el espíritu fundente y nivelador domina sobre todo... Las improvisaciones de fortuna y posición menudean, la tradición quizás por haberse hecho odiosa con apelaciones a la fuerza, carece de prestigio, la libertad de pensamiento toma un vuelo extraordinario, y las energías fatales de la época, riqueza y talento, extienden su inmenso imperio».

Interesado su hermano por iniciar una carrera política, le pregunta por la situación de España y «al oír esto del país, díjele que debía empezar por conocer bien al sujeto de quien tan ardientemente se había enamorado, pues existe un país convencional, puramente hipotético, a quien se refieren todas nuestras campañas y todas nuestras retóricas políticas, ente cuya realidad solo está en los temperamentos ávidos y en las cabezas ligeras de nuestras eminencias. Era necesario distinguir la patria apócrifa de la auténtica, buscando esta en su realidad palpitante, para lo cual convenía, en mi sentir, hacer abstracción completa de los mil engaños que nos rodean, cerrar los oídos al bullicio de la prensa y de la tribuna, cerrar los ojos a todo este aparato decorativo y teatral, y luego darse con alma y cuerpo a la reflexión asidua y a la tenaz observación. Era preciso echar por tierra este vano catafalco de pintado lienzo, y abrir cimientos nuevos en las firmes entrañas del verdadero país, para que sobre ellos se asentara la construcción de un nuevo y sólido Estado».

Metido en arena política, un personaje comienza a frecuentar la casa del hermano, un tal Federico Cimarra, «hombre que conocen en Madrid hasta la piedras, como le conocían antes los garitos, también diputado de la mayoría, de estos que no hablan nunca, pero que saben intrigar por setenta, y afectando independencia, andan a caza de todo negocio no limpio. Constituyen estos antes que una clase, una determinación cancerosa, que secretamente se difunde por todo el cuerpo de la patria, desde la última aldea hasta los cuerpos colegisladores».

36. EL DOCTOR CENTENO (1883)

Comienza la historia en febrero de 1863. Una escena transcurre en el observatorio astronómico, con tres amigos reunidos. El narrador confiesa perplejo que «pensar que tres españoles, dos de ellos de poca edad, pueden estar en el lugar más solemne sin sacar de este lugar motivo de alguna broma, es pensar lo imposible. A la iglesia van muchos a pasar ratos divertidos, cuanto más a una sala meridiana donde no hay más respeto que el de la ciencia, donde se entra con el sombrero puesto y aun se fumaría, si la susceptibilidad de los instrumentos lo permitiera».

En otra escena, la tía de uno de los protagonistas le cuenta el origen de su familia, pues «tu abuelo –le decía– fue mozo de mulas en mi casa, cuando yo era pequeña. Era un bruto. Me parece que le veo con su gorro de polo y su manta al hombro. Sus hijos se engrandecieron, como se engrandecen todos los brutos en estos tiempos de faramalla y de equivocaciones. Uno compró bienes del clero por un pedazo de pan, y se hizo rico negociando con la fortuna de la Iglesia, con lo que es de Dios y de sus ministros. Gumersindo Miquis y tu padre también han hecho mil picardías para enriquecerse. ¡Qué manera de juntar dinero! Con la contrata del fielato, vejando y martirizando a los pobres paletos que entraban dos docenas de huevos... Una vez desnudaron a una pobre mujer que entraba media sarta de chorizos en el refajo. Eran odiados en toda la Mancha... Gaspar Miquis ya sabemos que contratando carreteras ha hecho un capital. Así están aquellos caminos. Donde debía ser piedra ponía barro, y el puente sobre el Cigüela creo que lo hicieron de papel... En las casas consistoriales de Quintanar hay cada expediente... Pero ellos, ya se sabe, sacando votos para los diputados han hecho lo que han querido y se han burlado de la justicia».

Suspira la informante por los tiempos que corren, dado que «en mi tiempo, hijo, había, sí, ladrones de caminos, gentuza mala, es verdad; pero no había caciques, no había estos salteadores públicos que hacen lo que les da la gana, oprimen al pobre, roban al rico, amparados de la política. ¿No es un horror ver a Gaspar Miquis repartiendo las contribuciones y echando a algunos tantísima cuota, mientras él, que es el primer propietario de Criptana, no paga nada? Tu papaíto también es buena pieza. Compra el azafrán a seis duros, valiéndose de la miseria de los pobres labradores, y luego lo vende a catorce... Así se han hecho poderosos. Yo me acuerdo de haber visto al padre de tu abuelo, a tu bisabuelito, sí, venir a casa todos los sábados a recoger las limosnas que daba papá. Aquel viejo, con ser mendigo, era más decente que todos sus hijos y nietos».

El destinatario de estas palabras era un tal Alejandro Miquis, estudiante de Derecho y dramaturgo de vocación, de modo que, como «hombre dado a los demonios, o en otros términos, consagrado al peligrosísimo ejercicio de la imaginación, aborrecía el Derecho. Para él, la humanidad inteligente no había echado de sí cosa más antipática que aquel *ius*, idea suspicaz, prosaica y reglamentadora de la vida; idea enemiga de la pasión, de lo ideal, destructora de la personalidad libre y de la poesía. El *ius* para él, era *el eterno Sancho Panza*... Iba Alejandro a clase lo menos posible, y siempre de mala gana. Pero había sabido ganar sus cursos y aun obtener regulares notas con poco trabajo. Nunca fuiste tirano, amigo Sancho».

En esto aparece otro personaje que enseñaba a leer y escribir, José Ido, desempleado y arruinado que clama: «¡Y pensar que había en España diez millones de seres con ojos y manos, que no sabían escribir!.. ¡Y que él, hombre capaz de enseñar a escribir al pilón de la Puerta del Sol, no tuviese qué comer...! ¡Qué ano-

malías, y qué absurdos, y qué contrasentido tan desconsolador! ¿Pero esto era una nación o una horda? Ido se inclinaba a creer que fuera una piara de empleados, una manada de cesantes y una gavilla de pretendientes... Por todas partes no se oía otra cosa sino que se iba a armar la gorda, y D. José... francamente... le pedía a Dios que se armara lo más pronto posible y que hubiera una catástrofe tal, que todo se volviese patas arriba, y que viéramos a los generales y ministros yendo a esperar a los reyes, y a los aguadores sentados en las poltronas... ¡ajajá! Porque la vuelta tenía que ser grande para que el país se desasnara». Un país en el que conviven el maestro arruinado y el ignorante enriquecido gracias a su falta de escrúpulos.

Finalmente, la ruina total llega al propio protagonista de la trama. Uno de sus conocidos cuenta que la causa de su mal estriba en que es uno de «estos jovenzuelos que se han emponzoñado con las ideas extranjeras. ¿Qué nos traen las ideas extranjeras? El ateísmo, la demagogia y todos los males que padecen los países que no han querido o no saben hermanar la libertad con la religión. ¿Qué dicen por allá? Pues dicen: "Fuera Papa, fuera religión y venga república; hacer cada uno lo que le da la gana". ¿Es esto prudente? No señor... Pues esas ideas, ese ateísmo, ese desbarajuste es lo que nos quieren meter aquí». Abunda el interlocutor en su pensamiento: «Ese empeño de que todo ha de ser extranjero... Yo soy español por los cuatro costados. Señor, si aquí nos entendemos muy bien, si aquí sabemos hacer las cosas... Póngannos la milicia, la Constitución del 12, y basta. El clero en su puesto, la milicia para defender el orden, el ejército para caso de guerra, Cortes todo el año, buenos seminarios, mucha discusión, mucha libertad, mucha religión y venga paz. Si esto es claro y sencillo... Pues no ha de ser así, sino ateísmo, demagogia y filosofía alemana... Si aquí no necesitamos de lo forastero para nada».

37. TORMENTO (1884)

Corre el año 1867 y encontramos a nuestro José Ido con una nueva vida, gracias a que —cuenta— «ya no soy desbravador de chicos; ya no me ocupo en trocar las bestias en hombres, que es lo mismo que fabricar ingratos. ¿No te anuncié que pensaba cambiar aquel menguado trabajo por otro más honroso y lucrativo?... Tomome de escribiente un autor de novelas por entregas. Él dictaba, yo escribía... Mi mano un rayo... Hombre contentísimo... Cada reparto una onza». Curiosamente, el fructífero género es la novela histórica, donde el autor «dictaba los comienzos; luego yo cogía la hebra, y allá te van capítulos y más capítulos. Todo es cosa de Felipe II, ya sabes, hombres embozados, alguaciles, caballeros flamencos, y unas damas, chico, más quebradizas que el vidrio y más combustibles que la yesca...; el Escorial, el Alcázar de Madrid, judíos, moriscos, renegados, el tal Antoñito Pérez, que para enredos se pinta solo, y la muy tunanta de la princesa de Éboli, que con un ojo solo ve más que cuatro; el cardenal

Granvela, la Inquisición, el príncipe D. Carlos, mucha falda, mucho hábito frailuno, mucho de arrojar bolsones de dinero por cualquier servicio, subterráneos, monjas levantadas de cascos, líos y trapisondas, chiquillos naturales a cada instante, y mi D. Felipe todo lleno de ungüentos... En fin, chico, allá salen pliegos y más pliegos... Ganancias partidas; mitad él, mitad yo... Capa nueva, hijos bien comidos».

Recientemente, el editor ha encargado una «obra de mucho sentimiento, que haga llorar a la gente y que esté bien cargada de moralidad». Ido ha propuesto hablar de dos chicas pobres continuamente cortejadas por ricos que pretenden sus favores. Para enhebrarla, el autor confiesa inspirarse en «la realidad. ¿Dónde está la honradez? En el pobre, en el obrero, en el mendigo. ¿Dónde está la picardía? En el rico, en el noble, en el ministro, en el general, en el cortesano... Aquellos trabajan, estos gastan. Aquellos pagan, estos chupan. Nosotros lloramos y ellos maman».

Más adelante, aparece la figura de Francisco de Bringas, «oficial segundo de la Real Comisaría de los Santos Lugares», quien «desde sus verdes años fue empleado, empleados fueron sus padres y abuelos, y aún se cree que sus tatarabuelos y los ascendientes de estos sirvieron en la administración de ambos mundos». A diferencia de otros oficiales asediados por la amenaza de la cesantía, «estaba él asegurado en la nómina como la ostra que yace en profundísimo banco a donde no pueden llegar los pescadores; suerte peregrina en la burocracia de Madrid, que perturbada constantemente por la política, la ambición, la envidia, la holganza y los vicios, es campo de infinitos dolores».

Esta situación era proclive para centrar múltiples esperanzas, anhelos y peticiones de terceros, propias de «esta sociedad, digo, no vigorizada por el trabajo, y en la cual tienen más valor que en otra parte los parentescos, las recomendaciones, los compadrazgos y amistades, la iniciativa individual es sustituida por la fe en las relaciones. Los bien relacionados lo esperan todo del pariente a quien adulan o del cacique a quien sirven, y rara vez esperan de sí mismos el bien que desean». Es carácter este propio del «orgullete español, el cual vicio tiene por fundamento la inveterada pereza del espíritu, la ociosidad de muchas generaciones y la falta de educación intelectual y moral».

El narrador escribe desde 1883, dieciséis años más tarde de los hechos relatados, y no tiene reparo en apuntar que «si aquella sociedad anterior al 68 difería algo de la nuestra y consistía la diferencia en que era más puntillosa y más linfática, en que era aún más vana y perezosa, y en que estaba más desmedrada por los cambios políticos y por la empleomanía; era una sociedad que se conmovía toda por media docena de destinos mal retribuidos y que dejaba entrever cierto desprecio estúpido hacia el que no figuraba en las altas nóminas del Estado o en las de palacio, siquiera fuesen de las más bajas». Todo ello determina que «la lucha por la existencia es aquí más ruda que en otras partes; reviste caracteres de

ferocidad en el reparto de las mercedes políticas; y en la esfera común de la vida, tiene por expresión la envidia en variadas formas y en peregrinas manifestaciones. Se da el caso extraño de que el superior tenga envidia del inferior, y ocurre que los que comen a dos carrillos defiendan con ira y anhelo una triste migaja».

La preocupación por la apariencia externa es otro de los ingredientes indicativos de esta sociedad. El narrador estima que «cuando algún extranjero, desconocedor de nuestras costumbres públicas y privadas, admira en los teatros a tantas personas que revelan en su cara desdeñosa una gran posición, a tantas damas lujosamente adornadas; cuando oye decir que a la mayor parte de estas familias no se les conoce más renta que un triste y deslucido sueldo, queda sentado un principio económico de nuestra exclusiva pertenencia, al cual seguramente se le ha de aplicar pronto una voz puramente española, como el vocablo pronunciamiento, que está dando la vuelta al mundo y anda ya por los antípodas». Lejos de desaparecer con el tiempo, «el desnivel chocante que se observa hoy entre las apariencias fastuosas de muchas familias y su presupuesto oficial, emana quizás de un sistema económico menos inocente que la maña y el arte ahorrativo... Hoy el parasitismo tiene otro carácter y causas más dañadas y vergonzosas».

En tal ambiente, resulta que el estudio del Derecho puede ser un instrumento útil para medrar y escalar posiciones. Y aquí reaparece el peculiar cariño de nuestro novelista hacia nuestra disciplina. Un hijo de Bringas, junto con un amigo, «habían principiado la carrera de Leyes, y se adiestraban en el pugilato de la palabra, espoleados desde tan temprana edad por la ambicioncilla puramente española de ser notabilidades en el foro y en el Parlamento. Paquito Bringas no sabía gramática, ni aritmética, ni geometría. Un día, hablando con su tío Agustín, se dejó decir que México lindaba con la Patagonia y que las Canarias estaban en el mar de las Antillas. Y no obstante, esta lumbrera escribía memorias sobre la cuestión social, que eran pasmo de sus compañeritos».

Entramos ya en el año 68 y los rumores de revolución se disparan. Francisco Bringas sufre al leer los periódicos, porque «el espíritu demagógico se ha desbordado... la nación se estrella, se descalabra. ¡Pobre España!... ¡Dios salve al país, Dios salve a la reina!... ¡Qué desorden de ideas, qué osadías, que falta de pudor, de vergüenza...! Ya no se respeta nada, ni el sagrado del hogar, ni la familia. La religión es escarnecida y los derechos del Estado son cosa de risa. La turbamulta avanza, la asquerosa canalla asoma las narices... Óyense ruidos subterráneos; el trono se tambalea. Pronto vendrá la catástrofe... Adiós propiedad, adiós familia, adiós religión de nuestros mayores... ¡Oh!, vendrá también el comunismo, el ateísmo, la diosa razón, el amor libre». Parece que el tiempo no le dio muchas razones que lamentar.

En el mismo año en que escribe esta novela, cuando corre el mes de noviembre, Galdós critica en una carta que «tenemos una administración deplorable,

anticuada, rutinaria, suspicaz, que en vez de ayudar estorba, que todo lo entorpece y trastorna. Ningún país vio jamás sobre sí mayor balumba de circunstancias deplorables. Todo está en contra suya: todo, menos la naturaleza que le dotó de inmejorables condiciones de riquezas. Pero le son contrarias actualmente las corrientes del comercio universal, las conquistas de la industria, las prácticas administrativas de la raza que la gobierna»³¹.

38. LA DE BRINGAS (1884)

Francisco Bringas prosigue su trayectoria vital en esta nueva entrega. En este caso, comienza con una buena noticia para su hijo, dado que un amigo de la familia, «sin aguardar a que Paquito se hiciera licenciado en dos o tres Derechos, habíale adjudicado un empleillo en Hacienda con cinco mil reales, lo que no es mal principio de carrera burocrática a los diez y seis años mal cumplidos. Toda la sal de este nombramiento, que por lo temprano parecía el agua del bautismo, estaba en que mi niño, atareado con sus clases de la Universidad y con aquellas lecturas de Filosofía de la Historia y de Derecho de Gentes a que se entregaba con furor, no ponía los pies en la oficina más que para cobrar los cuatrocientos diez y seis reales y pico que le regalábamos cada mes por su linda cara». Ello aparece unido a una mejora de su situación personal, pues «allá por febrero del 68 D. Francisco fue nombrado oficial primero de la Intendencia del Real Patrimonio con treinta mil reales de sueldo, casal médico, botica, agua, leña y demás ventajas inherentes a la vecindad regia. Tal canonjía realizaba las aspiraciones de toda su vida».

El narrador nos habla también de un tal «coronel Minio, que rápidamente ascendió a general, ganando batallas cortesanas en las antecámaras palatinas. No había día de cumpleaños de reyes o príncipes en que él no pescara una cruz o grado. Cuando ya no le podían dar nada superior, en orden de milicia, a los dos entorchados, me le agraciaron con el título de conde de Santa Bárbara (de una finca que tenía en Navarra), nombre que por tener cierto olorcillo de pólvora, cuadraba bien a su oficio, aunque se decía de él que nunca había olido más que la que gastamos en salvas. La fama de valiente que gozaba debió fundarse en que era muy bruto. En el desorden de nuestras ideas fácilmente convertimos en héroes a los que apenas saben escribir su nombre».

La nueva historia comienza en la primavera del 68, con aires prerrevolucionarios. A la hora de describirnos otro personaje, el narrador nos reencuentra con un miembro de una familia conocida ya en estas páginas, la familia de los Peces. De él nos cuenta que era «el hombre más correcto que se podía ver, modelo excelente del empleado que llaman *alto* porque le toca ración grande en el repartimiento de limosnas que hace el Estado; hombre que en su persona y estilo llevaba como simbolizadas la soberanía del gobierno y las venerables muletillas de la administración».

Sin embargo, esta apariencia impoluta de Pez «escondía un árido descreimiento, el ateísmo de los principios y la fe de los hechos consumados, achaque muy común en los que se han criado a los pechos de la política española, gobernada por el acaso». En resumen, que «era la cara del que se ha propuesto no alterarse por nada ni tomar las cosas muy en serio, que es lo mismo que resolver el gran problema de la vida. Para él la administración era una tapadera de fórmulas baldías, creada para encubrir el sistema práctico del favor personal, cuya clave está en el cohecho y las recomendaciones».

Para el narrador omnisciente, este Pez era claro trasunto de «esa España dormida, beatífica, que se goza en ser juguete de los sucesos y en nada se mete con tal que la dejen comer tranquila; que no anda, que nada espera y vive de la ilusión del presente mirando al cielo, con una vara florecida en la mano; que se somete a todo el que la quiere mandar, venga de donde viniere, y profesa el socialismo manso; que no entiende de ideas, ni de acción, ni de nada que no sea soñar y digerir».

Resignado sufridor de una mujer devota en exceso, no obstante, Pez «conceptuaba indispensable el freno religioso para el sostenimiento de la sociedad y el orden. Siempre había defendido la religión y le parecía muy bien que los gobiernos la protegieran, persiguiendo a los difamadores de ella. Llegaba hasta admitir, como indispensable en el régimen político de su tiempo, la mojigatería del Estado, pero la mojigatería privada le reventaba».

A medida que los rumores de la revolución aumentan, Pez lamenta que «este era un país de perdición, un país de aventuras, un país dividido entre la conspiración y la resistencia. Así no podía haber progreso ni adelanto, ni mejoras, ni tampoco administración». Pero nuestro personaje tiene un remedio, un proyecto que lo arreglaría todo, «un ideal que acariciaba su mente organizadora, ¿pero cómo realizarlo? Su ideal era montar un sistema administrativo perfecto, con ochenta o noventa direcciones generales. Que no hubiera manifestación alguna de la vida nacional que se escapara a la tutela sabia del Estado. Así andaría todo bien. El país no pensaba, el país no obraba, el país era idiota. Era preciso, pues, que el Estado pensase y obrase por él, porque sólo el Estado era inteligente». Sin embargo, una de las principales dificultades para la realización de su ideal radicaba en que «está ya en nuestras costumbres y parece una quijotería el mirar por la renta. Es genuinamente español esto de ver en el Estado el ladrón legal, el ladrón permanente, el ladrón histórico».

Con el triunfo revolucionario, el «Palacio Real», morada de los Bringas, pasa a denominarse «Palacio de la Nación». Resulta que nuestro narrador desconocido es designado por la junta gubernativa para custodiar el conjunto monumental y administrar todo lo que había pertenecido a la Corona. Llegó así el engorroso momento de determinar quién podía continuar viviendo en las regias instalaciones, donde «a algunos, por razón de su cargo, no había más remedio que dejarles,

pues ellos solos conocían ciertos pormenores administrativos que debían conservarse. En este caso estaban los guarda-muebles y la guarda-ropa. Otros exponían sutiles razones para no salir, y no faltó quien alegase méritos revolucionarios para ser inquilino de la nación, como antes lo había sido de la monarquía». Conversando el narrador con el viejo conocido Pez, éste aparece escéptico y le espeta que «ahora veremos qué tal se portan ustedes. Yo creo que lo harán lo mismo que nosotros, porque el país no les ha de ayudar». Para alegría del mencionado, «casi todos los individuos que compusieron la junta eran amigos suyos. Algunos tenían con él parentesco, es decir, que eran algo Peces. En el gobierno provisional tampoco le faltaban amistades y parentescos, y a donde quiera que volvía mi amigo sus ojos, veía caras pisciformes. Y antes que casualidad, llamemos a esto Filosofía de la Historia».

39. LO PROHIBIDO (1885)

La acción transcurre entre los años 1880 y 1884. En aquella primera fecha, nuestro protagonista se establece en la corte y comparte sus primeras impresiones que «fueron de grata sorpresa en lo referente al aspecto de Madrid... Causábanme asombro la hermosura y amplitud de las nuevas barriadas, los expeditivos medios de comunicación, la evidente mejora en el cariz de los edificios, de las calles y aun de las personas, los bonitísimos jardines plantados en las antes polvorosas plazuelas, las gallardas construcciones de los ricos, las variadas y aparatosas tiendas, no inferiores, por lo que desde la calle se ve, a las de París o Londres, y, por fin, los muchos y elegantes teatros para todas las clases, gustos y fortunas. Esto y otras cosas que observé después en sociedad, hicieronme comprender los bruscos adelantos que nuestra capital había realizado desde el 68, adelantos más parecidos a saltos caprichosos que al andar progresivo y firme de los que saben a dónde van; mas no eran por eso menos reales. En una palabra, me daba en la nariz cierto tufillo de cultura europea, de bienestar y aun de riqueza y trabajo». Parece que la Restauración había servido para cambiar algo y que Europa continúa siendo el modelo a alcanzar.

Sin embargo, cierto avance material no parece ir acompañado de un paralelo avance en la calidad del espíritu nacional de la colectividad. Al describir a un primo suyo, el protagonista resalta que «en España son comunes los tipos como este primo mío. Creeríase que son producto del garbanzo, y que este vegetal ha ingerido en la raza los talentos decorativos. He conocido muchos que se le parecen, aunque en pocos he visto combinarse tan marcadamente como en él lo brillante con lo insustancial. Había tenido Raimundo una educación muy incompleta: había leído poco, muy poco, y no obstante, hablaba de todas las cosas, desde las más frívolas a las más serias, con un aplomo, con una facundia, con un espíritu que pasmaban. Los que por primera vez lo oían y no le conocían se quedaban turulatos». ¿Conoce usted a alguien similar?

Prosigue nuestro conductor y cuando habla de dos amigos suyos, nos retrata el estado de las discrepancias políticas nacionales en los entornos de moqueta y despacho, pues «el primero era diputado ministerial y el segundo de oposición, lo cual no impedía que viviesen en armonía perfecta, y que en la confianza de los coloquios privados se riesen de las batallas del Congreso y de los antagonismos de partido. Representantes ambos de una misma provincia, habían celebrado un pacto muy ingenioso: cuando el uno estaba en la oposición, el otro estaba en el poder, y alternando de este modo, aseguraban y perpetuaban de mancomún su influencia en los distritos. Su rivalidad política era solo aparente, una fácil comedia para esclavizar y tener por suya la provincia, que, si se ha de decir la verdad, no salía mal librada de esta tutela, pues para conseguir carreteras, repartir bien los destinos y hacer que no se examinara la gestión municipal, no había otros más pillines. Ellos aseguraban que la provincia era feliz bajo su combinado feudalismo. Por supuesto, el pobrecito que cogían en medio, ya podía encomendarse a Dios... A mi me metieron más adelante en aquel fregado, y sin saber cómo hicieronme también padre de la patria por otro distrito de la misma dichosa región. Para esto no tuve que ocuparme de nada, ni decir una palabra a mis desconocidos electores. Mis amigos lo arreglaron todo en Gobernación, y yo con decir sí o no en el Congreso, según lo que ellos me indicaban, cumplía».

El desempeño de tal responsabilidad congresual le traería algún disgusto personal, dado que su amante critica su estado económico y le reprocha que no aproveche su situación en la cámara, «¿por qué no te haces amigo, muy amigo de los ministros, para ver si cae un empréstito de Cuba, ya que en la Península no se hacen ahora? Con que el ministro de ultramar te encargara hacer la suscripción, dándote el uno por ciento de comisión, o siquiera el medio, ganarías una millonada. De este modo ha ganado Sánchez Botín [un potentado] muchos cuartos... lo sé... me lo contó Fúcar [otro potentado]. Di que eres un perezoso, que no quieres molestarte. Eres diputado y no sabes sacar partido de tu posición. ¿Por qué no te quedas con una línea de ferrocarril, la construyes y después la traspasas a algún primo que cargue con la explotación?... Si tú tuvieras empeño en ello, Fúcar te daría participación en sus contratos de tabaco. ¡Lástima que no hubiera guerra civil! Pues si la hubiera, o te hacías contratista de víveres o perdíamos las amistades».

La amiga no cesa en su empeño e insiste describiéndole lo que tiene que hacer, distintas fuentes de riqueza, dado que «esto de las contrataciones es mi fuerte... Si digo que tú eres un simple. Yo, a ser tú, me daría mis trazas para saber cuándo iba a subir el amortizable y... ¡a comprar se ha dicho! Si yo pudiera seguir en mi tren de antes, invitaría al ministro de hacienda, a todos los ministros, y les embobaría con cuatro palabras amables, y me haría dueña de todos los secretos de la alta banca... También se procuraría que el gobierno comprara acorazados para que tú, como quien hace un favor, te encargaras de hacer los pagos... Porque sí,

hay que fomentar nuestra marina de guerra... Esa isla de Cuba es todavía, aun de capa caída como está, una verdadera mina que no se explota bien. ¡Ah! Se me ocurre ahora que lo que debe hacer España es venderla. Y mira, nadie mejor que tú se podría encargar de las negociaciones en los Estados Unidos, en Alemania o en el infierno. Con que te dieran el medio por ciento de corretaje».

Tal era el estado de cosas, que un primo del protagonista le presenta una obra, con el intento de que la apoye financieramente. Se trata de un mapa que «es una representación gráfica del estado moral de nuestro país. La intensidad de los colores indica la intensidad de los vicios, y estos los he dividido en cinco grandes categorías: Inmoralidad matrimonial, adulterio, belenes: color rojo. Inmoralidad política y administrativa, ilegalidad, arbitrariedad, cohechos: color azul. Inmoralidad pecuniaria, usura, disipación: color amarillo. Inmoralidad física, embriaguez: verde. Inmoralidad religiosa, descreimiento: violeta... Echa una ojeada y te harás cargo, podrás ver de golpe la España moral, que, entre paréntesis, no es un país de cuáqueros... Cuando esto se publique, y se publicará, ha de llamar mucho la atención que aparezca Madrid como el punto donde hay más moralidad en todos los órdenes... En la memoria pruebo que los políticos de aquí, tan calumniados, son corderos en parangón de los caciques de pueblos, y que el ministro más concusionario es un ángel comparado con el secretario de ayuntamiento de cualquiera de esas arcadias infernales que llamamos aldeas».

De esto no se escapa ni la lengua. El idioma suele ser considerado como una de las más acabadas expresiones de la nación. El protagonista encuentra algunos inconvenientes con la española, dado que «esta admirable lengua nuestra, órgano de una raza de poetas, oradores y pícaros, solo por estos tres grupos o estamentos ha sido hablada con absoluta propiedad y elegancia. Las remesas de ideas que anualmente traemos en nuestro afán de igualarnos a las nacionalidades maduras, no han encontrado todavía fácil expresión en aquel instrumento armoniosísimo, pero que no tiene más que tres cuerdas».

El desenlace de esta novela comienza precisamente con el estallido de una crisis económica. La caída de la economía motiva que Galdós escriba, el 17 de febrero de 1885, en el periódico *Cronicón*, que «la crisis no podía menos de aparecer con caracteres graves; cesaron de improviso las construcciones y he aquí algunos miles de albañiles, carpinteros, marmolistas, herreros y estuquistas sin trabajo... Nada más triste que esas multitudes que se agolpan a las puertas de un establecimiento de caridad en busca de mezquino socorro, y cuando esas multitudes se componen de hombres sanos, robustos, hábiles y nada perezosos, no se sabe qué pensar de la organización del trabajo en nuestras sociedades... La competencia formidable, trayendo inverosímiles baraturas, y fundando el éxito de ciertos talleres sobre las ruinas de otros, produce desastres económicos que van a refluir siempre sobre los infelices asalariados. En estas catástrofes, el capital suele salvarse alguna vez, el obrero sucumbe casi siempre»³².

Casi dos meses más tarde, el 15 de abril, publica en *Política española* que «todo seguirá lo mismo, los capitalistas siempre explotando, los obreros trabajando siempre y viviendo al día. El Estado metiéndose en funciones que no le corresponden, no puede ofrecer más que paliativos. El remedio de la desigualdad no vendrá nunca, porque la desigualdad es irremediable, eterna y constitutiva»³³. Casi a final de año, el 19 de diciembre, Galdós describe el distanciamiento entre la política ministerial y la política real en el periódico *Política española*: «Hay dos políticas: la del país, sufrida, oscura, laboriosa, pecando quizá de pasiva; y la de estos caballeros, puramente artificial, ruidosa, intrigante y personal. ¿Qué le importa a la nación?»³⁴.

Al año siguiente de haber aparecido este trabajo, Galdós inicia su carrera política. Es proclamado diputado electo por Puerto Rico en las elecciones de 1886, dentro de las filas del partido liberal de Sagasta³⁵. Será su primera experiencia política como protagonista parlamentario, dado que ya había frecuentado las tareas de las cámaras desde la perspectiva de un periodista.

40. FORTUNATA Y JACINTA. DOS HISTORIAS DE CASADAS (1887)

El primer personaje que aparece en esta nueva obra es un, por entonces, estudiante de Derecho, llamado Juanito Santa Cruz. Como tal, participará en los sucesos de la noche de San Daniel, el 10 de abril de 1865. A propósito del nombre en diminutivo de nuestro protagonista, el narrador comenta que es habitual «en la sociedad madrileña, la más amena del mundo porque ha sabido combinar la cortesía con la confianza; hay algunos Pepes, Manolitos y Pacos que, aun después de haber conquistado la celebridad por diferentes conceptos, continúan nombrados con esta familiaridad democrática que demuestra la llaneza castiza del carácter español». Centrándose de nuevo en el personaje, nos cuenta que de un gran interés por los libros, pasó a seducirle más «el mundo tangible y gustable... Juanito acabó por declararse a si mismo que más sabe el que vive sin querer saber que el que quiere saber sin vivir, o sea, aprendiendo en los libros y en las aulas. Vivir es relacionarse, gozar y padecer, desear, aborrecer y amar. La lectura es vida artificial y prestada... Decía que entre estas dos maneras de vivir observaba él la diferencia que hay entre comerse una chuleta y que le vengán a contar a uno cómo y cuándo se la ha comido otro».

Pero el núcleo de la historia comenzará en pleno reinado de Amadeo I. Reflexiona el narrador sobre cómo la influencia cultural extranjera ha sido perceptible aún en el terreno de la moda, cómo, a pesar del predominio de los colores vivos en la moda española, llegaban a Madrid cada «día con más presteza las novedades parisienses, y se apuntaba la invasión lenta y tiránica de los medios colores, que pretenden ser signo de cultura. La sociedad española empezaba a presumir de seria; es decir, a vestirse lúgubrememente, y el alegre imperio de los colorines se derrumbaba de un modo indudable... Aquel encanto de los ojos,

aquel prodigio de color, remedo de la naturaleza sonriente, encendida por el sol de mediodía, empezó a perder terreno, aunque el pueblo, con instinto de colorista y poeta, defendía la prenda española como defendió el parque de Monte León y los reductos de Zaragoza... Estamos bajo la influencia del norte de Europa y ese maldito norte nos impone los grises que toma de su ahumado cielo... El vestir se anticipaba al pensar y cuando aún los versos no habían sido desterrados por la prosa, ya la lana había hecho trizas a la seda».

Aparece este proceso paralelo a otro fenómeno social de más hondo calado, era «la época en que la clase media entraba de lleno en el ejercicio de sus funciones, apandando todos los empleos creados por el nuevo sistema político y administrativo, comprando a plazos todas las fincas que habían sido de la Iglesia, constituyéndose en propietaria del suelo y en usufructuaria del presupuesto, absorbiendo en fin los despojos del absolutismo y del clero, y fundando el imperio de la levita. Claro es que la levita es el símbolo; pero lo más interesante de tal imperio está en el vestir de las señoras, origen de energías poderosas, que de la vida privada salen a la pública y determinan hechos grandes». En resumen, entre tela y tela, «vuestra mente os presentará entre los pliegues de las telas de moda todo nuestro organismo mesocrático, ingente pirámide en cuya cima hay un sombrero de copa; toda la máquina política y administrativa, la deuda pública y los ferrocarriles, el presupuesto y las rentas, el Estado tutelar y el parlamentarismo socialista».

Sin embargo, hay cosas que no cambian y que afectan de lleno al Estado y a la administración, y he aquí que «la moral del pueblo se rebelaba... a considerar las defraudaciones a la Hacienda como verdaderos pecados... lo que la Hacienda llama suyo no es suyo, sino de la nación, es decir, de Juan Particular, y burlar a la Hacienda es devolver a Juan Particular lo que le pertenece. Esta idea [era] sustentada por el pueblo con turbulenta fe».

Volvamos de nuevo a nuestro protagonista iniciático, rico heredero de los Santa Cruz, quien, como medio de justificar sus censurables comportamientos privados, explica reiteradamente sus concepciones sobre el pueblo, lamentando su falta de educación, «¡pobre pueblo!, y luego hablamos de sus pasiones brutales, cuando nosotros tenemos la culpa... Estas cosas hay que verlas de cerca... Sí, hija mía, hay que poner la mano sobre el corazón del pueblo, que es sano... sí, pero a veces sus latidos no son latidos, sino patadas... el pueblo es así, sumamente ejecutivo y enemigo de trámites... El pueblo no conoce la dignidad. Solo le mueven sus pasiones o el interés». Al mismo tiempo, no tiene reparo en sostener que «el pueblo es muy inocente, es tonto de remate, todo se lo cree con tal que se lo digan con palabras finas... los señoritos somos unos miserables, creemos que el honor de las hijas del pueblo es cosa de juego... El pobre siempre debajo; el rico hace lo que le da la gana. Yo soy rico».

A pesar de lo dicho, para el narrador, «es curioso observar cómo nuestra edad, por otros conceptos infeliz, nos presenta una dichosa confusión de todas las clases, mejor dicho, la concordia y reconciliación de todas ellas. En esto aventaja nuestro país a otros, donde están pendientes de sentencia los graves pleitos históricos de la igualdad. Aquí se ha resuelto el problema sencilla y pacíficamente, gracias al temple democrático de los españoles y a la escasa vehemencia de las preocupaciones nobiliarias. Un gran defecto nacional, la empleomanía, tiene también su parte en esta gran conquista. Las oficinas han sido el tronco en que se han injertado las ramas históricas, y de ellas han salido amigos el noble tronado y el plebeyo ensoberbecido por un título universitario; y de amigos, pronto han pasado a parientes. Esta confusión es un bien, y gracias a ella no nos aterra el contagio de la guerra social, porque tenemos ya en la masa de la sangre un socialismo atenuado e inofensivo. Insensiblemente, con la ayuda de la burocracia, de la pobreza y de la educación académica que todos los españoles reciben, se han ido compenetrando las clases todas y sus miembros se introducen de una en otra, tejiendo una red espesa que amarra y solidifica la masa nacional».

Los acontecimientos políticos saltan de nuevo al primer plano de la escena cuando «Amadeo, cansado del bregar con esta gente, tira la corona por la ventana». Algunos auguran que «tendremos algún trastorno; habrá su poco de república; pero ya saben ustedes que las naciones no mueren». Este pasa a ser el gran tema de conversación, «cada cual exponía sus opiniones con ínfulas de profecía, como si en su vida hubieran hecho otra cosa que vaticinar acertando. Villalonga estaba ya viendo a D. Carlos entrar en Madrid, y el marqués de Casa-Muñoz hablaba de las exageraciones liberticidas de la demagogia roja y de la demagogia blanca como si las estuviera mirando pintadas en la pared de enfrente; el exsubsecretario de Gobernación, Zalamero, leía clarito en el porvenir el nombre del rey Alfonso, y el concejal decía que el alfonsismo estaba aún en la nebulosa de lo desconocido». Otros sostenían que «ellos no se asustaban de la república... no iba a pasar nada... aquí no se tiene idea de lo que es el pueblo español... Yo respondo de él». Sin embargo, otro adelantaba que si la cosa se ponía mal abandonaría el país, hasta el punto de que «alardeaba de carecer en absoluto del sentimiento de la patria, y estaba tan extranjerizado que nada español le parecía bueno... todo le parecía de una inferioridad lamentable... somos una raza inhábil hasta no poder más», concluía.

Como es conocido, la república será efímera y el 3 de enero de 1874 llega el pronunciamiento de Pavía, «no se hablaba de otra cosa, ni había nada mejor de qué hablar. Era grato al temperamento español un cambio teatral de instituciones, y volcar una situación como se vuelca un puchero electoral. Había estado admirablemente hecho, según D. Baldomero, y el ejército había salvado una vez más a la desgraciada nación española».

Nuestro narrador se acerca en este punto a la institución del café, allí «brillaba espléndidamente esa fraternidad española en cuyo seno se dan mano de amigo el carlista y el republicano, el progresista de cabeza dura y el moderado implacable. Antiguamente, los partidos separados en público, estábanlo también en las relaciones privadas; pero el progreso de las costumbres trajo primero cierta suavidad en las relaciones personales, y por fin la suavidad se trocó en blandura. Algunos creen que hemos pasado de un extremado mal a otro, sin detenernos en el medio conveniente, y ven en esta fraternidad una relajación de los caracteres. Esto de que todo el mundo sea amigo particular de todo el mundo es síntoma de que las ideas van siendo tan solo un pretexto para conquistar o defender el pan. Existe una confabulación tácita (no tan escondida que no se encuentre a poco que se rasque en los políticos), por la cual se establece el turno en el dominio... La moral política es como una capa con tantos remiendos, que no se sabe ya cuál es el paño primitivo». En una charla de café, un «progresista desengañado» le confiesa a un «tradicionalista arrepentido» que tienen «algo de común: el creer que todo esto es una comedia y que sólo se trata de saber a quién le toca mamar y a quién no».

El café es un lugar idóneo para el español, «el ser más charlatán que existe sobre la tierra, y cuando no tiene asunto de conversación, habla de sí mismo; dicho se está que ha de hablar mal. En nuestros cafés se habla de cuanto cae bajo la ley de la palabra humana desde el gran día de Babel, en que Dios hizo las opiniones... En un café se oyen las cosas más necias y también las más sublimes... El café es como una gran feria en la cual se cambian infinitos productos del pensamiento humano. Claro que dominan las baratijas; pero entre ellas corren, a veces sin que se las vea, joyas de inestimable precio».

Llegada la restauración borbónica de la mano de Alfonso XII, el padre de Santa Cruz sostiene que desconoce «lo que sucederá dentro de veinte, dentro de cincuenta años. En la sociedad española no se puede nunca fiar tan largo. Lo único que sabemos es que nuestro país padece alternativas o fiebres intermitentes de revolución y de paz. En ciertos periodos todos deseamos que haya mucha autoridad. ¡Venga leña! Pero nos cansamos de ella y todos queremos echar el pie fuera del plato. Vuelven los días de jarana, y ya estamos suspirando otra vez porque se acorte la cuerda. Así somos, y así creo que seremos hasta que se afeiten las ranas».

Y he aquí que reaparece a lo largo de esta historia un viejo conocido, José Ido, quien reconoce que «me gusta la libertad; pero respetando... respetando a Juan, Pedro y Diego... y que cada uno piense como quiera, pero sin desmandarse, sin desmandarse, mirando siempre para la ley. Muchos creen que el ser liberal consiste en pegar gritos, insultar a los curas, no trabajar, pedir aboliciones y decir que mueran las autoridades. No señor. ¿Qué se desprende de esto? Que cuando hay libertad mal entendida y muchas aboliciones, los ricos se asustan, se van al

extranjero, y no se ve una peseta por ninguna parte. No corriendo el dinero, la plaza está mal, no se vende nada, y el bracero que tanto chillaba dando vivas a la Constitución, no tiene qué comer. Total, que yo digo siempre: «Lógica, liberales», y de aquí no me saca nadie».

Mas no solo amenazan estos males sempiternos a la vida nacional. El 28 de diciembre de 1886, Galdós escribe en *Política española* que en el orden interior «hay males que no serán remediados por el año que se aproxima ni por sus sucesores. El caciquismo, por ejemplo, es de tal consideración entre las calamidades nacionales, que tiene remedio menos fácil que los terremotos, las inundaciones y el cólera»³⁶.

41. MIAU (1888)

Estamos en el año 1878. El argumento nos presenta a un empleado de Hacienda cesante (Villaamil) enfrentado con la indiferencia y arbitrariedad del Estado, pues no parece haber razón lógica que justifique su apartamiento de la Administración, salvo que prestemos atención y crédito a las palabras de Mendizábal, el portero, cuando alega que «es un hombre honrado, y el gobierno de ahora es todo de pillos. Ya no hay honradez, ya no hay cristiandad, ya no hay justicia. ¿Qué es lo que hay? Latrocinio, irreligiosidad, desvergüenza. Por eso no le colocan, ni le colocarán mientras no venga el único que puede traer la justicia... De todo tiene la culpa la libertad de cultos». También la mujer del cesante tiene su opinión al respecto y reprocha al desdichado que «ahí tienes por lo que estás como estás, olvidado y en la miseria; por no tener ni pizca de trastienda y ser tan devoto de *San Escrúpulo bendito*. Créeme, eso ya no es honradez, es so-sería y necesidad».

Tras casi treinta y cinco años en las dependencias administrativas, lo cierto y triste es que al pobre solo le faltaban dos meses de servicio para poder jubilarse con los cuatro quintos del sueldo, lo que le llevaba a clamar: «¡Qué mundo este! ¡Cuánta injusticia! ¡Y luego no quieren que haya revoluciones...! No pido más que los dos meses». Cuando lee los nuevos nombramientos, hechos públicos en la prensa, no tiene más remedio que lamentar: «¡Pobre país, pobre España!... Se ponen los pelos de punta pensando lo que va a venir aquí con este desbarajuste administrativo».

Tenía Villaamil un yerno de antecedentes y actuar no del todo claros, también servidor público, quien espeta a su suegro que «el Estado es esencialmente ingrato, bien lo sabe usted, y no sabe premiar. Si el funcionario inteligente no se recompensa a sí propio, está perdido... Yo formaba parte de la entidad contribuyente, que es la nación; yo formo parte del Estado, como funcionario. Con esta doble naturaleza, yo, mediador, tengo que asegurar mi vida para seguir impidiendo el choque mortal entre el contribuyente y el Estado... ¡No hemos de ponernos a cubierto de la ingratitud del Estado, agradeciéndonos nosotros mismos nues-

tros leales servicios? La recompensa es el principio de la moralidad, es la aplicación de la justicia, del derecho, del *ius* a la administración. Un Estado ingrato, indiferente al mérito, es un Estado salvaje». Lo que sucedía es que, como el Estado no le recompensaba, el interesado recogía la recompensa por sí mismo.

Cuando por enésima vez se desvanecen las esperanzas de colocación para el cesante, su yerno le recuerda que «al padre de familia, al hombre probo, al funcionario de mérito, envejecido en la administración, al servidor leal del Estado que podría enseñar al ministro la manera de salvar la Hacienda, se le posterga, se le desatiende y se le barre de las oficinas como si fuera polvo. Otra cosa me sorprendería; esto no. Pero hay más. Mientras se comete tal injusticia, los osados, los ineptos, los que no tienen conciencia ni título alguno, apandan la plaza en premio a su inutilidad... Así es el mundo, así es España, y así nos vamos educando todos en el desprecio del Estado, y atizando en nuestra alma el rescoldo de las revoluciones. Al que merece, desengaños; al que no, confites. Esta es la lógica española. Todo al revés; *el país de los viceversas...*».

A la hora de describirnos la Administración pública, Galdós nos habla del «laberinto oficinesco», del «mete y saca de papeles polvorosos», en suma, de «estas colmenas donde se labra el panal amargo de la Administración». Guarda, no obstante, Galdós, algún elogio para el ímprobo y recto funcionario. Así, cuando describe al personaje de Pantoja, lo dibuja como «el prototipo del integrismo administrativo. Lo de probo funcionario iba tan adscrito a su persona como el nombre de pila... Decir Pantoja era como evocar la propia imagen de la moralidad. Hombre de pocas necesidades, vivía oscuramente y sin ambición, contentándose con su ascenso cada seis o siete años, ni ávido de ventajas, ni temeroso de cesantía, pues era de esos pocos a quienes, por su conocimiento práctico, cominero y minucioso de los asuntos oficinescos, no se les limpia nunca el comedero... Según Pantoja, no debía ser verdaderamente rico nadie más que el Estado. Todos los demás caudales eran producto del fraude y del cohecho... Para él la propiedad, la industria, el consumo mismo, eran organismos o instrumentos de defraudación, algo de disolvente y revolucionario que tenía por objeto disputar sus inmortales derechos a la única entidad dueña y propietaria de todo, la nación... Sostenía que los propietarios se quejan de vicio, que en ninguna parte se pagan menos contribuciones que en España, que el país es esencialmente defraudador, y la política el arte de cohonestar las defraudaciones y el turno pacífico o violento en el saqueo de la Hacienda». Concluye el narrador dejando a salvo que «de este tipo de funcionario, que la política vertiginosa de los últimos tiempos se ha encargado de extinguir, quedan aún, aunque escasos, algunos ejemplares».

Casi al final del relato, Villaamil reflexiona sobre la posibilidad de terminar con su vida y reclama que, de ese modo, «la sacrosanta libertad, hija del cielo, no te la quita ya nadie». Cuando en esos momentos piensa en su nieto, le aconseja:

«Si eres desgraciado y alguien te quita la libertad, ¿sabes lo que haces? Pues te largas de aquí... Hay mil maneras». La libertad (pues resulta que el pobre cesante era liberal antiabsolutista), el poder del individuo sobre su propio destino, prevalece así, con la posible pérdida de la vida, sobre las arcanas manifestaciones nacionales del poder político y jurídico.

42. LA INCÓGNITA (1889)

Esta nueva obra es epistolar. Comienza con una carta escrita a «Equis» por un sujeto, Manolo Infante, que ostenta «el cargo de diputado (obtenido de momio y por mi linda cara)». En misivas posteriores, Infante confiesa que su padrino le advierte que «todas las cuestiones que se refieren a libertad política, a garantía de derechos, o a leyes que robustezcan la Constitución y los altos poderes, es pura pamema. Oye estas cosas como aquel paleta que decía: *por un oído me sale y por otro me sale*; es decir, que no le entraba por ninguna oreja. Cuida mucho de que estas rimbombancias estériles no te entren en el cerebro, porque si llegan a entrar, siempre queda en la masa celular algo que puede trastornarte». Le anima a que actúe como él, conforme a su «sistema» inspirado «en el bien universal, no en el interés de unos cuantos charlatanes y explotadores de la nación. Ya lo irás conociendo, ya te vendrás a mi campo, al campo de las negaciones, de todas las negaciones juntas, donde se asienta la gran afirmación... Que me hablan de libertades públicas y de los derechos del hombre. Música, bombo y platillos. Contesto que el pueblo no tiene más aspiración que la indiferencia política, ni más derecho que el derecho a esperar, cruzado de brazos, el vuelco de la sociedad presente, que ha de producirse por un fenómeno de física social».

A ello añade su fórmula esencial, que consiste en que «esas cuadrillas de vividores que se llaman partidos y grupos se dividan cada vez más; que los gobiernos sean semanales, y tengamos jaleos y trapisondas un día sí y otro también. Esta movilidad, este vértigo encierra un gran principio educativo, y la nación va sacando de la confusión el orden, y de lo negativo la afirmación, y de los disparates la verdad. Yo, que siento en mí este prurito de la raza, me alegro cuando soplan aires de crisis, y aunque no la haya, digo y sostengo que la hay o que debe haberla... para que corra... Cuando mi criado entra a afeitarme por las mañanas, siempre le pregunto dos cosas: “¿Cómo está el tiempo, Ramón?... Ramón, ¿hay crisis?”».

Lamenta el padrino la cierta estabilidad de la situación actual, «¡qué monotonía desesperante en la vida toda; qué aburrimiento en esta selva inmensa de leyes, que prevén hasta nuestros menores movimientos; qué inmenso tedio en este sistema de profundizar todas las cosas, para matar lo desconocido, lo desconocido, Manolo de mis entrañas, lo desconocido, que es la alegría de las almas, la sal de la existencia! No, no; yo quiero que toda esta balumba de artificios y de esclavitudes, formada por el puritanismo inglés y la gazmoñería protestante,

desaparezca en el abismo de esa Historia fastidiosa que nadie ha de leer. Quiero la libertad, no estas libertades que son como la disciplina de un cuartel, y que lo obligan a uno a andar a compás, a uniformarse, y a no poder toser sin permiso del cabo, sino la verdadera libertad, fundada en la Naturaleza».

Concluida la perorata del padrino, Infante retoma la correspondencia con Equis. Le habla de un conocido de ambos, un tal Orozco, en cuya casa «admirarás el mayor grado de desarrollo de la burguesía pudiente y bien educada, que ha sabido asimilarse aquella parte de las costumbres aristocráticas conveniente a sus intereses, y reclamada por su posición política o económica; allí encontrarás todo el elemento extranjero introducido de poco acá en la manera de comer, de hablar, de vestirse, y ha de sorprenderte verlo armonizado con la sobriedad española, el orden y la calma de nuestra antigua clase media, anterior a la desamortización».

Infante aprovecha para reflexionar sobre de qué modo «en una sociedad tan chismosa, tan polemista, y donde cada quisque se cree humillado si no sustenta, así en la charla pública como en la privada, un criterio distinto del de los demás, son muy raras las reputaciones; y estas tienden siempre a flaquear y derrumbarse como puentes de contrata, contruidos sin buen cimiento». Tal característica personal tiene perturbadores efectos sociales, dado que «la independencia de criterio, extendida en toda la raza, como una moda perpetua, y el individualismo del pensamiento determinan una gran inseguridad en diversos órdenes de la vida... Somos demasiado libres, pecamos de autónomos, y así no podemos crear nada estable. Para que las naciones marchen bien, es preciso que haya muchos que sacrifiquen sus ideas a las ideas de los demás, y aquí nadie se sacrifica; cada uno de nosotros cree sabérselo todo».

Y aquí radica, en opinión de Infante, el meollo de la cuestión nacional, «de esto se deriva la gran enfermedad, amigo Equis, o sea la antipatía invencible de la raza a las reputaciones. No gusta de ellas porque tienden a crear unidades, y aquí la unidad es como una planta maldita, que todos pisoteamos para que no prospere. Siempre que aparece el fenómeno de una reputación, cuando los hechos y pareceres que la constituyen principian a concretarse, ya estamos todos desasosegados buscando los peros que hemos de ponerle para que no cuaje».

Corolario de tal tipo de sociedad es el hecho de que «ante un suceso de gran resonancia, todo español se cree humillado si no da sobre él su opinión firme, tanto mejor cuanto más distinta de las demás. Oí, como puedes figurarte, explicaciones razonables; otras novelescas, aunque dotadas de esa verosimilitud propia de las obras de imaginación escritas con talento; algunas estafalarias, pertenecientes al género de entregas, de esas que, llenas de chafarrinones, se te meten por debajo de la puerta. Todo lo oí con paciencia y atención, pues hasta los mayores desatinos deben, en casos tales, oírse y sopesarse para obtener la verdad».

43. REALIDAD (1890)

Esta novela es la respuesta bañada de «realidad» a las incógnitas que plantea la anterior. En casa de los Orozco, un tal Villalonga suspira por «la senaduría vitalicia, como término y descanso de una vida de ansiedades... en fin, usted me entiende. Somos cincuenta candidatos. El presidente, agobiado de compromisos, no puede disponer, hoy por hoy, más que de once vacantes. Si el condenado enero se portara como teníamos derecho a esperar de su formalidad, nos traería esos vientecillos de rechupete, esos cambios bruscos que son la gala de Madrid. Lo que yo le he dicho hoy al presidente: «¿Pero dónde están aquellas heladitas, que de una barredura, ras, se llevaban a seis o siete carcamales, de esos que no aciertan ya ni a ponerse los pantalones?». Él convenía conmigo en que el tiempo se nos ha puesto en contra. ¡Once vacantes, por junto! Nada, amigo marqués, con tres o cuatro más, podría el presidente lanzarse a la combinación, y de seguro entraría yo en ella».

Tal respeto merece la configuración de una de las instituciones centrales del Estado, alta cámara que iniciaba el examen de los proyectos de ley antes que el Congreso de los Diputados. Otro contertulio sostiene que «ni esto es país, ni esto es patria, ni esto es gobierno, ni aquí hay vergüenza ya», tras haber tenido la «desgracia de ver de cerca la podredumbre política y administrativa... Al paso que vamos, llegará día en que, cuando pase un hombre honrado por la calle, se alquilen balcones para verle». Otros protagonistas no quedan a la zaga. Desde el que cuenta que «se dice que este es un país de idiotas... un país liliputiense», hasta el que afirma que detesta a su «patria, la hidalga nación del garbanzo, de Recaredo y de la gramática parda. ¡Pues si yo pudiera metamorfosearme en inglés o en alemán...!».

Tercia un exministro que pregunta a Villalonga «¿para qué quieres tú la senaduría vitalicia? ¿Crees que eso se puede cambiar por una dirección? ¿Crees que eso se da a la gente insegura y a los veletas como tú?». La respuesta de aquel es contundente: «¿Y para qué querías tú la cartera, grande hombre pequeñísimo?». El exministro niega que la quisiera, a lo que el interpelado le recuerda: «Que no... ¡jangelito! Como que si no te la dan te mueres. ¡Cuántas veces, en días de crisis me dijiste: «Jacinto, por Dios, ¿le has hablado al presidente? ¿Crees tú que iré yo ahora?»! Y al fin fuiste. Y te ayudamos los amigos, jaleándote hasta tres meses después, y dándote un bombo fenomenal. Conque prudencia; que yo no me muerdo la lengua, y en historia contemporánea no me gana nadie».

Entre este paisanaje destaca Orozco, modelo de honradez, alta conciencia y filantropía. Cuando le reclaman el pago de una deuda legítima, reflexiona que es «cierto que yo podría, sin escandalizar al mundo, defenderme del pago amparándome en la ley, mejor dicho, haciéndome el perdidizo en la selva intrincada de nuestras leyes. Estas, y más aún la curia, con sus tramitaciones y diligencias inacabables y el embrollo que de ellas resulta, me favorecerían, bien para no pagar,

bien para hacer un arreglo que redujese el desembolso a una mínima cantidad. Esto se hace siempre. Alegando mil razones jurídicas y veinte mil argumentos de sofistería forense, conseguiríamos no pagar o pagar muy poco. De seguro que Joaquín llevaría la peor parte en una contienda ante los tribunales, y no sabría salir, como yo, del bosque espesísimo de nuestro enjuiciamiento civil. Pero yo, en conciencia, no puedo ni debo aminorar mis obligaciones pleiteando. Prefiero pagar íntegramente a pagar un poco al acreedor y un mucho a la curia. Dejo a un lado el amor propio, reconozco el crédito, y lo que no es mío no debe estar en mi poder».

44. ÁNGEL GUERRA (1891)

El protagonista de este nuevo relato es un joven de treinta años, con ideas revolucionarias, «en la edad peligrosa, cogíame un vértigo político, enfermedad de fanatismo, ansia instintiva de mejorar la suerte de los pueblos, de aminorar el mal humano... resabio quijotesco que todos llevamos en la masa de la sangre. El fin es noble; los medios ahora veo que son menguadísimos, y en cuanto al instrumento, que es el pueblo mismo, se quiebra en nuestras manos, como una caña podrida».

Tras participar en una intentona fracasada, Guerra reflexiona sobre la importancia de definir cuál es el interés nacional y el hecho anexo de que «el pueblo se engrandece o se degrada a los ojos de la Historia según las circunstancias. Antes de empezar, nunca sabe si va a ser pueblo o populacho. De un solo material, la colectividad, movida de una pasión o de una idea, salen heroicidades cuando menos se piensa, o las más viles acciones. Las consecuencias y los tiempos bautizan los hechos haciéndolos infames o sublimes. Rara vez se invoca el cristianismo ni el sentimiento humano. Si los tiempos dicen *interés nacional*, la fecha es bendita y se llama *Dos de Mayo*. ¿Qué importa reventar a un francés en medio de la calle? ¿Qué importa que agonice pataleando, lejos de su patria y de los suyos?... Si los tiempos dicen *política, guerra civil*, la fecha será maldita y se llama *19 de Septiembre*. Considera que, en el fondo, todo es lo mismo».

Más adelante, explica las razones de su conciencia y actuar revolucionarios, «no porque creyera yo que iban a realizar inmediatamente el bien y la justicia, sino porque volcando la sociedad, poniendo patas arriba todos los organismos antiguos, dañados y caducos, preparaban el advenimiento de una sociedad nueva. La suprema destrucción trae indefectiblemente la renovación mejorando, porque la sociedad no muere. La anarquía produce en estos casos el bien inmenso de plantear el problema humano en el terreno primitivo, y de resucitar las energías iniciales de la civilización, la energía del derecho, del bien y de la justicia... Porque mira tú, y fijate bien en esto: hoy, nuestro organismo social y político es una farsa, un verdadero carnaval sin disfraces, porque todos los poderes viven engañándose unos a otros, ¡y dándose cada broma!... El poder legislativo

no es más que un instrumento del poder ejecutivo, pues no existiendo cuerpo electoral, la comedia esa de los votos no expresa nunca la voluntad del país. El poder judicial, que debiera ser salvaguardia de las leyes, es otra maquinilla en manos del poder ejecutivo». La destinataria de estas palabras era una maestra de su hija, que le recomendaba «que no se metiera en política, que dejase a los demás la misión de arreglar las cosas del gobierno como quisiesen; que no llamase nunca enemigo al que pensara de otra manera que él, y afirmaba que en ningún caso se debe herir ni matar al prójimo, por la sola razón de llamarse blanca o llamarse azul... Si para que haya naciones es preciso matar, fuera naciones».

Por su parte, un tío de Guerra sostenía que «si hubiera en España patriotismo, todos los hombres notables debían unirse para formar un solo partido, que gobernaría sin mirar más que al interés de la nación, subiendo los aranceles y bajando las contribuciones». Sin embargo, le tranquiliza, «no tengas cuidado, que no lo harán. Mientras riñen por el turrón, el extranjero se apodera de nuestra riqueza y nos explota. Y no prosperaremos, créelo, hasta que no hagan lo que digo, unirse todos, todos, desde el carlista al republicano».

La madre de nuestro protagonista «creía representar en su persona esa nobleza secundaria y modesta que ha sido el nervio de la sociedad desde la desamortización y la desvinculación». Así nos cuenta que sus abuelos fueron humildes, «mis padres se enriquecieron con el trabajo y los negocios lícitos. Somos personas bien nacidas, cristianas, decentes, y tenemos para vivir, sin haber quitado nada a nadie, sin trampas ni enredos, sin que la maledicencia pueda poner tacha al buen nombre mío ni al de mi marido. No queremos suponer, ni echamos facha; no usamos escudos ni garabatos en nuestras tarjetas; somos pueblo hidalgo y acomodado; pagamos religiosamente las contribuciones, y obedecemos a quien manda; nos preciamos de católicos apostólicos romanos, y vivimos en paz con Dios y con el César».

Al mismo tiempo, la madre admite que «a su marido, el señor don Pedro José Guerra, le dominó siempre, amoldándole a su propia hechura, y gracias a esto, aquel buen señor fue toda su vida liberal tibio y pálido, persuadido de que lo decoroso para un hombre de bien es *no meterse en politiquerías*; sujeto tan medido en todo, que nunca prestó dinero sino a réditos módicos y racionales, y con sólida garantía, que jamás hizo cosa alguna que disonara en medio de la afirmación social; tan enemigo de la tiranía como de las revoluciones; religioso sin Inquisición, liberal sin bullangas; amante del progreso material; pero sin entender ni jota de estas novedades ampulosas y enrevesadas, traídas acá por los estudiantes, los ateneístas y los que viven con ideas y gustos de extranjis». De nuevo, lo foráneo como fuente de males nacionales.

Venido Ángel a mejor fortuna, pasa una temporada de descanso en Toledo, donde «acordándose de Madrid, y de la política y la sociedad, todo informado de un modernismo que lustrea como el charol reciente, llegaba a creer que vivimos

en el más tonto de los engaños, sugestionados por mil supercherías, y siendo los prestidigitadores de nosotros mismos. Reíase también del afán que en tiempos no lejanos había sentido él por trastornar la sociedad. En aquel rincón de paz y silencio, ¿qué le importaba que el Estado se llamara república o monarquía, ni que el gobierno fuese de esta o de la otra manera? Tales problemas no eran ya para él más importantes que el trajín y las idas y venidas de las hormigas, arrastrando hacia su agujero la pata de un escarabajo».

45. TRISTANA (1892)

Comienza esta nueva novela con un retazo cervantino, tan caro a las querencias galdosianas, como frecuente en sus elaboraciones: «En el populoso barrio de Chamberí, más cerca del depósito de aguas que de Cuatro Caminos, vivía, no ha muchos años, un hidalgo de buena estampa y nombre peregrino; no aposentado en casa solariega, pues por allí no las hubo nunca, sino en plebeyo cuarto de alquiler de los baratitos, con ruidoso vecindario de taberna, merendero, cabrería y estrecho patio interior de habitaciones numeradas».

A la hora de retratar al personaje, Galdós nos subraya que el honor era para él «la cifra y compendio de toda la ciencia del vivir, y esta se completaba con diferentes negaciones. Si su desinterés podía considerarse como virtud, no lo era ciertamente su desprecio del Estado y de la justicia, como organismos humanos. La curia le repugnaba; los ínfimos empleados del fisco, interpuestos entre las instituciones y el contribuyente con la mano extendida, teníanlos por chusma digna de remar en galeras. Deploraba que en nuestra edad de más papel que hierro, y de tantas fórmulas hueras, no llevasen los caballeros espada para dar cuenta de tanto gandul impertinente. La sociedad, a su parecer, había creado diversos mecanismos con el solo objeto de mantener holgazanes, y de perseguir y desvalijar a la gente hidalga y bien nacida».

Conherente con tal visión social, a Lope, que a este nombre respondía el hidalgo, «le resultaban muy simpáticos los contrabandistas y matuteros y, si hubiera podido, habría salido a su defensa en un aprieto grave. Detestaba la policía encubierta o uniformada, y cubría de baldón a los carabineros y vigilantes de consumos, así como a los pasmarotes que llaman de orden público, y que, a su parecer, jamás protegen al débil contra el fuerte. Transigía con la guardia civil, aunque él, ¡qué demonio!, la hubiera organizado de otra manera, con facultades procesales y ejecutivas, como verdadera religión de caballería justiciera en caminos y despoblados. Sobre el ejército, las ideas de D. Lope picaban en extravagancia. Tal como lo conocía, no era más que un instrumento político, costoso y tonto por añadidura, y él opinaba que se le diera una organización religiosa y militar, como las antiguas órdenes de caballería, con base popular, servicio obligatorio, jefes hereditarios, vinculación del generalato, y, en fin, un sistema tan complejo y enrevesado que ni él mismo lo entendía». Nada más hay en las pági-

nas de esta novela que pueda servir a nuestro objeto y, siendo así, pasamos a la siguiente obra.

46. TORQUEMADA EN LA CRUZ (1893)

Un viejo conocido vuelve por estos lares, el prestamista usurero por excelencia, Torquemada. De origen humilde, ahora su posición económica es holgada y reflexiona sobre la necesidad de que «los ricos deben dar el ejemplo, ¡cuidado!, así de las buenas costumbres como de los buenos modos, para que ande derecha la sociedad, y todo lleve el compás debido... Que sean torpes y mamarrachos los que no tienen sobre qué caerse muertos me parece bien. Así hay equidad; eso es lo que llaman equilibrio. Pero que los acaudalados tiren coces, que los terratenientes y los que pagamos contribución seamos unos... unos asnos, eso no, no, no».

En uno de los lances de la historia, Torquemada pregunta a unas clientas, aristócratas venidas a menos, por un pleito del que depende su fortuna. La que lleva la voz cantante, Cruz, le comunica que el asunto «sigue sus trámites. Es de lo contencioso administrativo. –Quiere decirse que la parte contraria es el gobierno. –Justo. –Pues entonces, no cansarse, lo perderán ustedes... El gobierno se lo lleva todo. Es el amo. Peseta que en sus manos cae, no esperemos que vuelva a salir de aquellas condenadas arcas».

En el tráfigo de tamañas consideraciones, un hermano ciego de las señoras recapacita sobre el verdadero origen de su mala fortuna y concluye que su padre se contaminó «del mal de la época, de la fiebre de los negocios, y no contento con su cuantioso patrimonio, aspiró a ganar colosales riquezas, como otros muchos... Comprometido en empresas peligrosas, su fortuna tan pronto crecía como mermaba. Ejemplos que nunca debió seguir le perdieron. Su hermano y mi tío había reunido un capitalazo comprando bienes nacionales. La maldición recayó sobre los que profanaban la propiedad de la Iglesia, y en la maldición fue arrastrado mi padre... A mamá, bien lo recuerdo, le eran horriblemente antipáticos los negocios, aquel fundar y deshacer sociedades de crédito, como castillos de naipes, aquel vértigo de la Bolsa, y entre mi padre y ella el desacuerdo saltaba a la vista. Los Torre-Auñón aborrecieron siempre el compra y vende, y los agios oscuros. Al fin los hechos dieron razón a mi madre, tan inteligente como piadosa; sabía que la ambición de riquezas, aspirando a poseerlas fabulosas, es la mayor ofensa que se puede hacer al Dios que nos ha dado lo que necesitamos y un poquito más. Tarde conoció mi padre su error, y la conciencia de él le costó la vida. La muerte les igualó a todos, dejándonos a los vivos el convencimiento de que solo es verdad la pobreza, el no tener nada... Desde aquí no veo más que humo, vanidad, y el polvo miserable en que han venido a parar tantas grandezas, mi madre en el cielo, mi padre en el purgatorio, mis hermanas en el mundo,

desmintiendo con su conducta lo que fuimos, yo echándome solo y desamparado en brazos de Dios para que haga de mí lo que más convenga».

Cuando Torquemada conoce al letrado que les lleva el asunto litigioso de referencia, este le explica que aquí «se eternizan los pleitos, porque los que administran justicia no miran más que a las influencias. Si las señoras las tienen, échense a dormir. Si no, esperen sentadas el fallo. De nada le vale al pobre litigante que su derecho sea más claro que el sol, si no halla buenas aldabas a que agarrarse».

Lanzado el jurista a reflexionar en torno a la sociedad, plantea que los ricos deben asumir su función en ella claramente, porque «si el pudiente vive cubierto de harapos, ¿me quiere usted decir cómo ha de prosperar la industria? Pues y el comercio, ¿me quiere usted decir cómo ha de prosperar? ¡Adiós riqueza de las naciones, adiós movimiento mercantil, adiós cambios, adiós belleza y comodidad de las grandes capitales, adiós red de caminos de hierro!... Y hay más. Las personas de posición constituyen lo que llamamos *clases directoras* de la sociedad. ¿Quién da la norma de cuanto acontece en el mundo? Las clases directoras. ¿Quién pone un valladar a las revoluciones? Las clases directoras. ¿Quién sostiene el pabellón de la moralidad, de la justicia, del derecho público y privado? Las clases directoras. ¿Le parece a usted que habría sociedad, y que habría paz, y que habría orden y progreso, si los ricos dijeran: 'pues mire usted, no me da la gana de ser clase directora, y me meto en mi agujero, me visto con siete modas de atraso, no gasto un maravedí, como un cesante, duermo en un jergón lleno de pulgas, no hago más que ir metiendo mis rentas en un calcetín, y allá se las componga la sociedad, y defiéndase como pueda del socialismo y de las trifulcas. Y la industria que muera, pues para nada me hace falta; y el comercio que lo parta un rayo; y las vías de comunicación que se vayan en hora mala. ¿Ferrocarriles? Si yo no viajo, ¿para qué los quiero? ¿Urbanización, higiene, ornato de las ciudades? ¿A mí qué? ¿Policía, justicia? Como no pleiteo, como no falto a la ley escrita, vayan con mil demonios...».

Torquemada ve aquí terreno abonado para sus aspiraciones de ascenso social, y reflexiona que «sin ir más lejos, véase a la monarquía transigiendo con la democracia, y echando juntos un pisolabis en el bodegón de la política representativa. ¿Y este ejemplo no valía? Pues allá iba otro. La aristocracia, árbol viejo y sin savia, no podía ya vivir si no lo *abonaba* (en el sentido de *estercolar*) el pueblo enriquecido. ¡Y que no había hecho flojos milagros el sudor del pueblo en aquel tercio de siglo! ¿No andaban por Madrid arrastrados en carretelas muchos a quienes él y todo el mundo conocieron vendiendo alubias y bacalao, o prestando a rédito? ¿No eran ya senadores vitalicios y consejeros del Banco muchos que allá en su niñez andaban con los codos rotos, o que pasaron hambres para juntar para unas alpargatas? Pues bien: a ese *elemento* pertenecía él, y era un nuevo ejemplo del *sudor de pueblo fecundando*... No sabía concluir la frase».

47. LA LOCA DE LA CASA (1893)

Esta nueva historia está localizada en algún lugar de Cataluña y «la acción es contemporánea». El personaje central es un indiano enriquecido, de apellido Cruz, cuya fin principal en la vida gira en torno al dinero. Criticado porque no ejerce la caridad, alega que «¡la compasión...! Lo sé por larga experiencia... es una flaqueza del ánimo que siempre nos trae algún perjuicio. ¡La compasión! Donde quiera que arrojen ustedes esa semilla, verán nacer la ingratitud...Digo que la compasión, según yo lo he visto, aquí principalmente, desmoraliza a la humanidad, y le quita el vigor para las grandes luchas con la Naturaleza. De ahí viene, no lo duden, este sentimentalismo, que todo lo agosta, el incumplimiento de las leyes, el perdón de los criminales, la elevación de los tontos, el poder inmenso de la influencia personal, la vagancia, el esperarlo todo de la amistad y las recomendaciones, la falta de puntualidad en el comercio, la insolvencia... Por eso no hay ley, ni crédito; por eso no hay trabajo, ni vida, ni nada... Claro, ustedes, habituados ya a esta relajación, hechos a lloriquear por el prójimo, no ven las verdaderas causas del acabamiento de la raza, y todo lo resuelven con limosnas, aumentando cada día el número de mendigos, de vagos y de trapisondistas». A lo largo de la trama, uno de los personajes le da la razón en cierto modo, cuando sostiene que «¡las leyes, la moral, la religión!... Todo este conjunto artificioso es el soberano constitucional, que reina y no gobierna. Quien manda de verdad es la Naturaleza».

También pesimista, el 12 de julio de 1893 el mismo Galdós escribe: «Hemos luchado por las libertades, conquistadas al fin con mil sacrificios. ¿Estamos contentos? No. Con tantas franquicias vivimos como antes, rodeados de injusticias, de desigualdades, de monstruosas aberraciones del sentido moral. Aun hay cándidos que todo lo esperan de la forma de gobierno... Unos y otros padecen lamentable ceguera y no ven que la forma de gobierno no resuelve nada»³⁷.

48. TORQUEMADA EN EL PURGATORIO (1894)

Como personaje secundario en esta nueva entrega de la saga Torquemada, aparece Pepe Serrano Morentín, descrito paradigmáticamente como «soltero, plebeyo por parte de padre, aristócrata por la materna, socialmente mestizo, como casi toda la generación que corre; bien educado, bien avenido con el estado presente de la sociedad, que su proporcionada riqueza le hacía ver como el mejor de los mundos posibles; satisfecho de haber nacido guapo y de poseer algunas cualidades de las que generalmente no excitan envidia; sin bastante inteligencia para sentir las atracciones dolorosas de un ideal, sin bastante rudeza de espíritu para desconocer los placeres intelectuales; privado de las grandes satisfacciones del orgullo triunfante, pero también de las tristezas del ambicioso que no llega nunca; hombre que no poseía en alto grado ni virtudes ni vicios, pues no era un

santo, ni tampoco un perdido, y se conceptuaba dichoso viviendo cómodamente de sus rentas, representando un distrito rural de los más dóciles, disfrutando de preciosa libertad y de un buen caballo inglés para pasearse. Bien quisto de todo el mundo, pero sin despertar en nadie un cariño muy vivo, veíase libre de toda pasión ardiente, pues ni siquiera la pasión política sintió nunca, y aunque afiliado al partido canovista, reconocía que lo mismo lo estaría en el sagastino, si a él le hubiera llevado el acaso; ni conocía tampoco la pasión viva por ningún arte, ni por el *sport*, pues aunque cabalgaba dos o tres horas cada día, jamás le inflamó el entusiasmo hípico, ni el delirio del juego, ni el de las mujeres, fuera de un cierto grado que no llega al drama, ni traspasa los límites de un discreto desvarío, elegante y urbano. Era hombre, en fin, muy de su época».

Conforme avanza la historia, el narrador prosigue su reflexión sobre la nivelación social alcanzada con estos nuevos tiempos, y admite «que en nuestra época de uniformidades y de nivelación física y moral se han desgastado los tipos genéricos, y que van desapareciendo, en el lento ocaso del mundo antiguo, aquellos caracteres que representaban porciones grandísimas de la familia humana, clases, grupos, categorías morales. Los que han nacido antes de los últimos veinte años, recuerdan perfectamente que antes existían, por ejemplo, el genuino tipo militar, y todo campeón curtido en las guerras civiles se acusaba por su marcial facha, aunque de paisano se vistiese. Otros muchos tipos había, *clavados*, como vulgarmente se dice, consagrados por especialísimas conformaciones del rostro humano, y de los modales, y del vestir. El avaro, pongo por caso, ofrecía rasgos y fisonomía como de casta, y no se le confundía con ninguna otra especie de hombres, y lo mismo puede decirse del *Don Juan*, ya fuese de los que pican alto, ya de los que se dedican a doncellas de servir y amas de cría. Y el beato tenía su cara y andares y ropa a las de ningún otro parecidas, y caracterización igual se observaba en los encargados de chupar sangre humana, prestamistas, vampiros, etc. Todo eso pasó, y apenas quedan ya tipos de clase, como no sean los toreros. En el escenario del mundo se va acabando el amaneramiento, lo que no deja de ser un bien para el arte, y ahora nadie sabe quien es nadie, como no lo estudie bien, familia por familia, y persona por persona».

La dificultad radica en que «esta tendencia a la uniformidad, que se relaciona en cierto modo con lo mucho que la humanidad se va despabilando, con los progresos de la industria, y hasta con la baja de los aranceles, que ha generalizado y abaratado la buena ropa, nos ha traído una gran confusión en materia de tipos. Vemos diariamente personalidades que por el aire arrogantísimo y la cara bigotuda pertenecen al género militar, ¿y qué son? Pues jueces de primera instancia, o maestros de piano, u oficiales de Hacienda. Hombres hallamos bien vestidos, y hasta elegantes, de trato amenísimo y un cierto ángel, que dan un chasco al lucero del alba, porque uno los cree paseantes en corte y son usureros empedernidos. Es frecuente ver un mocetón como un castillo, con aire de domador de

potros, y resulta farmacéutico, o catedrático de derecho canónico. Uno que tiene todas las trazas de andar comiéndose los santos y llevando cirios en las procesiones, es pintor de marinas, o concejal del ayuntamiento».

Un día acude Torquemada al ministerio, «¡qué bien recibido era allí, y con cuánto gusto iba! Y no porque le halagara el servilismo de los porteros, que al verle entrar con Donoso, se tiraban a las mamparas, como si quisieran abrirlas con la cabeza; ni la afabilidad lisonjera de los empleados subalternos, que ansiaban ocasión de servirle, atraídos por el olor de hombre adinerado que echaba de su persona. No era él vanidoso, ni se pagaba de fútiles exterioridades. En aquella colmena administrativa le encantaba principalmente la reina de las abejas, *vulgo* ministro, hombre que por ser muy a la pata la llana, practicón, mediano retórico, y muy seguro en el manejo del guarismo, concordaba en ideas y carácter con nuestro tacaño, pues también era él tacaño de la Hacienda pública, recaudador a rajatabla y verdugo del contribuyente, en quien veía siempre al enemigo que hay que perseguir y reventar a todo trance».

Mientras que del ministro se decía que era hombre honrado, distinto parecer merecía otro sujeto llamado Juan Gualberto, «varón de conciencia tan elástica, que de él se contaban cosas muy chuscas... En los cinco años famosos de la Unión Liberal se enriqueció bastante, y luego, la pícara revolución y la guerra carlista acabaron de cubrirle el riñón por completo. A creer lo que la maledicencia decía verbalmente y en letras de molde, Serrano se había tragado pinares enteros, muchísimas leguas de pinos, todo de una sentada, con fabuloso estómago. Y para quitar el empacho se había entretenido (por aquello de «cuando el diablo no tiene que hacer...») en calzar a los soldados con zapatos de suela de cartón, o en darles de comer alubias picadas y bacalao podrido; travesuras que lo más, lo más, motivaban un poco de ruido en algunos periódicos; y como daba la pícara casualidad de que estos no gozaban del mejor crédito, por haber dicho infinidad de mentiras a propósito de aquella campaña, nadie pensó en llevar el asunto a formal información de la justicia, ni esta le imponía ningún miedo a D. Juan Gualberto, que era primo hermano de directores generales, cuñado de jueces, sobrino de magistrados, pariente más o menos próximo de infinidad de generales, senadores, consejeros y archipámpanos».

En un momento determinado, a Torquemada le proponen agraciarse con un puesto de senador. Reticente al principio, finalmente acepta y, como acaba de leer *El Quijote*, exclama: «Pues acepto la ínsula. Iremos al Senado, vulgo Cámara Alta, y si me pinchan, diré cuatro verdades al país. Mi *desideratum* es la reducción considerable de gastos. Economías arriba y abajo; economías en todas las esferas sociales. Que se acabe esa *tela de Penélope* de nuestra administración, y que se nivele ese presupuesto, sobre el cual está suspendida, como *una espada de Damocles*, la bancarrota. Yo me comprometía a arreglar la Hacienda en dos semanas; pero para ello exigirá un plan radicalísimo de economías. Esta será la

condición sine qua non, la única, la principal de todas las *condiciones sine qua nones*». Y, de paso, no solo le vino la condición de senador, sino el marquesado de San Eloy, heredado por vía conyugal.

Su condición de senador le trajo el inconveniente de tener que atender a sus paisanos, por cuyo distrito fue designado. La avalancha de visitas que recibió era tal que «ya se iba cargando el hombre de aquel aluvión, y cuando se encaraba con algún paisano, se le atiesaban los pelos del bigote, tomando su cara un aspecto de ferocidad que suspendía el ánimo de los visitantes. Por fin, le dijo a Cruz [su cuñada] que cerrara la puerta a semejantes posmas, o que tan solo diese entrada, después de un detenido reconocimiento, a los que traían algo, ya fuese chorizos, o chocolate... o aunque fueran castañas y bellotas, que a él le gustaban mucho».

En reconocimiento a sus indudables progresos en el escalafón social, Torquemada recibe un homenaje en el que pronuncia un largo discurso. En cuanto a la política, confiesa que «de política nada os digo. (*Voces: sí, sí.*) No, no señores. No he llegado a saber todavía qué partidos tenemos, ni para qué nos sirven. (*Risas.*) Yo no he de ser poder, ni he de repartir credenciales... no, no... Veo que pululan los empleados, y que no hay nadie que se decida a castigar el presupuesto. Claro, no castigan porque a los mismos castigadores les duele. (*Risas.*) Yo me lavo las manos: blasono de obedecer al que manda, y de no barrenar las leyes. Respeto a tirios y troyanos, y no regateo el óbolo de la contribución. A fuer de hombre práctico, no hago la oposición sistemática, ni me meto en maquiavelismos de ningún género. Soy refractario a la intriga, y no acaricio más idea que el bien de mi patria, tráigalo Juan, Pedro o Diego».

49. LOS CONDENADOS (1894)

En la presentación impresa de este drama, Galdós reconoce que su representación ante el público fue un fracaso. A la hora de analizarlo, no termina de encontrar las razones determinantes del mismo. Después de hacer un bosquejo de las críticas recibidas en los periódicos, alude al papel jugado por la prensa en su trato con la creación literaria. Manifiesta que «personas inteligentísimas y escritores de gallardo estilo trabajan hoy en los diarios de Madrid y provincias. Sin adulación se puede decir que los que treinta años ha tuvieron fama de grandes estilistas, no sabían tanto, ni escribían tan bien como muchos jóvenes y viejos que hoy dan sus fugaces escritos a la prensa. Pero estos tales, y todos los que en periódicos muy leídos descuellan por su inteligencia, menosprecian la vida literaria, o no han parado mientes en ella. La entregan al brazo débil de los inferiores de la redacción, para dedicarse a las embriagueces de la política. En cuanto se meten en el Congreso pierden la cabeza, y con ella la noción total de la vida del país, de la cual sólo perciben una fase».

Admite Galdós que «al menos las obras de teatro pueden contar con la información segura. De todo drama, comedia o sainete se habla en los periódicos al

día siguiente de su estreno, aunque sólo sea en unas cuantas líneas dictadas por la amistad, el compañerismo o el pandillaje. ¡Pero la novela...! De eso no hablemos. La novela ha sido, durante mucho tiempo, una infeliz desheredada, y su existencia un verdadero milagro del Señor, que milagro es vivir sin calor, sin movimiento y hasta sin atmósfera. Para dar más fuerza al argumento que emplearé, prescindo ahora de lo que a mí me ha ocurrido en veinticinco años de fatigas literarias, luchando a brazo partido con el público; y omito el aislamiento y la oscuridad de los tiempos de aprendizaje, sin apoyo en la prensa grande». Abunda nuestro autor en que «los desdenes del cuarto poder del Estado hacia todas las formas literarias, se demuestran mejor diciendo que autores eminentísimos, cuyo nombre no hace al caso, han dado al público en los últimos diez años obras que harán época en nuestra historia artística, sin que en los días de su aparición, ni en mucho tiempo después, se encuentre mención de ellas en los periódicos de más lectura que en Madrid se publican. Novelas magistrales, estudios de alta crítica y enciclopedias de saber estético andan por esos mundos que no me dejarán mentir. Recórranse cuidadosamente colecciones de diarios importantes, y no se encontrará ningún examen crítico de aquellas obras, maravilla del ingenio y gloria de la patria: aun la noticia escueta y desdeñosa de su aparición en las librerías, es difícil encontrarla».

A la hora de encontrar una explicación para tal estado de cosas, nuestro autor plantea que «en esto no hay malicia, sino incuria. Privadamente, se encuentra en todos y cada uno de los grandes periodistas, un perfecto literato, amante del arte y muy amigo de sus amigos; pero el vértigo de la profesión, hoy viciada por la política, les arrastra, y sin darse cuenta del daño que ocasionan, no conceden al desenvolvimiento de la vida intelectual ni al examen sistemático de toda producción artística, la atención conveniente». Reconoce, no obstante, Galdós que «por mi parte, debo manifestar que en los cruelísimos años de una lucha trabajosa por llegar al corazón y a la inteligencia del público, poco tuve que agradecer a los periodistas de alto vuelo, y sólo hago una excepción en favor del que fue mi querido amigo, D. Eduardo Gasset y Artime, fundador de *El Imparcial*. A otras personas que en la dirección literaria de aquel diario lo sucedieron, debo también una benevolencia cariñosa, y no creo inoportuno consignarlo aquí, sin que esto invalide ni poco ni mucho las ideas que vengo sosteniendo».

El teatro también es víctima de esta situación, puesto que «si la novela y otras manifestaciones del arte, poco o nada deben a la prensa contemporánea, el teatro no sale mejor librado. Al día siguiente de un estreno, unos cuantos caballeros, designados para esta fácil labor por cada periódico, publican una impresión ligerísima, generalmente sin conocimiento de causa, juzgando, así para aplaudir como para censurar, por medio de recetas, que unos a otros se sugieren masónicamente. Y después, así sea la obra elevada a las nubes, así arrojada a los profundos abismos, ya no se vuelve a hablar de ella, ni se la analiza, ni se la toma en

cuenta para nada. Se ha registrado el caso en la estadística de la diaria información, como un juego de pelota feliz o infortunado, y después a otro suceso, a otra emoción, a otra noticia».

De ahí que los veredictos de la prensa estén sujetos a serio cuestionamiento, pues «a una prensa que no vive en comunión perfecta con las letras, ¿cómo se la ha de tener por infalible en materias literarias? ¿Ni cómo se ha de creer en los fallos de un tribunal que no está constituido para poder darlo conforme a derecho? ¡Qué fallo ni qué garambainas! Forzoso es reconocer la autoridad del público que vivifica o mata las obras con una lógica inapelable y fatalista. Pero la autoridad de la prensa no debe merecernos igual acatamiento, hoy por hoy, y sus dictámenes no son más que opiniones, en algunos casos respetables, en otros no, y en ninguno ejecutivas».

Sostiene Galdós que el destino de una obra no debe fiarse a la suerte del estreno de una primera noche, que «ningún autor debe abandonar sus obras, aunque el público las oiga con frialdad y el frívolo reportero las maltrate. Nada más ridículo que ver a los monos sabios erigiéndose en jueces de la lidia, mandando al corral del olvido obras y autores, e impidiendo a éstos la defensa o siquiera la explicación de motivos que la justicia permite a los mayores criminales. Esto es absurdo. Todo autor que tiene lazos de simpatía y de gratitud con el público, está obligado, hasta por cortesía, a decir algo a éste sobre la obra que no fue de su agrado, a defenderla si puede, a explicarla si es oscura, a declarar sus errores, si los ve, a trazar, en fin, una línea divisoria entre la crítica formal y la garrulería impertinente».

Concluida esta presentación, al inicio de la obra, aparece el choque entre lo urbano y lo rural, entre el avance de las ciudades y el anquilosamiento del campo, de la mano de un personaje llamado Feliciano, quien lamenta que «estaba mejor, en mi Zaragoza de mi alma, tratando con señoras y caballeros de la mejor sociedad. ¡Seis meses en compañía de mi prima Josefa, cuyo marido es catedrático de Historia en el Instituto! Figúrese usted si habré aprendido cosas. Al volver a mi patria, pueblo, costumbres, trajes... parécenme... ¿a que no sabe usted qué?... parécenme... de la Edad Media. Usted no entiende el término». Salvadas estas alusiones y las referidas al cuarto poder, nada más hay reseñable en esta obra por lo que toca a nuestro objeto.

50. TORQUEMADA Y SAN PEDRO (1895)

Los Torquemada han alcanzado el culmen de su fortuna. Ahora viven en un enorme palacio, «y pocas casas había, o hay en Madrid mejor dispuestas para la ostentación de las superficialidades aristocráticas. El palacio de Gravelinas es el antiguo caserón de Trastámara, construido sólidamente y con dudoso gusto en el siglo xvii... y acrecentado con magníficos anexos para servidumbre, archivo, armería, y todo lo demás que completa una gran residencia señorial. Claro es que

la ampliación de la casa, después de decretado el acabamiento de los mayorazgos, fue una gran locura, y bien caro la pagó el último duque de Gravelinas, que era, por sus dispendios, un desamortizador práctico. Al fin y a la postre, hubo de sucumbir el buen caballero a la ley del siglo, por la cual la riqueza inmueble de las familias históricas va pasando a una segunda aristocracia, cuyos pergaminos se pierden en la oscuridad de una tienda, o en los repliegues de la industria usuraria».

En consonancia con el cambio de residencia, el modo de vida del viejo Torquemada también había variado, aunque no su tacaña naturaleza, sus «hábitos de miseria». Tamaña vivienda requería buen número de servidumbre y «tal superabundancia de criados era lo que principalmente le encendía la sangre al don Francisco, y si transigía con la compra de cuadros viejos y de armaduras roñosas, por el buen resultado que podrían traerle en día no lejano, no se avenía con la presencia de tanto gandul, polilla y destrucción de la casa, pues con lo que se comían diariamente había para mantener a medio mundo... protestando de la plétora de servicio, y de que su casa era un fiel trasunto de las oficinas del Estado, llenas de pasmarotes, que no van allí más que a holgazanear. Bien comprendía él que no era cosa de vivir a lo pobre, como en casa de huéspedes de a tres pesetas, eso no. Pero nada de exageraciones, porque de lo sublime a lo ridículo no hay más que un paso. Y también es evidente que los Estados en que crece viciosa la planta de la empleomanía, corren al abismo. Si él gobernara la casa, seguiría un sistema diametralmente opuesto... Pocos criados, pero idóneos, y mucha vigilancia para que todo el mundo anduviera derecho y se gastara lo consignado, y nada más. Lo que decía en la Cámara a cuantos quisieran oírle, lo decía también a su familia: «Quitemos ruedas inútiles a la máquina administrativa para que marche bien... Pero esta mi cuñada, a quien parta un rayo, ¿qué hace?, convertir mi domicilio en un centro ministerial, y volverme la cabeza del revés, pues día hay en que creo que ellos son los amos, y yo el último paria de toda esa patulea»».

En otro orden de consideraciones (afectado asimismo por el cambio social operado en los últimos tiempos), uno de los asiduos de la casa, un eclesiástico llamado Gamborena, reprocha en cierta ocasión a dos damas de la familia: «No, no me digan que protegéis la religión, ensalzando el culto con ceremonias espléndidas, o bien organizando hermandades y juntas caritativas: en los más casos, no hacéis más que rodear de pompa oficial y cortesana al Dios Omnipotente, negándole el homenaje de vuestros corazones. Queréis hacer de Él uno de estos reyes constitucionales al uso, que reinan y no gobiernan. No, y esto no lo digo precisamente por vosotras, sino por otras de vuestra clase; no os vale tanta religiosidad de aparato; no se acepta el homenaje externo si no lo acompañáis del rendimiento de los corazones, y de la sumisión de la inteligencia. Sed simples y candorosas en materia de fe; dad al ingenio lo que al ingenio pertenece, y a Dios lo que siempre ha sido y será de Dios».

Las causas de estas tachas hunden su razón de ser en el hecho de que «las clases altas, o por hablar mejor, las clases ricas, estáis profundamente dañadas en el corazón y en la inteligencia, porque habéis perdido la fe, o por lo menos andáis en vías de perderla. ¿Cómo? Por el continuo roce que tenéis con el filosofismo... Vosotras, clases altas y ricas, aburridas, fatigadas por no tener un papel glorioso que desempeñar en la sociedad presente, os habéis bajado a la política, como el noble enfermo y melancólico, que no sabiendo qué hacer para distraerse, desciende a bromear con la servidumbre. El filosofismo, harto de vivir en sótanos y entre telarañas, se ha subido a la política, para buscar en ella su negocio, y en ese terreno común os habéis encontrado todos, y os habéis hecho amigos. Después, incurriendo en familiaridades de mal gusto, lleváis al filosofismo arriba, a vuestras salas, y allí, el infame os contagia de sus perversas ideas, amortiguando la fe en vuestros corazones. Ciertamente que conserváis la fe nominal, pero tan sólo como un emblema, como una ejecutoria de la clase, para defenderos con ella en caso de que veáis atacados vuestros fueros y amenazadas vuestras posiciones».

Y hablando de asuntos eclesiásticos, cuando tocó tratar de las últimas disposiciones de Torquemada, le proponen que, salva la legítima, el tercio de libre disposición lo deje a la Iglesia, dado que «en cierto modo es una restitución. Esos cuantiosísimos bienes, de la Iglesia han sido, y usted no hace más que devolverlos a su dueño. ¿No entiende? Oiga una palabrita. La llamada desamortización, que debiera llamarse despojo, arrancó su propiedad a la Iglesia, para entregarla a los particulares, a la burguesía, por medio de ventas que no eran sino verdaderos regalos. De esa riqueza distribuida en el estado llano, ha nacido todo este mundo de los negocios, de las contratas, de las obras públicas, mundo en el cual ha traficado usted, absorbiendo dinerales, que unas veces estaban en estas manos, otras en aquellas, y que al fin han venido a parar, en gran parte, a las de usted. La corriente varía muy a menudo de dirección; pero la riqueza que lleva y trae siempre es la misma, la que se quitó a la Iglesia».

Cansado, quizá harto, en medio de propuestas y contrapropuestas testamentarias, Torquemada mantiene el siguiente diálogo, que evidencia la inutilidad de los diversos intentos por influir en sus últimas voluntades: «—¿No es España la nación católica por excelencia? —Sí, señor. —¿No es justo y natural que Dios, o sea la Divina Providencia, quiera hacerle un gran favor? —Seguramente. —Pues ahí lo tiene usted; ahí tiene por qué el Sumo Hacedor no quiere que yo me muera».

51. NAZARÍN (1895)

Al principio de esta nueva historia, un periodista conoce al padre Nazarín y le hace una entrevista. Preguntado sobre el estado de la sociedad actual, contesta: «Yo no sé nada de eso —respondió encogiéndose de hombros—. No sé más sino que a medida que avanza lo que ustedes entienden por cultura, y cunde el llamado progreso, y se aumenta la maquinaria, y se acumulan riquezas, es mayor el

número de pobres, y la pobreza es más negra, más triste, más displicente. Eso es lo que yo quisiera evitar, que los pobres, es decir, los míos, se hallen tan tocados de la maldita misantropía. Crean ustedes que entre todo lo que se ha perdido, ninguna pérdida es tan lamentable como la de la paciencia. Alguna existe aún desperdigada por ahí, y el día que se agote, adiós mundo. Que se descubra un nuevo filón de esa gran virtud, la primera y más hermosa que nos enseñó Jesucristo, y verán ustedes qué pronto se arregla todo».

El periodista le plantea que, al menos aparentemente, la pasividad parece ser su principal regla de vida. Entonces le pregunta «-¿Y si le acusaran de falsos delitos...? -No me defendería. Absuelto en mi conciencia, nada me importarían las acusaciones. -¿Pero usted no sabe que hay leyes, y tribunales que le defenderían de los malvados? -Dudo que haya tales cosas; dudo que amparen al débil contra el fuerte; pero aunque existiera todo eso que usted dice, mi tribunal es el de Dios, y para ganar mis litigios en ese, no necesito papel sellado, ni abogado, ni pedir tarjetas de recomendación».

Concluida la entrevista con el sacerdote, el periodista le sugiere a un acompañante que «la sociedad, a fuer de tutora y enfermera, debe considerar estos tipos como corruptores de la humanidad, en buena ley económico-política, y encerrarlos en un asilo benéfico. Y yo pregunto: ¿ese hombre, con su *altruismo* desenfrenado, hace algún bien a sus semejantes? Respondo: no. Comprendo las instituciones religiosas que ayudan a la beneficencia en su obra grandiosa. La misericordia, virtud privada, es el mejor auxiliar de la beneficencia, virtud pública. ¿Por ventura, estos misericordiosos sueltos, individuales, medievales, acaso contribuyen a labrar la vida del Estado? No. Lo que ellos cultivan es su propia viña, y de la limosna, cosa tan santa, dada con método y repartida con criterio, hacen una granjería indecente. La ley social, y si se quiere cristiana, es que todo el mundo trabaje, cada cual en su esfera».

Conforme avanza la trama, en otra ocasión tendrá Nazarán la oportunidad de desarrollar su peculiar concepto de la política, consistente en que «la política es agua pasada. Cumplió su misión, y los que se llamaban problemas políticos, tocantes a libertad, derechos, etc., están ya resueltos, sin que por eso la humanidad haya descubierto el nuevo paraíso terrenal. Conquistados tantísimos derechos, los pueblos tienen la misma hambre que antes tenían. Mucho progreso político, y poco pan. Mucho adelanto material, y cada día menos trabajo, y una infinidad de manos desocupadas. De la política no esperemos ya nada bueno, pues dio de sí todo lo que tenía que dar. Bastante nos ha mareado a todos, tirios y troyanos, con sus querellas públicas y domésticas. Métanse en su casa los políticos, que nada han de traer provechoso a la humanidad; basta de discursos vanos, de fórmulas ridículas, y del funestísimo encumbramiento de las nulidades a medianías, y de las medianías a notabilidades, y de las notabilidades a grandes hombres».

Tropezando los huesos de Nazarín con un alcalde y puesto este en antecedentes de su pensamiento, intenta llevarle a su terreno, y le recuerda que «¡vivo en este siglo XIX, el siglo del vapor, del teléfono eléctrico, y de la imprenta! ¡esa palanca...! de las libertades públicas y particulares, en este siglo del progreso, ¡esa corriente...! ¡en este siglo en que la ilustración nos ha emancipado de todo el fanatismo de la antigüedad! Pues eso que usted dice y hace, ¿qué es más que fanatismo? Yo no critico la religión en sí, ni me opongo a que admitamos la Santísima Trinidad, aunque ni los primeros matemáticos la comprenden; yo respeto las creencias de nuestros mayores, la misa, las procesiones, los bautizos y entierros con honras, etcétera... Voy más allá, le concedo a usted que *haiga*... quiero decir, que haya almas del purgatorio, y que tengamos clero episcopal y cardenalicio, por de contado parroquial también... Y si usted me apura, paso por las bulas... vaya... paso también porque tiene que haber un *más allá*, y porque todo lo que sea hablar de eso se diga en latín... Pero no me saque usted de ahí, de la consideración que debemos a lo que fue. Yo respeto a la religión, respeto mayormente a la Virgen, y aun le rezo cuando se me ponen malos los niños... Pero déjeme usted con mi tira y afloja, y no me pida que yo crea cosas que están bien para mujeres; pero que no debemos creerlas los hombres... No, eso no. No me toque usted esa tecla. Yo no creo que se pueda llevar a la práctica todo lo que dijo y predicó el gran reformador de la sociedad, ¡ese genio...! yo no le rebajo, no, ¡ese extraordinario ser...! Y para sostener que no se puede, razono así: «El fin del hombre es vivir. No se vive sin comer. No se come sin trabajar». Y en este siglo ilustrado, ¿a qué tiene que mirar el hombre? A la industria, a la agricultura, a la administración, al comercio».

Para este alcalde, están claros los objetivos a alcanzar, «dar salida a nuestros caldos, nivelar los presupuestos públicos y particulares... que haya la mar de fábricas... vías de comunicación... casinos para obreros... barrios obreros... ilustración, escuelas, beneficencia pública y particular... ¿Y dónde me deja usted la higiene, la urbanización y otras grandes conquistas? Pues nada de eso tendrá usted con el misticismo, que es lo que usted practica; no tendrá más que hambre, miseria pública y particular... ¡Lo mismo que los conventos de frailes y monjas! El siglo XIX ha dicho: «No quiero conventos ni seminarios, sino tratados de comercio. No quiero ermitaños, sino grandes economistas. No quiero sermones, sino ferrocarriles de vía estrecha. No quiero santos padres, sino abonos químicos». ¡Ah, señor mío, el día que tengamos una Universidad en cada población ilustrada, un banco agrícola en cada calle, y una máquina eléctrica para hacer de comer en la cocina de cada casa, ah, ese día no podrá existir el misticismo!».

52. HALMA (1895)

De cierto modo, esta nueva historia es continuación de la anterior novela. Al presentar a uno de los personajes centrales de esta nueva trama, Galdós apunta

que, «aunque es persona muy conocida en Madrid, quiero decir algo ahora del carácter del señor marqués de Feramor, cuya corrección inglesa es ejemplo de tantos, y que si por su inteligencia, más sólida que brillante, inspira admiración a muchos, a pocos o a nadie, hablando en plata, inspira simpatías. Y es que los caracteres exóticos, formados en el molde anglosajón, no ligan bien o no funden con nuestra pasta indígena, amasada con harinas y leches diferentes... Contentísimo del niño, y queriendo hacer de él un verdadero prócer, útil al Estado, y que fuese salvaguardia valiente de los *intereses morales y materiales* del país, su padre le mandó a educar a Inglaterra. Era el señor marqués anglómano de afición o de segunda mano, porque jamás pasó el canal de la Mancha, y sólo por vagos conocimientos adquiridos en las tertulias, sabía que de Albión son las mejores máquinas y los mejores hombres de Estado».

Esta educación tuvo un notable efecto en la personalidad del joven, a quien «al salir del colegio, consiguiole su padre un puesto en la embajada, para que por allá estuviese algunos años más empapándose bien en la savia británica. En aquel período se despertaron y crecieron sus aficiones políticas, hasta constituir una verdadera pasión; estudió muy a fondo el Parlamento, y sus prerrogativas, sus prácticas añejas, consolidadas por el tiempo, y no perdía discurso de los que en todo asunto de importancia pronunciaban aquellos maestros de la oratoria, tan distintos de los nuestros como lo es el fruto de la flor, o el tronco derecho y macizo de la arbustería viciosa».

La formación alcanzó sus frutos plenos con la consecución del cargo de senador, cámara donde «empezó a distinguirse, como persona seria por los cuatro costados, que a refrescar venía nuestro envejecido parlamentarismo con sangre y aliento del país parlamentario por excelencia. Su oratoria era seca, ceñida, mate y sin efectos. Trataba los asuntos económicos con una exactitud y un conocimiento que producían el vacío en los escaños. ¿Pero qué importaba esto? Al parlamento se va a convencer, no a buscar aplausos; el parlamento es cosa más seria que un circo de gallos. Lo cierto era que en aquella soledad de los bancos rojos, Feramor tenía admiradores sinceros y hasta entusiastas, dos, tres y hasta cinco senadores muchachos, que le oían con cierto arrobamiento, y luego salían poniéndole en los cuernos de la luna: «Así se tratan las cuestiones. Aquí, aquí, en este espejo tienen que mirarse todos: esto es lo bueno, lo inglés *de la tía Javiara*, la marca *Londón* legítima, de patente»... El amanerado argumento de achacar nuestras desgracias políticas a no tener un patriciado a estilo inglés, con hábitos parlamentarios y verdadero poder político, llegaba a ser una cantinela insoportable».

Sin embargo, este fondo anglosajón perjudicó a su personalidad en el ámbito privado, «los amigos más benévolos no acertaban a descubrir en él un rasgo de desprendimiento, o un ejemplo de favor desinteresado. Era todo exactitud en el pensar, precisión matemática en las acciones, como una máquina de vida social

en la que se suprimieran los movimientos de la manivela afectiva. No faltaba jamás a sus deberes, no se le podía coger en descuido de sus compromisos; pero tampoco se le escapaba la sensiblería de hacer el bien por el bien. Siempre en guardia, y custodiándose a sí propio con llaves seguras que sólo él manejaba, no permitía nunca que la espontaneidad abriese su interior de hierro, ni menos que mano profana penetrase en él... no gozaba de simpatías, y los que le admiraban como el último modelo inglés de corte de personas, no le querían ». En resumen, que por estas razones «encontrábanle todos poco español, privado de las virtudes y de los defectos de la compleja raza peninsular. Habríanle querido menos reglamentado moralmente, menos exacto, y un poquitín perdido».

De ahí que la relación con su hermana (mujer espiritual donde las hubiera que pretende crear un instituto religioso) fuese problemática, difícil. En una conversación que mantiene con ella, le recuerda que «vivimos en un siglo en que no se pueden desmentir las leyes económicas, querida hermana; y el que no tenga en cuenta las leyes económicas, se estrellará en toda empresa que acometa, aun aquellas del orden espiritual. Así como no se puede hacer una tortilla sin romper huevos, no puede emprenderse cosa alguna sin capital. Hoy no se crean órdenes o congregaciones con el esfuerzo puro de la fe y del ejemplo edificante. Se necesita que el que funda, posea una fortuna que consagrar al servicio de Dios, o que encuentre protectores ricos y piadosos... Nuestra época admite los arrebatos místicos, pero con la razón siempre por delante; admite la caridad en grado heroico, pero con capital a la espalda, capital para todo, hasta para allanarle a la humanidad los caminos del cielo. Tú no posees ni ese capital encefálico que se llama razón, ni esa razón suprema de los actos colectivos, que se llama capital».

A pesar de ello, soplan vientos favorables para las pretensiones de la hermana, condesa de Halma, pues sucedía que «en aquellos días, que no están muy lejanos, había venido sobre la sociedad una de esas rachas que temporalmente la agitan y conmueven, racha que entonces era religiosa, como otras veces ha sido impía. El fenómeno se repite con segura periodicidad. Vienen vientos diferentes sobre la conciencia pública a veces como una moda de exaltaciones democráticas; a veces la moda del ideal contrario. En literatura también vienen y van ventoleras furibundas, que harían grandes estragos si no pasaran pronto. Sopla a veces un realismo huracanado que todo lo moja; a veces un terral clásico que todo lo seca. La religión no se libra de esta elasticidad atmosférica, que en cierto modo es saludable, dígame lo que se quiera. Vienen altas presiones de indiferentismo; siguen otras de piedad. En los días a que me refiero, la racha religiosa venía con fuerza».

En consonancia con tales tiempos, en uno de los lances de la novela, un sacerdote advierte a sus contertulios que «recuerden que están en el país del misticismo, que lo respiramos, que lo comemos, que lo llevamos en el último glóbulo de la sangre, y que somos místicos a rajatabla, y como tales nos conducimos sin darnos cuenta de ello... [están] en la patria de la santidad y la caballería, dos

cosas que tanto se parecen y quizás vienen a ser una misma cosa, pues aquí es místico el hombre político, no se rían; que se lanza a lo desconocido, soñando con la perfección de las leyes; es místico el soldado, que no anhela más que batirse, y se bate sin comer; es místico el sacerdote, que todo lo sacrifica a su ministerio espiritual; místico el maestro de escuela que, muerto de hambre, enseña a leer a los niños; son místicos y caballerescos el labrador, el marinero, el menestral, y hasta vosotros, pues vagáis por el campo de las ideas, adorando una Dulcinea que no existe, o buscando un más allá, que no encontráis, porque habéis dado en la extraña aberración de ser místicos sin ser religiosos. He dicho».

Finalmente, la condesa de Halma logra su objetivo de fundar una institución religiosa, integrada en el organigrama eclesiástico, pero no está satisfecha del todo. En conversación con Nazarín, este le recomienda que «lo mismo que usted intenta hacer aquí en servicio de Dios y de la humanidad desvalida, puede hacerlo, y lo hará mejor, estableciéndose en una forma de absoluta libertad, de modo que ni la Iglesia, ni el Estado, ni la familia de Feramor, puedan intervenir en sus asuntos, ni pedirle cuentas de sus acciones... ¿En qué estaba usted pensando al constituir en Pedralba un organismo semejante a los organismos sociales que vemos por ahí, desvencijados, máquinas gastadas y viejas que no funcionan bien? ¿A qué conduce eso de que su ínsula sea, no la ínsula de usted, sino una provincia de la ínsula total? Desde el momento en que la señora se pone de acuerdo con las autoridades civil y eclesiástica para la admisión de estos o los otros desvalidos, da derecho a las tales autoridades para que intervengan, vigilen, y pretendan gobernar aquí como en todas partes. En cuanto usted se mueve, viene la Iglesia, y dice: «¡alto!» y viene el intruso Estado, y dice: «¡alto!» Una y otro quieren inspeccionar. La tutela le quitará a usted toda iniciativa. ¡Cuánto más sencillo y más práctico, señora, de mi alma, es que no funde cosa alguna, que prescindiera de toda constitución y reglamentos, y se constituya en familia, nada más que en familia, en señora y reina de su casa particular! Dentro de las fronteras de su casa libre, podrá usted amparar a los pobres que quiera, sentarles a su mesa, y proceder como le inspiren su espíritu de caridad y su amor del bien».

53. LA FIERA (1896)

La acción transcurre en Urgell, año 1822. En este momento, en pleno trienio liberal, funciona en la localidad una Regencia constituida allí «para arrancar a España de las uñas de toda esa taifa masónica, comunera y democratizante... [para] redimir a la nación y devolver al rey sus fueros, su autoridad sagrada». Cuando llegan unos españoles procedentes de Francia para ponerse al servicio de la Regencia, uno de los protagonistas plantea que «por las trazas parecen gente muy buena, enemigos furiosos de la mal llamada libertad». Ante el grito de «¡Viva el Rey absoluto!» una de las tertulianas puntualiza: «Absolutismo hasta que nos saturemos bien y pidamos otra cosa. Esta es la opinión, un

monstruo que come mucho, pero es *gourmet* y no gusta de hartarse siempre con el mismo manjar».

Planteada una cuestión de amor en la trama, se traba el siguiente diálogo, expresivo de una perspectiva de aquel ser nacional por entonces: «...Me ha dicho que no le gusta marido guerrero, que le preferirá pacífico... – En todos tiempos hicieron buenas migas Cupido y Marte... – El Cupido que yo conozco se asusta de la fiera... odia con toda su alma la guerra fratricida, y no ve con buenos ojos a los héroes de estas luchas crueles y feroces, cualquiera que sea su bandera. – Ese será un Cupido extranjero: español no es».

El destinatario de estas palabras admite que el desafío atañe a sus más íntimas convicciones identitarias, de modo que, «yo quiero terminar la guerra para que mi prima no se asuste de mi. Pero la guerra, ¡ay!, no concluye sino con el triunfo del absolutismo, y este pide sangre, fuego, destrucción. Yo necesito hacer comprender a Susana que si mato y quemo y arraso es porque el santo deber me llena el espíritu y el corazón como ella misma con sus gracias picantes, porque mi fe realista y mi amor a Susana son ya una sola pasión indivisible... ¡El perdón, la benignidad, la relajación de la energía! No puede ser. Resultarían dos hombres en mí, y soy de un solo bloque, entero, absoluto. Si no matara, me parecería que no amaba; si no amara no sabría pelear». Más adelante, este mismo personaje reconocerá que «vivimos en pleno terror. España es una jaula de locos delirantes. Las ideas no son ya ideas, sino furores. Luchamos ellos y nosotros, no por vencer al contrario, ni aun para someterlo, sino para destruirlo. Por mi parte, exterminaré y arrasaré cuanto se me ponga por delante...».

En el bando liberal tampoco son tibios. Uno de sus componentes afirma tajante: «Detesto el absolutismo. He consagrado mi vida a las ideas de libertad y emancipación del pueblo. Tal como son mis enemigos, fanáticos y crueles, así soy yo, por ley de guerra. Desconozco la piedad; vivo para exterminar a mis contrarios y limpiar la tierra de toda tiranía. El partido de Vuestra Alteza es el mal; yo, nosotros también. Contra el despotismo todo es lícito, crueldad, alevosía, engaño. Desprecio la vida. Si no puedo alcanzar la gloria, venga pronto el martirio».

Y en medio, la tercera España, la que, como uno de los protagonistas, confiesa a un realista: «Odio la tiranía, y a todos los que a nombre de una idea cometen crímenes... [los liberales] son tan tiranos como los de vuestro bando. Entre unos y otros asolarán la tierra y la llenarán de sangre y ruinas». El realista le inquiere: «Ya... cree usted que nuestro bando realista es una fiera, y el bando contrario otra». A lo que el interrogado responde: «Creo que es una sola fiera, señor; una sola con dos cabezas. La idea exaltada y el orgullo despótico la engendraron... Es hermosa, arrogante, y sus rugidos enardecen a los hombres y les arrastran a un heroísmo brutal. En su piel están pintorreadas todas las ideas. Cada cual ve en ellas lo que le acomoda».

Al año siguiente, 1897, es asesinado Cánovas. En ese mismo año, Galdós lee su discurso de ingreso en la Academia bajo el título *La sociedad presente como materia novelable*. La contestación corresponde al académico Menéndez y Pelayo. El año anterior habían comenzado sus pleitos contra el editor Miguel H. Cámara por la propiedad y difusión de sus obras. En este proceso, nuestro autor cuenta con el asesoramiento jurídico de Antonio Maura y, finalmente, actuará como mediador Gumersindo de Azcárate. Como resultado del acuerdo alcanzado, Galdós recupera su autoría, pero con un alto coste económico.

54. EL ABUELO (1897)

Los personajes principales de esta nueva historia son un suegro, «el señor conde de Albrit, que es el primer caballero de España» y su nuera, una «condenada extranjera, de quien se enamoró como un tontaina su hijo (que esté en gloria)... el culebrón... es la extranjera, la mala sombra de la familia», según sabemos por una antigua sirvienta de la casa, ahora propietaria de su propias tierras, y a cuyo cuidado están las dos hijas del malhadado matrimonio, nietas del conde.

Cuando suegro y nuera coinciden, una de las primeras cosas que este le reprocha es que «extranjera por la nacionalidad, y más aún por los sentimientos, jamás se identificó usted con mi familia, ni con el carácter español. Contra mi voluntad mi adorado Rafael eligió por esposa a la hija de un irlandés establecido en los Estados Unidos, el cual vino aquí a negocios de petróleo... ¡Funestísima ha sido para mí la América!... Pues bien: como todo el mundo sabe, me opuse al matrimonio del conde de Laín; luché con su obstinación y ceguera... fui vencido. Me han dado la razón el tiempo y usted; usted, sí, haciendo infeliz a mi hijo, y acelerando su muerte».

El suegro, antiguo señor de las tierras, admite, resignado, a su antiguo sirvienta que «hoy, el primer caballero de España, el generoso y grande, viene a pedirte hospitalidad. Vicisitudes y trastornos que no quisiera recordar, esta revolución crónica que hace y deshace los Estados y las familias, y todo lo trueca y baraja, te han dado a ti la propiedad de la Pardina. En ella entro yo a pedirte albergue, no como señor, sino como desvalido sin hogar, abandonado de todo el mundo. Si me la das, ya sabes que has de hacerlo por pura caridad, no por remuneración ni recompensa. Soy pobre; todo lo he perdido».

Como hemos visto, el antes señor ha pedido alojamiento en su antigua casa, ahora propiedad de sus sirvientes. Ante el trato displicente que sufre, una de las nietas, Dolly, le cuenta: «No puedo ver con calma que a un caballero como tú, poderoso en otro tiempo y dueño de toda esta comarca, le desatiendan gentes groseras, que no valen lo que el polvo que llevas en la suela de tus zapatos... esos indecentes, que no se acuerdan de la miseria que tú les remediaste, ni de que crecieron, yerbecitas chuponas, en el tronco de Albrit; a esos puercos, arrastra-

dos, canallas, les estaría yo dando en la cabeza con el palo de esta escoba, hasta que aprendieran a respetar al que honra su casa solo con pisar en ella».

Poco después, solo, el conde clama contra esta nueva «¡generación ingrata, generación descreída y que nada respetas, generación parricida, pues devoras el pasado, y menosprecias las grandezas que fueron! El honor, la pureza de los nombres, ¿qué son para estos menguados, que se pasan la vida hociqueando en el suelo, para recoger el pedazo de pan que la suerte les arroja? Son de vista baja, y no ven el cielo, ni el sol que nos alumbrá». Nuestro abuelo lamenta que «para la hortaliza social, para este mundo de ahora, nacido sobre acarreos, la mejor sustancia es la ignominia, la impureza y mezcolanza de sangres nobles y sangres viles».

En una de las suertes de esta historia, el conde le pregunta al maestro del lugar qué piensa del honor, a lo que este responde: «El honor... pues el honor... Yo entendía que el honor era... algo así como las condecoraciones... Se dice también *hombres fúnebres, el honor nacional, el campo del honor...* En fin, no sé lo que es... Si no es la virtud, el amor al prójimo, y el no querer mal a nadie, ni a nuestros enemigos, juro por las barbas de Júpiter que no sé lo que es».

55. EPISODIOS NACIONALES: ZUMALACÁRREGUI (1898)

A pesar de su anuncio de abandonar definitivamente la novela histórica, Galdós la retoma y comienza la tercera serie de los *Episodios Nacionales*, precisamente en el año 1898. En este momento, nuestro autor ha llegado a la cima de su reconocimiento literario en nuestro país. Es miembro de la Real Academia Española, las grandes ventas de las dos series de los *Episodios Nacionales* y la favorable acogida de sus *Novelas contemporáneas* confirman su popularidad y el favor de la crítica³⁸.

En su contestación al discurso de recepción de Galdós en la Real Academia Española, Marcelino Menéndez Pelayo subraya que los *Episodios Nacionales*, han «enseñado verdadera historia a muchos que no la sabían; no han hecho daño a nadie y han dado honesto recreo a todos, y han educado a la juventud en el culto de la patria. Si en otras obras ha podido el señor Galdós parecer novelista de escuela o de partido, en la mayor parte de los *Episodios* quiso, y logró, no ser más que novelista español»³⁹.

Varias razones pueden haber influido a la hora de adoptar la decisión de retomar los *Episodios*. En un corto prefacio incluido en la primera edición, nuestro autor explica que «los amigos que me favorecen, público, lectores o como quiera llamárseles, me mandan quebrantar el voto y lo quebranto; me mandan escribir la tercera serie de *Episodios*, y la escribo. En reducida esfera, los escritores vivimos, como en esfera amplísima los políticos, gobernados por la opinión, y la opinión es responsable de esta inconsecuencia mía. Ella me ha hecho pecar, y ella me absolverá si cree que al fin de la jornada lo merezco».

A juicio de Mary Kempen, la pérdida de Cuba, Puerto Rico y Filipinas amenaza la integridad territorial española, al mismo tiempo que genera un resurgimiento de los nacionalismos vasco y catalán. En estas nuevas series de los *Episodios*, Galdós nos hablará de sucesos acaecidos en décadas anteriores, pero con el pensamiento puesto en los problemas finiseculares de esta España debilitada⁴⁰. No es óbice para ello el hecho de que el propio Galdós confiese a Maura, después de explicarle su delicada situación financiera, que «para resolver el equilibrio que pierdo en este mes y en los sucesivos, me decido a emprender la tercera serie de los *Episodios nacionales*, que en opinión de editores y libreros es de un éxito grande y seguro»⁴¹.

Pero, ¿cuál es el pensamiento de Galdós cuando afronta esta nueva serie? ¿cuál su percepción de la nación española? Quizá, la aproximación a su discurso de ingreso en la Real Academia Española, nos pueda aportar algunos datos. En él apunta la «descomposición de las antiguas clases sociales forjadas por la Historia... Pueblo y aristocracia pierden sus caracteres tradicionales, de una parte por la desmembración de la riqueza, de otra por los progresos de la enseñanza... La llamada clase media, que no tiene aún existencia positiva, es tan solo informe aglomeración de individuos procedentes de las categorías superior e inferior, el producto, digámoslo así, de la descomposición de ambas familias: de la plebeya, que sube; de la aristocrática, que baja... Esta enorme masa sin carácter propio, que absorbe y monopoliza la vida entera, sujetándola a un sinfín de reglamentos, legislando desafortunadamente sobre todas las cosas, sin excluir las espirituales, del dominio exclusivo del alma, acabará por absorber los desmedrados restos de las clases extremas, depositarias de los sentimientos elementales»⁴².

Sin embargo, también anida en nuestro autor la esperanza de que su empeño tenga sentido. En el mismo año 1897 en que toma posesión de su sillón en la Real Academia Española, Galdós contesta al discurso de recepción de José María de Pereda y plantea que «se pueden imaginar y componer grandes obras de verdadera trascendencia nacional, aquí o en cualquiera de los reinos, provincias y lugares de nuestra hilvanada nación; porque en todas las partes del territorio hay algo que es común a cuantos en él vivimos; porque la síntesis nacional existe, aunque se esconde a nuestra mirada, y si en nuestras virtudes no sería fácil descubrirla, seguramente en nuestros defectos la descubriríamos»⁴³.

Ahora, con este nuevo episodio, nos situamos en la Ribera de Navarra, en noviembre de 1834, junto a las tropas del comandante carlista que da nombre a la obra, en su conquista pueblo a pueblo. En uno de ellos, el narrador, un sacerdote de apellido Fago, capellán de los carlistas, advierte que «si en el vecindario dominaba la opinión facciosa, no eran pocos los cristinos furibundos; y enconadas las pasiones, el sexo femenino, con su locuaz vehemencia, exaltaba el ánimo de los hombres y les hacía sanguinarios y feroces. Al encastillarse con sus maridos en la torre, las *urbanas*, antes que por un móvil heroico, hacíanlo por miedo

a las uñas y a las lenguas de las mujeres del otro bando». Resulta que los partidarios de Cristina habían buscado refugio en la torre de un templo, y «ganada la iglesia por los facciosos, resolvieron pegarle fuego. Los lugares sagrados, mediante una breve salvedad de conciencia, caen también dentro del fuero de guerra, y los militares atan y desatan al demonio según les conviene».

Tras una penosa sucesión de hechos trágicos, los cristinos de aquel pueblo son derrotados y fusilados, «¡pobres urbanos! ¡Así pagaban su tenaz constancia celtibérica! ¡Así se derrochaba el tesoro inmenso de la energía española! ¡Es verdadero milagro que después de tan imprudente despilfarro del caudal por uno y otro bando, todavía quedara mucho, y quedará siempre, y quede todavía!».

Atónito ante los desmanes bélicos, nuestro narrador reflexiona que «en aquella terrible guerra, más que ganar batallas, urgía sostener el tesón de la causa, y esto no se lograba sino aboliendo en absoluto toda compasión delante de los sectarios; tratando con crueldad al enemigo fuerte, con menosprecio al débil, para que cundiese y se afianzase la idea de que el *cristino* era forzosamente, por naturaleza, un ser inferior, abyecto, indigno hasta de las consideraciones más elementales. Solo así se formaba un partido viril, duro, resistente a toda adversidad. Para poder lanzar confiadamente las masas de hombres a combates desesperados era forzoso encender en ellos sentimientos de implacable furor, los cuales debían tomar cebo y sustancia de los odios femeniles».

En cierta ocasión, acude nuestro sacerdote al «cercano monasterio de bernardos de Oliva, con objeto de besar la mano a la majestad de Carlos V, que allí tenía su alojamiento. En la sala capitular, rodeado de frailes, estaba el rey, por cierto con menos ceremonia y tiesura de la que al absolutismo parecía corresponder, y a todos los que entraban y le hacían la reverencia les agraciaba con una sonrisita bonachona, en la cual era más fácil distinguir al pretendiente que al soberano».

En este momento, nuestro relator está acompañado por otro eclesiástico, con quien mantiene el siguiente diálogo: «—¿Dios autoriza las guerras? ¿Dios puede tomar partido por uno de los combatientes, amparándole contra el otro, o abomina por igual de todos los que derraman sangre humana? —Amigo mío, Dios ha de mirar mejor a los que defienden sus derechos. —¡Los derechos de Dios!, ¿qué es eso? —Hombre, la fe... Me parece que esto es claro. Quiero decir que entre dos que luchan, Dios ensalzará al que le adora y hundirá al que le escarnece. Páreceme que de esto hay elocuentes ejemplos en la Historia sagrada y profana. —No acabo de convencerme, señor mío... Dios ha dicho: «No matar». —Sí; pero distingamos: salen dos grupos de hombres, uno que defiende la verdad y la justicia, otro que patrocina el error y el pecado. Cruzan las espadas. Dios ha dicho: «No matéis»; pero... —¿Pero qué? —Digo que es forzoso impedir, como se pueda, que el mal impere sobre la tierra. —Y esto sólo se consigue matando. —Justo».

Frente a tal planteamiento, podemos encontrar otro bien diferente, esclarecedor de las divisiones que afronta el ser nacional. En medio de una misión bélica,

el narrador tropieza con un ermitaño, que le confiesa que «desde que se retiró a la aspereza del monte, había hecho corte de cuentas con todo lo que fuera política, reyes y ambiciones armadas o pacíficas. Nada le importaba ya que mandase Juan o Pedro, y le gustaba más mirar a las estrellas que a los hombres». Desde esta perspectiva, sostiene que «la guerra es pecado, el pecado mayor que se puede cometer, y que el lugar más terrible de los infiernos está señalado para los generales que mandan tropas, para los armeros que fabrican espadas o fusiles, y para todos, todos los que llevan a los hombres a ese matadero con reglas. La gloria militar es la aureola de fuego con que el demonio adorna su cabeza. El que guerrea se condena, y no le vale decir que guerrea por la religión, pues la religión no necesita que nadie ande a trastazos por ella. ¿Es santa, es divina? Luego no entra con las espadas. La sangre que había que derramar por la verdad, ya la derramó Cristo, y era su sangre, no la de sus enemigos. ¿Quién es ese que llaman el enemigo? Pues es otro como yo mismo, el prójimo. No hay más enemigo que Satanás, y contra ese deben ir todos los tiros, y los tiros que a éste le matan son nuestras buenas ideas, nuestras buenas acciones».

Indicativa de la cerrazón de algunas posiciones puede ser la expresión de un carlista cuando señala que «todos los servidores de Su Majestad no tienen el mismo grado de fe y entusiasmo. No diré que nos vendan al enemigo, eso no... Pero algunos, o por falta de convicción o por exceso de soberbia, buscan la alianza con determinados personajes cristinos, proponiéndoles concesiones políticas, señor mío; ofreciendo cosas tan absurdas como el otorgamiento de una Constitución prudente y libertades que no están ni pueden estar en nuestro programa, porque son contrarias al dogma religioso... Total: que se quiere acelerar el triunfo de la causa, por medio de un arreglo en el cual quedarían por el suelo las sagradas prerrogativas de nuestro soberano... Y yo pregunto: ¿triunfar de ese modo es verdadero triunfo?».

El contraste entre una guerra nacional de independencia y una guerra entre nacionales queda patente en dos manifestaciones. En la primera, después de una batalla, con el campo regado de cuerpos, una mujer exclama: «Ellos, ellos, el D. Isidro ese, y la Isidra de allá, doña Cristina, debieran ser los primeros en meterse en el fuego... pues de no, no veo la equidad. ¡Ay, españoles, que es lo mismo que decir bobos!». Ante tal afirmación, otro refuta: «Decir españoles... es lo mismo que decir héroes. ¿Pues qué eran sino españoles netos Hernán Cortés, Colón y la Agustina de Zaragoza?... ¿Qué me contáis a mí, que estuve en la de Arapiles y en la de Vitoria?».

Finalmente, cuando Zumalacárregui se apresta para poner sitio a Bilbao, el narrador advierte que «desde los comienzos de la guerra dominaba en el vecindario de la capital de Vizcaya la opinión liberal, como contrafuerte de la opinión carlista, dominante con absoluto imperio en los campos. Si tenaces eran los habitantes de las villas y anteiglesias en su afecto a D. Carlos, no lo eran menos los

bilbaínos en su devoción a los principios representados por Isabel II. Al ardiente arrojo, a la terquedad ciega de los unos, respondían los otros con iguales o mayores demostraciones de constancia y bravura. ¡Qué tiempos, qué hombres! Da dolor ver tanta energía empleada en la guerra de hermanos. Y cuando la raza no se ha extinguido peleando consigo misma es porque no puede extinguirse».

56. EPISODIOS NACIONALES: MENDIZÁBAL (1898)

Este nuevo relato comienza en septiembre de 1835. En los primeros lances de la historia, uno de los protagonistas se pregunta: «¿Nos cumplirá ese Sr. Mendizábal todo lo que nos ha prometido? Porque ya ve usted si ha venido con ínfulas. Que acabará la guerra carlista en seis meses, y que para entonces no veremos un faccioso ni buscándolo con candil. Que pondrá término a la anarquía, cortando el revésino a todas las juntas. Que arreglará la Hacienda, y pronto rebotarán las arcas del Tesoro. Que hará de la España una nación tan grande y poderosa como la Inglaterra, y seremos todos felices y nos atracaremos de libertad y orden, de pan y trabajo, de buenas leyes, justicia, religión, libertad de imprenta, luces, ciencia, y, en fin, de todo aquello que ahora no comemos ni hemos comido nunca».

Otro personaje plantea que la empresa es harto difícil, porque es «aquí, donde salimos de una zaragata para entrar en otra, donde nos peleamos por los derechos a la Corona, por las juntas, por la milicia urbana, por una letra de más o de menos en la Constitución, y por lo que dicen o dejaron de decir Juan y Manuela. Vamos a ver a los hombres guapos; a los salvadores de sociedades; a los que sacan el dinero de debajo de las piedras para equipar soldados; a los genios, como ahora se dice; a los que calman las olas revolucionarias con el *quos ego...* del amigo Neptuno».

En esto que tercia un aficionado a los toros, el amigo Hillo, quien aplica una expresión taurina para plantear los desafíos que afronta el gobernante, en particular, Mendizábal, pues «con sus buenas cualidades incurrirá en el defecto de todos los ilustres señores que nos vienen gobernando de mucho tiempo acá. Talento no les falta, buena voluntad tampoco. Y fracasan, no obstante, y continuarán fracasando unos tras otros. Es cuestión de fatalidad en esta maldita raza. Se anulan, se estrellan, no por lo que hacen, sino por lo que dejan de hacer. En fin, amiguito, nuestros mandarines se parecen a los toreros medianos: ¿sabe usted en qué? Pues en que no rematan». Añade el entusiasta taurino otra dificultad en el proceder gubernamental, dado que aquí «tanto puede la envidia de los propios, como la mala voluntad de los extraños; o en otros términos, que los amigos, o sea el agua mansa, son más de temer que los enemigos».

En un plano inferior de la realidad, el protagonista principal de la historia, Fernando Calpena, es agraciado con un puesto en una oficina de Hacienda y nos cuenta que «ya era cosa corriente en las oficinas ver entrar niños bonitos, con

sueños desmesurados, y que no iban más que a cobrar y a distraerse un rato; hijos o sobrinos de personajes, que de este modo arrimaban una o más bocas de la familia a las ubres del presupuesto. Los empleados, que lo eran por oficio y medio de vivir, se habían acostumbrado a la irrupción de señoritos, y alternaban gozosos con ellos, esperando hacer amistades que en su día valieran para el ascenso, o para la reposición en caso de cesantía».

Uno de sus compañeros en las tareas administrativas nos cuenta que lleva «veintidós años en el ramo. He pasado por catorce intendencias, he sufrido siete cesantías, y todas las trifulcas que hemos tenido aquí desde el año 14 me han cogido de medio a medio. En una me dejaron cojo los liberales, en otra me abrieron la cabeza los realistas, en esta me apalearon los exaltados, en aquella me despojaron los apostólicos de todo cuanto tenía. Vive uno por casualidad en esta tierra, y, sin embargo, la quiere uno... pues, como se quiere a una mala madre... Lo mejor es que siempre será lo mismo, y no veo yo mejores días para la España. Este grande hombre, que ha venido como el Mesías, trae mucha sal en la molletera, y el firme propósito de hacer aquí una regeneración... vamos, para que nos envidien todas las naciones. Pues verá usted cómo no hace nada. ¿Por qué? Porque no le dejan... Ya le están armando la zancadilla. Crea usted que antes que tenga tiempo de cumplir lo que ha ofrecido, se le meriendan».

Si entramos al despacho del ministro Mendizábal lo podemos observar cuando escribe una carta al general Córdoba, general en jefe del ejército del Norte en quien recae la mayor responsabilidad de sofocar el levantamiento carlista. El autor nos plantea que asalta al ministro una «cruelísima duda», dado que si «Córdoba obtenía una victoria rápida y decisiva, cortándole de una vez a la hidra todas sus patas y aplastándole la cabeza, Córdoba y no otro había de emprender y realizar la salvación de la infeliz patria. Buen tonto sería, juzgando el caso con el criterio genuinamente español, si siendo él el vencedor guerrero, dejaba a otro la gloria de la campaña política. Lógico era, no obstante, que el militar allanara el camino, y que el civil marchase por él desembarazadamente hacia la victoria política y social. Pero aunque poco ducho aún en artes de gobierno, D. Juan de Dios conocía la historia, más por lo que había visto que por lo que había leído, y no ignoraba que, en nuestra tierra de garbanzos y pronunciamientos, el guerrero victorioso es el único salvador posible en todos los órdenes».

Tal y como adelantaron los augurios, Mendizábal afronta serias dificultades con ocasión de «la gran tremolina parlamentaria del voto de confianza, en que Mendizábal, blasonando de atrevido gobernante, pidió a los Estamentos poder y autoridad para disponer de las rentas públicas, con el desembarazo que exigían las críticas circunstancias por que atravesaba la Nación. Ya en aquellos debates empezó a torcerse la buena estrella del reformador, que hasta entonces no había visto más que satisfacciones, bienandanzas y popularidad. Los patriotas extremaron su oposición; los llamados moderados llenaban sus discursos de reticen-

cias maliciosas, chispazos que levantaban llamaradas y humareda en la opinión neutral; y los amigos de Mendizábal, que hasta entonces le habían defendido con ardor, empezaban a sentir ese frío triste, que es síntoma de ver con malos ojos el bien ajeno. Algunos continuaban apoyándole, porque estaban ligados por la gratitud; otros hacían de ésta tabla rasa, y empezaban a mostrarse temerosos de que D. Juan de Dios realizase lo que había ofrecido. Entre políticos, el fracaso de los grandes halaga a los pequeños. La masa total no se entusiasma con el éxito si este lo representa un hombre. La vulgaridad colectiva tiende siempre a conservar el nivel. Empezaron, pues, las inquietudes, las comezones, las ganitas de jarana, y la curiosidad sabrosa de ver al jefe embarullado y sin saber por dónde salir. Claro que los más votaban como carneros; pero otros se hicieron los bobos, afectando escrúpulos de rigidez constitucional. A estos llamaban santones».

Los pronósticos no anuncian nada bueno y «la política de entonces, como la de ahora, no era terreno propio para lucir las supremas dotes de la inteligencia: era un arte de triquiñuelas y de marrullerías. En la oposición sí desplegaban los políticos una ideación fastuosa, con carácter teórico, que deslumbraba a los papanatas del partido y a la parte de opinión neutral que toma en serio las batallas oratorias, comúnmente sin sacar nada en limpio de ellas; pero gobernando no eran más que unos pobres caciques, unos manipuladores más o menos hábiles del teclado de la cosa pública, en pro de intereses siempre inferiores a los supremos de la nación. Cierto que Mendizábal tuvo alguna idea grande, y que su ambición, en vez de limitarse, como la de otros, a prolongar todo lo posible las maniobras caciquiles, picaba en los altos fines nacionales; pero no le asistió la inteligencia en proporción de la magnitud de su deseo. Buena es la fecundidad en arbitrios, buenos el ingenio y la travesura; pero el perfecto hombre de Estado, *rara avis*, debe unir a tales dotes otras de carácter sintético. La vista de Mendizábal solía percibir los remotos ideales; pero no discernía bien el camino para llegar a ellos, no poseía la completa y audaz visión del hombre de Estado, el cual necesita saber mirar, sin cegarse, lo mismo al sol que al polvo».

57. EPISODIOS NACIONALES: DE OÑATE A LA GRANJA (1898)

Prosigue la trama del episodio anterior, con los dos principales protagonistas presos, acusados de conspiración. Nuestro conocido, Fernando Calpena, se queja amargamente: «Esto es horrible, criminal. Si en España hubiera justicia, ya veríamos en qué paraban estas bromas horripilantes. Alguien había de sentirlo... Y ahora ¿a quién, a quién, San Cacaseno bendito, hemos de endilgar nuestros chillidos de rabia y desesperación? ¿Es esto un país civilizado? ¿Así se prende a las personas; así se priva de libertad a un ciudadano, aunque sea enchiquerándole en calabozo de preferencia y pagándole la bazofia? También a los que están en capilla se les da de comer cuanto piden. ¡Qué sarcasmo! ¡Qué indigna y cruel farsa!... Ya ves que no ha parecido por aquí ningún cuervo jurídico a tomarnos declara-

ción. ¿Y aquellas terribles conjuras en que estábamos metidos? ¿Y los delitos de lesa majestad, dónde están?».

Retomando el tema central, en un evento posterior, una misteriosa dama envía una carta en la que, entre otros extremos, alude al ambiente de la corte, atribulada: «¡Dios mío, en qué repugnante atmósfera de hablillas indecentes viven nuestros pobres políticos! ¡Con qué armas tan viles les atacan! No sé cómo hay quien se resigne a ser hombre público en este país... La chismografía se ha tomado en esta desdichada tierra las atribuciones que en otros países corresponden a la opinión. Y que la manejan bien los españoles. Esto y las guerrillas, son las dos manifestaciones más poderosas del genio nacional».

La dama plantea que la figura de Mendizábal está siendo atacada porque «su ambición de gloria estorba a otras ambiciones menos desinteresadas, y es forzoso quitarle de en medio. La prensa se ha desatado en denigrarle. En los corrillos se pondera su ignorancia, su falta de lecturas, como si nuestros políticos fueran prodigios de ciencia y erudición. Salvo dos o tres, la turbamulta no es más que un cúmulo de ignorancia; el craso de todas las cosas, envuelto en una cascarita de latín, y con tropezones de abogacía indigesta». Parte del problema radica en que Mendizábal ha «vivido largo tiempo fuera de España, medio seguro para equivocarse respecto a cosas y personas de acá. El hombre de Estado se forma en la realidad, en los negocios públicos, en los escalones bajos de la administración... No se gobierna con éxito a un país con los resortes del instinto, de las corazonadas, de los golpes de audacia, de los ensayos atrevidos. Se necesitan otras dotes que da la práctica, y que, unidas al entendimiento, producen el perfecto gobernante. Aquí no hay nadie que valga dos cuartos. Todos son unos intrigantes en la oposición y unos caciquillos en el poder».

En carta posterior, la dama aprovecha para ejercer uno de los pasatiempos galdosianos predilectos, cargar contra los juristas, contra esa «echadura de abogados habladores que la nación empolla para sacar ministros. Así andará ello. Todos estos niños zangolotinos que hablan de Benjamín Constant, de Thiers y Guizot, del Parlamento inglés y del *bill de indemnidad*, me apestan. La petulancia militar, con ser grande, ofende menos que la de los juristas, por lo que voy sospechando y temiéndome que los generales han de ser los principales mango-neadores políticos, cuando lleguemos a la paz. ¿Qué te parece esta observación? En tiempos de guerra mandan los civiles; en tiempos de paz mandarán los espados... no será floja empolladura la que nos dejará la guerra civil». Y prosigue en su ataque: «La política y la diplomacia ofrecen ancho campo al talento, si es asistido de dos cualidades preciosas: la honradez y la independenciam. No me digas que hace falta el paso por las Universidades. Eso sí que no: detesto a los leguleyos. Lo que hace falta es el paso por los libros, y esa facultad, todo chico aplicado y con posibles la tiene en su casa».

Con motivo de la inauguración de la nueva legislatura en las cámaras, el narrador omnisciente nos adelanta que «la política entraba en honda crisis, resuelto palacio a cambiar de gobierno, y siendo el parlamento, como era, no más que una sombra de régimen, tapadera de la arbitrariedad, del capricho y de las veleidades cortesanas. Bastó, pues, que tres hombres de fama, un gran orador, un político hábil y un eximio poeta, marcasen un magistral cambiazo, y se apartaran de Mendizábal declarándose devotos ardientes del justo medio, que por entonces, como en todo el reinado siguiente, era el barro de que se echaba mano para la fabricación de ministros; bastó, digo, que aquellos tres señores se lanzaran al campo moderado, para que los liberales se vieran mandados a sus casas, y el poder pasase a los otros, a los de la suprema inteligencia y finas artes de gobierno... La batalla política, dada en el terreno del mensaje, como ordenan la lógica y la costumbre, era de esas que, repetidas hasta la saciedad en nuestra historia parlamentaria, siempre con los mismos tonos y peripecias, resultan, vistas a estas alturas, absolutamente insípidas y sin ningún interés. Batallas son estas que, por el ruido que en ellas se hace, parece que entrañan alguna trascendencia; en realidad no interesan más que a las cuadrillas de desocupados que esperan destinos, o temen perder los que poseen. En estos oleajes, comúnmente todo es espuma; en el de abril de 1836, apuraban los oradores un asunto ya resuelto por el poder real. Pero se creía necesario un simulacro de parlamentarismo, por aquello de que era *fashionable* vestir a la inglesa, imitando los debates políticos, como se imitaban los fraques».

En estos lances, nuestro viejo conocido Hillo nos plantea que, si él fuera Mendizábal, escribiría que «ahí tiene Vuestra Majestad la confianza que me dio. Puesto que ha resuelto quitármela, se la devuelvo, y así le ahorro el disgusto de despedirme como a un criado. Yo soy un hombre serio y formal, que amo a mi patria. No he logrado hacerla feliz, como me propuse y prometí. Mi voluntad ha podido menos que las intrigas y obstáculos con que desde el primer día han embarazado mi camino los políticos de profesión, y las camarillas parlamentarias y palaciegas. Si no hice más fue porque no me dejaron... De todo se le echa la culpa al pueblo. El pueblo es el gato, el pueblo es el niño mal criado, mocosos y llorón que trastorna la casa. Pues si quieren que el pueblo aprenda a desempeñar su papel político, enséñenle los de arriba con el exacto y honrado cumplimiento del suyo. Con que... a los Reales pies, etcétera, que yo me voy a mi casa, de donde veré pasar las revoluciones».

Y volvemos con nuestro Calpena, quien tras los pasos de su amada recalca en territorio carlista, y llega a contactar con la sede del gobierno de Carlos, donde este «pretendía establecer un ridículo simulacro de organización política y administrativa. Era un Estado de papel, compuesto de denominaciones enfáticas, burocracia sin materia administrable, palaciegos sin palacio, intendencias sin dinero, ministros con las carteras y las cabezas totalmente vacías». Uno de quie-

nes pulula por aquella corte, admite a Calpena que «falso es todo lo que ves, carísimo, y en esta corte diminuta no hallarás más verdad que en la grande de Madrid; farsa es la religiosidad de la mayoría de estos cortesanos; hipócrita la creencia en el derecho divino de este pobre rey de comedia; engañoso el entusiasmo de los que mangonean en el ejército y en las oficinas. Sólo es verídico el pueblo en su ignorancia y candidez; por eso es el burro de las cargas. Él lo hace todo: él pelea, él paga los gastos de la campaña, él muere, él se pudre en la miseria, para que estos fantasmones vivan y satisfagan sus apetitos de mando y riquezas. No imitemos al pueblo, el gran inocente, el eterno bobo del mundo civilizado, el polichinela sobre cuya joroba recaen todos los palos. Y pues hemos de comer y de vivir y abrimos paso en el tumulto de esta mascarada, pongámonos la careta».

Al reflexionar sobre la figura del pretendiente Carlos y compararlo con su hermano, hizo «Calpena mental paralelo entre su tocayo *Narizotas* y el llamado *Pretendiente*, llegando a la conclusión triste de que si hubiera un infierno especial para los reyes, en el más calentito rescoldo de este tártaro regio debían purgar sus pecados contra la humanidad estos dos señores, que, simbolizando la misma idea, por la supuesta ley de sus derechos mataron o dejaron matar tal número de españoles, que con los huesos de aquellos nobles muertos, víctimas unos de su ciego fanatismo, inmolados otros por el deber o en matanzas y represalias feroces, se podría formar una pira tan alta como el Moncayo. En todos los países, la fuerza de una idea o la ambición de un hombre han determinado enormes sacrificios de la vida de nuestros semejantes; pero nunca, ni aun en las fieras dictaduras de América, se han visto la guerra y la política tan odiosa y estúpida-mente confabuladas con la muerte. La historia de las persecuciones del 14 al 20, de la reacción del 24, de las campañas apostólicas y realistas, así como del recíproco exterminio de españoles en la guerra dinástica hasta el convenio de Vergara, causan dolor y espanto, por el contraste que ofrece la grandeza de tan extraordinario derroche de vidas con la pequeñez de las personas en cuyo nombre moría o se dejaba matar ciegamente lo más florido de la nación».

Así las cosas, en pleno verano de 1836, una vez que llega a sus oídos el pronunciamiento de los sargentos en La Granja, Calpena tranquiliza a sus compañeros, subrayando que «no ha ocurrido nada: ello ha sido un nuevo trámite de la revolución española que venimos elaborando entre todos desde el año 12. El caso es sencillísimo, propiamente español, producto de casos anteriores, engendro de nuestro carácter. La novedad bien a la vista está: lo que otras veces han hecho los oficiales de mediana y alta graduación, lo han hecho ahora los sargentos de la guardia real. Es la obra del pueblo, el cual, entre nosotros, no sabe actuar por sí, y se infiltra en las clases militares para dar forma, realidad tangible a sus ideas. Cómo ha podido suceder que el espíritu popular, encarnado en la humanidad de cuatro sargentos, haya sabido burlar la vigilancia de los guardianes de la corte y

sobreponerse a toda disciplina hasta llegar a la reina; cómo han tenido los tales sargentos energía y discreción bastantes, pues todo se necesita, para imponer a la gobernadora nada menos que el cambio de Constitución, es cosa muy compleja, de la cual no he podido aún hacerme cargo».

Nuestro Fernando insiste en la impresión de que «no traería el tal suceso revolucionario más catástrofes que las usuales y corrientes: el cambio de empleados, el desconcierto de todo, la continuación de la guerra. Era la enfermedad general, ya crónica, que se agravaba. Mas no por ello moría el enfermo: España tenía fibra y agallas para resistir tanta calamidad; su sobriedad de mendigo le garantizaba la existencia; su pasividad fatalista le permitía seguir arrastrándose y dando tumbos, hasta que vinieran hombres y tiempos mejores, los cuales... ¡ay! también podría suceder que no vinieran».

58. EPISODIOS NACIONALES: LUCHANA (1899)

Nuestro protagonista Calpena continúa por tierras vascas, cuando recibe noticias de una protectora desconocida que le ampara de modo permanente. Esta le cuenta que, en medio del motín de los sargentos, fue llamada a palacio y pudo vivir los acontecimientos en primera persona. Aprovecha para transmitirle su preocupación por el futuro de la pequeña reina, pues «ni con las dotes más excelsas que Dios pone en la voluntad y en la inteligencia de sus criaturas, podría desenvolverse Isabelita en medio del desconcierto de un país que todavía anda buscando la mejor de las Constituciones posibles, y que no parece dispuesto a dejarse gobernar con sosiego hasta que no la encuentre; de un país que todavía emplea como principal resorte político el entusiasmo, cosa muy buena para hacer revoluciones cuando estas vienen a cuento, mas no para gobernar a los pueblos... En fin, no quiero que me llames fastidiosa, y suspendo aquí mis acerbos juicios acerca de un país que todavía ha de tardar siglos en curarse de sus hábitos sentimentales».

La dama incógnita cuenta cómo en palacio tropezó con otra dama de alta edad e ingenio que le comunica la sublevación de cuatro compañías adicionales y, «sin duda porque su conocimiento práctico de la Historia del siglo la familiariza con los motines, no acompañó la noticia de demostraciones de sobresalto. Ya no era joven cuando el tumulto de Aranjuez, en marzo del año 8, que presencié y refiere con todos sus pelos y señales. ¡Con que figúrate si habiendo visto desde la barrera aquella función y todas las que han venido después, estará curada de espanto la pobre señora!». Tranquila la anciana dama, calma el ánimo de su interlocutora: «No se asuste usted –me dijo–. No será de cuidado: todo quedará reducido a que nos machaquen los oídos con el himno, y a que pidan quitar el Estatuto u otra majadería semejante. Yo, a ser la reina, no vacilaría en variar el nombre de la primera ley del Estado, pues esto ni da ni quita poder... Estos pobres liberales son unas criaturas que se pasan la vida mudando motes y letreros,

sin reparar en que varían los nombres, y las cosas son siempre las mismas. Ahora les da por jugar a las Constitucioncitas... ¡qué inocentes!».

Ante la posibilidad de que la cosa acabase entre tiros, «dijimos las dos señoras que no, no... de ninguna manera... nada de tiros ni matarse, no, no... Que se avinieran todos, y a la buena de Dios; que si ello quedaba en un cambio de gobierno, con himno a pasto, proclamas, entusiasmo y un gracioso cubileteo de Constituciones, nos dábamos por satisfechas... Sobre todo, lo que hubiera de venir, viniera pronto, para poder cenar, aunque fuese un poquito tarde, y dormir tranquilamente».

Esperan los soldados en la plazuela que da acceso al palacio, cuando la amiga de la desconocida apunta que puede que ahora «salgan esos infelices con que han armado toda esta tremolina para pedir aumento de paga, lo que me parece muy justo, porque ya sabrá usted que ya no les dan más que nueve cuartos, de los cuales ocho son para el rancho. Reconozcamos que el soldado español es la virtud misma, pues por un cuarto diario consagra a la patria su existencia, por un cuarto se somete a los rigores de la disciplina, por un cuarto nos custodia y nos defiende hasta dejarse matar. No creo que en ningún país exista abnegación más barata. Pero ya verá usted cómo estos desdichados vienen pidiendo algo que no les importa, algo que no ha de remediar su pobreza. Verá usted cómo se descuelgan reclamando más libertad... libertad que no ha de hacerles a ellos más libres, ni tampoco menos pobres. Alguno habrá quizás entre ellos que crea que la Constitución del 12 les va a dar cuarto y medio».

Las nuevas que recibe Calpena narran los pormenores del encuentro entre la reina gobernadora y una representación de los alzados y cómo en su transcurso, desencantada la soberana con «los primates que en tal trance la habían puesto con su abandono y desgobierno, merecían la bofetada que el pueblo les daba con la blanca y blanda mano de su hermosa reina. Adelante, pues, con el pueblo, que era en suma el burro de las cargas, el sostén de cuanto allí existía, el defensor de los derechos dinásticos, el único guerrero que guerreaba, el único político que dirigía, con rudeza y desatino, eso sí, pero con fuerza. ¡Viva la fuerza, sea la que fuere!, debió de decir para sus adentros la graciosa dama, que plebe y trono no habían de reñir por una Constitución de más o de menos».

También recibe noticias del padre Hillo, que le cuenta lo acaecido con motivo de la llegada de la reina a Madrid: «¡Vaya una ovación! ¡Qué calurosos vítores, qué delirio, qué derroche de flores, todo al compás del himno! Lo presencié en caballerizas, y te aseguro que me conmovió la sincera alegría popular. Todas aquellas mujeres, que como locas gritaban, ¿qué idea tendrán de la Constitución del año 12? Y si no tienen ninguna idea, un sentimiento ya tendrán; algo es algo. Ese sentimiento indefinido viene siendo la energía que mueve toda la máquina social y política; pero ¡ay!, andaremos mal si no se traduce pronto en ideas, en

hechos pacíficos, pues no vive un país con el solo alimento de entusiasmos y cantatas».

Conforme le llegaban las cartas de la corte, Calpena comparte su contenido con los visitantes de la casa en que estaba alojado, dado que «reuníanse allí por la noche media docena de personas de lo más granadito del pueblo, y charlaban de política, inclinándose los más a los temperamentos medios o incoloros. El general lamento era que España tenía todo lo bueno que Dios crió, menos gobernantes que supieran su obligación, resultando que con unos y otros siempre estábamos lo mismo. Alguno de los tertulianos respiraba por el régimen absoluto, pero en la forma antigua, patriarcal, no con las ferocidades que se traían los adeptos de Don Carlos, y dos tan sólo, menos aún, uno y medio casi, eran resueltamente liberales, también con mesura y templanza, renegando del faroleo continuo de la milicia nacional y de los desafueros de las logias». Al hilo de tantos acontecimientos, Calpena reflexiona que, «pues la Corona aceptaba lealmente el principio democrático, el pueblo sumiso celebraba firme y honrada alianza con el trono. ¡Feliz concordia, que es el sueño de las naciones! En España no es sueño, es pesadilla, y al despertar de ella duelen los huesos».

59. EPISODIOS NACIONALES: LA CAMPAÑA DEL MAESTRAZGO (1899)

Si el anterior episodio concluye en el día de Navidad del año 36, este nos coloca en tierras aragonesas en febrero del 37. Quizá pueda decirse que este relato está centrado en reflexionar acerca del sinsentido de la guerra, casi de toda violencia. En los primeros sucesos, un soldado plantea la gran pregunta: «Yo me doy a pensar en esto, y digo: «¿Por qué combatimos?». Ahondando en el asunto, encuentro que no hay razón para esta carnicería. ¡La libertad, la religión!... ¡Si de una y otra tenemos dosis sobrada! ¿No le parece a usted?... ¡Los derechos de la reina, los de D. Carlos! Cuando me pongo a desentrañar la filosofía de esta guerra, no puedo menos de echarme a reír... y riéndome y pensando, acabo por convencerme de que todos estamos locos. ¿Cree usted que a Cabrera [mando carlista] le importan algo los derechos de Su Majestad varón? ¿Y a los de acá los derechos de Su Majestad hembra?... Creo que se lucha por la dominación, y nada más, por el mando, por el mangoneo, por ver quién reparte el pedazo de pan, el puñado de garbanzos y el medio vaso de vino que corresponde a cada español... ¿No opina usted lo mismo?».

El contacto con los horrores de la guerra revela en uno de los personajes la impresión de que «la guerra, el país, la raza, renovaban en todo los tiempos medievales. La vida tomaba esplendores poéticos y risueñas tintas que se mezclaban con el rojizo siniestro de la sangre, tan sin medida derramada. Exceso de vida era quizás, plétora de sentimientos y pasiones. El fondo, por añadidura, ofrecía característica decoración natural y el teatro más adecuado a tal desbordamiento de vida. La mezquina civilización a la moderna se desvanecía, se borraba como un

afeite mal aplicado, dejando solo las querellas feudales, el ardor místico, la superstición, las crueldades horribles y eminentes virtudes, el heroísmo, la poesía, la intervención de ángeles y demonios, que andaban sueltos y desmandados por el mundo».

Apresado el principal protagonista de este episodio por las fuerzas carlistas y en la víspera de la fecha prevista para su anunciado fusilamiento, anima a sus captores para que «sin vituperar esta causa ni la otra, sin enaltecer a ninguna de las dos, os digo que no derramáis más sangre de españoles. Guardad esta sangre para mejores y más altas empresas. No defendáis con tesón tan extraordinario derechos de príncipes o princesas, pues voy entendiendo yo que tanto valen unos como otros, y que cuando la cuestión se dilucide y haya un vencedor definitivo, habréis desgarrado a vuestra patria, que es la legítima poseedora de todos los derechos. Mientras ponéis en claro, a tiros, cuál es el verídico dueño de la corona, negáis a la nación su derecho a la vida, porque le estáis matando todos sus hijos, y le destruís sus ciudades y le arrasáis sus campos. Será muy triste que cuando de vuestras querellas salgan triunfantes un trono y un altar, no tengáis suelo firme en que ponerlos. ¿Para qué queréis altar y trono, si luego han de cojear como esos muebles a que falta una pata? Allanad y afirmad el suelo ante todo, y esto lo haréis con las artes de la paz, no con guerras y trapisondas. Haced un país donde haya todo lo contrario de lo que unos y otros, a quienes no sé si llamar guerreros o bandidos, representáis; haced un país donde sea verdad la justicia, donde sea efectiva la propiedad, eficaz el mérito, fecundo el trabajo, y dejaos de quitar y poner tronos».

De hacer lo contrario, advierte el sentenciado a muerte, «lo que va a resultar es que, cualquiera que sea el resultado, estáis fabricando una nación de bandolerismo, que en mucho tiempo, gane quien ganare, ha de seguir siendo bandolera, es decir, que tendrá por leyes la violencia, la injusticia, el favor, la holgazanería, el pillaje y la desvergüenza. En un pueblo a que dais tal educación, cualquier trono que pongáis será un trono figurado, de cuatro tablas frágiles y cuatro mal pintados lienzos».

Insiste el anciano que prevé sus últimas horas en que «quizás vosotros, llenos de vida y de ilusiones, no veáis esto como lo veo yo, viejo y moribundo. Creéis que toda la vida vais a estar guerreando, con miras de gloria y ascensos; creéis que España ha de ser patrimonio y casa de guerreros, los cuales en la paz tendrían que ser empleados. ¿Empleados de qué? ¿Guerreros para qué? Sois muchos a comer rancho; sois muchos a vivir de distinciones, de cintajos y signos categoricos. Y yo os pregunto: ¿quién trabaja? ¿De dónde sale el rancho, el sueldo, la ropita con galones? Esto es absurdo: estáis matando el país y haciendo de él un magnífico cementerio poblado por maniqués, que ostentarán su presunción paseándose entre las sepulturas».

El prisionero tiene una alternativa teóricamente sencilla, y, en consonancia con ella, les aconseja que sean «trabajadores, que os procuréis un modo de vivir independiente del Estado, ya en la labranza de tanta tierra inculta, ya en cualquiera ocupación de artes liberales, oficios o comercio, pues si así no lo hacéis y os dedicáis todos a figurar, no formaréis una nación, sino una plaga, y acabaréis por tener que devoraros los unos a los otros en guerras y revoluciones sin fin... Sed cultos, bien educados, y emplead las buenas formas así en el lenguaje como en las acciones, que la grosería es causante de terribles males privados y públicos. La rudeza y los proceder ordinarios han sido aquí, bien lo veis, semilla de discordias entre los pueblos, y por esa falta de formas se hacen interminables las guerras, pues la grosería engendra el odio, y el odio nos lleva al salvajismo y a la barbarie».

Más tarde, en confianza con uno de sus guardianes, le plantea que «peleáis por poner en el trono a un buen hombre, cuya incapacidad es bien manifiesta. Si tus amigos triunfan, estableceréis un imperio caedizo, pues en los tronos disputados, el vencedor no lo será definitivamente si no posee estas cualidades: bravura, don de mando, ciencia militar. Gane quien gane en este pleito, querido Nelet, la monarquía carecerá de fuerza y vivirá con vilipendio, entregada a las facciones. Ten presente que no se hace nada de provecho sin fuerza, entendiendo por esto, no el poder de las armas, sino una virtud eficaz y activa, que a veces reside en una persona, a veces en las leyes. Ni las leyes tienen aquí fuerza, o llámese energía gobernante, ni hay rey o príncipe que tal posea. Puede que nazca algún día; mas yo te aseguro que a la fecha no ha nacido. De modo que paz, lo que se llama paz, no la veréis en mucho tiempo los que sois jóvenes, ni quizás la vean vuestros hijos y nietos... Con que lo que tú dices: cada cual a su reino... y en el reino chico de cada uno, que no falte una ventanita para ver pasar la Historia».

Nada más sustancial atinente a nuestro objeto contiene el presente episodio, centrado en las operaciones militares de la zona que le presta su nombre, pues «tal era la guerra del Maestrazgo, un tomar y dejar posiciones y un perseguirse y sorprenderse, sin ventaja de los liberales, que no podían abandonar largo tiempo su base de operaciones; el juego solo aprovechaba a los carlistas, que estaban en su casa, y, desalojados de la sala, se metían en la cocina; perseguidos en esta, se escabullían por el cañón de la chimenea, y desde el tejado seguían combatiendo».

60. EPISODIOS NACIONALES: LA ESTAFETA ROMÁNTICA (1899)

Como sugiere su título y, por lo que a nuestro objeto toca, este episodio realiza cierto paralelismo entre el movimiento del romanticismo y la situación histórica española en ese momento. Galdós adopta la estructura epistolar para servir a esta finalidad. En los primeros momentos del episodio, la noticia del suicidio de Larra llega a conocimiento de los protagonistas y una de las remitentes re-

flexiona sobre el particular: «No estoy bien segura de saber lo que significa esto del romanticismo, que ahora nos viene *de extranjis*, como han venido otras cosas que nos traen revueltos; pero entiendo que en ello hay violencia, acciones arrebatadas y palabras retorcidas. Ya vemos que es romántico el que se mata porque le deja la novia, o se le casa. El mundo está perdido, y España acabará de volverse loca si Dios no ataja estas guerras, que también me van pareciendo a mi algo románticas».

Calpena pasa por un mal momento de ánimo y reconoce que «esta bribona de mi voluntad ha de pagarme la que me ha hecho: condenada la tengo a desempeñar por ahora en mi vida un papel semejante al de los diputados que no dicen más que sí y no, según las órdenes del gobierno». Para enjugar sus males, encuentra refugio en una casa que es propiedad de «un buen caballero... de esta nueva caballería que se va creando ante nuestros ojos, transacción del rancio españolismo con las novedades del pensamiento francés. Liberal templado, adora el justo medio; detesta por igual el absolutismo y las revoluciones; cree que por componendas se obtendrá la paz de los espíritus y el bienestar de los pueblos; que debemos buscar el compadrazgo de la religión y la filosofía, de la libertad y la autoridad; y para que todo sea bienandanza, la reconciliación del romanticismo con el clasicismo dará los mejores frutos del arte. Hombre rico, espera que salgan a la venta los grandes predios que fueron de monacales para comprarlos. Entrevé el desarrollo de la riqueza, la asociación industrial, las máquinas agrícolas, el papel moneda, y otras muchas cosas que aguardan el último tiro de la guerra para pasar el Pirineo. Sus ideas no son luminosas, son propiamente sensatas, producto de la fácil asimilación, que no es lo mismo que el estudio. Su palabra es fácil, gramatical, opaca, comedida en las disputas; su elocuencia propiamente ilustrada, muy propia para unos tiempos en que la política es el arte de un conversar ameno sobre todas las cuestiones. Desea el hombre ser diputado, y lo será; y si no se planta en los primeros puestos, tampoco se quedará en los últimos».

Pese a ser este caballero rural «un hombrachón vigoroso, que se precia de no haber padecido en su vida ni un dolor de cabeza», y su mujer «saludable y fuerte», sus hijos padecían una pésima salud, lo que lleva a Calpena a pensar que «será una manifestación aislada, como otras mil que vemos, del cansancio y pesimismo de la raza española, que indómita en su decadencia, dice: «Antes que me conquiste el extranjero, quiero morirme. Me acabaré, en parte por consunción, en parte suicidándome con la espada siniestra de las guerras civiles». Si tuviéramos buenas estadísticas, se vería que ahora muere más juventud que antes. ¿Y qué me dices de la facilidad con que los chicos y chicas que han sufrido algún desengaño siguen las huellas del joven Werther? ¿Pues y la guerra civil, esta sangría continua, esta prisa que se dan unos y otros a fusilar rehenes y prisioneros, como si cobraran de la tierra o del negro abismo un tanto por cadáver? ¿No

es esto, en la vida española, una instintiva querencia del aniquilamiento? No te rías... Yo aplico mi oreja a la raza, y la oigo decir: «Puesto que ya no sirvo para nada, quiero darme a la tierra»».

Precisamente el generoso caballero que aloja a Calpena pide en una carta que «¡Dios nos dé a todos salud, y paz y reposo a nuestra querida patria, que vemos desangrada y empobrecida por crueles guerras interminables! Que miren por el procomún los hombres de arraigo y buena voluntad como Rodrigo, tratando de llevar sus buenas ideas a la vida política, es lo que conviene, para imposibilitar las maquinaciones de los malos patriotas y holgazanes, causa de tantas desdichas. Unámonos los hombres de posición y de ideas juiciosas, y España se levantará del suelo ensangrentado en que yace, recobrando su dignidad y poderío».

Otro de los redactores de misivas, que acompaña a los carlistas, cuenta un episodio bélico donde «perdieron mucha gente; corrió sin tasa la sangre. ¡Oh desdicha, oh tiempos! El brazo derecho y el brazo izquierdo de la nación, contra el pecho de esta descargan a compás furibundos golpes. ¡Cuánto he visto, Dios mío, y cuántas abominaciones me permitirás ver todavía!».

Cuando, huido de los carlistas, llega a la corte, los sucesos políticos también avanzan y ante la incapacidad parlamentaria y las noticias de pronunciamientos o intervenciones militares, apunta que «seguirá funcionando la máquina de los pronunciamientos; que no habrá revoluciones temibles, porque el pueblo es un buenazo, a quien se engaña con colorines y palabras vacías; que tendremos disturbios, cambiazos y trapisondas, todo sin grandeza, pues no hay elementos de grandeza, y las ambiciones son de corto vuelo. Redúcense a obtener el mando, y a que los triunfadores imiten a los vencidos en sus desaciertos y mezquindades. No late en la raza la ambición suprema de un Cromwell o un Napoleón. Todo es rivalidad de comadres y envidias de caciques».

61. EPISODIOS NACIONALES: VERGARA (1899)

Prosigue la acción en octubre de 1837. El hilo principal de este relato parece girar en torno a las dificultades para la construcción de la paz nacional. Como prelude, nos recuerda los horrores y el sinsentido de la guerra. El amigo de nuestro protagonista, el padre Hillo, está con las tropas cristinas y le encomiendan la confesión de varios condenados a muerte, «se preparaba un acto de reparación con toda la pompa y rimbombancia que la justicia militar exige... si no se contenía la indisciplina, el ejército se convertiría en horda salvaje; el arma creada por la nación para su gloria y defensa sería una herramienta de ignominia... y entre facciosos y jacobinos harían mangas y capirotos de la pobre España, resultando al fin que las naciones extranjeras vendrían a ponernos grilletos y bozales... a mí no me entraba en la cabeza que por achaque de marcial honrilla tuviese yo que añadir mi autoridad religiosa al acto fúnebre de castigar a los que por matar sin reglas deshonraron su oficio de matar. Esta idea me volvía loco. En el

principio se dijo: «No matarás». Cristo Nuestro Señor nos ordenó perdonar las ofensas y hacer bien a nuestros enemigos. Al que me compagine esto con las guerras y con la ordenanza militar, le regalo mi jerarquía vicarial castrense».

Cuando Calpena recibe noticias sobre los acontecimientos políticos de la corte, confiesa que «la lucha entre el progreso y el retroceso como ahora dicen, se parece a la controversia que entablaron los conejos acerca de si era pachón o podenco el can que les perseguía». En uno de los lances de la historia, conoce a un tal Eustaquio de la Pertusa, quien «en su agitada vida militar y política había desertado dos veces: la primera, de las filas de los urbanos de Huesca, donde defendió la causa de Isabel; la segunda, de las filas de Cabrera (división de Forcadell), donde combatió por la causa de D. Carlos. La realidad y la experiencia persuadiéronle de que ambos ejércitos eran cuadrillas de locos, igualmente ominosas ambas banderas, funestos sus caudillos, infernales sus armas; y por estas y otras razones que no podía revelar, hase afiliado en las banderas de la paz, o sea en el salvador, en el honrado y noble partido que trabaja por la terminación de la guerra, no con pólvora y balas, sino con perdones y abrazos. Siguió a esto un ardiente encomio de los elementos de inteligencia y fuerza que constituyen el tal partido, al cual pintó como un gran cuerpo invisible dentro y debajo de las multitudes combatientes y en toda la extensión de la masa social española. Clero y milicia, nobleza y estado llano, forman la inmensa hueste de la concordia, y ha de alcanzar esta provocando lo contrario, o sea la discordia, en el seno de cada uno de los partidos guerreros».

Resulta que preso este en compañía de otros dos bajo los cargos de desertión, Pertusa era el único traidor real, siendo los restantes inocentes. Sin embargo, el culpable verdadero es puesto en libertad gracias a sus contactos, como él mismo confiesa, «estoy libre porque cuento con relaciones, y por muy hondo que caiga, no me falta nunca un clavo sólido a que agarrarme». Tal realidad lleva a Calpena a lamentar que «tanta iniquidad, injusticia tan cínica y desvergonzada, me sublevaron. ¿Pero España es así y ha de ser siempre así? ¿Es en ella mentira la verdad, farsa la justicia, y únicos resortes el favor o el cohecho? ¿Y sobre ese terreno, más bien charca cenagosa, se quiere fundar cosa tan grande como la paz?».

Avanzada la trama y la guerra que no concluye, en Estela encuentra Calpena a otro de los protagonistas secundarios, quien le plantea: «Pero dime tú, diga usted, ¿es este el mundo criado por Dios, o es otro que nos han traído del infierno? Yo digo que están condenados cuantos sostienen esta guerra, reyes y reinas, archipámpanos y ministriles... ¡Qué dolor! Y todo por un papelito, la Pragmática Sanción... ¿Estamos todos locos, o somos tontos de remate?».

En un momento determinado, Calpena logra parlamentar con un general carlista, a quien le sugiere que «si se me permite una opinión radical, diré que ya han demostrado unos y otros su valor; que España no desea mayores pruebas de pericia militar y de personal bravura. Hemos llegado a ese punto del duelo en que

se impone la cesación de los golpes y el abrazo de los combatientes. Los jueces del terrible lance han visto maravillados la entereza heroica de los dos caballeros; estiman como de igual importancia las terribles heridas que uno y otro se han hecho; el juicio de Dios está cumplido, y la sentencia no puede ser otra que la conservación de las vidas de entrambos. No hay más remedio que envainar los aceros. La paz se impone. ¿Qué quiere usted?, ¿convertir a España en sepulcro de dos inmensos cadáveres? Pues España no quiere eso: anhela vivir, y el obstinarse en que muera, en que muramos todos, parece una terquedad salvaje... Se ha de mirar antes por los fueros de España y de la humanidad que por los intereses de tanto y tanto príncipe, que con sus pretendidos derechos están desangrando a la raza, y nos la dejarán anémica».

Más adelante, Calpena reencuentra a un viejo compañero de las filas cristianas, quien le plantea la necesidad de que, «si se quería establecer una paz durable, era forzoso descuajar el carlismo, y abrasar toda semilla, para que ningún tiempo ni ocasión pudiera germinar de nuevo. Con los elementos que a la sazón poseía la libertad, debía emprenderse la extinción completa, radical, de aquel bando execrable que pretendía implantar el despotismo asiático, la superstición y la barbarie».

Nuestro protagonista no puede menos que disentir de tal opinión, dado que «el carlismo era una fuerza social, difícil de destruir. La fatalidad había traído a esta pobre nación a un dualismo que sería manantial inagotable de desdichas por larguísimo tiempo. La idea absolutista, la intransigencia religiosa hallábanse tan hondamente incrustadas en los cerebros y en los corazones de una gran parte de los hijos de España, que era ceguera creer que podrían ser extirpadas de un tirón».

El origen del problema, a su juicio, radicaba en que «Dios había sido poco benigno con España, poniéndola en manos del mayor monstruo de la historia, Fernando VII, que sobre ser déspota sin talento, no supo establecer con firme base la sucesión a la Corona. La herencia de este hombre funesto había de ser insufrible carga para la nación; su testamento ponía los pelos de punta. Dejaba a su país un semillero de guerras, discordancias irreductibles entre los españoles, un Estado siempre débil, una monarquía fundada en la conveniencia antes que en el amor de los pueblos, una religión formulista, una paz armada, métodos de gobierno con carácter provisional, como si nunca se supieran las necesidades que habían de traer el día de mañana. ¿Era conveniente la transacción, aun siendo mala cosa? Sí, porque con ella, si España no mejoraba, al menos viviría, y los pueblos rehúsan la muerte aún más que las personas».

Finalmente, y tras arduos trabajos de negociación, llega el abrazo de Vergara, donde «la idea de unidad, de nacional grandeza, de moral parentesco entre todas las razas de la Península, ganó súbitamente los entendimientos de castellanos y euskaros, y ya no hubo allí más que abrazos, lágrimas de emoción, gritos de ale-

gría, aclamaciones a Espartero, a la Constitución, a Isabel II, a Maroto, a la religión y a la libertad juntamente, que también estas dos matronas se dieron de pechugones en aquel solemne día».

Escrito este relato en 1899, el 2 de noviembre de ese año, Galdós escribe al también canario Fernando de León y Castillo, por entonces Embajador de España en París. Le cuenta que está trabajando en la tercera serie de los *Episodios Nacionales*, y que proyecta abordar la cuarta. Para llevarla a buen término, le solicita si sería posible contactar con la reina Isabel, por si accediera a referirle «las infinitas cosas, hechos y casos que no están en la historia escrita y que pertenecan al orden de lo que puede decirse»⁴⁴. Prosigue Galdós: «En fin, que yo me voy a París si me aseguras que la reina me recibirá bien, y se dignará platicar conmigo de cosas de su tiempo, comenzando por las infantiles... Lo primero es que esa buena señora se convenza de la honradez de mis intenciones, y de que en ningún caso habría yo de revelar hechos y casos que ella quisiera mantener en secreto». Y concluye confiándole «la esperanza que tú me des de obtener el auxilio documental de la que fue nuestra soberana, figura histórica en verdad muy interesante, merecedora quizás de un fallo más favorable que el que hasta hoy ha tenido». La respuesta de León y Castillo debió ser favorable, pues el 20 de noviembre, Galdós le envía un telegrama con el siguiente texto: «Recibí tu carta. Iré pronto».

62. EPISODIOS NACIONALES: MONTES DE OCA (1900)

Con la paz, no todo es consenso. Hay algunos que sostienen que «ya no hay guerra, señores; ya no hay más que política, lo que a mi no me parece un grave mal, pues España es un enfermo que no puede vivir sino a fuerza de sangrías... No reírse. La política sola pareceme más mortífera que la política con guerra. La una corrompe, la otra purga... En fin, los que vivan lo verán».

La pugna política ahora está centrada en la corte. Cuando uno de los contertulios enfrascado en una discusión, ve perdida su posición, arguye que «locura es pelear uno contra veinte. Que triunfen, y solo con el hecho de triunfar, nos ponen en la proporción de veinte contra uno... ¿Qué es lo que ahora pasa? Que no hay oposición. Pero en España la oposición se forma en cuatro días después del éxito. Nace como la mala hierba, y crece como la espuma. Verás, verás... Yo lo he dicho: para poder apedrear bien a un ídolo hay que ponerlo arriba... Arriba, y bien alto, para que no se pierda ni una china».

Las luchas dialécticas prosiguen y el espectador imparcial, cuando iba a «la primera tertulia sacaba la impresión de que todo iba como una seda: vendrían unas Cortes elegidas con libertad, representación genuina del progreso, que era la voluntad del país; se elegiría la regencia, una o trina, y entraríamos en un periodo de bienandanzas y prosperidad. De la segunda reunión, ahumada por los cigarros, sacaba impresiones contrarias: íbamos a un cataclismo si no venía pron-

to el gobierno del pueblo por el pueblo, la verdadera igualdad, la supresión de monigotes y de ficciones ridículas. ¿Qué saldría del cataclismo? Pues la regeneración grande y sólida, un Estado potente, costumbres europeas y una civilización de nueva planta».

Y como no hay dos sin tres, «Inglaterra y Francia, las dos potencias más poderosas y camorristas del mundo, tomaban partido en nuestras discordias, declarándose los ingleses por la libertad y Luis Felipe por la moderación... ¡Vaya una paz que hemos traído, chico! Ya voy viendo que la mejor de las paces es la guerra, y que nunca están los españoles tan sosegados y contentos como cuando les encharcamos con sangre el suelo que pisan. Preparémonos para otra campaña... la cual no veo clara todavía, pues no sé quiénes serán ellos ni quiénes seremos nosotros; pero entre media España y la otra media andará el juego. A prepararse digo, que aquí la paz es imposible, y si me apuran, desastrosa, porque el español ha nacido eminentemente peleón, y cuando no sale guerra natural, la inventa, digo que se distrae y da gusto al dedo con las guerras artificiales».

En esta pugna continua por la libertad política, una joven mujer, víctima de un mal matrimonio, pone el dedo en la llaga cuando pregunta: «¿Con que libertad? ¿Y para qué sirve esa libertad? Para escribir en los papeles mil disparates, para insultar a los ministros y no dejarles gobernar; libertad para los que alborotan, y entre tanto el pobre, pobre se queda, y los ricos se hacen más ricos, y nosotras las mujeres seguimos esclavas. Dígame usted qué libertad es esta que a mí me tiene prisionera de una equivocación. Mi marido es un mal hombre, y no soy yo quien lo dice: es el juez, es su propia familia, es todo el mundo. ¿Pues por qué no había yo de poder descasarme y volver a la soltería?».

Y entra en la escena decisiva un personaje que había aparecido momentáneamente al principio de la historia, Manuel Montes de Oca, quien, una vez que las Cortes han elegido a Espartero como regente, encabeza una sublevación en Vitoria, donde «aparece el melancólico galán de la causa de María Cristina, levantando bandera negra contra el regente, a quien declara usurpador, y haciendo tabla rasa de toda ley y estado posteriores a la renuncia de la Gobernadora en octubre del año anterior. Ya tenemos en campaña otra guerra fratricida, en nombre de principios más o menos claros, invocando el sagrado lema de la defensa de la débil mujer contra el varón fuerte, de los derechos de la sangre contra los artificios de la soberanía nacional... Armado de nuevo el sangriento juego nacional, los desgarrados pendones, un tanto sucios ya del largo uso sin la renovación conveniente, se vieron otra vez en alto añadiendo a sus lemas el de la sacratísima religión... Por dar mayor fuerza a su audaz aventura, agregaban a su bandera el programita de restablecimiento de fueros, cebo magnífico para llevarse consigo a toda la población euskera, pisoteando el convenio de Vergara. Bien, bien. ¡Qué delicioso país, y qué historia tan divertida la que aquella edad a las plumas de las venideras ofrecía! Toda ella podría escribirse con el mismo cuajarón de sangre

por tinta, y con la misma astilla de las rotas lanzas. El drama comenzaba a perder su interés, por la repetición de los mismos lances y escenas. Las tiradas de prosa poética, y el amaneramiento trágico ya no hacía temblar a nadie; el abuso de las aventuras heroicas llevaba rápidamente al país a una degeneración epiléptica, y lo que antes creíamos sacrificio por los ideales, no era más que instinto de suicidio y monomanía de la muerte».

La ascensión de este personaje da pie al narrador omnisciente para reflexionar sobre que era «representación viva de la poesía política, arte que ha tenido existencia lozana en esta tierra de caballeros, mayormente en la época primera de nuestra renovación política y social. Desde que se introdujo la novedad de que todos los ciudadanos metieran su cucharada en la cosa pública, empezaron a manifestarse los varios elementos que componían la raza; y si vinieron al gobierno los hombres de temperamento peleón y los militares de fortuna; si entraron los abogados y tratadistas con todos los enredos de su saber forense y su prurito de reglamentación, no podían faltar los trovadores, que se traían un ideal de la ciencia gubernativa, derivado, más que de la realidad, de los manantiales literarios. Más de cuatro poetas o trovadores hemos tenido en la vida pública de este siglo de probaturas; que ellos son fruta espléndida, abundantísima, de uno de los seculares árboles del terruño español, y gran daño han producido anegando las ideas en la onda sentimental que derramaron sobre algunas generaciones».

A favor del personaje central, Montes de Oca, cuenta que «era hombre macizo, homogéneo, sin las complejidades que la vida moderna exige a todos los que en ella buscan algo de provecho. ¡Lástima de primera materia, tan sólida y pura, en un siglo que no suele emplear para sus grandes obras lo puramente elemental, en un siglo de combinaciones y de alquimias cada día más complicadas! Toda la caballería del bravo Montes de Oca, toda su exaltación de gobernante poético, tenían por ideal sostén la soñada más que real persona de una reina, cuya capacidad para dirigir a la nación no había sabido manifestarse claramente».

Llegada la hora de la derrota, arriban las preguntas cruciales, «¿quién demonios les había metido en aquel fregado, ni qué iban ellos ganando con que la Cristina le birlara la regencia a Espartero? En verdad que habían sido unos grandes idiotas, apartándose de la ley que ligaba sus vidas y su honor militar al gobierno establecido. ¿Quién les metía en el ajo de quitar y poner regentes? ¿Quién les hizo instrumento de la ambición de unos cuantos caballeros de Madrid, y de media docena de militares que querían empleos y cintajos?... ¡Ay, ay!, el pobre siempre pagaba el pato en estas tremolinas; para el pobre, en la derrota o en el triunfo, no había más que desprecios y mal pago... ¡Qué mundo este! Valía más ser animal que español».

En otro orden de cosas, es preciso reseñar que el 9 de diciembre del mismo año en que escribe este episodio, la colonia canaria residente en Madrid tributa un homenaje a Galdós. La coyuntura era complicada. La guerra del 98 había co-

locado a Canarias como línea de frontera. Durante la contienda, las islas habían sufrido la amenaza de una invasión por parte de tropas estadounidenses. Después de ella, Canarias pasa a ser un elemento estratégico más en el reparto de territorios para la expansión colonial europea. Inglaterra domina el territorio económicamente. Alemania había manifestado su interés por el archipiélago, o por alguna de sus islas. La posibilidad de venta o arriendo de alguna de las islas a una potencia extranjera había sido aventada por algún periódico madrileño.

El homenaje a Galdós aparece así como una réplica de los canarios que viven en Madrid. En el discurso que pronuncia con esta ocasión, Galdós alza la vista a «extensiones más amplias que las de nuestro querido archipiélago»⁴⁵. El novelista cree llegada la hora de «avivar en nuestra alma el amor a la patria chica para encender con él, en llamarada inextinguible, el amor de la grande... querer y venerar con mayor entusiasmo el conjunto de tradiciones, hechos y caracteres, de glorias y desventuras, de alegrías y tristezas que constituyen el hogar nacional, tan grande que sus muros ahumados no caben en la Historia».

A continuación niega la posibilidad de que las islas Canarias dejen de ser españolas, hasta el punto de que «España sufre pesadillas, en las cuales sueña que la despojan, que la mutilan y amputan horrorosamente. Esto es absurdo, es pueril, y revela un decaimiento de ánimo y una pobreza de vitalidad que, sin correctivo enérgico, nos llevarían a la muerte».

Frente a tal estado de ánimo, Galdós prescribe al menos dos remedios. Primero, que «debemos protestar confirmando nuestra fe en el derecho y en la justicia, negando que sea la violencia la única ley de los tiempos presente y próximos». Segundo, que «nosotros los más chicos seamos los más grandes en la firmeza y vigor de las resoluciones; nosotros, los últimos en fuerza y abolengo histórico, seamos los primeros en la confianza, como somos los primeros en el peligro; nosotros, los más distantes, seamos los más próximos en el corazón de la patria. De este modo contribuiremos a formar lo que hace tanta falta: la fe nacional... pues sin esa gran virtud, no hay salvación posible para las naciones».

63. EPISODIOS NACIONALES: LOS AYACUCHOS (1900)

Nos hallamos en octubre de 1841. Las escenas principales, por lo que a nuestro objeto atañe, acontecen en palacio, con la reina Isabel y su hermana, la princesa de Asturias, como ejes fundamentales. Nos cuenta el narrador que, con la marcha de la reina madre, cambian los detentadores de los cargos en palacio y, por ejemplo, es nombrado un nuevo ayo y director de estudios de las infantas, quien «pensó que en la crianza de Isabel, nuestra reina constitucional, era forzoso desarrollar mayor reflexión a expensas de la espontaneidad generosa; infundirle el sentimiento claro de las funciones neutrales y del criterio sintético del rey en el flamante sistema; hacerle sentir vivamente la justicia, la equidad y la tolerancia de todas las opiniones, sin abrazarse con ninguna. Esto pensaba, y esto

emprendería con paciencia y entusiasmo, si le dejaban. Necesitaba para ello tiempo y facultades amplísimas. Si contribuyó a la implantación del régimen en la esfera representativa y popular, tendría la gloria de completar la maravillosa maquinaria, dotándola de su rueda más importante: el rey. Materiales excelentes le deparaba Dios para su obra. ¿Era esto una ilusión de poeta? El que amaestrado había su espíritu, con supremo arte, en la fabricación de robustos versos pindáricos u horacianos, bien podía equivocarse soñando con el artificio de una organización política del más puro abolengo inglés».

El nuevo ayo pensaba que «la providencia nos había dado una cría de rey en la cual resplandecían todas las cualidades de la raza española, y no era floja ventaja que la cría estuviera en poder de la nación desde su edad temprana, coyuntura feliz para que la misma nación a su gusto la moldeara, sin maléficos influjos de otros principillos ni de palaciegos del ominoso régimen». De las bondades de la niña, resalta que «la afabilidad de la reina fácilmente viene a parar en confianza, y sus etiquetas acaban en bromear con todos nosotros. No podemos resistir al encanto de sus donaires, y gozamos cuando nos demuestra con graciosas bur-las su estimación. Yo digo: «¿No es esta confianza prenda segura de la feliz concordia entre la monarquía y el pueblo? Si la reina ama al pueblo, si ante él no se muestra jamás estirada ni orgullosa, ya tenemos realizado el fin supremo de ver reunidos, formando un solo ente, la libertad y el trono. Haya confianza mutua, y estamos salvados. Familiarícese la reina con sus súbditos, y éstos con su reina, y veremos el ideal de los estados florecientes»».

Otra de las fuentes de nuestro narrador es un cargo de palacio que tiene contacto directo con las niñas, Mariano Centurión, quien pretende colaborar con Calpena transmitiéndole «estas y otras noticias para levantar con ellas una torre histórico-social, a cuya altura pueda subirse el siglo venidero para ver y examinar las sinuosidades del nuestro, reciba con júbilo esta primera remesa de cosas reales, que ellas son carne pura, Historia viva y vista, Historia que duele, por ser nosotros miembros del grande cuerpo de España que la padece».

En esta entrega nos cuenta el asalto que sufrió palacio una noche por parte de unos militares sublevados que pretendían hacerse con las niñas, y cómo fue frustrado «más que nada por obra de esta providencia particular de nuestra España que nos saca de todos los apuros». El remitente se pregunta de dónde ha podido salir el dinero que ha financiado la malhadada operación, y plantea que «no sólo ha salido de las arcas de Muñoz [el marido «secreto» de la reina madre], sino de las del gobierno francés, enemigo declarado de la España desde el grito de septiembre, que restableció la prepotencia de la voluntad nacional».

Si los partidarios de Espartero achacan los manejos ocultos a intereses franceses, por su parte, los seguidores de la reina madre ven la mano oculta de los ingleses. Así lo manifiesta otra de las fuentes de Calpena, Serafín de Socobio, convencido detractor de los «ayacuchos» (mote aplicado a los esparteristas),

quien sostiene que, «en tanto que se desarrolla este drama, del cual solo hemos visto aún los primeros actos, repetiré una vez más que el principal resorte de la máquina esparterista no es otro que el oro inglés... la Inglaterra ha comprado a buen precio la ruina de nuestra industria algodonera, librándose, por el medio más sencillo, de un competidor formidable. El esparterismo, o sea la revolución, necesita, para sostenerse, del apoyo de los ingleses. ¿Quién gobierna en España? En apariencia, su ídolo de usted, elevado al poder supremo por las turbas indocitas; en realidad, el embajador británico, asistido de la caterva de ayacuchos, que con nombre tan feo designamos a los que componen la camarilla del regente. En cuanto al gobierno, ministerio responsable, o como usted llamarlo quiera, téngolo por un insignificante grupo de personajes decorativos, inmóviles y estupefactos como figuras de cera vestidas con prestados trajes, y expuestos al público para producir la ilusión de que tenemos mandarines españoles al frente de cada ramo. Pero estos remedos de ministros a nadie interesan, y se cambian de un puntapié. Los ayacuchos son los que todo lo mangonean, ayudados del unto maravilloso que reciben de las arcas londinenses». Como se ve, la fuente de los males sigue estando fuera, ya en Francia, ya en Inglaterra.

De ahí se deriva la imperiosa necesidad de que «no hay tiempo que perder: libremos pronto a nuestra soberana de esa maligna influencia; y como al propio tiempo que se ha de barrer el suelo de la nación hasta que no quede ni el menor rastro de progresismo, hemos de procurar que la reina se penetre bien de la sana doctrina moderada, para que esta sea norma de su conducta en lo por venir, y tengamos un reinado próspero, pacífico y glorioso». Esto es imperioso, dado que «las teorías políticas extranjeras más dañan que benefician trasplantadas a nuestro país».

Este Socobio plantea cuál debe ser la reacción correcta del poder ante el levantamiento sofocado, «no se trataba más que de saber si merecen la muerte los que faltan a la disciplina con móviles políticos. Era un hecho que obedecían a la regente legítima congregando al ejército para reponerla en su autoridad. No eran desleales, no eran traidores: cumplían un deber sagrado. Yo reconozco que Espartero, en su posición, siquiera ésta sea usurpada, no podía apreciar el caso del mismo modo. Pero sobre el criterio estricto de la ley están el buen sentido y el principio cristiano que dice: «O todos o ninguno»».

Y en todo este barullo, no falta alguno que se pregunta: «¿Pero aquí están todos dementes? ¿Es esto la metrópoli de una nación o el patio de un manicomio?... Y pregunto dónde se ha metido el sentido común, sin que nadie acierte a responderme... A juzgar por lo que se oye, el país es un insensato que, aburrido de sí mismo y no sabiendo como vivir, pide a los demonios que se lo lleven».

Y conforme a tal presagio, vuelven los levantamientos junteros y Calpena asiste a una rebelión sangrienta en Barcelona, en la que nuestro protagonista no ve «en esta brava gente la ferocidad del revolucionario sin camisa que persigue

el pillaje y la disolución, para despojar a los ricos; veo a los sanos y buenos hijos del pueblo que en la última guerra prestaron a la causa nacional servicios tan eminentes, que no habría honores bastantes con que pagárselos. La milicia nacional de Barcelona, guarneciendo los pueblos del llano y la montaña y resistiendo terribles embestidas de la facción, demostró una fibra y una resistencia que en muchos casos llegó a las alturas del heroísmo. Ahí están Prim, Lorenzo Milans, Ametller y otros, que pueden contarlos... A esta gente, que tan claras nociones tiene del deber, y tan bien entiende el honor y el patriotismo en sus más elementales formas, no la temo yo. Temo a los pillos que se inoculan en el cuerpo popular y trabajador, para envenenarlo y derramar por sus venas elementos de podredumbre».

El derramamiento de sangre inundó el levantamiento, provocando que Calpena pensase en este «¡infeliz pueblo, criado en la inocencia y en la ignorancia de la ciencia política! Él ha sido y es instrumento de los que han estudiado las artes revolucionarias y el mecanismo de los motines. Con esta táctica, los que tiranizan al pueblo saben muy bien cómo han de componérselas para convertirlo en caballería que les arrastre el carro de sus triunfos, mientras que los defensores de la soberanía popular, los propagandistas de la libertad, ignoran hasta las más elementales reglas para utilizar la fuerza de las masas en defensa de sus ideas».

64. EPISODIOS NACIONALES: BODAS REALES (1900)

«Si la Historia, menos desmemoriada que el tiempo, no se cuidase de retener y fijar toda humana ocurrencia, ya sea de las públicas y resonantes, ya de las domésticas y silenciosas, hoy no sabría nadie...». Así comienza este nuevo episodio, con resonancias tan caras a los aficionados al saber histórico. Corre el mes de mayo de 1843, mes «tan turbulento como los demás del siglo en nuestro venturoso país».

La sesión del día 20 en el Congreso fue «una de las más embarulladas y batallas que en españolas asambleas se han visto». En su transcurso, Olózaga manifestaba reiteradamente «¡Dios salve a la reina, Dios salve al país! Quiere decir que ya todos, nación y reina, partidos y pueblo, somos cosa perdida, y que estamos dejados de la mano de Dios. No sé las veces que repitió ese responso tan fúnebre; lo que sé es que cuantos le oíamos estábamos con el alma en un hilo, deseando que acabase para poder tomar resuello».

Se anuncian tiempos turbulentos, «a bandadas venían del extranjero los paladines de Cristina, con ínfulas y motes de caballeros de una nueva cruzada... Tan fieros venían, que causaba pavora el estridor de armas y dientes que hacían entrando aquí por mar o por tierra, ávidos de volver a los comederos y de no dejar rastro de la llamada usurpación... Innumerables jefes del ejército y personajes políticos de la coalición se derramaban por el reino, pronunciando todo lo que encontraban por delante y estableciendo juntas en todo lugar donde caían... Si

algunos de los pueblos pronunciados no pedían la caída del regente, sino la vuelta del florido López, otros proclamaban la inmediata mayoría de la reina, resultando un barullo tal, que no lo harían semejante todos los locos del mundo medidos en una sola jaula».

Llama la atención del narrador el hecho de que «estos soldados de fortuna a quienes la guerra llevó rápidamente a las cabeceras de la jerarquía militar, y estos políticos criados en los clubs, recriados con presuroso ejercicio literario en las tareas del periodismo; lanzados unos y otros a la lucha política en los torneos parlamentarios y en el trajín de las revoluciones, sin preparación, sin estudio, sin tiempo para nutrir sus inteligencias con buenos hartazgos de Historia, sin más auxilio que la chispa natural y la media docena de ideas cogidas al vuelo en las disputas; se ve, digo, que al llegar a los puestos culminantes y a las situaciones de prueba, no saben salir de los razonamientos huecos, ni adoptar resoluciones que no parezcan obra del amor propio y de la presunción... Causarían risa y desdén estos anales si no se oyera en medio de sus páginas el triste gotear de sangre y lágrimas. Pero existe además en la historia deslavazada de nuestras discordias un interés que iguala, si no supera, al interés patético, y es el de las causas, el estudio de la psicología social que ha sido móvil determinante de la continua brega de tantas nulidades, o lo más medianías, en las justas de la política y de la guerra».

En el desenlace de esta partida con la caída del regente Espartero, «ni resplandecen grandes virtudes ni los furores desordenados, que suelen ser signos de vitalidad en los pueblos y de grandeza de caracteres. Todo es pequeño, vulgar, con una mezcla repugnante de candor bobo y de malicia solapada. Los ataques y las defensas de palabra y por escrito revelan afectación y mentira; se hacen y sostienen con hinchado lenguaje afirmaciones en que nadie cree. La única fe que se trasluce entre tanta garrulería es la de los adelantamientos personales; el móvil supremo que late aquí y allí no es más que la necesidad de alimentarse medianamente, la persecución de un cocido y de unas sopas de ajo, ambiciones tras de las cuales despuntan otras más altas, anhelos de comodidades y distinciones honoríficas... las necesidades humanas, eterna ley, despertaban al fin en el pobre español los naturales apetitos, sacándole del sueño de austeridad ascética, y al llegar esta situación, encontraba más fácil pedir a la intriga que al trabajo la mísera sopa y el trajecito pardo con que remediarse del hambre y del frío».

En medio de tanta vacuidad, «la historia de todo grande hombre político en aquel tiempo y en el reinado de Isabel no es más que una serie de enmiendas de sí mismos, y un sistemático arrepentirse hoy de cuanto ayer dijeron. Se pasan la vida entre acusaciones frenéticas y actos de contrición, flaqueza natural en donde las obras son nulas y las palabras excesivas, en donde se disimula la esterilidad de los hechos con el escribir sin tasa y el hablar a chorros».

Declarada mayor de edad la reina Isabel II, se la hace «de golpe y porrazo mujer capacitada para pastorear el español ganado, tan pacífico y obediente». Quienes apoyaban la operación impusieron «el imperio sistemático de las camarillas, del caciquismo, del pandillaje, de las asoladoras tribus de amigos, con el desprecio de toda ley y la burla del interés patrio... Entre todos hicieron de la vida política una ocupación profesional y socorrida, entorpeciendo y aprisionando el vivir elemental de la nación, trabajo, libertad, inteligencia, tendidas de un confín a otro las mallas del favoritismo, para que ningún latido de actividad se les escapase. Captaron en su tela de araña la generación propia y las venideras, y corrompieron todo un reinado, desconceptuando personas y desacreditando principios; y las aguas donde todos debíamos beber las revolviéron y enturbiaron, dejándolas tan sucias que ya tienen para un rato las generaciones que se esfuerzan en aclararlas».

Con la vuelta de la reina madre, Narváez asume el control de la situación y comienza «fusilando españoles, tarea fácil y eficaz a que se consagró desde el primer día de mando. Lo que él decía: «Voy a introducir grandes mejoras en el orden administrativo, a fomentar el trabajo agrícola, industrial y científico, a dar a España una vida y un ser nuevos; mas para esto necesito que esté sosegada, pues sin orden, ¿qué reformas, ni qué civilización, ni qué niño muerto? Lo primero es el orden, lo primero es hacer país...». Esta frase ha quedado desde entonces como una formulilla en los amanerados entendimientos: siempre que entraban en el poder estos o aquellos hombres se encontraban el país deshecho, y unos gobernando detestablemente, otros conspirando a maravilla, lo deshacían más de lo que estaba. Narváez vio quizás más claro que sus sucesores y hacía país por eliminación, no creando lo bueno, sino destruyendo lo malo y corrupto, con la mira de que al fin quedase lo único sano y servible, que era él solo, rodeado de serviles adeptos. Ello es que a unos porque se sublevaban, a otros porque hacían pinitos para echarse a la calle, el hombre iba quitando de en medio gente dañosa; y tanta fue su diligencia, que a fines del 44 ya iban despachados cuatrocientos catorce individuos. Esto era una delicia, y así nos íbamos purificando, así continuábamos la magna obra de Cabrera y de otros cabecillas de la guerra civil que tiraban a la extinción de la raza, persiguiéndola y acabándola como a las pulgas, cucarachas y ratones. Creyérase que las mujeres eran demasiado fecundas y que España se poblaba de hombres con exceso, llegando a ser tantos que no cabían en el suelo patrio. Sólo así se explica que los políticos continuaran la selección iniciada por los guerrilleros, reduciendo el personal vivo al número de bocas que estrictamente correspondían a la escasa comida que aquí tenemos».

Y la guinda del pastel, en boca de un progresista, era que «este partido, que quiere hacer un pisto del despotismo y la libertad, cree que no sirve para el caso ninguna de las constituciones que tenemos, y ahora trata de fabricar Constitución nueva, la cual será obra de las próximas Cortes». Avisa el interviniente que,

«como dedada de miel para los que fuimos liberales, y aún de corazón lo somos, se nos concederán algunos puestos en el futuro Congreso, a fin de que haya oposición, aunque sea blanda y de mentirijillas».

Todo esto hace exclamar a cierto galán que «si toda la constancia, todo el tiempo y los esfuerzos todos de entendimiento y de lenguaje empleados aquí para establecer sistemas políticos, traídos del extranjero en paquetes, como se importan las hebillas de París o los relojes de Ginebra, se hubieran empleado en educar a los españoles, anteponiendo la educación social a la científica y literaria, España sería ya un país a medio civilizar, pudiendo ser civilizado por entero dentro de algunos años. Pero aquí hemos querido empezar el edificio por el tejado, dejando para lo último los cimientos, y los cimientos son las costumbres, los modales, la buena educación».

65. ELECTRA (1901)

Este drama teatral nos cuenta la historia de la llegada a España de una joven de dieciocho años educada en Francia, Electra, hija de la prima de unos nobles que había llevado una vida apartada de los cánones tradicionales. La obra es estrenada a finales de enero con un gran éxito. El drama será utilizado por sectores del público, enarbolándolo como símbolo de la lucha por la libertad de conciencia frente al clericalismo carlista e integrista. Sin embargo, nada contiene atinente a nuestro objeto de conocimiento.

En otro orden de cosas, el 12 de enero de 1901, Galdós escribe al embajador de España en París, Fernando de León y Castillo, y comentándole cómo le han tratado dos franceses, le confiesa que «aunque uno sea español, que es lo último que hay que ser en el mundo, no merece que le traten de esa manera. Esos caballeros no tienen ni palabra, ni seriedad, ni cortesía»⁴⁶. En la misma carta, ante las maneras de un diario francés, exclama que, «ante esa actitud despectiva del periódico parisien, no hay más remedio que levantar los brazos al cielo diciendo: *Hay Pirineos*»⁴⁷. Ello no es óbice para que el 21 de mayo vuelva a escribir al embajador y le anuncie que, tras varios retrasos, confía en visitar la capital gala en el mes de septiembre. Allí procurará hablar con la reina Isabel y confiesa que «cuanto más estudio la historia de los últimos 60 años, más claro veo que Isabel II es la figura más interesante del siglo y, como persona, la más simpática entre los Borbones»⁴⁸.

En cierta clave pesimista incide el artículo que publica Galdós en *El Heraldo* el 9 de abril de ese año, bajo el título «La España de hoy». Allí plantea que «el mecanismo que nos rige es un aparato de formas admirables, pero que no funciona... Forman nuestro régimen político las más seductoras abstracciones. Examinados desde fuera, nuestros Códigos y todo el papelorio de leyes y reglamentos para su aplicación parecerán, sin duda, un perfecto organismo que regula la existencia del pueblo más feliz del mundo. Mirado por dentro, se ve que

todo es cartón embadurnado al temple, en algunos trozos con singular maestría; pero ya va envejeciendo notoriamente la pintura, y se clarea de tal modo el artificio, que no hay ojos bastante inexpertos para ilusionarse con él. Ya nadie ve una base fundamental de la vida política en el principio de la representación del pueblo, porque el sufragio es un donoso engaño al alcance de los observadores menos perspicaces... La justicia y la administración, sometidas al manejo político y sin medios de proceder con independencia, completan esta oligarquía lamentable, igualmente dura antes y después de las revoluciones que tronaron contra el antiguo régimen. Nuestros políticos agitaron la existencia nacional en el pasado siglo sin fundar nada sólido... el alma permanecía la misma»⁴⁹. Como medio para arreglar la crisis que afronta el país, el 20 de octubre, Galdós llama a una «vigorosa reconstitución de la conciencia nacional»⁵⁰.

66. EPISODIOS NACIONALES: LAS TORMENTAS DEL 48 (1902)

La cuarta serie de los *Episodios* comienza con el presente. Un nuevo protagonista, un joven veinteañero llamado José García Fajardo, recién llegado de Italia, inicia sus palabras un 13 de octubre de 1847. Cuando se despedía de Italia, un cardenal le aconsejó que «en la política de tu país puedes abrirte camino ancho, que allá tienes dos especies de hombres afortunados: los tontos y los que se pasan de listos. Procura tú ser de los últimos».

De regreso a su pueblo natal, Fajardo cuenta a algunos paisanos las últimas noticias del papado, lo que provoca la reacción de uno de ellos, clérigo por más señas, que le espeta que «aquí somos brutos, y no entendemos de fililíes romanos ni de obeliscos, ni de cardenales que visten capita corta y calzón a la rodilla; pero tenemos los sesos en su sitio, y debajo del paño pardo guardamos el discernimiento español, que da quince y raya a todo lo de extranjis».

Fajardo emprende el camino de la corte en busca de mejor fortuna. Allí constata que «la confusión de clases, característica de España, tiene su principal fundamento en la fraternidad de las generaciones tiernas. Amigos tengo de familias del comercio, de familias vinculadas en la Administración Pública, de familias aristocráticas. Ricos y pobres alternan conmigo, y tontos y discretos; jóvenes estudiosos, de gran porvenir, y zotes que no sirven para nada».

Cuando llegan a Madrid las noticias de la revolución francesa del 48, una hermana monja de nuestro protagonista le advierte que «según parece, en París han puesto la república. Los demonios andan sueltos otra vez por allá: pronto veremos cómo asoman la oreja o el cuerno los diablejos de aquí. Cuidadito, Pepe, con meterte entre revolucionarios. Mira bien con quién andas... Y no creas que con callarte y disimular tus locuras, no las voy a saber. Aquí lo sabemos todo. No te trates con progresistas, que de esos sacarás lo que el negro del sermón. Mantente a distancia de los que alborotan, y no te faltarán adelantos en tu carrera... Bien mirado, no porque haya república en Francia, hemos de tener aquí

progresismo, que en nuestra tierra sobran medios para poner un dique a la maldad. En Francia no hay religión, aquí sí; en Francia no hay hombres que expongan su vida por los reyes, aquí los hay... Aquí no queremos utopías –repite con un flujo de amplificación que acaba por ser insoportable–, pues bastante guerra nos han dado las que introdujeron los caballeros de la emigración».

Una amiga de su hermana, que le invita a reuniones en su casa, también le aconseja que, «por las llagas de Cristo, no hable usted mal de los que antes abominaron de la desamortización y ahora compran los bienes raíces que fueron de frailes y monjas. Mire usted que los amigos de casa adquieren todo lo que sale, y mi marido anda ahora en tratos con la Hacienda para quedarse con una gran finca que fue de los Jerónimos en la provincia de Cáceres. ¿Qué le importa a usted que compren o que no compren? Sea usted cauto y hágase al ambiente».

De esta misma señora también procede una nueva advertencia: «Hágase cargo de lo que pasa en esta sociedad. La aristocracia, que no sabe administrar su riqueza, ni cuidar sus fincas, se va quedando en los huesos. Toda la carne viene a poder de los del estado llano, que cada día afilan más las uñas, y acabarán por ser poderosos... ¡Como que también están afanando lo que fue de frailes y monjas!... Claro que luego volverán las aguas a su nivel; los que vivan mucho verán cómo se forma una nueva aristocracia de la cepa de esos ricachos, y cómo recobrará el clero lo suyo, no sé por qué medios, pero ello ha de ser. El mundo da vueltas, y al cabo de cada una de ellas se encuentra donde antes estuvo. Por esto digo yo que andando hacia adelante, andamos hacia atrás».

En cierta ocasión, Fajardo coincide con esta dama y «retíreme sin comprender bien la intrincada psicología de aquella mujer, mas con esperanza de entenderla y desentrañarla pronto, algún día... Desde la sala próxima, volviéndome para mirarla, vi que en mi clavaba sus negros ojos, y en ellos se me reveló su soberano talento, su apasionado corazón... y su profunda inmoralidad... Eran sus ojos el signo de los tiempos».

Sin embargo, los ecos de la revolución llegan a la capital y se produce un levantamiento que es sofocado por las armas, lo que lleva a Fajardo a pensar que, «la verdad, ni a mí me interesa grandemente la detallada relación de los movimientos de la tropa leal y de la tropa rebelde, con tanto general que va y viene de calle en plaza, o de uno a otro cuartel, ni creo que la remota posteridad que esto lea con ello se divierta ni se instruya. Porque, si bien se mira, por lo muy repetidos, son estos movimientos sediciosos como los amanerados poemas de corta inspiración y de frase pedestre, y solo en el caso de que el triunfo los haga eficaces merecen la atención de las gentes. En los pronunciamientos fallidos veo yo la más tediosa sarta de aleluyas que nos ofrece nuestra historia... por mi gusto no me habría entretenido en puntualizar la psicología de aquel movimiento: todo era vanidad, interés de personas... y luego una cáfila de nombres de progresistas, llenaban la histórica aleluya».

La cosa no acabará con esta intentona, «la tormenta que habíamos visto estallar aquí era no más que un leve desorden atmosférico, anuncio de mayores desastres; y en aquel motín o pronunciamiento tan pronto sofocado, no debíamos ver más que una centella perdida de la furibunda tempestad que corría por toda Europa». Los tiempos han cambiado y ahora «es la voz pavorosa del socialismo, la nueva idea que viene pujante contra la propiedad, contra el monopolio, contra los privilegios de la riqueza, más irritantes que los de los blasones. Tiembla la presente oligarquía ante estos anuncios, y no sabiendo cómo defenderse, solo pide que esta gran vindicación la coja confesada».

Todo ello sucedía allá por 1848. Pero el año en que Galdós escribe este episodio, 1902, asiste a otros acontecimientos personales para el autor. El 19 de enero, Galdós escribe a León y Castillo, comunicándole que su hermano ha sido relevado de la Capitanía General de Canarias y que «el motivo no ha sido otro que dar gusto a los militares que allá se han empeñado en tratarnos como a raza inferior»⁵¹. Le cuenta que su hermano «se veía obligado por los deberes de su cargo a tener en continuo arresto a muchos oficiales, a fin de impedir colisiones y rozamientos peligrosos con los hijos del país y aun con los ingleses que van a invernar en aquellos sanatorios, y que no se meten en nada, ni han hecho el menor agravio ni con obra ni con palabra a la bandera roja y gualda».

Pronto pasa de la anécdota a la categoría y, tras enfatizar la nueva situación que ocupa Canarias tras el 98, subraya que «nuestros hombres de estado, que por lo visto *carecen del don de hacerse cargo*, no lo han comprendido así todavía, y Canarias, en el pensamiento de estos señores, continúa aún en las antípodas. Que allá se manda *lo peor de cada casa*, bien a la vista está, que nos tienen por cubanos o cosa así»⁵².

Galdós augura malos tiempos para el país, pues «esto está ya en un grado de descomposición que aterra. En tanta confusión, ni aun el vaticinio le cabe a uno en la cabeza, porque no hay cabeza capaz de imaginar lo que aquí puede suceder». Pero, al final, un rayo de esperanza, con sabor amargo: «Entre febrero y marzo pienso volver a ese gran París, donde entre otras ventajas y dulzuras tiene uno la de descansar de ser español».

67. EPISODIOS NACIONALES: NARVÁEZ (1902)

Este relato comienza yendo al centro de la cuestión. En uno de los primeros pasos, se comenta que en un pueblo «se había descubierto el estupendo caso de que todos los mozos útiles y robustos, de ocho años acá, daban en la flor de cortarse la primera falange del dedo índice de la mano derecha con el santo fin de eludir el servicio militar. ¡Qué cosa más tremenda! ¡Brutal crimen contra la patria! ¡Qué país era este? *¿Quam rempublicam habemus? ¿In qua urbe vivimus?* Sin quererlo imitaba yo a Cicerón en la iracundia de mis anatemas contra un pueblo que de tal modo delata su desquiciamiento moral y político. Donde así se

debilita el sentimiento patrio, ¿qué puede resultar más que un engaño de nación, un artificial organismo sin eficacia más que para la intriga y los intereses bastardos? Esto de los intereses bastardos fue dicho por mi padre, que usaba para todo este modo de señalar el egoísmo de nuestros políticos. Yo iba más allá, y con frase más enérgica marcaba la ineptitud de la raza para las ideas modernas».

Y es que tampoco el entorno institucional ayuda mucho. De viaje Fajardo por su pueblo natal, conversa con un caminante, quien lamenta que «el mundo es malo de por sí, y esta nuestra tierra de España tan sembrada y rodeada está de males, que no puede vivir en ella quien no se deje poner trabas en manos y pies, dogales en el pescuezo, que al modo de cordeles son las tantísimas leyes con que nos aprieta el maldito gobierno, y lazos los arbitrios en que nos cogen para comernos tantos sayones que llamamos jefe político, alcalde, obispo, escribano, procurador síndico, repartidor de derramas, cura párroco, fiel de fechos, guardia civil, ejecutor y toda la taifa que mangonea por arriba y por abajo, sin que uno se pueda zafar».

Con este principio, le narra su desdicha, y la desdicha de quien quiere vivir de su sudor en nuestro país, desde que «me metí a labrador, lo cual fue, pueden creérmelo, como meterme en el laberinto de la perdición y en el infierno de la miseria. Quien dice labranza dice palos, hambre, contribución, apremios, multas, papel sellado, embargo, pobreza y deshonra... Pues aunque labrador, digo que no soy lerdo, y que si no me falta paciencia, condición primera del que se pone a dar azadonazos en la tierra mirando siempre para el cielo, me sobra lo que llamamos orgullo, o como se dice, apersonamiento, que es el hipo de no dejarse atropellar, ni permitir que a uno le popen y atosiguen».

Porque aquí no basta con trabajar de sol a sol, «labrar la tierra es cosa dura, ¡ay!... y por labrarla de la peor suerte, con trabajo propio en tierras ajenas, salta en cada momento la cuestión de las cuestiones, aquella que ya trae revueltos a los hombres desde que los hijos de Adán, o sus nietos y biznietos, dieron en sembrar la primera semilla: la cuestión del tuyo y mío, o del averiguar si siendo mío el sudor, mía, verbigracia, la idea, y míos los miedos del ábrego y del pedrisco, han de ser tuyos los terrones abiertos y la planta y el fruto... Pues yo, que sé trabajar como el primero, que en el libro de la tierra y del cielo estrellado leo sin equivocarme, no he podido trabajar nunca sin que a cada vuelta me salieran la Partida tal, el fuero cual, el fisco por este lado, la escribanía por otro, las ordenanzas, los reglamentos, las premáticas, el amo de la tierra, el amo del agua, el amo del aire, el amo de la respiración, y tantos amos del infierno, que no puede uno moverse, pues de añadidura viene el sacerdote con sus condenaciones, y delante de todos el guardia civil, que se echa el fusil a la cara... y si uno chista, cátrate muerto. ¿Quién vive así? Yo he sido honrado, luego tentado a no serlo. Me han perseguido, me han atropellado, me han quitado lo mío y lo que tomaba para que los tomadores de lo mío me pagaran con lo suyo... me han metido en cárceles,

me han puesto en escritura con papeles, y aquí estoy valiendo menos que la tinta que gastaron en contar mis desavíos».

En suma, que con tal estado de cosas, «aborrecemos leyes, y renegamos del arreglo que han traído al mundo los reyes por un lado, los patriotas por otro, con malditas constituciones que de nada sirven, y libertad que a nadie liberta, religión que a nadie redime, castigos que no enmiendan a nadie, civilización que no instruye, y libros que no se sabe lo que son, porque este los alaba y el otro los vitupera... [mas] no nos tengan por peores que los tantísimos que andan por campos y ciudades amparados de leyes, vestidos de doctrinas, y con todos esos atalajes de honradez que han inventado los muchos para comer a costa de los pocos, o los pocos que supieron hacer su granjería de la necedad de los muchos».

Valga como ejemplo el alcalde del pueblo de Fajardo, que es «un trucha de primera, si falto de autoridad y luces para el gobierno de la ínsula concejil, sobrado de marrulleras habilidades para los enredos de campanario y los empeños de su egoísmo. Servicial y deferente con los poderosos y con todo el que ayudarle pueda en su privanza política, guarda sus rigores de ley y sus asperezas de carácter para los humildes sometidos a su vara, por una punta más dura que roble, blanda por otra como junco. Nada teme de los de abajo, infeliz rebaño de hombres sencillos, más embrutecidos por la miseria que por la ignorancia, los cuales bajo el falso colorín de una Constitución que proclama y ordena franquicias mentirosas, gimen en efectiva esclavitud. Nada teme tampoco de los de arriba, con tal que en la votada saque el candidato que se le designó, y se constituya después en agente o truchimán del diputado, del jefe político y del ministro, cualesquiera que sean los caprichos contra la ley o antojos contra la justicia que inspiren los mandatos de estas insolentes voluntades. Fuera de las infamias propias del oficio, que pocos ven, porque los que trabajan y sufren están ciegos, insensibles, y los que tienen luces y algún dinero huyen de los pueblos para refugiarse en Madrid, donde lo espacioso de la jaula garantiza relativamente la libertad y la dignidad cívica; fuera de esto, digo, Salado puede figurar entre los hombres corrientes, simpáticos, agradables, tan dispuestos para un fregado como para un barrido. Casado y con hijos, es mejor padre que esposo, y mejor alcalde para sí que padre para el pueblo que administra».

La vida personal del protagonista ha cambiado y no es ajeno a la situación social reflejada. Fajardo ha venido a mejor fortuna y ostenta título, por lo que «a mi nombre va unida, con el flamante título que ostento, la idea de sensatez; pertenezco a las clases conservadoras; soy una faceta del inmenso diamante que resplandece en la cimera del Estado y que se llama principio de autoridad: en mí se unen felizmente dos naturalezas, pues soy elemento joven, que es como decir inteligencia, y elemento de orden, que es como decir riqueza, poder, influjo. Váyanse, pues, unas libertades por otras, que algo se puede sacrificar de la doméstica para gozar la pública, la que nos autoriza para campar con nuestra capri-

chosa voluntad por encima de la cuitada multitud, a quien nunca falta rey que la ahorque ni papa que la excomulgue».

De pronto, llegan noticias inquietantes de Roma, con aires de revolución. Sin embargo, Fajardo está tranquilo, «rueden los tronos; vacile, ya que rodar no pueda, la inmortal tiara; sobre las monarquías deshechas alcen su imperio efímeras o vigorosas repúblicas. Nada de esto alterará la paz del hombre árbol, que ve resueltos los problemas de su nutrición vegetal, y siente bien asegurado el suelo entre sus hondas raíces. Mi optimismo me asegura que las tempestades europeas no se correrán a España, porque aquí tenemos la providencia de un D. Ramón María Narváez que con el ten con ten de su fiereza y gracias andaluzas, tigre cuando se ofrece, gato zalamero si es menester, maneja, gobierna y conduce a este díscolo reino, y en él asegura el bienestar de los que lo han adquirido, o están en el trajín de su adquisición. Vivame mil años mi *Espadón de Loja*, y durmamos tranquilos los que juntamente somos usufructuarios y sostenedores del orden social».

Un buen día el mismo Narváez confiesa en una conversación que «parece que aquí todos están locos... locos los de abajo, locos los de arriba y los de más arriba... Créalo usted: a veces, metido yo en mí mismo, me pregunto: ¿Pero seré yo solo el cuerdo entre tanto tocado, y mi papel aquí es el de rector de un manicomio?... ¡España y los españoles! ¡Vaya una tropa, compadre! Aquí, el gobierno no halla día seguro; aquí es imposible acostarse sin pensar: ¿qué absurdo, qué disparate nos caerá mañana? Y se da usted a discurrir cosas raras, y nunca acierta... ¡Porque mire usted que tenemos cosas, carape! El que inventó el llamar *cosas de España* a todos los desatinos que da de sí esta nación, ya supo lo que decía... Y aquí no se puede gobernar porque nadie está en su puesto, nadie en su obligación y en su papel, sino todo el mundo en el papel de los demás. Como que hay quien conspira contra sí mismo, sí, no lo dude usted, quien se entretiene en destruir su propia casa... labrada, Dios sabe cómo, con esfuerzos... que me río yo...! ¡Ay, pollo! Usted no es militar, usted no ha hecho la guerra, peleándose con otros españoles por un sí y un no; usted no se ha metido hasta la cintura en ríos de sangre. ¿Y todo para qué? Para que, a la vuelta de algunos años de lucha y de otros tantos de celebrar la victoria con himnos y luminarias, nos encontremos como el primer día... ni más ni menos que el primer día... Lo que digo: todos locos».

En cierta ocasión, en medio de una tertulia política, un interviniente plantea que «la exageración es lo que nos pierde a los españoles. Aquí el religioso cree que no lo es si no le damos la Inquisición, y el filósofo no ha de parar hasta la impiedad y el descreimiento; el militar quiere guerras para su medro personal, y el civil revoluciones para desarmar al ejército; el negociante no está contento si no alcanza ganancias locas por la usura y el monopolio; el hombre público no piensa más que en acaparar toda la influencia, dejando a los contrarios en seco. En todo la exageración, el fanatismo... Si Dios quisiera hacer de España un gran

pueblo, nos haría lo que no somos, sensatos... Pero búsqüenme en esta nación la sensatez. ¿Dónde está? En ninguna parte. No veo sensatez en los partidos; no la veo en la prensa; no hay sensatez en el gobierno... no hay sensatez, digámoslo aquí en confianza, ni en la familia real... ¿Y cómo le decimos al pueblo bajo que sea sensato si los que andamos por las alturas no lo somos?... En fin, amigos míos, buenas tardes... Es un poco insensato tanto charlar... Ya saben que me tienen siempre a sus órdenes».

Y, paso a paso, Fajardo asciende en la escala social hasta llegar a conocer personalmente a la misma reina. Estando con ella, esta le confiesa que «la verdad es que Dios me ha traído al mundo con bendición, pues bendición es el sin número de personas honradas que me han defendido, me defienden y me defenderán en lo que me quede de reinado. He sido muy dichosa... Tú calcula los miles de hombres que se han dejado matar por mí, y los que aún harán lo mismo cuando llegue el caso, que ojalá no llegue... Por eso quiero yo tanto al pueblo español, y, créelo, estoy siempre pensando en él... ¡Qué pueblo tan bueno! ¿verdad? Él me adora y yo lo adoro a él... Muchas veces, cuando estoy solita, cierro los ojos y procuro borrar de mi memoria las caras que comúnmente veo, toda esta gente de palacio, y los ministros y generales... Pues lo hago para representarme el pueblo, de quien sale todo, los pobrecitos españoles esparcidos por tantas villas, aldeas, valles y montes. Ellos son los que sostienen este trono mío, y me amparan con sus haciendas y sus vidas. Y yo digo: «Por fuerza pensarán en mí, como yo pienso en ellos, y al nombrarme dirán: *nuestra reina*, como yo digo: *mi pueblo*...».

La reina comparte con su interlocutor que su objetivo es «que mi pueblo sea feliz... ¡Y cuidado si es difícil esto de la felicidad de un pueblo! Porque uno viene y te dice una cosa, y luego entra otro y te dice otra cosa, y por aquí salta una capital gritando *tal y que sé yo*, y por allá otra grita lo contrario. Ya ves que no es fácil percibir la verdad en medio de esta grillera. Nunca sabe una si acierta o no acierta. ¿De quién hacer caso, a quién oír? Porque esto no se estudia, y aunque yo me aprendiera de memoria cuanto dicen los libros sobre los modos de gobernar, no adelantaría nada. No queda más que la inspiración, y pedir a Dios que me dirija, que me ponga las cosas bien claras, de modo que yo las pueda resolver. De Dios viene todo lo bueno... Dios, que ha permitido los sacrificios que este pueblo ha hecho por mí, me iluminará para que yo no resulte una ingrata».

Ensimismado nuestro protagonista ante tamaños acontecimientos vitales, en un momento determinado, Fajardo confiesa que su verdadera pasión es «la Historia interna y viva de los pueblos... Esa Historia no puedo escribirla... Para conocer sus elementos necesito vivirla, ¿entiendes? vivirla en el pueblo y junto al trono mismo. ¿Y cómo he de estudiar yo la palpitación nacional en esos dos extremos que abarcan toda la vida de una raza...? ¿No ves que es imposible? El ideal de esa Historia me fascina, me atrae... ¿pero cómo apoderarme de él? Por eso

estoy enfermo: mi mal es la perfecta conciencia de una misión, llámala aptitud, que no puedo cumplir».

De esa impotencia es testigo cuando, después de haber vivido un hecho histórico, un amigo de Fajardo lamenta: «¡Y pensar –me dijo Zaragoza sombrío, cuando nos retirábamos–, pensar que ni con estos rigores ni con todos los de la Inquisición, si los empleáramos, llegaríamos a conocer la verdad...! Quiero decir, el resorte principal, el nervio de este negocio». La eterna impotencia del historiador, fragmentos, solo podemos conocer meros fragmentos de verdad. Ello no amilana a Fajardo, quien piensa que «la verdad estaba próxima: yo la descubriría pronto, yo encontraría la representación viva del alma española... “No ceso de pensar en esa verdad que se nos oculta”, me dijo Zaragoza: y yo a él: “Pienso en lo mismo, Don José... y espero llegar a ella, descubrirla, dominarla, poseerla...”».

La redacción del presente episodio había tenido lugar después de que Galdós conociera personalmente a la reina Isabel. El 4 de diciembre, Galdós vuelve a escribir a León y Castillo: «Te agradeceré mucho que le preguntes a la simpatiquísima Reina D.^a Isabel si ha leído *Narváez* y qué opinión tiene del retrato que me he permitido hacer de ella. Me interesa muchísimo saber esta opinión, y ello ha de contribuir a que yo fije la dirección que he de tomar en los tomos nuevos». Al mismo tiempo, le traslada su interés por una nueva entrevista con la soberana, pues «la amabilidad, dulzura y gracia de Isabel II son inolvidables... Yo he de enaltecer su figura todo lo que pueda. Bien que la verdad histórica así lo exige»⁵³.

68. EPISODIOS NACIONALES: LOS DUENDES DE LA CAMARILLA (1903)

Madrid, noviembre de 1850. Un viejo militar herido, Bartolomé Gracián sostiene que «España vive siempre entre dos amos: el ejército y la clerecía: cuando el uno la deja, el otro la toma. ¿Duermen las espadas?, pues se despabila el fanatismo... No hay España sin libertad, y no hay libertad sin ejército... Al ejército debe España sus progresos, y el tener cierto aire de familia con los pueblos de Europa... No hablen mal de las revoluciones los que son personas y llevan camisa por haberse pronunciado. ¿La sedición, qué es? El instinto de la raza española, que, por no caer en la barbarie, da un grito, pega un brinco, y en su entusiasmo viene a caer un poquito más acá de la ordenanza».

Para muestra un botón, por lo que Gracián invita a repasar la lista de «todos los generales que tenemos, y veme señalando los que en tal o cual punto de su carrera no fueron condenados a muerte, o no merecían serlo por sediciosos, por faltar a esa preciosa disciplina. Imagina tú el cumplimiento estricto de la ordenanza en lo que va de siglo, y dime lo que con ese cumplimiento estricto sería la Historia de España. Tendrías que decirme una cosa que ya sé, y es que con la ordenanza virginal no habría Historia de España, o sería tan solo una página muy aburrida y muy negra de la historia eclesiástica».

Con la caída del gobierno de Narvaez y la subida de Bravo Murillo vuelven las especulaciones y contradicciones políticas. Unos sostienen que «este gobierno lo traen para que ponga la religión sobre la libertad, y el orden sobre el parlamentarismo... viene a moralizar la administración y a santificar al pueblo, apartándolo de los vicios». Desde otro bando apuntan que «los *honrados* no han venido para quitar el militarismo, ni para el arreglo de la deuda, ni para la moralidad, ni para las economías. Todas esas son pantallas del disimulado pensamiento de la *Honradez*, que es comerse la Constitución, cerrar las Cortes, o dejarlas siquiera con la puerta entornada, y abolir la imprenta libre... A esto han venido, y creer otra cosa es ver visiones». En medio, un pobre hombre que vive «en mitad de la calle, con el día y la noche por hacienda y el vagabundear por oficio. Díganme todos si no es esto una marranada, dispensando, y si no nos sobra razón a los españoles para tronar, como tronamos, contra este gobierno, y el otro y todos, y contra la pastelera alianza del trono y el altar, contra tanta cancamurria de libertad y Constitución».

La hija de este pobre le cuenta a una religiosa exclaustrada que su padre sostiene que «no hay cosa, por desatinada que sea, que no pueda ser verdad en este país, mayormente si es cosa contra la justicia y contra la paz de los hombres... Aquí puede pasar todo, y la palabra increíble debe ser borrada del libro ese muy grande donde están todas las palabras, porque en España nada hay que sea mismamente increíble». Esta le da la razón y subraya que «los españoles, hija... de varones hablo... son la peor gente del mundo, y no hay cristiano que los entienda ni los baraje. Se les da lo bueno, y lo tiran; les hablas con juicio, y dicen que estás loca. Progreso aquí significa andar para atrás como los cangrejos, libertad correr tras de un trapo colorado, orden pegar sin ton ni son, y decir gobierno es como decir: 'no hay quien me tosa'. Mucho ganaría esta nación si se dejara gobernar por mujeres listas, que las hay».

Más pesimista aún es otro personaje, un clérigo que aconseja a una de las protagonistas: «No sueñes con amor de hombre, ni con paz, ni con ningún bien, mientras no haya justicia y se dé a cada cual lo suyo... Espérate a que el mundo se arregle como es debido, y a que caigan todas las farsas y rueden los ídolos... Mientras eso no llegue, ¿qué hablas ahí de amor de hombre, si ahora, según estamos, nada es de nadie, y no se sabe a quién pertenece el hombre, ni la mujer tampoco? Donde no hay justicia, donde todo es iniquidad, ¿qué sacas de lamentarte? Escribes tus chillidos en el viento para que jueguen con ellos los pájaros... Todo es aquí tiranía, todo es dominio de los malos sobre los buenos, opresión del pobre por el rico, y del débil por el fuerte... ¿Dónde está el tuyo y el mío y el de cada cual? Los mandones le quitan a uno la camisa, y encima hay que darles las gracias porque no nos han quitado los calzones».

En el mismo año 1903 en que escribe este episodio, Galdós publica el artículo «Soñemos, alma, soñemos», en la revista *Alma española*, órgano de difusión de

tendencia regeneracionista que inicia su andadura precisamente con esta aportación galdosiana. Comienza con estas palabras: «Aprendamos, con lento estudio, a conocer lo que está muerto y lo que está vivo en el alma nuestra, en el alma española. Aprendámoslo aplicando el oído al palpar de estos enojos que reclaman justicia, equidad, orden, medios de existencia. Apliquemos todos los sentidos a la observación de los estímulos que apenas nacen se convierten en fuerzas, de los desconsuelos que derivan lentamente hacia la esperanza, de la gestación que actúa en los senos del arte, de la industria, de la ciencia... Observemos cómo el pensamiento trata de buscar los resortes rudimentarios de la acción, y cómo la acción tantea su primer gesto, su primer paso»⁵⁴.

Prosigue Galdós en este artículo señalando que «creemos que la pobreza es un mal y una injusticia, y la combatiremos dentro de la estricta ley del «tuyo y mío». Trabajaremos metódicamente con el despabilado pensamiento, o con las manos hábiles, atentos siempre a que esta pacienzuda labor nos lleve a poseer cuanto es necesario para una vida modesta y feliz, con todo lo que la sostiene y vigoriza, con todo lo que la recrea y embellece. Opongamos briosamente este propósito al furor de los ministros de la muerte nacional, y declaremos que no nos matarán aunque descarguen sobre nuestras cabezas los más fieros golpes; que no nos acabará tampoco el desprecio asfixiante; que no habrá malicia que nos inutilice, ni rayo que nos parta».

Nuestro autor ataca el «pesimismo que la España caduca nos predica para prepararnos a un deshonesto morir». Frente a la depresión post 98, reclama que «los últimos cincuenta años del siglo anterior marcan un progreso de incalculable significación, progreso puramente espiritual escondido en la vaguedad de las costumbres... Va siendo general la idea de que se puede vivir sin abonarse por medio de una credencial a los comederos del Estado: de este se espera muy poco en el sentido de abrir caminos anchos y nuevos a los negocios, a la industria y a las artes. El país se ha mirado en el espejo de su conciencia, horrorizándose de verse compuesto de un rebaño de analfabetos conducido a la miseria por otro rebaño de abogados. Del Estado se espera cada día menos; cada día más del esfuerzo de las colectividades, de la perseverancia y agudeza del individuo. Detrás, o más bien debajo de la vida entera del Estado, alienta otra vida que remusga y crece, y adquiere savia en las capas internas... Aceptamos al Estado como administrador de lo nuestro, como regulador de la vida de relación; ya no lo queremos como principio vital, ni como fondista y posadero, ni menos como nodriza. ¿No es esto un gran progreso, el mayor que puede imaginarse?».

Insiste Galdós en que «debajo de esta corteza del mundo oficial, en la cual campan y camparán por mucho tiempo figuras de pura, quizás necesaria representación, y la comparsa vistosa de políticos profesionales, existe una capa viva, en ignición creciente, que es el ser de la nación, realizado, con débil empuje toda-

vía, por la virtud de sus propios intentos y ambiciones, vida inicial, rudimentaria, pero con un poder de crecimiento que pasma».

El instrumento para avanzar no será otro que la educación, «procuremos grandes y chicos instruirnos y civilizarnos, persiguiendo las tinieblas que el que menos y el que más llevan dentro de su caletre. El cerebro español necesita más que otro alguno de limpienes enérgicos para que no quede huella de las negruras heredadas o adquiridas en la infancia. Y al paso que nos instruimos, cuidémonos mucho de no ser presumidos ni envidiosos, que el orgullo y el desagrado del bien ajeno son dos feisimas excrecencias adheridas a nuestro ser, que piden un formidable esfuerzo para ser arrancadas y arrojadas al fuego como yerba dañosa. La presunción es cosa muy mala, pero todavía que el desprecio de nosotros mismos, cuando nos da por creer que somos unos bárbaros incapaces de benignos sentimientos, de cultura y de vivir en paz unos con otros. Ni esto sirve para nada, ni menos el suponernos únicos poseedores de la verdad».

En suma, «cada cual en su puesto, cada cual en su obligación, con el propósito de cumplirla estrictamente, será la redención única y posible, poniendo sobre todo, el anhelo, la convicción firme de un vivir honrado y dichoso, en perfecta concordancia con el bienestar y la honradez de los demás».

69. EPISODIOS NACIONALES: LA REVOLUCIÓN DE JULIO (1904)

Estamos en la corte, principios de febrero de 1852. Fajardo presencia un atentado frustrado contra la reina Isabel a manos de un clérigo, el cura Martín Merino. Uno de los presentes exclama: «No sé qué daría por que ese hombre no resultara español. Un español puede ser todo lo depravado que se quiera; pero jamás atentará con mano aleve a la vida de sus queridos monarcas... Y al fin, contra un rey, pase; pero contra una reina, contra esta bondadosa reina, toda candor... Lo que yo digo: es una furia del averno vestida de cura... Y si no es extranjero, téngolo por extranjerizado». Cuando se conoce que «era exclaustro y había vivido en Francia muchos años, desempeñando un curato, rompió en estas o parecidas exclamaciones: «¿No lo decía yo? ¡Enciclopedia, demagogia, con su poco de espíritu del siglo, cosas que no existían en España cuando ésta era una nación de caballeros, que no mataban a sus reyes, sino que por ellos morían!».

Al día siguiente, Fajardo reconoce que «he creído siempre que el pueblo español ama verdaderamente a su reina. Pero hasta hoy, ante el reciente suceso que mi suegro llama hecatombe, no había yo visto clara la exaltación de ese cariño, que raya en idolatría. Hay que leer las manifestaciones de los pueblos, que nos trae la *Gaceta*, y el lenguaje que emplean algunos alcaldes en sus protestas contra el atentado». Además, el suceso «ha borrado la vana diferencia y mote de partidos, fundiéndose todos en la emoción unánime por la reina en peligro, por Isabel amenazada de un puñal alevoso... Da gusto ver los periódicos clamando contra el delincuente, y ofreciendo al ídolo nacional los homenajes de respeto y amor

más ardientes y sinceros. Sobre todo interés de bandos o grupos está la salud y la vida de la soberana».

Pasan cinco días y «ya no existe Merino. Ayer por la mañana, según dicen, hizo protesta de fe, y dictó un escrito pidiendo perdón a la reina. Las dos serían cuando le condujeron al suplicio, en burro, con su hopa amarilla llameada de rojo, para que la grosería de la cabalgadura y la horripilante fealdad del empaque, disfraz sustraído a las máscaras de la muerte, llevaran más fácilmente la ejemplaridad al pueblo. Luego, por la noche, le hicieron exequias a la romana: dieron fuego al cadáver, para que no quede hueso, ni momia, ni despojo alguno a que agarrarse pueda la memoria de los venideros. Así lo ha determinado el gobierno de Su Majestad, sospechando que la corrupción de los corazones nos traiga una nueva demagogia, tan devota del regicidio que dé en la manía de adorar el zancarrón de este desgraciado sujeto. Ello ha sido un simulacro del Santo Oficio en la mitad del siglo XIX, para que puedan echar una canita al aire los muchos que aquí conservan el gusto de la quemazón de gentes, y se remocen viendo arder a un muerto, ya que no pueden asar a los vivos».

Aquí interrumpe el relato, que prosigue en noviembre de 1853. Nos da cuenta de una amenaza creciente, de la «epidemia reinante, que llaman pasión de riquezas, fiebre de lujo y comodidades. Así nos lo cuentan y así lo vemos con nuestros propios ojos... [los españoles] no empiezan por el principio, que es instruirse y civilizarse, para después gozar. Dicen: gocemos, y luego nos civilizaremos. Ven todo ese material bonito y elegante que los extranjeros han inventado para su goce, para su descanso y recreo; y tomando el fin por el principio, piden que vengan acá esas maravillas, las compran, las usan, quieren gozar de ellas, creyendo que con adquirirlas y poseerlas son tan civilizados como los que las inventaron y luego las hicieron. Signo de cultura son las ricas alfombras, las tapicerías, los sillones de muelles en que se hunde el cuerpo perezoso. Pues tráiganmelo, dicen: decoraré con ello mi casa, me daré tono de hombre culto, y ya se verá luego de dónde saco los dineros para pagarlo. No ha de faltar un buen negocio, un repentino hallazgo de veta minera, un cambio político, un premio de lotería, una herencia de tíos de América».

En enero de 1854, «a la nariz me llegan olores de revolución sin que sepa precisar de dónde salen; pero ya puedo presumirlo, porque les acompaña tufo de cuarteles. Se nota en el vecindario madrileño esa especial alegría del pueblo español cuando hierve dentro de él el caldo de las conspiraciones, algo como preparativos de bodorrio plebeyo». A los pocos días tropieza con Antonio Cánovas del Castillo, «su talento duro y poco flexible me cautiva precisamente por eso, por la dureza y rigidez. Ya está uno harto de los ingenios chispeantes, volubles, imaginativos, que fascinan, y no van ni nos llevan a ninguna parte. Éste no dice más que la mitad de lo que piensa, y hará, creo yo, el doble de lo que dice».

En este ambiente prerrevolucionario, los partidarios de la revolución defienden que «los gobiernos duraderos originan enormes calamidades. ¿No condenamos la pereza en las personas? Pues peor es en los pueblos. Progresar quiere decir moverse, renovarse, mudar de estado, de postura, de ideales, de ensueños, de vestido, de modas. Hasta los enfermos crónicos y aprensivos abominan del reposo, cambian de enfermedades, y cada día inventan una nueva. No basta variar de médico; hay que variar de dolores. «Ya no me duele aquí, sino aquí». Progresar es cambiar de amigos, de novias, de afeites, de juegos, de aires. España es un mendigo que se aburre de estar siempre pidiendo en la misma esquina. «Vámonos a la de enfrente, que por esta no pasa nadie». España no necesita de la acción consolidadora del tiempo, porque no tiene nada que consolidar; necesita de la acción destructora, porque sus grandes necesidades son destructivas. Las revoluciones, que en otras partes desequilibran la existencia, aquí la entonan. ¿Por qué? Porque nuestra existencia es en cierto modo transitoria, algo que no puede definirse bien. Yo la veo como si el ser nacional estuviera muriendo y naciendo al mismo tiempo. Ni acaba de morir ni acaba de nacer. Por eso apetece el movimiento, la variación de ambiente, de personal, el cambio de hombres públicos, a ver si estos son menos sepultureros y más comadrones».

Cuando estalla la vicalvarada, por Madrid empiezan a circular las propuestas de los sublevados, «las promesas de los libertadores, harto vagas, hablan poco a la inteligencia del país, nada a su corazón. No se hacen las revoluciones por las ideas puras, sino por los sentimientos, revestidos del ropaje de las ideas. Los libertadores ofrecen cosas muy buenas, de esas que forman el tejido artificioso de todo programa político y revolucionario. Veámoslas: Pureza del régimen representativo, mejora de la legislación electoral y de imprenta, rebaja de los impuestos. ¿Te parece poco, infeliz nación; te parece vano, retórica de quincalla, de la de a dos cuartos la pieza? Pues allá va otra cosa: ¡Moralidad! Esto sí que es bonito. ¡Moralidad! Vamos a tener en el gobierno esa preciosa virtud. Y por si es poco, ahí va también otra joya incomparable: ¡Descentralización! ¿Qué tal? Descentralización y todo, y para completar tanta ventura, también os damos economías. No queremos pecar de cortos en el ofrecer. Economizaremos, moralizaremos y descentralizaremos... ¿Qué?, ¿no nos creen?».

Todas estas palabras no pudieron evitar el acaecimiento de algunos desmanes en el estallido revolucionario por las calles de Madrid, con su pago en sangre durante la noche del 17 de julio, pero, a juicio de Fajardo, «puestos todos a violar, no creo que deban cargarse a la cuenta de la plebe las más escandalosas violaciones. El favoritismo en altas esferas no hace menos estragos que la desatada barbarie en las bajas. No es el pueblo quien da forma de embudo a las leyes, ni quien envenena las aguas del poder en su propio manantial. Su ignorancia no es el único mal; otros males hay, de que son responsables los que leen de corrido, los que escriben con buena sintaxis, y los que hablan con sonora elocuencia. Así

están las leyes, arrinconadas como trastos viejos cuando perjudican a los que las han hecho. Así huele tan mal el libro de la Constitución». Solo sería el prelude de mayor derramamiento de sangre. Una vez pacificadas las calles, concordados palacio y los sublevados, «aquí quedaba Madrid con su corte, su política y el eterno rodar de los artificios, que se suceden mudándose, y se mudan para ser siempre los mismos».

El mismo año de la publicación de este episodio, el 10 de abril de 1904, a raíz de la muerte de Isabel II en París, Galdós escribe un artículo en *El Liberal* bajo el título «La Reina Isabel». En él cuenta impresiones de sus entrevistas con la reina en la capital francesa. La dibuja como una mujer cordial, y nos narra que «la amabilidad de Isabel II tenía mucho de doméstica. La nación era para ella una familia, propiamente la familia grande, que por su propia ilimitación permite que se le den y se le tomen todas las confianzas. En el trato con los españoles no acentuaba sino muy discretamente la diferencia de categorías, como si obligada se creyese a extender la majestad suya y dar con ella cierto agasajo a todos los de la casa nacional». Asimismo, compartió con nuestro autor «cuán difíciles fueron para ella los comienzos de su reinado, expuesto a mil tropiezos por no tener a nadie que desinteresadamente la guiara y aconsejara».

De palabras de la propia reina transcribe que «los que podían hacerlo no sabían una palabra de arte de gobierno constitucional, eran cortesanos que solo entendían de etiqueta, y como se tratara de política, no había quien les sacara del absolutismo. Los que eran ilustrados y sabían de constituciones y de todas estas cosas, no me aleccionaban sino en los casos que pudieran serles favorables, dejándome a obscuras si se trataba de algo en que mi buen conocimiento pudiera favorecer al contrario. ¿Qué había de hacer yo, tan jovencilla, reina a los catorce años, sin ningún freno en mi voluntad, con todo el dinero a mano para mis antojos y para darme el gusto de favorecer a los necesitados, no viendo a mi lado más que personas que se doblaban como cañas, ni oyendo más que voces de adulación que me aturdían? ¿Qué había de hacer yo?... Pónganse en mi caso».

Galdós confiesa que «si yo hubiera tenido confianza y autoridad, habríame quizás atrevido a decirle: ¿Verdad, señora, que en tal mente de vuestra majestad no entró jamás la idea del Estado? Entró, sí, la realeza, idea fácilmente adquirida en la propia cuna; pero el Estado, el invisible ser político de la nación, expresado con forma de lenguaje antes que por pomposas galas que hablan exclusivamente a los ojos, rondaba el entendimiento de vuestra majestad, sin decidirse a entrar en él. ¿Verdad que criaron a vuestra majestad en la persuasión de que hacer podía cuanto se le antojara, y quitar y poner gobernantes como si cambiase de ropa? ¿No confió vuestra majestad demasiado en el amor de su pueblo y en la protección divina, dos cosas ¡ay! sujetas a inesperadas y lastimosas quimeras? Porque los pueblos aman, y Dios protege, pero siempre con su cuenta y razón. El amor de los pueblos es siempre más egoísta que el de los hombres, y han menester los

reyes de una constante atención sobre las vidas y sobre los intereses de la familia nacional para que esta se mantenga firme en sus cariños y no se revuelva cuando se ve burlada y convertida en rebaño. El favor del cielo debió vuestra majestad esperarlo como sanción de sus acciones y de su fiel cumplimiento de las leyes, y no vislumbrando tras de las milagrerías y enredos con que alucinaban a la pobre niña y reina».

En la última ocasión que nuestro autor la vio, la reina le confiesa: «Yo quiero, he querido siempre el bien del pueblo español. El querer lo tiene una en el corazón; pero, ¿el poder, dónde está?... Sólo Dios manda el poder cuando más conviene... Yo he querido... ¿El no poder, ha consistido en mí o en los demás? Esta es mi duda». Galdós nos cuenta que «vestía un traje holgado de terciopelo azul; su paso era lento y trabajoso. En el salón nos despidió, repitiendo las fórmulas tiernas de amistad que prodigaba con singular encanto. Su rostro vulnerable, su mirada dulce y afectuosa persistieron largo tiempo en mi memoria».

Concluye su artículo nuestro autor admitiendo que la reina «fue generosa, olvidó las injurias, hizo todo el bien que pudo en la concesión de mercedes y beneficios materiales; se reveló por un altruismo desenfadado, y llevaba en el fondo de su espíritu un germen de compasión impulsiva en cierto modo relacionado con la idea socialista, porque de él procedía su afán de distribuir todos los bienes de que podía disponer, y de acudir a donde quiera que una necesidad grande o pequeña la llamaba. Era una gran revolucionaria inconsciente, que hubiera repartido los tesoros del mundo, si en su mano los tuviera, buscando una equidad soñada y una justicia que aún se esconde en las vaguedades del tiempo futuro».

70. EPISODIOS NACIONALES: O'DONNELL (1904)

«El nombre de O'Donnell al frente de este libro significa el coto de tiempo que corresponde a los hechos y personas aquí representados. Solemos designar las cosas históricas, o con el mote de su propia síntesis psicológica, o con la divisa de su abolengo, esto es, el nombre de quien trajo el estado social y político que a tales personas y cosas dio fisonomía y color. Fue O'Donnell una época, como lo fueron antes y después Espartero y Prim, y como estos, sus ideas crearon diversos hechos públicos, y sus actos engendraron infinidad de manifestaciones particulares, que amasadas y conglomeradas adquieren en la sucesión de los días carácter de unidad histórica». Así comienza este nuevo episodio, que da paso al bienio progresista. Tarea nuestra será bosquejar en esta obra, dedicada a un personaje, insinuaciones acerca de nuestro objeto de conocimiento.

Ante los disturbios y desórdenes provocados durante los primeros compases del gobierno de Espartero, un progresista, nuestro viejo conocido Centurión, lamenta que «si tenemos Cortes legalmente convocadas, que sin levantar mano se ocupan en darnos una Constitución nueva, pues las viejas ya no sirven, ¿por qué

no esperamos a que esa nueva Constitución se remate, se sancione y promulgue, para ver cuán lindamente nos asegura, a clavo pasado, los principios de libertad, resolviendo para siempre la cuestión del pan y del queso, y de los garbanzos de Dios?». A la par, lamenta los excesos de algunos progresistas que «quieren llevarnos a la anarquía, con esa maldita república que no admite trono... ¡Como si pudiera existir la libertad sin trono!».

Si por abajo la cosa no apunta bien, por arriba parece que tampoco hay muchas esperanzas. Prosigue nuestro narrador Fajardo y, después de apuntar la decadencia moral de cierta aristocracia, recuerda que «nuestros hombres de dinero no se aventuran en ningún negocio que no vean claro y seguro desde el momento en que se les plantea. Por rutina y por comodidad, van tras las ganancias fáciles, con poco riesgo y sin quebraderos de cabeza. Han tomado el gusto a las gangas que nos ha traído la transformación social; se han acostumbrado a comprar bienes nacionales por cuatro cuartos, encontrándose en poco tiempo poseedores de campos extensos, feraces, y no se avienen a emplear el dinero en operaciones aleatorias de beneficio lento y obscuro. No les censuramos por esto: es condición humana. Que nuestros ricos están a las maduras, y no a las agrias, lo ves palpablemente en que pudieron agruparse y acometer con dinero español empresa tan nacional y útil como el ferrocarril de Madrid a Irún, y se han echado atrás, dejando esta especulación en manos de extranjeros. No sienten estos señores el negocio con espíritu amplio y visión del porvenir: ven solo lo inmediato y se asustan de la menor sombra. Carecen de la virtud propiamente española, la paciencia. Verdad que esta virtud no la tenemos más que para el sufrimiento... Un principio negativo les ha hecho ricos... Grandes casas son, levantadas con material de ruinas... Han contratado el derribo de la España vieja. ¿La nueva quién la construirá?».

En el transcurso de los acontecimientos políticos, cuando O'Donnell le gana la partida a Espartero, el relator lamenta que «las Cortes constituyentes agonizaban... Las Cortes se acababan, morían sin lucha y sin gloria, abandonadas del caudillo que tenía el deber de defenderlas, y lloraban su desdichada suerte frente a dieciocho mil hijos ingratos, que no sabían disparar un tiro en defensa de su madre».

Vencedor el general que da nombre a este episodio y puesto el narrador en su mente, comparte con nosotros sus desvelos mientras intenta conciliar el sueño: «No hay manera de crear un país a la moderna sobre este cementerio de la quiotería y de la Inquisición... Modo de arreglar a esta nación: saco del partido moderado y del progresista los hombres que en ellos hay inteligentes, limpios, bien educados; los cojo, con ellos me arreglo, dejando a los fanáticos y a los tontos, que para nada sirven... Con esta flor de los partidos amaso mi pan nuevo... Unión Liberal... Reunimos y organizamos lo útil, lo mejor, lo más inteligente; y lo demás, que se descomponga y vuelva al montón».

Curiosamente, de poco le sirvió, pues la reina pronto le sustituyó por Narváez, y vuelta al ciclo moderado, «¡no era mal puntapié el que la España vieja, momificada en sus rutinas absolutistas e inquisitoriales, daba en semejante parte a la España nueva, tan emperejilada y compuesta entonces con su justo medio, su Unión de hombres listos y pulcros, y su poquito de desamortización, para mejorar siquiera el rancho que veníamos repartiendo en el hospicio suelto!... ¡Qué país tan dichoso! ¿Quién duda que hemos nacido de pie los españoles?».

Los resultados no se hicieron esperar, pues «¡no había caído mala nube sobre nuestra pobre España! Los moderados, con el brazo férreo de Narváez y la despejada cabeza de Nocedal, estaban otra vez en campaña, comiéndose los niños crudos, y los buenos platos guisados del presupuesto. Todo para ellos era poco: ni una plaza dejaron para los infelices del Progreso y la Unión. A los españoles que no eran borregos del odioso moderantismo, les miraban como clase inferior, esclava y embrutecida. ¿Era esto gobernar un país? ¿Era esto más que una feroz política de venganza? A la Ley de desamortización dieron carpetazo, y en cambio sacaban nueva Ley de imprenta, que no era más que un régimen de mordaza, de Inquisición contra la grande herejía de la verdad. Temblaban los ciudadanos que en su vida tenían algún antecedente liberal; otros defendían sus personas y haciendas con el ardid de la adulación. El alma de España cubríase de las nieblas del miedo y en sí misma se recogía, como los inocentes acusados y perseguidos que al fin llegan a creerse criminales».

En tal estado de cosas, enterado nuestro personaje Centurión de los sucesos del Arahál, exclama en voz alta: «¿Qué pedían los valientes revolucionarios del Arahál? ¿Pedían libertad? No. ¿Pedían la Constitución del 12 o del 37? No. ¿Pedían acaso la desamortización? No. Pedían pan... pan... quizás en forma y condimento de gazpacho... Y este pan lo pedían llamando al pan democracia, y a su hambre reacción... quiere decirse que para matar el hambre, o sea la reacción, necesitaban democracia, o llámese pan para mayor claridad... No creáis que aquella revolución era política, ni que reclamaba un cambio de gobierno... era el movimiento y la voz de la primera necesidad humana, el comer. Bueno: ¿pues qué hace el Gobierno con estos pobres hambrientos? ¿Mandarles algunos carros cargados de hogazas? No. ¿Mandarles harina para que amasen el pan? No. ¿Mandarles cuartos para que compren harina? No. Les manda dos batallones con las cartucheras surtidas de pólvora y balas. La tropa, bien comida, pone cerco al pueblo, embiste, penetra en las calles y acosa con tiros a la multitud revolucionaria para que se entregue. ¿Por ventura los soldados apuntan a la cabeza? No. ¿Apuntan al corazón? No. Apuntan a los estómagos, que son las entrañas culpables. El corazón y el cerebro no son culpables... No van los tiros a matar las ideas, que no existen; no van a matar los sentimientos, que tampoco existen: van a matar el hambre... España pide sopas: ¡tiros! España pide Justicia: ¡tiros!».

Como contrapunto, en una comida de alto copete celebrada con presencia de responsables gubernamentales, un viejo moderado, nuestro antiguo conocido Socobio, subraya que «España es la primera nación del mundo por el valor y por la sobriedad. ¿Qué mayor gloria para un país que vivir sin comer? Los españoles han hecho en ayunas su brillante Historia... España no había cultivado nunca las artes que no eran espirituales, y que entre todas las filosofías había preferido el ascetismo, que resuelve de plano y sin quebraderos de cabeza la cuestión de subsistencias... Es España la cristalización del milagro: vivir sin trabajar, trabajar sin comer, comer sin arte y hacer una Historia que así revela el poder de las voluntades como el vacío de los estómagos».

71. EPISODIOS NACIONALES: AITA-TETTAUEN (1905)

Cuando Galdós escribe este episodio, la discusión en torno a la posibilidad de que la consolidación y expansión en el norte de África constituyera una herramienta para operar la regeneración nacional, y que España recuperara la posición perdida (o, al menos, cierta posición) en el concierto internacional, era objeto de un vivo debate público⁵⁵. La aventura exterior aparece así como posible solución a los problemas nacionales. La presente narración nos sitúa a mediados del siglo, en el giro expansionista intentado en el norte de África por el gobierno del general O'Donnell en 1859.

Con la declaración de guerra, un ánimo voluntarioso exclama: «¡Qué hermoso espectáculo el de un pueblo que antes de ver realizadas las hazañas ya las da por hechas! Lo que la Historia no ha escrito aún, lo ve la fe con sus ojos vendados. Creer ciegamente en el fin glorioso de la campaña, equivale a la realidad de ese fin. Ved cómo las madres pobres de las aldeas no se afligen de ver partir a sus hijos para el África... Ved cómo la nación entrega cuanto posee, para que nada falte al soldado. Aquí dan dinero, allá provisiones, acullá las damas des-tejen con sus finos dedos las telas... quiero decir que sacan hilas para curar a los heridos. Quien da caballos, quien mulas... Los pueblos ricos dan zapatos; los pobres, alpargatas. Los obispos empeñan la mitra, y los catedráticos sacrifican parte de sus miserables pagas... ¡Espectáculo admirable, sublime, que nos consuela de las vulgaridades y miserias de la política!... El ideal de la patria se sobrepone a todos los ideales cuando el honor de la nación está en peligro. Puede la nación vivir sin riquezas, sin paz, y aun privada de los bienes del progreso puede vivir; pero sin honor nunca vivirá. O lava con sangre los ultrajes hechos a su nombre y representación, o arrastrará una existencia de vilipendio, despreciada de todo el mundo».

Otros son más realistas y plantean que «aún no sabemos lo que será O'Donnell como general en jefe del ejército de África: es de creer que sepa conducirlo y acaudillarlo con la mayor ventaja nuestra y daño grande del enemigo. Esto lo veremos. Lo que no tiene duda es que el buen señor se acredita con esta

guerra de político muy ladino, de los de vista larga, pues levantando al país para la guerra y encendiendo el patriotismo, consigue que todos los españoles, sin faltar uno, piensen una misma cosa y sientan lo mismo, como si un solo corazón existiera para tantos pechos y con una sola idea se alumbraran todos los caletres. ¿Les parece a ustedes poco? Esto es lo más grande que se ha hecho en España desde que yo nací, y me alegro, pues en mi larga vida no he visto más que trifulcas entre españoles, guerra de sangre, de discursos, motines, y persecuciones de estos contra los otros».

Por su parte, el narrador nos cuenta que «allí se vio la grande generosidad de este pueblo, que olvidaba sus miserias, resignándose a comer entusiasmo y glorias, mal aderezadas con pan seco. Las madres ofrecían todos sus hijos, y los viejos querían alargar su vida para presenciar tantas victorias; los curas tocaban el clarín y salpicaban de agua bendita los roses de los soldados, incitándoles a no volver sin dejar destruido el islamismo, arrasadas las mezquitas, y clavada la cruz en todos los alcázares agarenos. Gentes había mal nutridas, que lloraban oyendo hablar del próximo embarque de tropas, y darían su última pitanza por que nada faltase a nuestros valientes soldados. Nunca habían visto los nacidos un movimiento de opinión tan poderoso y unánime».

Los voluntariosos de la primera hora tuvieron ocasión de reflexionar sobre sus pensamientos en cuanto pusieron los pies en el continente africano. A los pocos días, quien alabó las bendiciones de la declaración de guerra, confiesa a un amigo que «estoy desilusionado de la guerra. Te reirás de mí, acordándote de aquel entusiasmo mío que más parecía locura... Pues sí, en mi espíritu se han marchitado todas aquellas flores que fueron mi encanto... Vine a esta guerra con ilusiones de amor. La guerra era mi novia, y yo el novio compuesto y lleno de esperanzas. Imagínate lo que habré sufrido al ver que mi amada se me vuelve fea y hombruna, que sus azahares apestan tanto como su boca... La guerra, vista en la realidad, se me ha hecho tan odiosa como bella se me representaba cuando de ella me enamoré por las lecturas».

En medio de sus andanzas, este personaje conoce a un español mahometizado, quien le encarece «las ventajas de vivir en Marruecos en calidad de moro, disfrazándose para ello de lenguaje, de costumbres y de religión, y ensalzó el beneficio grande que resulta de existir allí muy pocas leyes, simplificación legislativa que compensaba el bárbaro despotismo del sultán. Este no era tan intolerable para el hombre flexible y astuto que supiera adaptarse al suelo y hacer sus pulmones al ambiente de un país sin gobierno excesivo, tiranía ciega y caprichosa. Era cuestión de marrullería, de estudio de los hombres y de conocimiento de la fundamental ciencia del Magreb, que es la gramática parda... En África no tienes más carrera que la de mendigo si no estudias todas las artes del fingimiento. El cristiano que acá venga y no sepa fingir, o muere o tiene que salir pitando.

Se hace aquí fortuna más o menos grande según el grado de simulación que cada uno se traiga para poder vivir entre esta plebe».

72. EPISODIOS NACIONALES: CARLOS VI EN LA RÁPITA (1905)

El comienzo de este episodio prosigue narrando las vicisitudes de uno de los componentes del ejército español en África. Firmada la paz entre los contendientes, el español mahometizado, que conocimos en el anterior, cuenta que «la primera condición de la paz es que los españoles se volverán a su casa, donde, si quieren guerra, pueden ejercitarse en la civil todo lo que gusten... España ha conseguido lo que se proponía, que no era conquistar territorios, sino hacer una demostración de su poder militar. Todo el mundo ha podido ver que tenéis un gran ejército pequeño... Es grande vuestro ejército, porque tiene generales entendidos que lo manden; tiene oficiales que conocen y practican con devoción religiosa los dogmas de valor, deber y disciplina; soldados tiene que son heroicos con inocencia y naturalidad, borregos para el amor de la patria, leones para su defensa; tiene, en fin, armas y pertrechos de superior calidad, todo bien discurrido y dispuesto por manos sabias y militares. Pero si por esto es grande, pequeño es por la cifra de sus hombres, la cual no le bastará contra cualquiera otro de los reinos ambiciosos que hay en esos mundos, del Estrecho para allá».

Por si pareciera poco, «se lleva también buen surtido de honor y caballería, cosas que entiendo yo van escaseando allá por el desmedido uso que de ellas se ha hecho. Lleva también el mayor acopio posible de militar autoridad, con que el buen O'Donnell pueda espantar y hacer el coco a los políticos que le estorban, o no le dejan hacer su gusto en el gobierno de una nación revuelta, engañada y desengañada de tantas coplas de libertad, constitución, y viva la Pepa... No, no deben irse descontentos los españoles con este botín».

Este español musulmán pregunta a uno de los soldados sobre su posible ocupación a la vuelta a España, a lo que responde que «soy enemigo de la violencia: no hay que hablarme, pues, de que sea yo militar. Detesto los enredos curiales y la prestidigitación leguleya: nunca seré abogado ni escribano, ni juez. La medicina y farmacia no entran en mí, creyente en la naturaleza, que así trae los males como los quita. Artes de ingeniero no me seducen, porque ellas tienen su fundamento en las matemáticas, que no he podido entender nunca. Marina me repugna, porque nada me causa tanto pavor como el oleaje de las aguas y el vaivén de los barcos. Comercio no entra en mí, porque se basa en los números, y en un calcular frío de ganancias y pérdidas que no se aviene a mi entendimiento... He de ser sacerdote si quiero ser algo».

Retomado el contacto entre este soldado llamado al sacerdocio y Fajardo, este le desengaña y le aclara que las glorias militares ya no están en boga y que «¿no sabes que ha venido de fuera una moda horrible, una tromba, un huracán, una cosa pedestre y asoladora que se llama Economía Política? ¿No sabes que ahora

el buen tono está en ser uno economista, y en predicar el fárrago de las ideas económicas? Pues este virus, como diría mi señor suegro, ha dañado el alma candorosa y esencialmente hispana».

Desde la óptica de la política partidaria, «no hay ahora en España más fuerza que la Unión Liberal, sincretismo, como algunos dicen, que es la última palabra de la ciencia política, fuerza que ha de ser liberal para las ideas y despótica para las acciones, conciliadora del progreso y la tradición, con proyectismo largo de obras públicas y de fomento material, enseñando siempre la estaca para que el país obedezca y olvide las bullangas. La Unión Liberal quiere ilustración y silencio; quiere mejorar a España de comida y ropa, manteniéndola en el encantamiento de las glorias militares».

Sin embargo, vuelven los rumores de un posible levantamiento carlista a favor, ahora, del posible Carlos VI. Un clérigo, partidario carlista, narra cómo el monarca francés, Napoleón III, «nos ofreció protección, y no ha cumplido, ese buscarruidos, ese... no quiero llamarle por su nombre... el marido de la Eugenia». Frente a este sostén galo, «los progresistas cuentan con el apoyo de Inglaterra, protectora de la Unión Liberal, de O'Donnell, de Prim, y de este maldito Dulce, que manda en Cataluña... La Inglaterra se ha metido donde no la llamaban, y palacio se ha zurrado de miedo. La familia reinante usurpadora había entrado ya por el aro, aviniéndose al arreglo y transacción de los derechos de unos y otros Borbones; acordada estaba ya la forma y modo de establecer la gran Monarquía católica, perpetua y definitiva... y ved aquí que los reinantes de Madrid dicen *yo no juego*, y se vuelven atrás, dejando a los leales en la estacada... Ello habrá sido por metimiento de la Inglaterra... Pues espérense un poco, que ya recibirán su merecido. Con el apoyo y el dinero inglés, los progresistas y O'Donnell y toda esa taifa darán cuenta del trono... Hemos de ver a la Isabel emigrada y sin un real, teniendo que lavar la ropa de la Eugenia para ganarse un triste cocido... No se ría, ángel, que eso lo verá usted, que es un joven, y yo también, que ya voy para viejo... porque irá de prisa, muy de prisa, la descomposición y ruina de las cosas».

73. EPISODIOS NACIONALES: LA VUELTA AL MUNDO EN LA NUMANCIA (1906)

La política internacional es también uno de los ejes del presente relato, ahora centrado en nuestras relaciones con la América hispana. En el plano interno, uno de los personajes de este nuevo episodio levanta el velo a «la organización y disciplina masónica que se impusieron los liberales, para formar un haz de combatientes con que tener a raya el poder ominoso de la moderación. Esta no era más que un retoño de la insolencia señorial en el suelo y ambiente contemporáneos; el feudalismo del siglo XIV, redivivo con el afeite de artificios legales, constitucionales y dogmáticos, que muchos hombres del día emplean para pintarrapear sus viejas caras medievales, y ocultar la crueldad y fieros apetitos de sus bárbaros caracteres... mandones que con nobleza o sin ella, con buenas o malas

formas, caciqueaban en todas las provincias, partidos y ciudades de este vetusto reino emperifollado a la moderna. Los perifollos eran códigos, leyes, reglamentos, programas y discursos que no alteraban la condición arbitraria, inquisitorial y frailuna del hispano temperamento».

Prosigue el informante contando que «los principales fines de la oligarquía dominante eran ganar las elecciones, repartir a su gusto los impuestos cargando la mano en los enemigos, aplicar la justicia conforme al interés de los encumbrados, subastar la renta (que así llamaban entonces a los consumos) en la forma más conveniente a los ricos, y establecer el reglamento del embudo para que fuese castigado el matute pobre, y aliviado de toda pena el de los pudientes. Con tales maniobras, no solo era reducido el pueblo a la triste condición de monigote político, sin ninguna influencia en las cosas del procomún, sino que se le perseguía y atacaba en el terreno de la vida material, en el santo comer y alimentarse, dicho sea con toda crudeza».

Pasando al plano internacional, resulta que la *Numancia* es una flamante fragata de la Armada española, fabricada en Francia, y que realiza su viaje de inauguración. En ella se embarca un marino en busca de su hija, huida con un peruano. Al llegar a Lima, adquiere noticias de que la joven siguió a su enamorado «deslumbrada por la poesía exuberante de América. América es ya su patria; España, clásica, rígida y enjuta, ya no lo es... Todo esto quiere decir, por ejemplo, que cuando España arroja de sí el romanticismo, América lo recoge. Los ideales que desechan las madres maduras son recogidos por las hijas tiernas... España coge su rueca, y se pone a hilar el pasado; tu hija hila el porvenir... en rueca de oro».

Otro personaje hispanoamericano le comenta que «no me meto en si España desenvaina su espada con razón o sin ella. Español trasplantado en América, no entiendo bien estas cosas, y lo que quiero y pido es que la envaine sin deshonor... El que viene de aquel hemisferio a este, se va dejando en las aguas los puntillos de honra. Cuando uno se establece aquí para ganarse la vida, están muy pasados por agua los orgullos de allá... y esto debe España tenerlo en cuenta antes de sacar de la vaina el espadón... Estos países son hijos del nuestro emancipados, harto grandullones ya para vivir arrimados a las faldas de la madre... y aunque sean algo calaveras, no debe la madre ponerse con ellos demasiado fosca. Son republicanos; han roto con la historia vieja, y se traen ellos su historia. España les dio con su sangre la picazón de las rebeldías... debe tratarlos con indulgencia, y no reparar tanto en lo que dicen, que de muchachos no debe esperarse mucho comedimiento en la palabra. En fin, este es mi parecer. Tómenlo como quieran. Soy español trasplantado: lo que digo es mi pensamiento natural... y algo más que me entra por las raíces».

En tierras americanas, la *Numancia* se ve envuelta en un grave incidente diplomático con el gobierno chileno, formando parte de la escuadra que pretende

obtener una satisfacción de dicho ejecutivo cuando corre el año 1866. Pero las cosas no son fáciles a tal distancia de la madre patria, «la flota yanqui, así como la inglesa y los barcos italianos y franceses, venían al apoyo moral de Chile por la simpatía, y a quebrantar a los españoles por el despego y la callada hostilidad que en toda ocasión les mostraban. Así, la incauta y soñadora España llegó a encontrarse sola frente a dos repúblicas que ante ella desplegaban un frente de costa casi de mil leguas; y contra aquel frente tenía que combatir sin ayuda de nadie, sin amparo de ningún pedazo de tierra, llevando consigo las armas, la comida, el carbón y la bandera. Pocas manos eran para tantas cosas... En tanto la madre, llevada por lastimosos errores de toda la familia a los extremos del coraje, no tenía más remedio que saludar a Chile con algo más que ruido y humo de pólvora. Los enojos no aplacados y los ultrajes no satisfechos, forzosamente conducían a la violencia; que las naciones, cuanto más viejas, más aferradas viven a la rutina caballeresca del honor. El honor no existe sin valentía».

Lamentablemente, «España, al fin y al cabo, pagaba las culpas de sus diplomáticos y de sus gobernantes. Toda guerra tiene o debe tener una finalidad militar o mercantil: los fines de la nuestra en el Pacífico no se veían claros, como no fueran el fin sin fin de abandonar los principios de la historia nueva para reanudar una historia concluida. Tres mil hombres mal contados constituían la dotación de las cinco naves de combate y de las embarcaciones auxiliares y de convoy que representaban a España en las aguas del Pacífico. Aquellas tres mil voluntades, de diferentes categorías, eran o creían ser la voluntad integral de la nación; las tablas o las planchas de hierro en que los hombres se sostenían, eran el suelo mismo de la patria flotando sobre las olas; la bandera que flameaba en los aires era el nombre, la historia, el *qué dirán* de los países extranjeros, el *primero soy yo*, que así gobierna las almas de los individuos como las de los pueblos».

En resumen, «ciegos los gobiernos de acá y de allá, y encastillados en ridículos puntos de amor propio, quedó la Marina sola, con toda la responsabilidad sobre sí, a tres mil leguas de la patria, y obligada a proceder con acción tanto diplomática como militar, hasta dar por liquidada y conclusa una empresa cuya finalidad era tan oscura en el terreno comercial como en el político... La paz no podían hacerla los españoles allí presentes, sino otros que mandaría después el gobierno con más papeles que cañones».

74. EPISODIOS NACIONALES: PRIM (1906)

Al comienzo de este episodio, justo cuando Prim acaba de salir para México en misión oficial, llega a Madrid, procedente de su pueblo, el joven conocido como «Santiaguito Iberito» (por ser hijo de Íbero). En los primeros días pasea por la corte y manifiesta que «su repugnancia de las carreras y de los títulos académicos era más grande en el interior de la Universidad que en la libre calle bullanguera. ¡Leyes! ¿Y todos aquellos guapos y agudos chicos andaban allí para llenar-

se el cacumen de conocimientos jurídicos o curialescos? ¿Tantas leyes hay que necesitamos un desmesurado edificio y un ejército de maestros para enseñarlas? ¿Y dónde, dónde, moño, se estudiaba el arte de aplicar la justicia y de gobernar al pueblo?».

Corrían entonces los tiempos en que Francia maniobraba para instaurar una monarquía mejicana para Maximiliano. En este contexto, «el ardiente españolismo de Isabel II se sublevaba y enfurecía viendo elegido para el trono de México a un príncipe austriaco, con desprecio de los españoles príncipes. ¿Podía España tolerar tal vilipendio? No se concebían en América Majestades que no fueran de acá, de la raza y pueblo que descubrió, conquistó y civilizó, como Dios le daba a entender, aquellas doradas tierras. ¿No habían de ser españoles los soberanos de América? Pues quedárase esta con sus repúblicas, que bien españolas eran por sus dictaduras y sus pronunciamientos. Esto pensaba Isabel, y Prim supo que así pensaba».

En las tertulias políticas se apuntaban manifestaciones como la siguiente: «¡Vaya que querer encajarle a México un rey austriaco! ¿Pues no teníamos aquí para esa plaza al Infante don Francisco, a la Infanta Luisa Fernanda con su Montpensier, que mejor estaría en América que en España, y a otros príncipes descarriados y costosos? En fin, que Prim había hecho muy bien en decir «ahí queda eso». Con su retirada se acreditaba de buen español y de leal amigo de la reina».

Pero las cosas no andan bien por casa, «cada crisis traía estridores de infierno y crujido de maldiciones. La bondadosa y antojadiza reina no veía ni oía nada de esto. Descuidada, dormía en sus esparcimientos por la virtud de las opiatas que le daban sus mayores enemigos, que eran los más próximos, sin que una voz patriótica gritara en su oído: «Mujer, las reinas no duermen tanto». El pueblo, en cambio, despertaba. Muchedumbre de voces airadas o burlonas, en toda la haz de la Península, desde Pirene a Calpe, contaban los desvaríos de la corte, la inepticia de los gobiernos, el abandono en que miserablemente yacía la vida nacional, como pupila recluida por sus tutores en un rincón de la casa. Las voces resonaban en las ciudades populosas, en las villas que parecían muertas, en las aldeas labradoras. Del conjunto de ellas resultaba un zumbido de inmenso moscardón que vagaba con vuelo de ondas inciertas, aquí más tenue, allá más profundo. Si lo aventaban, sonaba más fuerte. En todo tiempo ha flotado sobre los pueblos este invisible y runflante insecto; mas nunca, en lo que llevábamos de siglo, había expresado cosas tan feas, ni tanto desprecio de los altos poderes».

Tal ambiente, aumentado con el tiempo, hace exclamar a nuestro viejo conocido Fajardo que «cuando un pueblo tiene metido el motín en el alma, basta que se reúnan diez y seis personas para que salgan diez y seis mil a ver qué pasa». Eran las vísperas de la noche de San Daniel. Prim aprovecha todo este ambiente y comienza un historial conspirativo, de modo que «Prim era la luz de la patria,

la dignidad del Estado, la igualdad ante la ley, la paz y la cultura de la nación. Y tal maña se habían dado la España caduca y el dinastismo ciego y servil, que Prim, condenado a muerte después de la sublevación del 3 de Enero [de 1866], personificaba todo lo que la raza poseía de virilidad, juventud y ansia de vivir».

En uno de estos lances de sublevación, el cuartel de San Gil mantiene el levantamiento en junio de ese año, que será sofocado por tropas bajo el mando de Serrano y O'Donnell, «sangre y muertos en todos los pisos mostraban cuán recia fue la batalla entre el nombre de Prim y el de Isabel II. Lástima de brío militar empleado sin fruto, y perdido en el torrente político más espumoso. Creyérase que el morir hombres y más hombres era necesario, por ley fatal, para la consolidación de nuestros altares y tronos, de perfecta índole asiática. ¡Vive Dios que ningún poder se asentó jamás sobre tan ancha y alta pila de cadáveres!».

75. EPISODIOS NACIONALES: LA DE LOS TRISTES DESTINOS (1907)

Este nuevo episodio comienza con las escenas del fusilamiento de sargentos implicados en la sublevación del cuartel de San Gil, momentos en los que alguien exclama: «Hoy les toca morir a estos, mañana a los otros. Es la Historia de España que va corriendo, corriendo... Es un río de sangre... Sangre por el orden, sangre por la libertad. Las venas de nuestra nación se están vaciando siempre; pero pronto vuelven a llenarse... Este pueblo heroico y mal comido saca su sangre de sus desgracias, del amor, del odio... y de las sopas de ajo».

Sin embargo, la voz que nos llevará por los principales acontecimientos de este episodio será la de aquel joven, ahora ya conocido como Santiago Íbero, a quien conocimos atrás, junto a la del viejo Fajardo. De la mano del primero, inflamado por ansias de revolución y grandes hechos, conocemos que plantea de manera drástica que «la revolución vendrá; pero tardará mucho, porque necesita ahondar, remover... ¿No me entiendes? La revolución, aunque no lo quiera, tendrá que destronar a doña Isabel... No se abre una boca española que no diga: «Esa señora es imposible»».

Implicado en las conspiraciones, Íbero debe abandonar Madrid para buscar refugio en Francia. Llegado a la estación, reflexiona sobre las bondades del «¡Ferrocarril del Norte, venturoso escape hacia el mundo europeo, divina brecha para la civilización!... Bendito sea mil veces el oro de judíos y protestantes franceses que te dio la existencia; benditos los ingeniosos artífices que te abrieron en la costra de la vieja España, hacinando tierras y pedruscos, taladrando los montes bravíos, y franqueando con gigantesco paso las aguas impetuosas. Por tu herrada senda corre un día y otro el mensajero incansable, cuyo resoplido causa espanto a hombres y fieras, alma dinámica, corazón de fuego... Él lleva y trae la vida, el pensamiento, la materia pesada y la ilusión aérea; conduce los negocios, la diplomacia, las almas inquietas de los laborantes políticos, y las almas sedientas de los recién casados; comunica lo viejo con lo nuevo; transporta el afán ar-

tístico y la curiosidad arqueológica; a los españoles lleva gozosos a refrigerarse en el aire mundial, y a los europeos trae a nuestro ambiente seco, ardoroso, apasionado. Por mil razones te alabamos, ferrocarril del Norte; y si no fuiste perfecto en tu organización, y en cada viaje de ida o regreso veíamos faltas y negligencias, todo se te perdona por los inmensos beneficios que nos trajiste, ¡oh grande amigo y servidor nuestro, puerta del tráfico, llave de la industria, abertura de la ventilación universal, y respiradero por donde escapan los densos humos que aún flotan en el hispano cerebro!».

Mientras tanto, en la corte, en una comida coinciden Fajardo y Narváez, quien «valido de la benevolencia que el general en toda ocasión le mostraba, se permitió exponerle una opinión severa y leal sobre la marcha de las cosas públicas; y don Ramón, exasperado, sin dejarle concluir, le dio esta iracunda respuesta: «Cállate, Pepito, y no me sulfures... ¿Crees que no me hago cargo...? Todo eso me lo he dicho yo mil veces, y yo mismo me he contestado: 'Verdad, verdad... pero no puede ser, no podemos hacer más que lo que hacemos...'. Viene sobre mi una presión horrorosa, un peso que aplasta... Cierto que puedo sacudirme, tirar los trastos, decir: 'Ahí queda eso, Señora; nombre usted un ministerio de palacios y curas...'. ¿Pero no ves, tontaina, que eso sería el cataclismo, y yo no quiero echar sobre mí la responsabilidad del cataclismo?... Dices: ¡Reacción! ¡Pero si no concedo más que una mínima parte de lo que me piden! ¡Si no ceso de echar freno, freno! ¡Y aun así, carape...! En fin, Pepe, déjame en paz... Yo me encuentro con la revolución enfrente y con la reacción detrás... Tú ves la revolución que grita y manotea; no ves la otra fiera que tengo a retaguardía y que a la calladita quiere deslomarme... Me gustaría verte en esta brega, toreando dos cornúpetas a la vez. Es muy divertido, como hay Dios. Apenas acabas tu faena defendiéndote de las astas del uno, tienes que volverte para zafarte de los pitones del otro».

A partir de ahí, Fajardo cifra sus esperanzas en el joven infante Alfonso, hasta que un día, de manos de su hijo, accede a palacio y lo conoce, a él, a su entorno y a sus ocupaciones. Asombrado de lo que allí vio, comparte con un amigo que «Alfonso es un niño inteligentísimo; posee cualidades de corazón y pensamiento que bien cultivadas, bien dirigidas, nos darían un rey digno de este pueblo; pero semejante ideal no veremos realizado, porque se le cría para idiota: en vez de ilustrarle, le embrutecen; en vez de abrirle los ojos a la ciencia, a la vida y a la naturaleza, se los cierran para que su alma tierna ahonde en las tinieblas y se apaciente en la ignorancia... Compadezco a ese niño y compadezco a mi patria. En Alfonso vi una esperanza. Ya no veo más que un desengaño, un caso más de esta inmensa tristeza española, que ya ¡vive Dios!, se nos está haciendo secular».

El problema está en la educación que recibe el príncipe, «que no es educación, sino todo lo contrario, un sistema contra-educativo. Sus maestros le enseñan a ignorar, y cuanto más adelantan en sus lecciones, más adelanta el niño en el arte

de no saber nada... Bien está el manejo de las armas; buena es la equitación como ejercicio corporal: la prestancia de un rey exige todo eso... ¿Pero acaso no pide también una fuerte enseñanza espiritual? ¿Es el rey no más que un figurón a pie o a caballo para presidir ceremonias ociosas o paradas teatrales? Un rey es la cabeza, el corazón, el brazo del pueblo, y debe resumir en su ser las ideas, los anhelos y toda la energía de los millones de almas que componen el reino».

Esta cruda conciencia de la situación, le conduce a la vía de la revolución, «cirugía política, ya que la medicina está visto que no sirve para nada... Amputación, hijo, pues no hay otro remedio. Tienes que coger al príncipe y convertirle en Juan Particular, lanzándole al aire del mundo, a la adversidad... Verás cómo se despabila... verás cómo sus talentos renacen, cómo su voluntad se fortifica, y todo su ser adquiere gran viveza y brío. Hazlo así: cierra los ojos, y fuera con todos. Esta gente no aprende de otro modo... Hay que desentumecer, hay que sanear, penetrar en palacio con un largo plumero y quitar las telarañas que ha tejido en los altos y bajos rincones el genio teocrático».

Poco después, Fajardo acude a una recepción particular con la reina Isabel, quien le confiesa: «Veremos por dónde salimos. Yo confío siempre en Dios, que creo no me abandonará». Ante tal afirmación, nuestro guía piensa para sí: «No invoques el Dios verdadero mientras vivas prosternada ante el falso. Ese Dios tuyo, ese ídolo fabricado por la superstición y vestido con los trapos de la lisonja, este comodín de tu espiritualidad grosera, no vendrá en tu ayuda, porque no es Dios, ni nada. Te compadezco, Majestad ciega, dadivosa y destornillada. Los que tanto te amaron, ahora te compadecen... Has cometido la torpeza de convertir el amor de los españoles en lástima, cuando no en aborrecimiento. Yo reconozco tu bondad, tu ternura; mas no bastan esas prendas para regir a un pueblo... El pueblo español se ha cansado de esperar el fruto de ese árbol de tu bondad, que has entregado al fariseísmo para que lo cultive».

Por su parte, el joven Íbero ha logrado asentarse en Francia y desde allí es enviado a Londres. Cuando surca el canal de la Mancha y avistan Dover, «la conversación recayó en las grandezas de Albión, en la libertad que aquel país concede tanto a sus hijos como a sus huéspedes... ¡Nación como ninguna sólida y potente, porque en ella tiene su imperio la justicia, es respetada la ley, y amada la persona que la simboliza!». Al poco tiempo sus deseos son claros: «¡Quiera Dios que con la revolución que haremos pronto los españoles consigamos fundar un Estado tan potente, ilustrado y feliz como el de esta tierra nebulosa y fuerte!».

Y llega la hora de la verdad, la hora en la que la «Marina, como el Ejército, tomaría el nombre de España, envilecida ante las naciones por la corte y la infame camarilla. Los soldados de mar y de tierra, como todo el país, sentían su rostro enrojecido por los ultrajes que a la nación española inferían los que más obligados estaban a mirar por su honra. Ejército y Armada, unidos al pueblo, habían de salir a la defensa de la madre común, escarnecida públicamente

y arrastrada por el fango». El viernes 18 de septiembre de 1868 Prim se alza al grito de «¡Viva la Soberanía Nacional... viva la Libertad!». Repitió la exclamación como un conjuro mágico que desde aquel punto había de correr por toda España, despertando los corazones dormidos y resucitando las esperanzas muertas».

También llega la hora del heroísmo, tan largamente esperada, para Santiago Íbero. Acompañando a las tropas sublevadas, tienen el primer encuentro con las realistas a las afueras de Córdoba, donde todo lo invadía «una tristeza muy humana ante el espectáculo del sangriento inevitable choque entre dos esforzados grupos del ejército nacional. No había razón ni afecto que impidiesen ya la formidable porfía entre las instituciones caducas y el pueblo que proclamaba con pujanza y estruendo sus derechos seculares».

Uno de los primeros lances enfrenta a tropas del cuerpo de Cazadores de Madrid contra el de Cazadores de Simancas, y aquí Íbero sufre «el espanto de ver cómo se matan unos a otros los hermanos... Disparé, vi caer muerto a un Cazador de Madrid... Tuve esa desgracia... Al segundo disparo no hice blanco; al tercero, sí... cayó, ignoro si herido o muerto, otro soldado de Madrid. No sé lo que me pasó al verlo... Rompí a llorar de pena... Creí que mataba a un hermano mío. Aumenta mi congoja el ver la ferocidad con que se matan estos y aquellos... y acaba de confundirme el verlos vestidos con el mismo traje. Un número no más los diferencia... Me ha entrado un terror muy grande sólo de pensar que puedo equivocarme de número».

Esta situación le revuelve interiormente: «A todo seré traidor; pero no a la humanidad. Esta carnicería es estúpida... ¡La guerra civil!, ¡qué cosa más abominable!... Menos mal cuando se pelean los que quieren libertad con los que la aborrecen. Pero aquí, en uno y otro bando, todos piensan lo mismo. Métete en el pensamiento de ellos, examínalos por dentro uno por uno, y verás que no hay diferencia mayor en lo que desean... Todo es un puntillo de honor, un puntillo de disciplina y nada más».

Vista esta batalla desde una perspectiva más amplia, «la tenacidad heroica de las tropas reales no tenía otra finalidad estratégica que llevar a un punto culminante la disciplina y el pundonor de los que hacían el último esfuerzo en pro de Isabel II. Su grito era: «¡Viva la Reina! ¡A dormir a Córdoba!». Y a la eternidad iban a dormir unos y otros, sin que doña Isabel ganara una sola línea del terreno perdido en el corazón de España».

Distinto era el tono de la tragedia que se mascaba al otro lado de la España peninsular, en San Sebastián, donde la familia real espera en el Hotel de Inglaterra, después de un intento frustrado de volver a la corte en tren. Una multitud «atenta y piadosa» rodea el establecimiento, es «bella la muerte de las cosas grandes... La caída de un trono no se ve todos los días... ¿Cómo es un soberano en el momento de quedar cesante?». Testigo de estos hechos será Fajardo,

quien nos narra la situación de la reina «abandonada por los que la llevaron a la perdición», con un solo ministro (los demás ya habían huido a Francia).

Incorporado al tren que lleva a la reina a Hendaya, Fajardo medita: «¿Qué pensarán de esto, si pueden pensar y formar juicio de las cosas de nuestro mundo, las cien mil víctimas inmoladas por Isabel desde su cuna hasta su sepulcro?... Llamo sepulcro a su destierro. Las cien mil vidas sacrificadas en la guerra de sucesión y en las innumerables revueltas intestinas por y contra Isabel, ¿qué himno de justicia tremebunda cantarán en este día? Véase la tragedia de este reinado, toda muertes, toda querellas y disputas violentísimas, desenlazada con esta vulgar salida por la puerta del Bidasoa, como si los protagonistas o causantes de tantas desdichas fueran a tomar baños, o a vistas y regocijos con otros reyes... Dígase lo que se quiera, la libertad ha sido en España mansa, benigna y generosa; no ha sabido derramar más que su propia sangre, como cordero expiatorio de ajenas culpas». En su fuero interno, Fajardo hace responsable a la reina de su propia desgracia, pues «impurificaste la vida española; quitaste sus cadenas a la superstición para ponérselas a la libertad. En el corazón de los españoles fuiste primero la esperanza, después la desesperación. Con tu ciego andar a tropezones por los espacios de tu reino has torcido tu destino, y España ha rectificad el suyo, arrojando de sí lo que más amó... Vete con Dios, y ahora... aprende a pensar... Piensa en lo que ayer fuiste, en lo que hoy eres».

En el mismo año en que escribe este episodio, Galdós encabezará la candidatura republicana para la elección de diputados a Cortes por Madrid, candidatura que culminará con la obtención del acta⁵⁶. El reconocido literato explica su incorporación «movido de un sentimiento que en nuestra edad miserable y femenil es considerado como ridícula antigüalla, el patriotismo»⁵⁷. Su objetivo principal declarado radica en contribuir a impulsar reformas políticas, sociales y económicas que vayan colocando a la nación al nivel de sus vecinos europeos. El 19 de abril, Galdós reivindica en el diario *El Liberal*, «el mármol en que están grabadas nuestras Constituciones y nuestros derechos, encima la grandeza infinita de la conciencia libre y encima de todo la mano tremenda justiciera de la República española»⁵⁸.

En este mismo año 1907 prologa *Los señores diputados*, de El Bachiller Canta Claro (seudónimo de Ramón López Soler). En su prólogo, Galdós expone que «en España y en los días que corren... la vida política, digamos la vida oficial, ha venido a ser la sátira misma... nuestra vida oficial, exceptuando las épocas de lucha encarnizada por una reconstitución que no quiere dejarse traer acá, ha sido y sigue siendo esencialmente cómica... Los pueblos que no quieren morir antes de tiempo, prefieren, al lloriqueo jeremiaco, el saludable humor aristofanesco y cervantino, que nunca cierra el paso a la verdad seria en todos los órdenes de la vida».

En cuanto al objeto particular del libro prologado, los diputados, plantea Galdós que «aparte dos o tres docenas de personas, la representación nacional viene por el arte de leva o enganche que practican nuestros tutelares gobiernos. Obediente a la ley de comodidad, que hoy es madre de todas las leyes, el gobierno se cuida de evitar a los pueblos las molestias y chinchorrerías de la elección».

Concluye Galdós recordando que «los versos del Bachiller Canta Claro fáciles, amenos, ingeniosos, con su correspondiente pica-pica, dicen parabólicamente que todos llevamos al Congreso la queja honda de un país mal gobernado, de un país que pide agua y le dan la hiel y el vinagre, de una administración persecutoria, de un país que pide instrucción y es condenado a perpetua ignorancia, que pide vida y le dan muerte, que anhela la verdad clamando en el desierto, y en este se le engaña con oasis pintados. ¡Vive Dios que ya se cansa del bromazo sin fin!»⁵⁹.

76. EPISODIOS NACIONALES: ESPAÑA SIN REY (1908)

El comienzo de este episodio nos presenta a una joven enamorada de un recién elegido diputado a Cortes constituyentes. En cartas le manifiesta que le echa de menos y le advierte: «Dices que vais a hacer una Constitución. Por Dios, no te metas en eso... En todo caso, coge una de las viejas, y con algún garabatito aquí y otro allá, la presentas como nueva. Me ha contado mi madre que el famoso caballero don Beltrán de Urdaneta, cuando ya chocheaba, no tenía más entretenimiento que hacer Constituciones. Todas las noches escribía una, y al día siguiente hacía con ella pajaritas».

Con el destronamiento de Isabel II, resurge el fantasma del carlismo, pues –en boca de un defensor del pretendiente–, «cuando al carlismo dimos sepultura en Vergara, lo dejamos muy a flor de tierra. Claro: con la alegría de terminar la guerra, no pensábamos más que en abrazarnos... No nos dimos cuenta de que el enemigo mal enterrado estaba medio vivo... Vacante el trono, por haberse podrido la rama segunda, nadie puede evitar que venga la primera... Declare usted con toda franqueza, como hombre discreto y leal, si cree posible que España reciba y aguante a un rey extranjero... Carlos VII es nuestro rey, el único rey posible».

Este carlista es alojado en la casa de aquella joven y cuando le anuncia que va a la capital, esta se duele de que «el corte y costura de una Constitución durase tanto», a lo que el carlista responde que «ya están dando las primeras puntadas... Es una prenda de vestir que nosotros nos pondremos, pero volviéndola del revés... Del derecho podrá servirnos para carnaval». Desde tales perspectivas, ya traslucen dos posibles utilidades de los textos constitucionales en nuestro país, como material para papiroflexia, o como disfraz para las carnestolendas.

Cuando este personaje carlista llega a la capital y presencia el, a su juicio, desorden moral que campa por sus respetos, reflexiona que «de aquel innoble desaguisado tenían la culpa la *Enciclopedia*, Voltaire, d'Alembert, Diderot, y toda

la taifa precursora y actora de la infernal revolución francesa... De aquella ciénaga desbordada venía la corrupción de las costumbres en esta pobre España. Por obra y gracia de los emigrados, importadores del vicio mental, y de los masones y revolucionarios, puros monos de imitación, habían quedado estos reinos limpios y rasos de sus tradicionales virtudes. Apenas quedaban ya damas verdaderas; apenas teníamos hombres de honor. Urgía restaurar la patria, empezando por sus quebrantados cimientos».

En una de tantas tertulias de la época, interviene una noble y pide que dejen trabajar a las Cortes, «no maldigamos a esta gente hasta que veamos a dónde van a parar con sus musiquillas y sus estandartes. ¿Qué ocurre? Que han hecho una Constitución... Vayan con ella benditos de Dios... Por una Constitución más no hemos de reñir... Han votado la monarquía... Muy bien. Esto nos gusta a usted y a mí... Adelante con ella. Ahora falta que encuentren rey. Yo... que tengo para vivir... perdóneme que insista en mi argumento capital... yo, que soy modestamente rica, no debo apurarme porque el rey se llame Juan o Perico... Ya le veremos, ya le examinaremos de pies a cabeza cuando nos lo traigan... En tanto que se ponen de acuerdo sobre este particular, nos dan un poco de regencia... y en este trono de la interinidad colocan al general Serrano. Muy bien, muy bien».

En otra ocasión, acude un «hombre de origen humildísimo, formaba en el grupo conservador y aristocrático de Cánovas, y precisamente por esto resultaba tan española su figura. En España es un hecho constante la realidad de lo contrario, o que cosas y personas actúen al revés de sí mismas». Ante su convicción y ejemplo, Cánovas advierte que «no esperemos que de la antigua aristocracia salga la fuerza conservadora, inteligente y eficaz, que ha de salvar a esta sociedad. O no sale esta fuerza de ninguna parte y la nación española se pierde sin remedio, o vendrá de estos hombres nacidos del pueblo y elevados a las altas posiciones por su agudeza y laboriosidad».

Otro de los contertulios, un general ilustre, «comentando los apuros de la España sin rey, hizo una indicación, que no comprendieron los que con risas la celebraron, viendo el chiste y no la profunda filosofía histórica que entrañaba. «No hemos caído en la cuenta –dijo– de que lo más lógico es traer un rey árabe, y que no debemos buscarlo en las reinantes familias europeas, sino en los harenes africanos... Árabe y musulmán debe ser nuestro rey, aunque luego, para que ande por casa con desenvoltura, tengamos que cristianizarlo. Un rey descendiente del amigo Mahoma será el que mejor nos entienda, nos baraje y nos meta en cintura. Decidámonos, y traigamos un Abderramán, a quien llamaremos califa. Alá es grande... Con tal caudillo no tardaremos en apropiarnos toda la costa septentrional de África».

En tal estado de cosas, los carlistas juegan al cuanto peor, mejor, y dan alas a pequeñas partidas acá y acullá, a «un levantamiento general y a la menuda, en la mayoría de los casos organizado y dirigido por indignos clérigos. Y estos bribos-

nes, que al verse perdidos se acogían al último indulto, volvían luego tranquilamente a sus parroquias, santuarios o catedrales, y sin que nadie les molestara continuaban ejerciendo su ministerio espiritual, y elevaban la hostia con sus manos sacrílegas... Todo el mísero cuerpo de la nación estaba invadido de la plaga. En el Maestrazgo, Valencia, Aragón y Cataluña, sufría España la terrible picazón. De aquella sarna que la obligaba a rascarse desesperadamente, brotaron los horribles tumores que la pusieron en tan asqueroso estado. Acudía el gobierno con los emplastos emolientes del envío de columnas en persecución de los malhechores católicos, unitarios, absolutos o carlistas, que de mil modos se llamaban. Pero como era forzoso atacar un mal esporádico en tan distintas y distantes partes del enfermo, unas veces llegaba tarde el remedio, otras demasiado pronto».

Avanzada la trama, y desencantado aquel carlista con el que nos topamos al principio, manifiesta que «todas las señoras elegantes quieren al niño Don Alfonso... también aman al niño de Isabel II los enriquecidos, antaño salchicheros, chocolateros, contratistas de tabaco, prestamistas, logreros, y ogaño chapados de aristócratas, algo marqueses ya, o con ganas de serlo... Como estos richachones y las damas bonitas vestidas a la última moda de París son la fuerza social efectiva, no cuajará ningún rey que no venga empollado por las faldas y talegas... No digo que no haya rey al fin, ya lo saquen de un pozo, ya escojan algún sobre-ro de ganaderías extranjeras... Lo que digo es que no cuajará».

A finales del mismo año 1908 en que escribe este *Episodio*, Galdós participa en un mitin el 27 de diciembre, en el que clama por el fin de la oligarquía «que permite la corriente de la riqueza nacional en dos direcciones exclusivas, la una hacia las manos de clérigos y clerizontes, la otra hacia las arcas de poderosas compañías monopolizadoras»⁶⁰. Conviene recordar que el anterior fracaso de la Ley de Asociaciones (que intentaba prevenir los efectos en España de un eventual traslado de eclesiásticos franceses tras la plena separación de Estado galo e Iglesia) y el, en su opinión, giro teocrático de la monarquía, parece que fueron elementos decisivos en la apuesta de nuestro autor por opciones republicanas.

77. EL CABALLERO ENCANTADO (CUENTO REAL... INVEROSÍMIL) (1909)

Este cuento parte de la historia de un joven huérfano de buena familia, Carlos de Tarsis, que, antes de cumplir los treinta años, ha dilapidado buena parte de su fortuna. Como medio de distraerle de los vicios, le consiguen un acta de diputado, por lo que, «de la noche a la mañana, sin quebraderos de cabeza y con muy reducido gasto, ascendió Tarsis a padre de la patria, llevando advocación o estigma de cunero».

Tarsis estaba bien relacionado «con otros individuos de la burguesía enriquecida en neocios de los que no exigen grandes quebraderos de cabeza... Muchos de estos plebeyos enriquecidos ostentaban ya títulos de marqueses o condes...

que la monarquía constitucional gusta de recargar su barroquismo con improvisados ringorrangos chillones». Enfrascado en una tertulia con amigos, sostiene Tarsis que la política «que tenemos se ha hecho aristocracia. Fijaos en el pisto que nos damos los diputados, en la vanidad de los ministros, que ocupan ancho espacio en la sociedad por el viento de que están inflados. ¿Hay aquí un político que tenga algo en la cabeza? Ninguno. ¿Pues que diré del exministro que solo por el dichoso ex nos mira a los demás mortales por encima del hombro? Aristocracia es la política, y todo lo que tome formas aristocráticas no lleva en sí más que figuración y vanas apariencias. Nobles y políticos somos lo mismo, es decir, nada».

Ahonda en su pensamiento cuando plantea que «si aquí no hay agricultura, ni teatro, ni política, tampoco hay justicia, ni banca, ni industria... ¡Trabajar! ¿Para qué?... Todo nos llama al descanso, a la pasividad, a dejar correr los días sin intentar cosa alguna que parezca lucha con la inercia hispánica. Si me pusieran en el dilema de trabajar o perecer, yo escogería la muerte. El español que en este final de raza posea una renta, debe sostenerla y aumentarla si puede».

Consecuente con este último aserto, un buen día, a Tarsis le comunican que unos colonos de unas tierras han emigrado a América «abrumados por la renta». Su respuesta es contundente y esclarecedora: «Si esto sigue así, también yo tendré que emigrar. En cualquier parte se está mejor que en España, que no es más que una pecera. Somos aquí muchos pececillos para tan poco agua».

Pillado su personaje en una situación comprometida en medio de un pueblo perdido, le aconsejan que si le coge la guardia civil «di que te quejarás al señor Gaitín, o que pidan informes de ti a cualquier Gaitín, porque aquí no hay más ley que el capricho y el *me da la gana* de esa familia. Los alcaldes son suyos, suyos los secretarios de ayuntamiento, suyos el cura y el pindonguero juez, ya sea municipal, ya de primera instancia... Porque aquí decimos que hay leyes, y mentamos la Constitución cuando nos vemos pisoteados por la autoridad. Nombrar esas cosas es como si cuando te estás ahogando en un río pidieras botas de montar. Los tiranos que aquí se llaman Gaitines, en otra tierra de España se llaman Gaitanes o Gaitones... Pero todos son lo mismo... Aquí vivimos de mentiras. Decimos que ya no hay esclavitud. Mentira: hay esclavitud. Decimos que no hay Inquisición. Mentira: hay Inquisición. Decimos que ha venido la libertad. Mentira: la libertad no ha venido, y se está por allá muerta de risa».

Un campesino que aparece en la historia cuenta sus desencuentros con la justicia y como, embargo tras embargo, lo han dejado en la miseria, dado que «nunca mandan embargar de menos, sino de más, con idea de que sobre lo que se ha de comer la curia». Preguntado si reclamó, la respuesta fue afirmativa, dado que «reclamar es el oficio del español... Así se trata en España al buen ciudadano, después de zarandearle para que vote, para que pague, para que grite ¡viva el rey, viva la Constitución!». Al final, «la pillería de los Gaitones y Escopetes me despojó de mi propiedad, ayudada por la justicia, que aquí es la máscara que se

ponen los malos para que el latrocinio parezca ley. Así los lobos se disfrazan de pastores, y los cepos y trampas están hechos con trazas legales para que fácilmente caigamos, y en ellos dejemos hacienda y vida».

78. EPISODIOS NACIONALES: ESPAÑA TRÁGICA (1909)

La acción comienza el primer día del año 1870. Estamos en un ambiente de cierta interinidad, condicionado porque «produjo ciertamente *la Gloriosa* medias voluntades, inteligencias en tres cuartos de madurez con incompleto conocimiento de las cosas, por lo que la gran procesión histórica partida de Cádiz y de Alcolea se desordenó a mitad de su camino, y cada pendón se fue por su lado. La razón de esto era que buena parte de la enjundia revolucionaria se componía de retazos de sistemas extranjeros, procedentes de saldos políticos. La fácil importación de vida emperezó en tal manera a los directores de aquel movimiento, que no extrajeron del alma nacional más que los viejos módulos de sus ambiciones y envidias, olvidándose de buscar en ella la esencia democrática, y el secreto del nuevo organismo con que debían armar las piezas desconcertadas de la nación».

Parece como si la revolución hubiere operado cual «compuerta que se abre soltando el libre curso de las aguas embalsadas, la revolución dio entrada a una impetuosa corriente de literatura extranjera. Obras que en Francia eran viejas, vinieron acá como novedad fascinadora. La censura y las prohibiciones habían alejado de nuestros paladares el vino nuevo de Europa, y de pronto la libertad nos lo sirvió añejo, fortalecido por el largo reposo en botellas o cubas».

El personaje principal de este episodio es depositario o recipiendario de parte de las contradicciones de la sociedad en este momento, dado que «poetas y dramaturgos me han enseñado el amor al pueblo. Yo amo al pueblo... en principio. Pero viéndome en contacto con las multitudes bullangueras y sudorosas, me han nacido estos instintos aristocráticos. Son ellos más fuertes que yo, y van invadiéndome poco a poco... Sin rebozo alguno y confiado en el secreto de este diario, estampo aquí mi pensamiento: *Ven pronto, Dictadura*».

Sin embargo, «la sociedad revolucionaria que en aquel año imperaba, se mantuvo perpleja y muda, asustada de los arrumacos masónicos. Era tarda en formar criterio; su cerebro hallábase atarugado con las mareantes disputas por los candidatos al trono, y con el más enconado litigio de la forma de gobierno. El mundo aquel de la interinidad había caído en honda modorra, congestionado por sus pasiones furibundas. No hacía más que rumiar sus ideas, como un buey soñoliento».

Mientras tanto, no cesan de surgir problemas y preguntas, «¿Cómo tapar los agujeros abiertos en el Tesoro por las recientes sublevaciones carlista y federal? ¿Cómo acudir con hombres y dinero a la urgente obligación de atajar a los insurrectos cubanos? No hubo más remedio que sacar el dinero de debajo de las piedras, y las únicas piedras que guardaban a la sazón el dinero buscado por

España eran un grupo de negociantes, que usureaban con el rótulo de *Banco de París*. No tenía Prim otro santo a quien encomendarse, y aceptó su auxilio, no porque fuera bueno, sino porque era el único que en aquel temporal de descrédito se le ofrecía». A su solución no ayudaba la división entre los partidos que habían participado en el movimiento revolucionario, pues «como todo partido español avanzado, padecían ya el mal de miopía, o sea el ver de cerca mejor que de lejos».

La situación llega a tal punto que el propio Prim, en una reunión confiesa que «España padece desde el año anterior una calentura muy alta, que más se enciende cuanto más agua fría tratamos de echar sobre ella con nuestra paciencia y nuestra moderación. No hay templanza que baste; no hay razón con fuerza suficiente para llevar la tranquilidad a este manicomio... Yo creo que pocos han de igualarme en energía y coraje cuando la ocasión lo pida; pero también digo que en paciencia doy quince y raya a los santos del calendario, y haré gala de esta virtud cuando todos se hayan disparado en la insensatez... Pero tengo en mis manos el porvenir de la nación, y la nación ha de decirme algún día: 'Juan Prim, no más paciencia, hijo'... Bien a la vista está que nuestro país ha venido a ser una caldera puesta al fuego. El agua hierve, hierve». Sin embargo, Prim tiene claro que «el rey que a España traigamos será de sangre real, será rama de una gloriosa dinastía, y personificará la fusión perfecta del principio monárquico y del principio democrático... No será rey ningún figurón de quien el pueblo español pueda decir: *te he conocido ciruelo...*».

Los rumores de que, finalmente, un rey de origen italiano puede ser el elegido no contentan a todos. Según algunos, «los hombres llamados públicos, los unos calvos y con lentes, los otros barbudos o con bigote y perilla, desconocen la vida elemental de España. El leer sin ton ni son libros o revistas extranjeras; el parlamentar como cotorras, han hecho de ellos hombres artificiales. De buena fe algunos, otros con las picardías que les sugiere su ambición de provechos personales, han llegado a suponerse poseedores de la clave política, y lo que poseen es un bastón como los que llevan los ciegos para guiarse en las tinieblas... Esta traída de un italiano es como petardo puesto en el corazón del pueblo, que no conoce de Italia más que a los infelices saboyanos que vienen acá con arpas y organillos... Fíjate... toda la gente brava de estos barrios está que trina; no hablan más que de traición, de venta de España, y cada techo alberga un ciudadano que si no tiene trabuco, lo compra».

En cambio, otros mantienen que «la traída de don Amadeo al trono de España, era una solución conciliadora, que satisfacía por el pronto los anhelos democráticos del país. «Contentémonos con lo posible, y no vivamos en la expectación de ideales utópicos. El don Amadeo, según dicen, es un príncipe liberal, y con él tendremos un monarquismo templado, que casi casi será una república coronada, a estilo de la monarquía inglesa»». Afortunadamente, según

terceros, también ayuda el hecho de que «en España tenemos un singular rocío de olvido, que desciende benéficamente del cielo sobre las inconsecuencias políticas, y las hace desaparecer sin que quede rastro de ellas».

El año en que ve la luz este *Episodio*, 1909, asiste a la semana trágica de Barcelona, en la últimos días del mes de julio. Pasa el verano y, en noviembre, cuaja una coalición republicano socialista en la que Galdós desempeña un importante papel. El 7 de octubre, Galdós había escrito: «Que la nación hable, que la nación actúe, que la nación se levante, en el sentido de vigorosa erección de su autoridad»⁶¹.

79. EPISODIOS NACIONALES: AMADEO I (1910)

Amadeo de Saboya hace su solemne entrada en Madrid, en calidad de monarca constitucional votado por las Cortes, el 2 de enero de 1871. Varios personajes presencian el magno acto. Entre ellos dos estudiantes, uno «era *guanche* y yo *celtibero*, quiere decir que él nació en una isla de las que llaman adyacentes, yo en la falda de los Montes de Oca, tierra de los Pelendones; él despuntaba por la literatura; no sé si en aquellas calendas había dado al público algún libro; años adelante lanzó más de uno, de materia y finalidad patrióticas, contando guerras, disturbios y casos públicos y particulares que vienen a ser como toques o bosquejos fugaces del carácter nacional»⁶².

El narrador, de nombre Proteo Liviano, que también utiliza el seudónimo de Tito Liviano (¿recuerdan a Tito Livio, el historiador romano?) confiesa que «el príncipe italiano, traído a ocupar el trono vacío de los Borbones, había entrado en la capital del reino con buena sombra. Las mujeres encomiaban al rey forastero por su garbo y su valor sereno, y los hombres, en general, le veían como una esperanza engarzada en una novedad. Lo nuevo lleva siempre ventaja sobre lo gastado y caduco. La medicina desconocida consuela al enfermo, ya que no le cure, y el cambio de amo trae algún alivio a los que sufren miseria y esclavitud». Pero no todo son parabienes. Una criada cuenta que su señora sostiene que «este rey que han traído tendrá que tomar el tole dentro de unos meses, porque en esta tierra no puede cuajar rey extranjero. Y no le vale que sea, como dicen, honrado y caballero. Con eso y la excomunión que tiene encima su padre el rey de Italia, saldrá pronto de aquí con viento fresco».

En este contexto de división, un exiliado de vuelta a nuestro país lamenta que «no había en España voluntades más que para discutir, para levantar barreras de palabras entre los entendimientos, y recelos y celeras entre los corazones». Y de tales barros, «en aquellos días de ciego furor sectario, quedó formada la magna coalición o piña electoral para derrotar al gobierno. Componían la junta mixta... Omito los nombres para no contribuir a que llegue a la generación venidera el fuerte olor del vinagre en que se hizo esta ensalada o gazpacho».

El narrador pone en boca de Estévez que «la revolución estaba muerta por haber perdido en gran parte la savia progresista que le dieron los trabajos del 67 y el triunfo del 68. Los alfonsinos habían ganado terreno con la traída de un rey extranjero; contaban a la sazón con lo más florido de la oficialidad del ejército. Todo cuanto veíamos despedía olor a muerto. Los gobiernos de don Amadeo no salían de la norma y pauta somníferas de los gobiernos anteriores a la revolución. Los vicios se petrificaban, y las virtudes cívicas no pasaban de las bocas a los corazones. Administración, hacienda, instrucción pública, permanecían en el mismo estado de quietismo y pereza oriental. No salía un hombre que alzara dos dedos sobre la talla corriente».

Tito Liviano es un gran apasionado de la Historia, y uno de los personajes de este episodio es una señora llamada Mariclio, que «moraba en la portería de la Academia de la Historia, porque sus cortos haberes no le permitían mejor acomodo». Esta dama, ubicua y fantástica, trasunto de la musa de la Historia, plantea que es «la flaqueza femenil de los partidos monárquicos y la inconsistencia de los que vociferan en las filas avanzadas, indicio seguro de la poca virilidad del pueblo hispano. Todo lo que aquí pasa es cosa de ópera cómica, tirando a bufa... El quita y pon de ministerios que solo difieren en la medida y rumbo de sus tonterías; la conspiración de las damas católicas, con su armamento de peinetas y florecillas de lis, pertenecen al orden literario del entremés con tonadilla y ovillejos... La demagogia misma procede hoy con más simplicidad que barbarie. Los ideales exaltados son ahora instintos movidos por la imbecilidad».

La situación no hace sino empeorar, cuando se oye que «Don Amadeo se va; Don Amadeo vuelve la espalda a este pueblo de orates y nos deja entregados a nuestras propias locuras... un país donde no hay hombres que sepan domar las pasiones, y establecer un gobierno que sea garantía de la libertad y de la paz». En el mensaje que el monarca dirige a la representación de la nación, apunta que «si fuesen extranjeros, al frente de estos soldados tan valientes como sufridos, sería yo el primero en combatirlos; pero todos los que con la espada, con la pluma, con la palabra agravan y perpetúan los males de la nación son españoles, todos invocan el dulce nombre de la patria, todos pelean y se agitan por su bien, y entre el fragor del combate, entre el confuso, atronador y contradictorio clamor de los partidos, entre tantas y tan opuestas manifestaciones de la opinión pública, es imposible atinar cuál es la verdadera, y más imposible todavía hallar el remedio para tamaños males».

Como es sabido, la noche del 11 al 12 de febrero de 1873 asiste a la reunión de Congreso y Senado, constituida en Asamblea Nacional, que conducirá a la proclamación de la república. Elegidos los miembros del primer ejecutivo republicano, «cuatro de estos señores pasaron de ministros de Don Amadeo a ministros de la República con la corta pausa de un trámite parlamentario». El narrador nos cuenta que «el cambio de instituciones, que parecía mutación teatral con

subir y bajar de telones pintados, fue acogido por el pueblo con alegría más expansiva que escandalosa... mayormente nos escandalizó la cínica refulgencia de las casas donde se albergaban los corifeos del viejo progresismo, que hasta el día 10 fueron cortesanos y servidores de Don Amadeo».

En el mismo año 1910 en que se publica este episodio, Galdós es el diputado más votado por Madrid en las elecciones generales. Presentado bajo la conjunción republicano socialista, en su candidatura también resultará elegido Pablo Iglesias. Es la primera vez que el partido socialista logra representación parlamentaria. En un mitín celebrado en Madrid el 8 de mayo, Galdós dirige una carta a los asistentes en la que plantea que «no hay país en el mundo donde se haya legislado tanto como en esta veleidosa España. Si apiláramos nuestras *Gacetas*, formaríamos pirámides más altas que las que hicieron los faraones para sepultura de sus reyes y con ser tan grande el círculo de sus códigos, constituciones, leyes, ordenanzas, pragmáticas, reglamentos, reales órdenes, etcétera, etc., aún parece que está todo por hacer. Trataremos, pues, de llevar la simplificación al Parlamento, y sustituir el fárrago legislativo con disposiciones prácticas y breves que aseguren la libertad, la concordia de todos los intereses y el pan de todos los ciudadanos»⁶³.

80. EPISODIOS NACIONALES: LA PRIMERA REPÚBLICA (1911)

Este nuevo episodio narra «las fatigas, desazones y horribles discordias que afligieron a esta patria nuestra, tan animosa como incauta, y por fin, el traque-teo nervioso y epiléptico que la precipitó a su desdichada caída... Once meses del año 1873, año de sarampión agudísimo del que salimos por la intensa vitalidad de esta vejancona robusta que llamamos España». El nuevo régimen tuvo que afrontar el sempiterno fenómeno de las pequeñas revueltas, «personificación vigorosa del espíritu de rebeldía que alienta en las razas españolas desde tiempos remotos, y que no tiene trazas de suavizarse con las dulzuras de la civilización, protesta inveterada contra la arbitrariedad crónica del poder público, contra las crueldades y martirios que la burocracia y el caciquismo prodigan a los ciudadanos».

De modo esquemático, la situación nos muestra el «desconcierto que en todo el país reinaba. Los radicales procedentes del amadeísmo dieron a conservadores y alfonsinos el ejemplo de socavar la situación. El carlismo presentaba cada día nuevos focos de guerra. Los generales de la república eran pocos y malos. Todo el generalato de cuartel era hostil al régimen republicano. En Madrid, que considerábamos como resumen de los sentimientos de la nación, rara vez veíamos caras que no expresasen una desconfianza severa de nuestros mal comprendidos ideales. Las noticias de Cuba traían mayor zozobra al ánimo turbado de los españoles de todas clases. A mi parecer, la media docena de hombres que simboliza-

ban el nuevo sistema de gobierno, lucían como faros luminosos en la esfera del ideal; mas en la acción se apagaban sus indecisas voluntades».

Es evidente que «así no se pasa de un régimen de mentiras, de arbitrariedades, de desprecio de la ley, de caciquismo y nepotismo, a un régimen que pretende encarnar la verdad, la pureza, y abrir ancho cauce a las corrientes de vida gloriosa y feliz... Estaba la vida nacional lo mismo que antes estuvo... Las seculares fuerzas que habían querido resolver el problema del porvenir no habían hecho más que exhibirse sin chocar en dura pelea, dispuestas a proseguir, el día menos pensado, la teatral batalla... ¡Solución de amiguitos, querrela de dicharachos en un inmenso patio de Tócame-Roque, simulacro de guerra y paces entre compadres bonachones!».

Las sucesivas decisiones del ejecutivo «vinieron a enriquecer la copiosa literatura política coleccionada en la *Gaceta*, resultaban muy bonitos, pero no amansaron el oleaje tempestuoso que, iniciado en Madrid, iba extendiéndose por toda la superficie nacional». Las sesiones de las Cortes Constituyentes tampoco ayudaban mucho, enfangadas por «el individualismo sin freno, el flujo y reflujo de opiniones, desde las más sesudas a las más extravagantes, y la funesta espontaneidad de tantos oradores, [que] enloquecían al espectador e imposibilitaban las funciones históricas... Era un juego pueril, que causara risa si no nos moviese a grandísima pena».

El progresivo deterioro de la situación conduce a la conocida proclamación de cantones: Málaga, Sevilla, Utrera, Sanlúcar, Osuna, Antequera, Loja, Granada «proclamaron con solemne desahogo y algarabía su santa independencia». El narrador, Liviano, nos confiesa que «esta descomposición de la patria, este desorden convulsivo, traían a mi alma un regocijo intenso, porque en mi propio ser sentía yo el frenesí de independencia; yo era también obstinado rebelde, y el impulso centrífugo me lanzaba fuera del régimen de mansedumbre y rutinas putrefactas de puro viejas. Yo era también cantón o quería serlo». Continuaron los cantones de Alcoy, Valencia, Castellón, Murcia... Un parroquiano comunica que «mi pueblo, que es Alhama de Murcia, no quiere depender de la capital, y ya tiene su cantoncito para él solo». Otro plantea que «el mundo entero es federativo. Acabarán por acantonarse las estrellas y esos que llaman planetas, para que rabie el sol». Concluye Tito que «nuestra incorregible tontería fue razón transitoria de una sinrazón que ya, ¡vive Dios!, va durando más de la cuenta».

81. EPISODIOS NACIONALES: DE CARTAGO A SAGUNTO (1911)

Las vicisitudes del autoproclamado cantón de Cartagena desde septiembre de 1873 inician este nuevo episodio. Una frase en boca de un «intransigente» puede dibujar el estado de la situación: «Entre una república que no sea federal y la monarquía, preferimos la monarquía». Conforme amanece el año 74, la situación es delicada, «no pudiendo formar gobierno ningún hatu suelto del reba-

ño parlamentario, se imponía un gabinete sintético o de conciliación; pero como era imposible armonizar la izquierda con el centro, y la derecha con los intransigentes, resultaba un embrollo de todos los diablos o un nudo que los dedos más hábiles no podrían deshacer». Lo que sucedió a partir de entonces es cosa sabida.

Nuestro narrador confiesa: «Pensaba yo que en las grandes crisis de las naciones, la tragedia debe ser tragedia, no comedia desabrida y fácil en la que se sustituye la sangre con agua y azucarillos. El grave mal de nuestra patria es que aquí la paz y la guerra son igualmente deslavazadas y sosainas. Nos peleamos por un ideal, y vencedores y vencidos nos curamos las heridas del amor propio con emplasto de arreglitos, y anodinas recetas para concertar nuevas amistades y seguir viviendo en octaviana mansedumbre. En aquel día tonto, el parlamento y el pueblo fueron dos malos cómicos que no sabían su papel, y el ejército, suplantó, con solo cuatro tiros al aire, la voluntad de la patria dormida... Cansado de correr en tonto por las calles, donde no veía más que tropas fríamente alineadas e inactivas, sin ver asomar por ninguna parte la cara iracunda del pueblo; asqueado del indigno suceso histórico que llegó al brutal *consummatum* sin dignidad por la parte ofendida ni arrogancia por parte de los asesinos de la república, me fui a mi casa con la esperanza de que un sueño profundo ahogara mi desaliento tristísimo y dulcificase mi amargura».

Al encontrarse con un periodista, este le apunta que «aquí producen siempre regocijo los cambios de gobierno, sobre todo cuando son radicales y hay que mover todos los titeres. La mitad de las personas que pasan a nuestro lado son cesantes que aguardan la formación del nuevo gobierno para pedir que los repongan. Esta situación hará un desmoche tremendo... Notará usted también que en las tiendas reina cierto alborozo. Los tenderos salen a la puerta creyendo oír ya el voceo de los extraordinarios de periódicos con el nuevo Ministerio... Madrid se anima, el comercio se despreza, la industria renace de sus cenizas como el ave fénix, los negocios se desentumecen, y ya mañana las criadas irán a la compra con más dinero del que suelen llevar a diario».

Un sastre añade jubiloso que «antes de media semana habrá que tomar medidas para las 49 levitas de los 49 gobernadores nuevos. De pantalones y chalecos negros, de ternos de lanilla, tendremos tantísimos encargos que será fácil nos quedemos sin género catalán, de ese que llamamos inglés. En el ramo de capas, que es mi especialidad, espero que la cosecha será de las no vistas, pues el invierno crudo y la crisis honda se han puesto de acuerdo para que la gente tenga que abrigarse... En esta crujida de la república lo íbamos pasando muy mal. Los republicanos son muy buenos chicos; pero con sus grescas escandalosas, su pacto, sus cantones, y la maldita y arrastrada igualdad, no traen más que hambre y mala ropa. Mis compañeros y yo vivimos de vestir a los españoles. ¡Lucidos estaríamos si nuestro negocio dependiera del lujo que gastan los descamisados!».

Sometida Cartagena y trasladado nuestro narrador a pleno núcleo de sublevación carlista, allí reencuentra a su fantástica Mariclío, que le aconseja: «Imita mi paciencia, imita mi serenidad ante estas guerras tan inverosímiles ¡ay!, como verdaderas. Estamos dentro de un absurdo vestido de realidad, carnaval sangriento. Escribiremos una Historia que no será creída por los venideros, y al leerla, si es que la leen, pensarán que hemos escrito cuentos disparatados para educar a los niños en la barbarie y en la imbecilidad».

Ingresado en un hospital, «mi renacer a la vida fue un vertiginoso cavilar sobre la impía guerra civil, monstruo nefando que solo me mostraba sus extremidades dolorosas. Dos ejércitos, dos familias militares, ambas enardecidas y heroicas, se destrozaban fieramente por un quítame allá ese trono y un dame acá ese altar. No era fácil decir cuál de estos dos viejos muebles quedaba más desvenecijado y maltrecho en la lucha. En sin fin de páginas de la Historia del mundo se ven hermosas querellas y tenacidades de una raza por este o el otro ideal. Contienda tan vanas y estúpidas como las que vio y aguantó España en el siglo XIX, por ilusorios derechos de familia y por unas briznas de Constitución, debieran figurar únicamente en la historia de las riñas de gallos. Así lo pensaba yo en aquellas horas siniestras de mi vida, y así lo pienso todavía».

Es más, insiste nuestro narrador, «liberales y carlistas se desgarraron cruel y despiadadamente por dos ideales que luego han venido a ser uno solo. ¿Cabe mayor imbecilidad de una parte y otra? Los liberales derramaban a torrentes su sangre y la sangre enemiga sin sospechar que entronizaban lo mismo que querían combatir. Los carlistas se dejaban matar estoicamente, ignorando que sus ideas, derrotadas en aquella memorable fecha, reverdecerían luego con más fuerza de la que ellos, aun victoriosos, les hubieran dado... Debajo del emblema de la soberanía nacional en los unos y del absolutismo en el otro, latía sin duda este común pensamiento: establecer aquí un despotismo hipócrita y mansurrón que sometiera la familia hispana al gobierno del patriciado absorbente y caciquil... La pobre y asendereada España continuaría su desabrida Historia dedicándose a cambiar de pescuezo a pescuezo, en los diferentes perros, los mismos dorados collares».

A mayor abundamiento, reaparece Mariclío para indicarle que «estos niños grandes se matan por el gusto de la destrucción, y que el fin sin fin de las batallas, encuentros y emboscadas, no es otro que disminuir la población hispana. Vuestros políticos y vuestros guerreros estiman como el mal el crecimiento de la raza. Hay que matar, matar sin tregua para que se acorte el número de los españoles que viven y comen».

En el mismo año en que esto escribe, Galdós remite un mensaje para que sea leído en un mítin celebrado en Santander el 20 de agosto de 1911. En este texto, nuestro autor subraya que España necesita una paz duradera «para reconstruirse

interiormente por el trabajo» y que la batalla nacional debe darse en la escuela, en el taller, en las regiones del pensamiento y de la ciencia⁶⁴.

82. EPISODIOS NACIONALES: CÁNOVAS (1912)

Al comienzo de este episodio, Mariclío reanuda su correspondencia con nuestro guía, Liviano, y le advierte que «no pocos caballeros españoles y algunas damas alcorniadas quieren engendrar un ser político, que representará la transformación capital de la familia hispana. Es lo que el bueno de Víctor Hugo llamaba un gozne de la Historia... Yo me entretengo mirando a los que ponen sus manos pecadoras en esta labor mecánica. Unos se esfuerzan en engrasar la espiga y el anillo del gozne para que el doblar se efectúe sin aspereza y con silencio decoroso; otros, en su afán de terminar prontito, salga lo que saliere, doblarán la Historia con maniobra violenta, y el chirrido del metal giratorio se oirá hasta en la China... ¿No entiendes esto, historiador travieso y chiquitín?... Vístete bien, ahora que tienes dinerito fresco, y no busques tu sastre entre los de medio pelo. Reanuda y cultiva tus antiguas amistades, y disponte a estrechar las nuevas relaciones que te salgan al paso. No desdeñes a los hombres de pro... El pro se acerca taconeando recio... La pobretería se aleja pisando con el contrafuerte».

Año 1874, una tarde «a fines de diciembre (creo que fue por Inocentes, día más día menos)», Liviano visita al ministro de Fomento, quien le cuenta: «Esto es inaudito. Vivimos en un país de locos... Por telegrama de hoy se ha sabido que en Sagunto, el general Martínez Campos ha proclamado Rey de España al príncipe Alfonso. ¿Es esto racional, es esto patriótico?». Sorprendido por el hecho, nuestro cicerone cavila si «la renovación social y política que se anunciaba ¿era un paso hacia el bienestar nacional o un peligroso brinco en las tinieblas?».

Mariclío no le deja tranquilo y le plantea que «si la restauración era un hecho inevitable, impuesto por fatalismo histórico, los españoles debían traerla por los caminos políticos antes que por los atajos militares. Cánovas opinaba como yo, y al fin ha tenido que doblar su orgullosa cerviz ante la precipitada acción de las espadas impacientes». Lo cierto es que el pronunciamiento es efectivo y, por otras fuentes, conocemos que, en cuanto «comprendieron Sagasta y sus ministros que al pronunciamiento de Sagunto se adhería con blanda unanimidad toda la fuerza militar del centro y del norte, se apresuraron a retirarse por el foro cantando bajito. Se hizo la pamema de detener en el gobierno civil al imponderable don Antonio Cánovas, el cual pasó algunas horas en el despacho del gobernador señor Moreno Benítez, obsequiado por este, y recibiendo plácemes, mimos y reverencias de innumerables hombres públicos, arrimados temporalmente a un sol que alumbraba antes de nacer».

Con ocasión de la solemne entrada del nuevo monarca en la corte, nuestro conductor aclara a su acompañante que «en la procesión que ha pasado frente a nuestros ojos, multitud engalanada rebosando satisfacción y alegría, has visto el

mundo de los pudientes, de los administradores, mayordomos y capataces de la cosa pública, mecanismo cuyas piezas mueven las cosas privadas y todo el teje-manaje del vivir de cada uno. ¿No lo has entendido, verdad? Pues te lo diré más a la pata la llana. Lo que hemos visto es el familión político triunfante, en el cual todo es nuevo, desde el rey, cabeza del Estado, hasta las extremidades o tentáculos en que figuran los últimos ministriles; es un hermoso y lucido animal, que devora cuanto puede y da de comer a lo que llamamos pueblo, nación o materia gobernable».

Todo ello es consecuencia de que «los españoles no se afanan por crear riqueza, sino que se pasan la vida consumiendo la poca que tienen, quitándosela unos a otros con trazas o ardides que no son siempre de buena ley. Cuando sobreviene un terremoto político dando de sí una situación nueva, totalmente nueva, arrancada de cuajo de las entrañas de la patria, el pueblo mísero acude en tropel, con desaforado apetito, a reclamar la nutrición a que tiene derecho. Y al oírme decir pueblo ¡oh Casiana mía! no entendas que hablo de la muchedumbre jornalera de chaqueta y alpargata, que esos, mal o bien, viven del trabajo de sus manos. Me refiero a la clase que constituye el contingente más numeroso y desdichado de la grey española; me refiero a los míseros de levita y chistera, legión incontable que se extiende desde los bajos confines del pueblo hasta los altos linderos de la aristocracia, caterva sin fin, inquieta, menesterosa, que vive del meneo de plumas en oficinas y covachuelas, o de modestas granjerías que apenas dan para un cocido... Aquí la industria es raquítica, la agricultura pobre, y los negocios pingües sólo fructifican en las alturas».

Sin embargo, la guerra con los carlistas sigue presente y manifiesta Liviano que «la grandeza de un pueblo no está en la guerra sino en la paz; la desdicha de los españoles consiste hoy en que para llegar a la paz tenemos que pelearnos fieramente unos con otros. A los labradores hemos convertido en soldados, y ahora falta que los mansos obreros del terruño se cansen de andar a tiros y vuelvan a coger el arado». Un rayo de esperanza iluminó cuando esta tercera guerra carlista concluye en febrero del 76.

Lo bélico no es incompatible con la normalidad monótona en las zonas a donde no llega el rigor del enfrentamiento. En la corte, Liviano pide perdón a nosotros, sus lectores, «por este período de una normalidad desaborida y tediosa, días de sensatez flatulenta, de palabras anodinas y retumbantes con que se disimulaba el largo bostezar de la Historia. Todo este fárrago de convencionalismos resobados pasó de las manos caducas del año 75 a las tiernas manecitas del 76. Funcionó el artefacto electoral, y para haceros comprender su eficacia me bastará decir que Romero Robledo estrenó entonces su extraordinaria maestría en la fabricación de parlamentos. Con tiempo y saliva designó y encasilló a los padres de la patria, formando a su gusto el montón grande de la mayoría conservadora y el montón chico de la minoría liberal dinástica, sin olvidar unas cuantas

figuras sueltas, sacadas de las urnas o de los cubiletes con un fin ornamental y pintoresco. Fue al Congreso Emilio Castelar por el cariño que Cánovas le tenía, y para que no estuviera solo pusieron a su lado al señor Anglada. Una vez más, y aquella vez más que otras, lució sobre Madrid y España la espléndida mentira de la soberanía nacional... Todo esto, visto a cierta distancia, es aburridísimo, letal, y el que lo contase de buena fe o lo leyere con paciencia moriría de un ataque agudo de fastidio. Las Cortes alfonsinas habían de empezar sus tareas pergeñando una nueva Constitución, pues la del 12, la del 37, la del 45, la [*non nata*] del 54 y la del 69, todas incumplidas, o barrenadas como suele decirse, estaban ya inservibles... el arduo trajín de fabricar la nueva Constitución, la cual si no me sale mal la cuenta, era la sexta que los españoles del siglo XIX habíamos estatuido para pasar el rato».

Liviano aprovecha para contar que «la última nota del regocijo público, en los jolgorios de la paz, la dio don Antonio Cánovas con una frase graciosísima que vais a conocer. Hallábase una tarde en el banco azul el Presidente del Consejo, fatigado de un largo y enojoso debate, cuando se le acercaron dos señores de la Comisión para preguntarle cómo redactarían el artículo del Código fundamental que dice: Son españoles los tales y tales... Don Antonio, quitándose y poniéndose los lentes, con aquel guiño característico que expresaba su mal humor ante toda impertinencia, contestó ceceoso: "Pongan ustedes que son españoles... los que no pueden ser otra cosa"».

Este es el último *Episodio Nacional* galdosiano. En la óptica personal, para el autor, se acentúan sus graves apuros económicos. En el lado positivo, don Benito será nombrado director artístico del Teatro Español, cargo en el que permanecerá durante dos años.

83. CELIA EN LOS INFIERNOS (1913)

Celia es una huérfana de padre y madre, marquesa de Monte-Montoro, que ha llegado a la mayoría de edad, por lo que adquiere la plena administración y dominio de los bienes heredados, que forman una gran fortuna. Tanta dicha supuesta no satisface a Celia, quien confiesa: «No ceso de pensar que la mayor parte de los seres humanos viven en la miseria... La regla social de que las mujeres ricas han de casarse con hombre ricos, y las pobres con pobres me entristece... me aturde... Si yo fuera hombre, o si las mujeres gobernaran, yo haría una ley ordenando que todas las ricas se casaran con muchachos pobres; no quiero decir con muchachos desarrapados y sucios, sino decentitos y bien educados... La ley debiera aplicarse severamente sin falsearla como se falsea todo en España».

La persona que le lleva las cuentas, Germán, le confiesa que piensa «constantemente en el equilibrio social, que hoy no existe y que debe existir para que tengamos justicia en la tierra. ¿Qué razón hay para que unos carezcan de

medios de vida y otros los posean de un modo exorbitante? Por todas partes vemos que la inteligencia y la actividad perecen, y la holganza sin ideas rebosa de bienestar».

En cierta conversación, uno de los contertulios sostiene que el cielo y el infierno «no están ni arriba ni abajo, sino aquí, en la superficie de la tierra... el cielo lo constituyen los ricos en grande y pequeña escala». Celia le replica que el infierno está «en los pobres, en los trabajadores que con un triste jornal mantienen penosamente a su familia; en los desesperados; en los miserables... en el despojo social que los ricos arrojan de su cielo, cayendo en los abismos de donde no hay salida posible; en suma, decir infierno y cielo, es lo mismo que decir pobres y ricos».

En el mismo año 1913 en que data esta obra, Galdós se aparta de la coalición republicano socialista. A principios del año siguiente, el 7 de enero de 1914, Alfonso XIII asiste al estreno teatral de *Celia en los infiernos*. En uno de los entreactos, le invitan a subir al palco regio, donde mantienen una entrevista que Galdós describiría en términos gratos. Del rey destaca su «sonrisa y un ademán encantadores», su «gracia seductora», que «conoce el movimiento [literario] actual mejor que muchos profesionales» y resalta que «una de las cosas que más me halagaron fue la gentil curiosidad con que Su Majestad se informó de mi método de trabajo y de mi vida de escritor». De la reina subraya una impresión «gratisima», «la corrección con que habla nuestra lengua», además de que «nunca, en ninguna dama he visto unidas del mismo modo la majestad y la llaneza». Cierra sus impresiones de la entrevista recalcando su «entusiasmo por la inteligencia extraordinaria que en tan pocos minutos había sorprendido en el joven soberano», sin dejar de apuntar al final, con ese peculiar sentido del humor que le caracteriza que «luego he vuelto a la república... de las letras»⁶⁵.

También en 1914 Galdós es elegido diputado por Las Palmas, lo que provoca el disgusto gubernamental y que no pueda acceder a un esperado nombramiento como senador. Sus dificultades económicas movilizan una suscripción pública a su favor, encabezada por Alfonso XIII, y con un comité ejecutivo presidido por el Conde de Romanones. La cantidad recaudada será claramente insuficiente y deberá hipotecar la finca «San Quintín» que posee en Santander.

Al año siguiente, 1915, Galdós mantiene una entrevista de cincuenta minutos con el Rey Alfonso XIII en el Palacio de la Magdalena en Santander. En 1916 fracasan nuevamente los esfuerzos para que le sea concedido el Premio Nobel de Literatura. Una nueva colecta nacional es abierta para intentar paliar sus apuros económicos.

84. MEMORIAS DE UN DESMEMORIADO (1916)

Esta obra es un conjunto de recuerdos del autor, que reúne retazos de «la historia anecdótica, principal asunto de estas páginas, tan verídicas como deshilvanadas», aunque advierte que «en estas memorias no hallaréis más que lo anecdótico

y personal». Dentro de estos recuerdos, Galdós nos narra cómo surgió el nombre de su serie de obras más conocida. Recuerda que «a mediados del 72 vuelvo a la vida y me encuentro que, sin saber por qué sí ni por qué no, preparaba una serie de novelas históricas, breves y amenas. Hablaba yo de esto con mi amigo Albareda, y como le indicase que no sabía qué título poner a esta serie de obritas, José Luis me dijo: Bautice usted esas obritas con el nombre de *Episodios Nacionales*».

Aprovecha Galdós para contarnos cómo saltó al escenario de la política nacional: «De este modo corría el tiempo hasta llegar el 85. El 25 de noviembre de aquel año murió Alfonso XII, de cruel enfermedad, en la flor de los años. Ocurrió en El Pardo este suceso, no por previsto menos lastimoso. Al día siguiente falleció el general Serrano. Proclamada la regencia de Doña María Cristina, subió Sagasta al poder, y su primer acto fue convocar las Cortes para el año siguiente. Un amigo mío, de quien he de hablar mucho en el curso de estas memorias, indicó a Sagasta que me sacara diputado por las Antillas. En aquellos tiempos las elecciones en Cuba y Puerto Rico se hacían por telegramas que el gobierno enviaba a las autoridades de las dos islas. A mí me incluyeron en el telegrama de Puerto Rico; y un día me encontré con la noticia de que era representante en Cortes con un número enteramente fantástico de votos. Con estas y otras arbitrariedades llegamos años después a la pérdida de las colonias».

Cuatro años después de esta obra, Galdós fallece cuando alborea el año 1920. La prensa reseña la noticia profusamente, con publicación de necrológicas por parte de firmas de diversa índole. El 4 de enero, el Rey Alfonso XIII firma un Real Decreto, cuya exposición de motivos es elocuente: «El insigne Pérez Galdós ha muerto. La literatura española está de duelo». La norma dispone que «la conducción del cadáver y entierro de Don Benito Pérez Galdós sea costeadado por el Estado»⁶⁶. Además, establece que el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes invite a las Reales Academias, Universidades, Ateneo de Madrid y demás centros de enseñanza y cultura, así como corporaciones y funcionarios dependientes de los distintos departamentos ministeriales, a que tomen parte en esta manifestación de duelo. En similar sentido se pronuncian el Senado, el Congreso de los Diputados y el Gobierno. También fueron recibidas numerosas muestras de condolencia procedentes del extranjero. Al entierro asiste una multitud que acompañará al féretro.

Sus exequias le brindaron el unánime reconocimiento público que se le resistió en vida. Diversos testimonios corroboran que el escritor murió enfermo y solo, en la única y exclusiva compañía de los amigos y familiares más cercanos. Uno de sus acompañantes lamenta que «aquí no ha venido ningún escritor español, pero hemos recibido estos días muchos telefonemas y telegramas del extranjero»⁶⁷. Contrasta con ello, el hecho de que en la primera capilla ardiente instalada en la vivienda refulgen «los colores rojo y gualda sobre el sudario que envolvía el cuerpo sin vida. Se había cumplido, así, un vehemente deseo de don Benito», los pliegues de la bandera nacional arropan su cadáver⁶⁸.

IN FINE: IMPRESIONES DE CONCLUSIONES PROVISIONALES (2015)

La benevolencia del generoso lector nos permitirá que aportemos un breve bosquejo de impresiones de conclusiones provisionales (a modo de modesto epílogo continuista de la *contradictio in terminis* ínsita en *memorias de un desmemoriado*), esto es, apuntes sobre cuáles podrían ser las líneas maestras planteadas por Galdós a lo largo de su obra en torno a nuestro objeto de conocimiento, a saber (y sin ánimo de exhaustividad, añade el lector cuantas plazca):

– El acendrado amor a España, la «conciencia nacional», la «fe nacional» como elemento indispensable en el empeño por la mejora de la nación, que podría quedar resumido en «el anhelo, la convicción firme de un vivir honrado y dichoso, en perfecta concordancia con el bienestar y la honradez de los demás».

– La educación y la investigación como principal instrumento para la salvación nacional. El 19 de marzo de 1904, Galdós habla en un homenaje. En un breve discurso de solo cinco párrafos, en los dos últimos subraya: «No siento en mí otro mérito que la perseverancia. Propagandista de esta virtud, he de recomendarosla con la palabra y el ejemplo. Sin ella no haremos nada provechoso en la situación que nos ha deparado la presente crisis nacional. Ved que esto no permite la perplejidad ni la pereza; ved que nos hallamos entre un país deshecho, y los cimientos, no bien ahondados todavía, de un país en construcción. Para que el nuevo edificio sea de bellas proporciones y de perfecta solidez, llevad a él los espléndidos materiales que, en yacimientos más o menos visibles, ostenta nuestro suelo: el arte y la ciencia. Esto es lo sagrado, lo eficaz, lo permanente, y en ello estriba la dulzura de las costumbres, la felicidad de los pueblos, la alegría del vivir y la perdurable paz. / Los jóvenes, porque lo son, y los viejos, porque lo hemos sido, apliquemos con entusiasmo toda nuestra voluntad a extraer del duro terruño español estas riquezas capitales: la ciencia, que vigoriza a las naciones, y el arte, que las ennoblece. He dicho»⁶⁹.

– Nuestros vecinos europeos como referente de modernidad y modelo a alcanzar. El objetivo radicaba en superar la distancia que separaba una España pobre y mal gobernada de una Europa rica, con instituciones sólidas y científicamente aventajada.

– El fomento de la tolerancia como guía de conducta o el rechazo de la intolerancia, el respeto hacia el otro, el intento de comprender al extraño, al diferente, de ejercer la empatía y ponerse en su piel, el amor hacia todo lo humano en su completa y compleja dimensión individual y social. Salvador de Madariaga subraya que «este sentido de tolerancia y de humanidad, que resplandece en *La Celestina* y en el *Quijote* inspira y baña toda la obra de Galdós. No lo confundamos con el «keep smiling» de los optimistas profesionales. Es cosa más honda, tan honda que permite a Galdós pintar sin desesperar tragedias como la muerte de Ángel Guerra. Y por esa dimensión de su humanidad, resulta Galdós ser a la

vez el más español y el más universal de nuestros novelistas después del inaccesible Cervantes»⁷⁰.

– La condena de la guerra, de la violencia en cualquiera de sus formas, así como late en los más hondo el rechazo a la imposición de las ideas religiosas y a su posible identificación con el ideario nacional. Galdós clama contra esa «enorme masa sin carácter propio, que absorbe y monopoliza la vida entera, sujetándola a un sinfín de reglamentos, legislando desafortunadamente sobre todas las cosas, sin excluir las espirituales, del dominio exclusivo del alma».

– El carácter asfixiante de la desmesurada legislación decimonónica, el producto del optimismo juridizante como factor constrictor de la dinámica social. No es contradictorio con ello su reconocida fe en la justicia como elemento regenerador de la sociedad y como pilar del buen gobierno. Galdós apuesta por una «España nueva que, apoyada en la ciencia y en la justicia, pueda resistir las violencias de la fuerza bruta y las sugerencias insidiosas y malvadas sobre las conciencias»⁷¹.

– El escepticismo hacia la política profesionalizada, hacia la política «a la menuda», de chascarrillo, de chismorreos, de partidillo, miope, esa que provoca «odiar al compatriota con mayor vehemencia que al extranjero invasor», ese politiquero alejado de la gran y necesaria política de Estado, todo ello acompañado de una contundente crítica contra la corrupción, el caciquismo o la venalidad en los oficios públicos.

– El elogio hacia el trabajo productivo y la consecuente detración de las formas de capitalismo improductivas, meramente rentistas y/o usurarias. Quizá la usura haya devenido en el principal instrumento de una nueva Inquisición. Las novelas dedicadas a Torquemada son buen ejemplo de ello.

– La duda como método de acercamiento a la realidad. Con motivo de la contestación al discurso de recepción en la Real Academia Española de José María de Pereda, Galdós reconoce que «Pereda no duda; yo, sí. Siempre he visto mis convicciones oscurecidas en alguna parte por sombras que venían no sé de dónde. Él es un espíritu sereno, yo un espíritu turbado, inquieto. Él sabe adónde va, parte de una base fija. Los que dudamos mientras él afirma, buscamos la verdad, y sin cesar corremos hacia donde creemos verla, hermosa y fugitiva. Él permanece quieto y confiado, viéndonos pasar, y se recrea en su tesoro de ideas, mientras nosotros, siempre descontentos de las que poseemos, y ambicionándolas mejores, corremos tras otras, y otras, que, una vez alcanzadas, tampoco nos satisfacen»⁷². Y así, alojados en una sana duda, sin verdades absolutas, concluyen estas modestas páginas.

NOTAS

1. Discurso de investidura como doctor honoris causa por la Universidad de Alicante (<http://www.ua.es/es/presentacion/doctores/chillida/discurso.htm>, consultado el 3 de julio de 2015).
2. Cfr. D. BECERRA MAYOR, «Galdós en la correlación de fuerzas de la Restauración», *Actas del X Congreso Internacional de Estudios Galdosianos*, Las Palmas de Gran Canaria, 2013, 128-138.
3. A. MAURA, *Necrología de D. Benito Pérez Galdós*, discurso pronunciado en la Real Academia Española, Madrid, 1920, 9.
4. M.L. COFFEY, *The Episodios Nacionales: A Sociological Study of the Historical Novels of Benito Pérez Galdós*, tesis doctoral, Northwestern University, Illinois, 1996, 31.
5. B. J. DENDLE, «Galdós in *El año político*», *Anales galdosianos*, 19 (1984), 94.
6. «Galdós and the nineteenth century novel: the need for an interdisciplinary approach», *Anales galdosianos*, 10 (1975), 5.
7. Cfr. D. TRONCOSO, «Galdós: Patria o nación en la España del XIX... ¿y del XXI?», *Actas del X Congreso Internacional de Estudios Galdosianos*, Las Palmas de Gran Canaria, 2013, 364-371.
8. Existe una aproximación amplia al mundo jurídico decimonónico que puede vislumbrarse a través de la obra galdosiana en E. ROCA, *Sociedad y Derecho en Pérez Galdós*, Granada, 2007.
9. Por ejemplo, M. A. KEMPEN, *Concepts of the Nation and Nationalism in Benito Pérez Galdós's Episodios Nacionales*, tesis de doctorado, University of Wisconsin-Madison, 2007; R. ROBLES-VALENCIA, *Melancholic Nation: The Affective Culture of Spanish Nationalism*, tesis de doctorado, University of Michigan, 2010; etc. Para evitar reiteraciones innecesarias, el lector dispone de un elenco de referencias en la bibliografía final del trabajo.
10. «El españolismo universal del canario Galdós», *Actas del II Congreso Internacional de Estudios Galdosianos*, Las Palmas de Gran Canaria, 1 (1978), 12.
11. *Ibidem*, 13.
12. MAURA, *Necrología*, 12-13.
13. En carta a Pereda, escrita el 10 de marzo de 1877, sostiene que en su novela *Gloria* no ha querido probar ninguna «tesis filosófica ni religiosa, porque para eso no se escriben novelas. He querido presentar un hecho dramático verosímil y posible, nada más» (S. DE MADARIAGA, «El españolismo universal», 15).
14. Cfr. como más reciente sobre esta problemática, F. ESTÉVEZ, «Presencia de una ausencia. Más sobre Galdós en su obra», *X Congreso Internacional de Estudios Galdosianos*, Las Palmas de Gran Canaria, 2013, 91-97.
15. *Meditaciones del Quijote*, Madrid, 1914, 52.
16. En palabras de Ortega, solo ofrezco «posibles maneras nuevas de mirar las cosas. Invito al lector a que las ensaye por sí mismo, que experimente si, en efecto, proporcionan visiones fecundas; él, pues, en virtud de su íntima y leal experiencia, probará su verdad o su error» (*Meditaciones del Quijote*, 33).

17. *Necrología*, 6 y 8.
18. *Vid.* <http://www.casamuseoperezgaldos.com/epistolario-galdosiano>.
19. En las transcripciones de textos se ha respetado la grafía original en la medida de lo posible, a salvo la necesaria actualización ortográfica o los casos que entorpezcan la inteligencia del texto. Las cursivas que aparezcan corresponden al original.
20. Notas biográficas pueden ser consultadas en <http://www.casamuseoperezgaldos.com/web/museo-perez-galdos/biografia>; http://www.cervantesvirtual.com/bib/bib_autor/galdos/autor.shtml; <http://www.ensayistas.org/filosofos/spain/galdos/biblio-de.htm> o en las referencias biográficas incluidas en la bibliografía final.
21. La obra galdosiana ha sido consultada en el portal que la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes (auspiciada por la Fundación del mismo nombre) dedica a nuestro autor (http://bib.cervantesvirtual.com/bib_autor/Galdos/index.shtml, consulta de 13 de septiembre de 2012). Según consta en la nota editorial de los profesores a cargo de la edición, doctores D. Enrique Rubio Cremades y D. Javier Fresnillo Núñez, en la digitalización «nos hemos ajustado siempre a la edición *princeps*» (http://bib.cervantesvirtual.com/bib_autor/Galdos/nota.shtml, consulta de 13 de septiembre de 2012).
22. Cit. por J. N. MARTÍNEZ, *The myth of Don Quixote: Galdos' depiction of the Isabeline era, 1833-1868*, tesis doctoral, University of Toronto, 1998, 110.
23. J. L. GUERENA, «Galdós en la Exposición Universal de París de 1867», *Actas del III Congreso Internacional de Estudios Galdosianos*, Las Palmas de Gran Canaria, 1989, I, 44.
24. Cit. por MARTÍNEZ, *The myth*, 112.
25. «Cuando Galdós habla con sus personajes», *Actas del II Congreso Internacional de Estudios Galdosianos*, II, vol. I (1978), Las Palmas de Gran Canaria, 130.
26. *Concepts of the Nation*, 3.
27. *Meditaciones del Quijote*, 21.
28. ROBLES-VALENCIA, *Melancholic*, 149.
29. COFFEY, *The Episodios Nacionales: A Sociological*, 73-74.
30. Epistolario de Galdós (www.lascartasdeperezgaldos.es, consulta realizada el 6 de julio de 2012).
31. A. ARMAS AYALA, «Galdós y la política», *Actas del III Congreso Internacional de Estudios Galdosianos*, Las Palmas de Gran Canaria, 1989, II, 475-476.
32. Cit. por GOLDMAN, «Galdós and the nineteenth century novel», 7.
33. *Ibidem*.
34. *Ibidem*, 6.
35. COFFEY, *The Episodios Nacionales: A Sociological*, 2.
36. Cit. por GOLDMAN, «Galdós and the nineteenth century novel», 6.
37. *Ibidem*, 8.
38. COFFEY, *The Episodios Nacionales: A Sociological*, 81.
39. Cfr. *Discursos leídos ante la Real Academia Española en las recepciones públicas del 7 y 21 de febrero de 1897*, Madrid, 1897 (cit. por M. GUIMERA PERAZA, *Maura y Galdós*, Las Palmas de Gran Canaria, 1967, 58, nota 63).
40. *Concepts of the Nation*, 5. Sin embargo, Coffey sostiene que la vuelta a los *Episodios Nacionales* puede guardar cierta relación con la ruptura del acuerdo editorial que hasta entonces mantenía y que ahora le convierte en pleno propietario de sus derechos. En su opinión, la decisión de volver a escribirlos parece estar motivada por una opción personal, «*when in fact the motivation is driven by necessity*» (*The Episodios Nacionales: A Sociological*, 85-92).
41. Carta de 2 de marzo de 1898. En otra carta de 19 de marzo del año siguiente, nuestro autor le anuncia que «inmediatamente empezaré *La Campaña del Maestrazgo*, que daré en mayo, y luego descansaré una larga temporada, pues para entonces, todas o casi todas las graves dificultades de mi iniciación mercantil estarán vencidas» (GUIMERA PERAZA, *Maura y Galdós*, 65 y 69).
42. *Discursos leídos ante la Real Academia Española en las recepciones públicas del 7 y 21 de febrero de 1897*, Madrid, 1897, 17-19.

43. «Como el propio D. Quijote y el propio Sancho, que serán todo lo manchegos que se quiera, pero son también la representación más vital del alma y rostro de nuestra tierra» (*Discursos*, 169-170).
44. Epistolario de Galdós (www.lascartasdeperezgaldos.es, consulta realizada el 6 de julio de 2012).
45. *La fe nacional. Discurso*. Las Palmas de Gran Canaria, 1973.
46. Epistolario de Galdós (www.lascartasdeperezgaldos.es, consulta realizada el 6 de julio de 2012).
47. Subrayado en el original.
48. Epistolario de Galdós (www.lascartasdeperezgaldos.es, consulta realizada el 6 de julio de 2012).
49. <https://rodriguezacevedo.wordpress.com/2013/07/30/benito-perez-galdos-denuncia-el-caciquismo-en-espana/>, consulta realizada el 8 de julio de 2015.
50. ARMAS AYALA, «Galdós y la política», 479.
51. Epistolario de Galdós (www.lascartasdeperezgaldos.es, consulta realizada el 6 de julio de 2012).
52. Subrayado en el original.
53. Epistolario de Galdós (www.lascartasdeperezgaldos.es, consulta realizada el 6 de julio de 2012).
54. <http://www.filosofia.org/hem/190/alm/ae0101.htm>, consulta realizada el 24 de junio de 2015.
55. J. BOERSMA, *Combatting the Modern State: War and Literature as Weak Dialectic in Galdós, Sender, Semprún and Goytisolo*, dissertation, Emory University, 2008, 14; *vid.* E. GALVÁN RODRÍGUEZ, «Debates parlamentarios sobre la gestación del protectorado español en Marruecos (1902-1923)», en J. ALVARADO PLANAS y J. C. DOMÍNGUEZ NAFRÍA, *La administración del protectorado español en Marruecos*, Madrid, 2014, 43-77.
56. Diario *El Liberal*, domingo 17 de marzo de 1907, 1.
57. COFFEY, *The Episodios Nacionales: A Sociological*, 269.
58. Cit. por V. FUENTES, *Galdós demócrata y republicano (escritos y discursos 1907-1913)*, Tenerife, 1982, 23-24.
59. En el plano estrictamente personal, pero que trasluce a su actividad pública, en la última semana de 1907, Galdós toma un secretario privado, dada la dificultad que sus problemas de vista representaban para continuar sus trabajos literarios.
60. FUENTES, *Galdós demócrata*, 28.
61. ARMAS AYALA, «Galdós y la política», 484.
62. Acerca de la identificación entre este «güanche» y el propio Galdós, *vid.* Y. ARENCIBIA, «La perspectiva angular», en S. HERNÁNDEZ, *Ars natura veritas: Galdós, creador crítico*, Las Palmas de Gran Canaria, 1995, 31-32 (cit. por F. ESTÉVEZ, «Presencia de una ausencia», 94).
63. Cit. por FUENTES, *Galdós demócrata*, 89.
64. *Ibidem*, 38.
65. DENDLE, «Galdós in *El año político*», 106.
66. *Gaceta de Madrid*, 5 de enero de 1920, 49-50.
67. P. BELTRÁN DE HEREDIA, «España en la muerte de Galdós», *Anales galdosianos*, V (1970), 94.
68. *Ibidem*, 95.
Desde la perspectiva de un hispanista, es evidente que «Galdós amaba a España como pocos. Sin dejar de amar a su patria chica canaria, amaba a España, como nación y patria de todos los españoles, sin regionalismos ni partidismos. Llegó a tener, antes de cumplir los treinta años de edad, una visión de España y una preocupación por ella que no le fue dado concebir y poseer a ningún otro novelista de su época. La amaba tan sin medida que se permitía criticarla, censurarla y castigarla, con la esperanza y el fin de corregirla, aunque no sin cierta piadosa tristeza» (W. H. SHOEMAKER, «¿Cómo era Galdós?», *Anales galdosianos*, 8 (1973), 11).
69. B. J. DENDLE, «A Speech by Galdós (1904)», *Anales galdosianos*, 26 (1991), 79.

70. «Nota-Prefacio», *Anales galdosianos*, I (1966), 2.
Ortega sostuvo que «esta lucha con un enemigo a quien se comprende es la verdadera tolerancia, la actitud propia de toda alma robusta» (*Meditaciones del Quijote*, 23).
71. Entrevista concedida al *Diario de Las Palmas* el 7 de febrero de 1901 (cit. por C. FERNÁNDEZ CORDERO, C., *Ideología y novela en Galdós (1901-1920)*, tesis doctoral, Universidad Autónoma de Madrid, 2014, 19).
72. *Discursos*, 154-155.

BIBLIOGRAFÍA

AAVV, *Galdós, periodista*, Madrid, 1982.

ACOSTA GONZÁLEZ, M. L., «El "sentimiento de la historia" galdosiano frente a la historia oficial», *Actas del X Congreso Internacional de Estudios Galdosianos*, Las Palmas de Gran Canaria, 2013, 254-263.

ARENCIBIA, Y., «La guerra y la patria en el pensamiento de Galdós», *Boletín Millares Carló*, 9-10 (1987), 195-205.

— «Galdós: Sus visiones personales ante la historia», *Actas del III Congreso Internacional de Estudios Galdosianos 1989*, II (1990), Las Palmas de Gran Canaria, 291-302.

— «La perspectiva angular», en HERNÁNDEZ, S., *Ars natura veritas: Galdós, creador crítico*, Las Palmas de Gran Canaria, 1995, 31-32.

— «Las escrituras del yo. El caso de Pérez Galdós», *Anales galdosianos*, XXXVI (2001), 49-64.

— «Mirar, mostrar, crear: de la Historia a la Novela: Los *Episodios Nacionales* de Pérez Galdós», *Boletín de la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Tenerife*, I (2008), 121-142.

ARMAS AYALA, A., «Galdós y la política», *Actas del III Congreso Internacional de Estudios Galdosianos*, Las Palmas de Gran Canaria, 1989, II, 475-487.

— *Galdós, lectura de una vida*, Santa Cruz de Tenerife, 1990.

AYALA, F., *Galdós en su tiempo*, Santander, 1978.

BECERRA MAYOR, D., «Galdós en la correlación de fuerzas de la Restauración», *Actas del X Congreso Internacional de Estudios Galdosianos*, Las Palmas de Gran Canaria, 2013, 128-138.

BELTRÁN DE HEREDIA, P., «España en la muerte de Galdós», *Anales galdosianos*, V (1970), 89-101.

BERKOWITZ, H. C., *Pérez Galdós. Spanish Liberal Crusader (1843-1920)*, Madison, University of Wisconsin Press, 1948.

BLANCO AGUINAGA, C., *La historia y el texto literario. Tres novelas de Galdós*, Madrid, 1978.

- «De vencedores y vencidos en la Restauración, según las *novelas contemporáneas* de Galdós», *Anales galdosianos*, XXIX-XXX (1994-1995), 13-48.
- BLY, P. A., ««Un trienio galdosiano»: A Critical Review of Books published on Galdós, 1977-79», *Anales galdosianos*, 16 (1981), 104-117.
- *Galdós's Novel of the Historical Imagination: a Study of the Contemporary Novels*, Liverpool, 1983.
- «“Un cuatrienio galdosiano”: An Omnibus Report of Books on Galdós published the Years 1980 and 1983», *Anales galdosianos*, 20 (1985), 129-138.
- (ed.), *Galdós y la historia*, Ottawa, 1988.
- BOERSMA, J., *Combatting the Modern State: War and Literature as Weak Dialectic in Galdós, Sender, Semprún and Goytisolo*, dissertation, Emory University, 2008.
- BRAVO VILLASANTE, C., *Galdós visto por sí mismo*, Madrid, 1970.
- *Galdós*, Madrid, 1988.
- CASALDUERO, J., *Vida y obra de Galdós (1843-1920)*, Madrid, 1974.
- COFFEY, M. L., *The Episodios Nacionales: A Sociological Study of the Historical Novels of Benito Pérez Galdós*, tesis doctoral, Northwestern University, Illinois, 1996.
- «La historia española como debiera ser: Los historiadores galdosianos y la masculinidad», *Actas del X Congreso Internacional de Estudios Galdosianos*, Las Palmas de Gran Canaria, 2013, 283-288.
- CUENCA TORIBIO, J. M., «Galdós, cronista parlamentario», *Anuario de Estudios Atlánticos*, 39 (1993), 107-118.
- «Galdós y la Historia de España», *Actas del VII Congreso Internacional de Estudios Galdosianos*, Las Palmas de Gran Canaria, 2001, 900-916.
- DEAN-THACKER, V. P., *Galdós político*, Las Palmas de Gran Canaria, 1992.
- DENDLE, B. J., «Galdós and the death of Prim», *Anales galdosianos*, 4 (1969), 63-71.
- «Albareda, Galdós y la *Revista de España*», en LIDA, C. y ZAVALA, I. (eds.), *La revolución de 1868. Historia, pensamiento, literatura*, New York, 1970, 362-377.
- *Galdós: The Mature Thought*, University of Kentucky Press, Lexington, 1980.
- «Galdós in *El año político*», *Anales galdosianos*, 19 (1984), 87-107.
- «A Speech by Galdós (1904)», *Anales galdosianos*, 26 (1991), 79.
- DENDLE, B. J. y SCHRAIBMAN, J., *Los artículos políticos en la Revista de España, 1871-1872*, Kentucky, 1982.
- DORCA, A., «A vueltas con Pérez Galdós y Pérez Reverte: el discurso sobre la nación en la novela histórica», *Actas del X Congreso Internacional de Estudios Galdosianos*, Las Palmas de Gran Canaria, 2013, 590-595.
- EATON McMENAMIN, A., *Bastard Spain: Writing Hybridity into the Modern Nation*, tesis doctoral, Johns Hopkins University, Baltimore, Maryland, 2009.

- ELIZALDE, I., *Pérez Galdós y su novelística*, Deusto, 1981.
- ESTÉBANEZ CALDERÓN, D., «Evolución política de Galdós y su repercusión en la obra literaria», *Anales galdosianos*, XVII (1982), 7-22.
- ESTÉVEZ, F., «Presencia de una ausencia. Más sobre Galdós en su obra», *X Congreso Internacional de Estudios Galdosianos*, Las Palmas de Gran Canaria, 2013, 91-97.
- «Novelar la Historia. Galdós entre lo general y lo particular», *Isidora*, 21 (2013), 105-116.
- FERNÁNDEZ CORDERO, C., *Ideología y novela en Galdós (1901-1920)*, tesis doctoral, Universidad Autónoma de Madrid, 2014.
- FERRER BENIMELI, J. A., *La masonería en los Episodios Nacionales de Pérez Galdós*, Madrid, 1982.
- FERRERAS, J. I., *Benito Pérez Galdós y la invención de la novela histórica nacional*, Madrid, 1997.
- FINKENTHAL, S., *El teatro de Galdós*, Madrid, 1980.
- FUENTES, V., *Galdós demócrata y republicano (escritos y discursos 1907-1913)*, Tenerife, 1982.
- GARROTE BERNAL, G., «Español en red 3.0: e-bibliografía sobre Benito Pérez Galdós», *Analecta Malacitana*, 24 (2008), 150-175.
- GEORGE, D. R. JR., *History, Citizenship and the Public Sphere in the Second Series of Galdós's Episodios Nacionales*, tesis doctoral, University of Minnesota, 2003.
- GHIRALDO, A., *Obras inéditas de Benito Pérez Galdós*, Madrid, 1923-1924.
- GILMAN, S., *Galdós and the Art of the European Novel 1867-1887*, Princeton University Press, 1981.
- «Cuando Galdós habla con sus personajes», *Actas del II Congreso Internacional de Estudios Galdosianos*, Las Palmas de Gran Canaria, 1978, II, vol. I, 128-134.
- GOLDMAN, P., «Galdós and the politics of conciliation», *Anales galdosianos*, 4 (1969), 73-87.
- «Historical Perspective and Political Bias: Comments on recent Galdós Criticism», *Anales galdosianos*, 6 (1971), 113-124.
- «Galdós and the nineteenth century novel: the need for an interdisciplinary approach», *Anales galdosianos*, 10 (1975), 5-14.
- GOGORZA FLETCHER, M., *The Spanish Historical Novel 1870-1970*, London, 1973.
- GOMIS-IZQUIERDO, V., «*Siempre hubo clases*»: *Clases medias y modernización en la literatura hispánica decimonónica*, tesis doctoral, University of Kansas, 2008.
- GONZÁLEZ FLORES, F., «El imperio ultramarino y la España de entre siglos en *Los ayacuchos*», *Actas del X Congreso Internacional de Estudios Galdosianos*, Las Palmas de Gran Canaria, 2013, 349-355.
- GUEREÑA, J. L., «Galdós en la Exposición Universal de París de 1867», *Actas del III Congreso Internacional de Estudios Galdosianos*, Las Palmas de Gran Canaria, 1989, I, 37-52.
- GUIMERÁ PERAZA, M., *Maura y Galdós*, Las Palmas de Gran Canaria, 1967.

- GULLÓN, R., «La historia como materia novelable», *Anales galdosianos*, 5 (1970), 23-35.
- *Galdós, novelista moderno*, Madrid, 1973.
- *Psicologías del autor y lógicas del personaje*, Madrid, 1979.
- HERRERA HERNÁNDEZ, M., *Consideraciones sobre la ceguera de Benito Pérez Galdós*, Las Palmas de Gran Canaria, 2006.
- KEMPEN, M. A., *Concepts of the Nation and Nationalism in Benito Pérez Galdós's Episodios Nacionales*, tesis doctoral, University of Wisconsin-Madison, 2007.
- LIDA, C. E., «Galdós y los *Episodios nacionales*: Una historia del liberalismo español», *Anales galdosianos*, 3 (1968), 61-77.
- LUJÁN RAMÓN, S., «Galdós y el regeneracionismo a través de la correspondencia con Ramón Pérez de Ayala (1905-1918)», *Actas del X Congreso Internacional de Estudios Galdosianos*, Las Palmas de Gran Canaria, 2013, 339-348.
- MADARIAGA, B., *Pérez Galdós. Biografía santanderina*, Santander, 1979.
- MADARIAGA, S. DE, «Nota – Prefacio», *Anales galdosianos*, I (1966), 1-2.
- «El españolismo universal del canario Galdós», *Actas del II Congreso Internacional de Estudios Galdosianos*, Las Palmas de Gran Canaria, I (1978), 11-17.
- MARTÍNEZ, J. N., *The myth of Don Quixote: Galdos' depiction of the Isabeline era, 1833-1868*, tesis doctoral, University of Toronto, 1998.
- MARTÍNEZ CAÑAS, R., *El trienio constitucional en la obra de Pérez Galdós*, Madrid, 2001.
- «La Constitución española de 1812 en la óptica de Pérez Galdós», *Altar Mayor*, 146 (2012), 473-484.
- MAURA, A., *Necrología de D. Benito Pérez Galdós*, discurso pronunciado en la Real Academia Española, Madrid, 1920.
- MBARGA, J.-C., «Sociocrítica de los aparatos ideológicos del Estado y de los aparatos represivos del Estado en *Miau* de Benito Pérez Galdós», *Opción. Revista de ciencias humanas y sociales*, 43 (2004), 40-59.
- MILLER, S., *El mundo de Galdós. Teoría, tradición y evolución creativa del pensamiento socio-literario galdosiano*, Santander, 1983.
- MORA GARCÍA, J. L., *Hombre, sociedad y religión en la novelística galdosiana (1885-1905)*, Salamanca – Gran Canaria, 1981.
- «Galdós y el llamado 'problema de España'», *VI Congreso Internacional de Estudios Galdosianos*, Las Palmas de Gran Canaria, 1997, 504-514.
- NUEZ, S. DE LA, *Galdós (1843-1920)*, Las Palmas de Gran Canaria, 1983.
- ORTIZ ARMENGOL, P., *Vida de Galdós*, Barcelona, 2000.
- PÉREZ GALDÓS, B., *Obras completas*, Editorial Aguilar, Madrid, 2004-2005.
- *Episodios Nacionales*, Ediciones Destino, Madrid, 2005-2010.

- PÉREZ VIDAL, J., *Galdós en Canarias (1843-1862)*, Las Palmas de Gran Canaria, 1952.
- *Canarias en Galdós*, Las Palmas de Gran Canaria, 1979.
- *Galdós, años de aprendizaje en Madrid 1862-1868*, Tenerife, 1987.
- REGALADO GARCÍA, A., *Benito Pérez Galdós y la novela histórica española, 1868-1912*, Madrid, 1966.
- RÉMILLARD-BÉLANGER, J., *Galdós, o la novela como lectura de la Historia*, tesis de máster, McGill University, Montreal, 2001.
- RIBBANS, G., *History and Fiction in Galdós's Narratives*, Oxford, 1993.
- ROBLES-VALENCIA, R., *Melancholic Nation: The Affective Culture of Spanish Nationalism*, tesis doctoral, University of Michigan, 2010.
- ROCA ROCA, E., *Sociedad y Derecho en Pérez Galdós*, Granada, 2007.
- RODRÍGUEZ BATLLORI, F., *Galdós en su tiempo (estampas de una vida)*, Las Palmas de Gran Canaria, 1968.
- RODRÍGUEZ DRINCOURT, J., *Las Palmas y Don Benito, un afecto mutuo*, Las Palmas de Gran Canaria, 2001.
- RODRÍGUEZ-PUÉRTOLAS, J., *Galdós: Burguesía y revolución*, Madrid, 1975.
- RUIZ DE LA SERNA, E. Y CRUZ QUINTANA, S., *Prehistoria y protohistoria de Benito Pérez Galdós: contribución a una biografía*, Las Palmas, 1973.
- SACKETT, T. H., *Galdós y las máscaras: historia, teatro y bibliografía anotados*, Verona, 1982.
- SCHMIDT, R., *Cartas entre dos amigos del teatro: Manuel Tolosa Latour y Benito Pérez Galdós*, Las Palmas de Gran Canaria, 1969.
- SHOEMAKER, W. H., *Estudios sobre Galdós*, Madrid, 1970.
- *Los artículos de Galdós en La Nación 1865, 1866, 1868*, Madrid, 1972.
- *Las cartas desconocidas de Galdós en La Prensa de Buenos Aires*, Madrid, 1973.
- «¿Cómo era Galdós?», *Anales galdosianos*, 8 (1973), 5-17.
- *La crítica literaria de Galdós*, Madrid, 1979.
- TRONCOSO, D., GARCÍA CASTAÑEDA, S. Y LUNA, C., *La Historia de España en Galdós. Análisis y proceso de elaboración de los Episodios nacionales*, Vigo, 2012.
- TRONCOSO, D., «Galdós: Patria o nación en la España del XIX... ¿y del XXI?», *Actas del X Congreso Internacional de Estudios Galdosianos*, Las Palmas de Gran Canaria, 2013, 364-371.
- UREY, D. F., *Galdós and the Irony of Language*, Cambridge University Press, 1982.
- *The Novel Histories of Galdós*, Princeton University Press, 1989.
- VARELA OLEA, M. A., *Galdós regeneracionista*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 2001.

